

*No era
mi cita*

ROSIE PROMISE

Índice

[No era mi cita](#)

[Sinopsis](#)

[Créditos legales](#)

[No te pierdas nada](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[Epílogo](#)

[Nota de la autora](#)

[Encuétrame aquí](#)

No era mi cita
Decisiones cuestionables, 1
ROSIE PROMISE

Sinopsis

No era mi cita

Una comedia romántica de fake dating y relación falsa en Nueva York

Laura Wells solo quería sobrevivir a **una cita a ciegas**, una cena tranquila, una conversación soportable y, con suerte, un hombre que no la hiciera arrepentirse de haber vuelto a usar **una app para ligar**.

Pero cuando llega al restaurante, se sienta frente al **hombre equivocado**, porque Arthur Parks **no era su cita**.

Arthur es un hombre elegante, controlador, brillante y tan atractivo como peligroso para su paz mental.

Laura debería levantarse y marcharse, pero se queda.

Cuando una foto de los dos juntos empieza a circular por Manhattan, aquel error se convierte en una oportunidad. Arthur necesita proteger su imagen profesional y Laura quiere cerrar la puerta a un ex que todavía cree tener derecho a opinar sobre su vida.

La solución parece sencilla: **fingir que son pareja durante unas semanas**.

Pero entre cenas elegantes, viajes inesperados, mensajes en el caótico chat de sus amigas y una tensión sexual que ninguno de los dos sabe controlar, Laura empieza a preguntarse si el hombre equivocado quizá era la única cita que merecía la pena.

No era mi cita es la primera entrega de la serie **Decisiones cuestionables**, una comedia romántica contemporánea ambientada en Manhattan, con **cita a ciegas, relación falsa, humor, escenas spicy, mucha tensión sexual y un final feliz** tan inesperado como inevitable.

¿Qué te vas a encontrar en esta historia?

- Cita a ciegas.
- App de citas.
- Cita equivocada.
- Relación falsa / *fake dating*.
- *Grumpy* x chica con carácter.
- Él cae primero.
- Romance urbano en Manhattan.
- Grupo de amigas caótico.
- Tensión sexual y escenas *spicy*.
- Final feliz.

© Rosie Promise, 2026

Impreso por Amazon.

Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico o por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de la autora. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Los personajes y actos que aparecen en este libro son totalmente ficticios y fruto de la imaginación de la autora. Cualquier similitud con la realidad es pura coincidencia y no hay ninguna intención por parte de la autora.

Sígueme en Amazon para no perderte ninguna de mis publicaciones.

[Sígueme aquí.](#)

1

Laura

La pantalla del portátil lleva encendida tantas horas que empiezo a sospechar que vamos a acabar jubilándonos juntas. Son las diez y media de la noche de un viernes, estoy sentada en el suelo de mi apartamento de Manhattan con las piernas cruzadas, una manta sobre el sofá y una campaña de cosmética de lujo abierta en tres ventanas distintas, porque mi clienta ha decidido que el eslogan «necesita transmitir una energía más aspiracional». Aunque todavía no sé qué significa exactamente «una energía más aspiracional» y dudo que ella lo sepa. Lo único que sé es que llevo cuarenta minutos cambiando palabras de lugar para terminar regresando a la misma versión que tenía al principio.

Cuando más agobiada estoy, mi móvil vibra sobre la mesa y al instante vuelve a vibrar y otra vez. No necesito mirarlo para saber quién me escribe de esa manera y abro directamente el chat del grupo «Decisiones cuestionables», que mis amigas y yo creamos cuando íbamos al instituto.

Pamela:

Laura, ¿sigues viva o tenemos que llamar a una ambulancia?

Eve:

Adjunto prueba gráfica de que existe vida más allá del trabajo.

La prueba gráfica resulta ser una copa de vino blanco gigantesca apoyada sobre la barandilla de una terraza con vistas al río.

Violet:

Trabajar un viernes por la noche no cuenta como autocuidado.

Kim:

Laura necesita una cita o un exorcismo.

Aunque no sé cuál de las
dos opciones es más urgente.

Se me escapa una sonrisa mientras leo el último mensaje.

Yo:
Tías,
estoy ocupada construyendo
mi carrera profesional.

Pamela:
Lo que estás construyendo es
una relación tóxica con el ordenador.

Yo:
Es Photoshop.

Pamela:
Eso es aún peor.

Dejo el móvil junto al portátil y vuelvo al documento. Mi
concentración dura aproximadamente quince segundos antes de que
alguna de ellas envíe otro mensaje.

Eve:
¿Has cenado?

Laura:
Sí, mami.

Kim:
Mentira.

Laura:
He comido galletas.

Pamela:
Eso no cuenta como cena.

Laura:
Depende de cuántas sean.

Violet:
Tíaaaaaa.

Laura:
Me he comido doce.

La avalancha de respuestas es tan inmediata que casi puedo imaginarlas riéndose al otro lado de la pantalla. Sin duda, hay amistades que se construyen sobre valores profundos y apoyo emocional, pero nuestra amistad se sostiene sobre la capacidad colectiva de humillar a cualquiera que tome una mala decisión. Especialmente si esa persona soy yo.

Pamela:

Necesitas salir de casa con urgencia.

Laura:

Ya salgo de casa.

Kim:

Para ir a trabajar.

Laura:

Eso también cuenta como salir.

Violet:

¡Qué va!

Eso solo cuenta como cambiar de edificio.

Pamela:

¿Cuánto hace que no tienes una cita?

Ahí está, la pregunta, la maldita pregunta. Resoplo y apoyo la espalda contra el sofá mientras observo el chat pensando en qué responder.

Laura:

No lo sé.

Pamela:

Respuesta incorrecta.

Eve:

Estoy con Pamela.

Kim:

Yo también estoy de acuerdo con Pamela.

Jamás pensé que escribiría esa frase.

Laura:

Sois unas exageradas.

Pamela:

Laura, llevas tanto tiempo sin una cita,

que los arqueólogos podrían utilizar
tu vida sentimental para datar civilizaciones antiguas.
Pongo los ojos en blanco, aunque ellas no puedan verme.

Laura:

Mi vida sentimental está perfectamente.

Pamela:

Eso lo diría alguien
cuya vida sentimental está en coma inducido.

Eve:

¡Un punto para Pamela!

Violet:

Por desgracia.

Kim:

Y cuando Pamela tiene razón
es porque la cosa se ha puesto fea.

Estoy a punto de responder cuando una notificación de una historia de Instagram aparece en la parte superior de la pantalla y pulso en ella por pura inercia, sin pensar en lo que estoy haciendo. La historia se abre y veo a Mark. Siento el impacto antes de procesar lo que estoy viendo, aunque no es un golpe fuerte, sino uno pequeño, pero molesto, como cuando te golpeas siempre el mismo dedo del pie contra la esquena del mismo mueble. Reconoces el dolor, porque no es la primera vez que lo sientes y por eso crees que no puede afectarte, pero aun así lo hace. En la pantalla está Mark, mi ex novio, sonriendo a la cámara desde una terraza que parece sacada de una revista de viajes. Lleva una camisa azul marino subida hasta los codos y la expresión relajada que utilizaba cuando sabía que alguien lo estaba mirando. La mujer que hay junto a él tiene el pelo oscuro, unas gafas de sol enormes y la cabeza apoyada sobre su hombro. No sé quién es, aunque tampoco necesito saberlo. Así que cierro la historia, bloqueo el móvil y lo dejo boca abajo sobre la mesa. No obstante, dos segundos después vuelve a vibrar avisándome de que tengo un nuevo mensaje en el chat de mis amigas.

Pamela:

¿Qué pasa?

Levanto la cabeza y miro al techo. Después regreso la mirada a mi teléfono, pero vuelvo a mirar hacia el techo otra vez.

Laura:

¿Cómo sabes que pasa algo?

Pamela:

Porque llevas dos minutos sin responder.

Kim:

Definitivamente te pasa algo.

Eve:

¿Mark?

Laura:

No.

Violet:

Ha sido Mark.

Kim:

Sin duda ha sido tu ex.

Pamela:

Ya te digo. Ha sido él.

Traidoras.

Laura:

No me importa Mark.

Pamela:

Claroooo

Kim:

¿Nos lo tenemos que creer?

Laura:

Lo digo en serio.

Eve:

Laura, cariño, no estamos diciendo que quieras volver con él.

Eso hace que me detenga, porque tiene razón. Ni loca volvería con él. Es más, la sola idea de compartir otra cena con Mark me

produce el mismo entusiasmo que una colonoscopia. No obstante, lo que me molesta no es echarlo de menos, sino acordarme de lo que pasó. Recordar la conversación, su expresión de culpabilidad perfectamente ensayada y el momento en que descubrí que llevaba seis meses viendo a otra mujer, mientras yo seguía pensando que estábamos construyendo un futuro juntos. Además, dos semanas después de que le descubriera ya vivía con ella. Solo dos semanas después de aquello. Hay yogures en mi nevera que tardan más en caducar.

Laura:

No quiero volver con él.

Kim:

Lo sabemos.

Violet:

Lo que pasa es que sigues enfadada.

Eve:

Y tienes derecho a estarlo.

Pamela:

También tienes derecho a salir con hombres que no sean unos imbéciles.

Laura:

No necesito salir con nadie.

Pamela:

Eso no es verdad.

Laura:

Claro que sí.

Pamela:

Laura, trabajas doce horas al día,
cenas galletas y pasas los viernes por la noche
peleándote con una campaña de cosmética.

Laura:

La campaña es de un cliente nuevo.

Pamela:

Ya pero la campaña no puede abrazarte
cuando tienes un mal día.

Laura:

Pero tampoco se deja calcetines sucios por casa.

Kim:

Punto para Laura.

Una sonrisa amenaza con aparecer en mis labios y me maldigo por eso, porque odio cuando mis amigas consiguen hacerme reír aunque no quiera.

Pamela:

He tomado una decisión.

Un escalofrío me recorre la espalda, porque nunca es buena señal cuando Pamela dice eso y, en especial, cuando me afecta a mí.

Laura:

No pienso hacer nada de lo que digas.

Pamela:

Claro que sí.

Laura:

Ni de coña.

Pamela:

Ya está hecho.

Laura:

¿QUÉ HAS HECHO?

La respuesta de Pamela es una captura de pantalla y tardo unos segundos en entender lo que estoy viendo. Después otros dos segundos en aceptar que es real y cinco más en decidir si prefiero estrangular a Pamela o desaparecer del país.

Mi fotografía ocupa media pantalla. Por suerte es una buena fotografía. Es la foto que Eve me hizo el verano pasado en Brooklyn y que es la misma que utilizo para LinkedIn cuando quiero parecer una adulta funcional.

Debajo de la imagen veo que aparece una biografía. La leo una vez, después otra e incluso una tercera para asegurarme de que no estoy sufriendo una alucinación provocada por exceso de cafeína.

«Laura Wells.

Treinta y dos años.

Directora creativa.

Capaz de detectar una mala tipografía a cincuenta metros.

Consume café de forma irresponsable.

Busca hombre emocionalmente disponible y que no esconda cadáveres en el sótano».

Abro la boca, la cierro y la vuelvo a abrir, incrédula ante lo que acabo de leer.

Laura:

Voy a matarte.

Pamela:

Antes tendrás que admitir que la foto es fantástica.

Violet:

La foto es la mejor que tienes de los últimos años.

Kim:

Objetivamente fantástica.

Eve:

Tía, sales muy guapa.

Laura:

No os estaba pidiendo vuestra opinión.

Pamela:

Pero nosotras te la damos,
para eso estamos las amigas XD.

Resoplo y me armo de paciencia para continuar con esta conversación, porque mis amigas son de lo que no hay.

Laura:

Además, no pienso usar
ninguna aplicación de citas.

Pamela:

Ya la estás usando.

Laura:

NO.

Pamela:

Técnicamente sí.

Te he creado un perfil hace veinte minutos
y ya tienes tres me gusta.

Me quedo inmóvil al leer lo de los tres me gusta, porque eso quiere decir que tres desconocidos han decidido que quieren hablar conmigo mientras yo estaba reescribiendo eslóganes sobre sérums faciales. No sé si eso resulta inquietante o deprimente o las dos cosas.

Pamela:

Voy a enseñarte uno.

Laura:

No quiero verlo.

Pamela:

Mentira.

Laura:

No quiero verlo.

Pamela:

Mentira otra vez.

Justo después de escribir su último mensaje, Pamela envía una nueva captura en la que aparece un hombre de cabello oscuro y sonrisa agradable. En principio, no tiene nada raro, ni alarmante, ni que sugiera que colecciona órganos humanos en el congelador de su casa, lo cual ya es un avance.

Pamela:

Se llama Louis Philipps.

Eve:

Es mono.

Kim:

Parece normal.

Violet:

Eso es sospechoso.

Laura:

No voy a conocer a nadie que aparezca en una captura de pantalla enviada por Pamela.

Pamela:

Pues ya has hecho *match*.

Laura:

¿Qué?

Pamela:

Ups.

Ese «ups» permanece unos segundos suspendido en la pantalla, como si acabara de derramar su café sobre una camisa o hubiera confundido dos correos electrónicos o no acabara de intervenir activamente en mi vida sentimental.

Laura:

Tía, Pamela.

Pamela:

Sí.

Laura:

Dime que estás de coña.

Pamela:

Preferiría no hacerlo.

Laura:

Tía.

Pamela:

Escúchame antes de enfadarte.

Kim:

Eso nunca funciona.

Violet:

Jamás.

Eve:

Ni una sola vez.

Me pongo en pie y empiezo a pasear por el salón con el móvil en la mano. Mi apartamento no es muy grande, así que el paseo consiste básicamente en dar tres pasos hacia la cocina y otros tres hacia el sofá. Aun así, me ayuda a gastar parte de la energía homicida que se me empieza a acumular en la boca del estómago.

Laura:

¿Has hablado con un desconocido
haciéndote pasar por mí?

Pamela:

No exactamente.

Laura:
Explícate.

Pamela:
Le di a un botón.

Laura:
¿QUÉ BOTÓN?

Pamela:
Al de me gusta.

Laura:
Joder...

Pamela:
Y él también le dio.

Kim:
Técnicamente eso es un *match*.

Violet:
Un *match* en toda regla.

Me dejo caer sobre el sofá y suelto un sonoro resoplido. Necesito amigas nuevas o una orden de alejamiento para las cuatro o las dos cosas.

Laura:
Esto es una locura.

Pamela:
¡Qué va!

Laura:
Y tanto que lo es.

Pamela:
Laura, llevas más de un año evitando cualquier cosa que remotamente se parezca a una cita.

Laura:
Porque estoy ocupada.

Pamela:
No, porque tienes miedo.

Su frase me atraviesa el pecho. Supongo que mis amigas se han quedado sin saber qué responder, porque durante un momento nadie escribe, ni siquiera Pamela.

Laura:

No tengo miedo.

Eve:

No creo que tengas miedo de salir con alguien.

Kim:

Creo que tienes miedo de volver a sentarte como te sentiste con Mark.

Aprieto los labios, porque esa sí es una diferencia importante. No me asusta una cena, ni una conversación incómoda. Lo que me da miedo es invertir tiempo, ilusión y energía en alguien para acabar descubriendo después que estaba mirando hacia otra parte todo el tiempo y volver a sentir que me sustituye a la primera de cambio.

Vuelvo a observar la fotografía de Louis Philipps, donde aparece sonriente y sin tener ni idea del debate existencial que está provocando desde algún rincón de Manhattan.

Laura:

No pienso quedar con él.

Pamela:

Ya le has respondido.

Mi corazón se detiene.

Laura:

¿CÓMO QUE LE HE RESPONDIDO?

Pamela:

Porque he pensado que sería raro dejar un *match* sin conversación.

Laura:

Voy a denunciarte.

Pamela:

Es una conversación completamente inocente.

Pamela envía otra captura y dos más, así que no puedo hacer otra cosa que leerlas.

«**Laura:** Hola.

Louis: Hola.

Laura: ¿Cómo va tu viernes?»

Louis: Trabajando más de lo recomendable.

Laura: Eso suena preocupante.

Louis: Probablemente lo sea».

Me quedo mirando la pantalla con incredulidad.

—No puede ser —musito para mí sin apartar la vista de lo que acaba de pasar Pamela, porque esa forma de escribir sí es mía. La reconozco perfectamente.

Laura:

¿Has utilizado respuestas
mías de este chat antiguas?

Pamela:

Puede que haya investigado un poco.

Laura:

Estás enferma.

Pamela:

Y tú sigues hablando con él.

Tiene razón. Maldita sea. Porque después de los mensajes enviados por Pamela, la conversación continúa conmigo y lo peor es que Louis parece sorprendentemente normal. No intenta impresionarme, ni presume, ni me llama princesa, ni me pregunta si quiero invertir en criptomonedas. El listón está tan bajo que prácticamente atraviesa el suelo, pero aun así resulta agradable. Así que me instalo la aplicación y abro el chat privado, después de que Pamela me dé el usuario y la clave de acceso.

Louis:

Creo que deberías abandonar el trabajo.

Laura:

No creo que mi clienta estuviera de acuerdo.

Louis:

Tu clienta está equivocada.

Laura:

Buf, no la conoces.

Louis:

¿Tú sí?

Una carcajada se escapa de mis labios y antes de darme cuenta estoy escribiendo una respuesta. La conversación no es espectacular, ni aparecen fuegos artificiales, ni siento mariposas en el estómago, ni escucho violines imaginarios. Simplemente resulta fácil y precisamente eso creo que es lo que la hace agradable.

Media hora después sigo sentada en el sofá con el portátil abandonado sobre la mesa, porque la campaña de cosmética puede esperar cinco minutos o veinte... Tampoco va a venir de ahí.

Louis:

Voy a hacerte una pregunta importante.

Laura:

Me estás asustando.

Louis:

¿Cuál es tu postura oficial respecto a la pizza con piña?

Laura:

La pizza con piña debería estar penada por la ley.

Louis:

Perfecto.

Laura:

¿Era una prueba?

Louis:

Por supuesto.

Laura:

¿Y la he superado?

Louis:

Y con nota.

Una sonrisa aparece en mis labios... Quizá mis amigas no estaban completamente equivocadas, solo son un poco

insoportables.
Vuelvo al grupo.

Laura:
Odio admitirlo.

Pamela:
Lo tengo claro.

Laura:
Todavía no he dicho nada.

Pamela:
Pero vas a admitir que tenía razón.

Laura:
Tampoco hace falta exagerar.

Eve:
Eso significa que sí.

Kim:
Traducción confirmada.

Violet:
Proceda.

Resoplo y después escribo.

Laura:
Louis parece normal.

Pamela:
DIOS MÍO...
iiiCHICAS, HA DICHO
QUE PARECE NORMAL!!!

Laura:
Compórtate.

Pamela:
Estamos presenciando
un acontecimiento histórico.

Laura:
Pamelaaaaaaaaaaaaa.

Pamela:
¿Ya os he contado que le he conseguido una cita?

Me quedo inmóvil, totalmente inmóvil.

Laura:
¿Qué?

Pamela:

Ups.

Otra vez la misma maldita palabra.

Laura:
Pamela.

Pamela:

Mañana.

Laura:
Pamela.

Pamela:

Siete de la tarde.

Laura:
PAMELAAAAAAAAA

Pamela:

Restaurante en Manhattan.

Eve:

Voy a necesitar palomitas.

Kim:

Me apunto!

Violet:

¡Yo también!

Me cubro la cara con una mano y durante unos segundos considero seriamente cambiar de identidad y mudarme a Alaska. Pero después, vuelvo a abrir la conversación con Louis y la cita aparece confirmada y real. Y yo, por alguna razón que no sé, no la cancelo quizá porque, por primera vez en mucho tiempo, la idea de conocer a alguien no me parece una amenaza.

Regreso al grupo.

Laura:
Si mañana aparezco muerta,
borrad mi historial de búsqueda.

La respuesta de Pamela llega casi instantáneamente.

Pamela:

Imposible, lo estamos guardando
para el discurso de tu funeral.

2

Arthur

La impuntualidad es una forma muy concreta de decirle a otra persona que su tiempo vale menos que el tuyo, por eso la detesto. No porque doce minutos de retraso vayan a cambiar mi vida, ni porque tenga ninguna urgencia. Simplemente porque me gusta saber con quién estoy tratando y una persona que llega tarde a una reunión importante sin avisar dice bastante de sí misma.

Levanto la vista del reloj y compruebo que llega tarde doce minutos y treinta y ocho segundos. Los he contado, no me avergüenza reconocerlo. El restaurante está prácticamente lleno y oigo varias conversaciones amortiguadas a mi alrededor, mientras los camareros se desplazan entre las mesas. Al otro lado de los ventanales, Manhattan continúa brillando con su habitual energía, que hace que la ciudad parezca despierta incluso cuando la gran parte del país ya está pensando en acostarse.

Mi posible cliente sigue sin aparecer y cuando mi paciencia acaba de salir por la puerta, mi teléfono vibra sobre la mesa. Es Rita, mi asistente.

Rita:

¿Ha llegado?

Respondo sin pensarlo.

Arthur:

No.

Tres puntos indicándome que me está respondiendo aparecen inmediatamente.

Rita:

Entonces asumo que ya te cae mal.

Arthur:

Lleva más de doce minutos de retraso.

Rita:

Gracias por confirmar mi teoría.

Dejo el teléfono sobre la mesa con la sensación de que Rita trabaja para mí porque disfruta viendo cómo me sacan de mis casillas este tipo de cosas. Lanzo un suspiro y decido darle unos minutos más de margen al cliente mientras reviso el correo. Justo en ese momento, oigo como la puerta del restaurante se abre. No es algo extraño, porque la puerta se ha abierto y cerrado varias veces desde que estoy aquí. Lo extraño es la mujer que entra, porque parece estar planteándose seriamente darse la vuelta y marcharse. La observo con disimulo y veo que permanece inmóvil junto a la entrada durante unos segundos mientras observa el restaurante. Lleva un vestido azul, unas sandalias de tacón y un bolso sujeto contra el pecho. Además, es rubia y lleva el pelo suelto. No parece una mujer que venga a impresionar a nadie, sino alguien que se está cuestionando todas las decisiones que ha tomado durante la última semana y eso llama mi atención.

La veo respirar hondo y, después, observa la sala con detenimiento, entonces empieza a caminar. Es evidente que está buscando a alguien. Mira una mesa, luego otra, después una tercera y finalmente sus ojos encuentran los míos y sonríe con alivio. Su expresión me desconcierta, la verdad. La mujer empieza a caminar directamente hacia mí. Frunzo ligeramente el ceño, porque estoy seguro de que no la conozco. Sin embargo, ella actúa como si ella sí supiera quién soy. Cuando llega junto a mi mesa se detiene, se recoloca el bolso sobre el hombro y me observa durante unos segundos. Muy pocos se permiten observarme así, porque la mayoría intenta impresionarme y otros tratan de agradarme, pero ella parece estar evaluándome.

—Vale —dice finalmente mientras exhala el aire que estaba reteniendo—. Antes de nada necesito decir una cosa.

Dejo el teléfono sobre la mesa y levanto una ceja mientras la miro.

—Suena preocupante —le digo con los ojos fijos en los suyos.

Ella ocupa la silla frente a mí sin esperar a que la invite a sentarse y apoya el bolso sobre la silla contigua.

—Eres menos rubio de lo que esperaba.

—¿Perdón? —pregunto sin relajar aún el ceño.

—En las fotos parecías mucho más rubio.

La observo, ella me observa y durante un segundo ninguno de los dos añade nada más.

—Aunque sinceramente eso no es lo que más me preocupa —añade.

—Empiezo a sentir curiosidad —le respondo apoyándome contra el respaldo de la silla.

—Tu energía.

—¿Mi energía?

—Sí, tu energía —me confirma asintiendo con absoluta convicción.

—No estoy seguro de querer escuchar el resto —suelto a media voz.

—Tienes una energía sospechosamente corporativa para alguien que dijo que adoraba los mercadillos de Brooklyn.

Ah, ya está. La explicación aparece de golpe en mi cabeza. Cree que soy otra persona con la que tiene una cita. Sea quien sea con quien haya quedado, se ha equivocado de mesa y yo debería corregirla ahora mismo. Sin embargo...

—¿Energía corporativa? —pregunto.

Ella se acomoda mejor en la silla.

—Muchísima.

—Eso parece una acusación seria.

—Porque lo es —me responde convencida de lo que dice.

—¿Hay algún método científico detrás? —le pregunto dispuesto a seguirle el juego.

—Por supuesto.

—Explícamelo.

La sonrisa que aparece en sus labios es rápida y divertida.

—Pareces un hombre que utiliza hojas de cálculo para organizar otras hojas de cálculo.

—Eso ha sido extrañamente específico —le respondo echándome ligeramente hacia atrás en la silla.

—Porque tengo talento —me contesta alzando una ceja.

—O porque acabas de inventarte algo.

—Tu cara dice que me estoy acercando bastante.

Estoy a punto de soltar una carcajada al escuchar su respuesta, aunque, por poco, consigo contenerla.

—¿Ves? Ahí está —añade entrecerrando los ojos.

—¿El qué? —pregunto desconcertado.

—La cara —me contesta segura de lo que dice.

—¿Qué le pasa a mi cara? —quiero saber intrigado.

—La expresión de ejecutivo que intenta parecer relajado.

—Eso no tiene sentido.

—En mi cabeza sí —suelta encogiéndose de hombros.

—Empiezo a sospechar que tu cabeza es un lugar peligroso.

—No tienes ni idea —resopla.

Por alguna razón que no entiendo, estoy disfrutando de la conversación con esta chica, algo que me desconcierta por completo, porque no la conozco y, además, yo sigo esperando a mi cliente, por lo que debería aclarar la confusión. Sin embargo, no lo hago y continúo escuchándola y observándola, mientras intento averiguar qué la hace tan diferente de las personas con las que suelo compartir mesa.

—Ahora te toca responder —me dice inclinándose ligeramente hacia delante.

—¿A qué exactamente?

—A la acusación.

—¿La de las hojas de cálculo?

—No, la de los mercadillos —me aclara.

—¿Y si te dijera que sí me gustan?

—No te creería —contesta haciendo una mueca escéptica.

—Qué injusto —resoplo.

—No es injusto. Es observación.

—¿Y qué observas?

Apoya el codo sobre la mesa y empieza a hablar.

—Que llevas un reloj precioso, una chaqueta que probablemente cuesta más que el alquiler de mi apartamento y tienes cara de que estabas evaluando este restaurante mientras me esperabas.

La miro, ella me mira y por primera vez en toda la semana tengo que hacer un esfuerzo consciente para no reírme, porque esta desconocida acaba de describirme con una precisión irritante.

Una camarera aparece junto a la mesa antes de que pueda responder.

—¿Puedo traerles algo para beber? —pregunta con una sonrisa profesional.

La chica que tengo frente a mí aparta la vista de mi cara para observar la carta que tiene frente a ella. La estudia durante exactamente tres segundos y después la cierra.

—Vino tinto.

La camarera asiente y se vuelve hacia mí.

—¿Y usted, señor?

—Whisky.

Laura deja escapar un sonido de satisfacción. La camarera parpadea y yo también.

—¿Qué significa eso? —pregunto alzando una ceja cuando la camarera se aleja.

—Que tenía razón.

—¿Sobre qué?

—Sobre ti.

—Empiezo a cansarme de esa frase.

—Acostúmbrate.

—Whisky —dice señalando mi vaso imaginario con un dedo.

—¿Y?

—La típica bebida de un hombre que responde correos durante las vacaciones.

—Eso es ridículo.

—¿Lo haces?

—A veces —reconozco mirando para otro lado.

—Gracias por confirmar mi teoría.

Sacudo la cabeza.

—¿Siempre eres así?

—¿Así cómo?

—Convencida de que tienes razón.

Ella apoya la barbilla sobre la mano.

—No siempre.

—Mentira.

—Vale. Casi siempre —reconoce.

—Eso suena agotador.

—Para los demás, sí —reconoce encogiéndose de hombros,

Su respuesta le sale tan deprisa que no parece preparada, sino espontánea y eso vuelve a sorprenderme. Estoy acostumbrado a personas que calculan todo lo que van a decir antes de decirlo y ajustan sus respuestas según quién tengan delante. Ella no parece hacerlo, lo cual probablemente debería resultar peligroso, pero, en lugar de eso, me resulta refrescante.

La camarera regresa con las bebidas y ella espera a que se marche para dar un sorbo a su copa de vino. Luego la deja sobre la mesa y vuelve a estudiarme durante unos segundos. No intenta disimularlo siquiera.

—¿Qué? —pregunta al darse cuenta de que la estoy observando.

—Que llevas todo este rato intentando averiguar qué clase de persona soy.

—¿Y eso te molesta? —me pregunta arqueando una ceja.

—Me llama la atención.

—Es una primera cita. Se supone que tengo que hacer trabajo de campo, ¿no?

—¿Trabajo de campo?

—Claro. Necesito descubrir si eres un hombre normal o alguien que esconde cadáveres en el sótano de su casa.

—Llevamos cinco minutos hablando y ya me has convertido en asesino... La cosa promete —resoplo negando con la cabeza.

—Las mujeres tenemos que pensar en esas cosas —me responde encogiéndose de hombros mientras da otro sorbo a su copa.

—Te aseguro que no escondo cadáveres en ningún sitio.

—Eso es lo que diría alguien que los esconde.

—Empiezo a sospechar que es imposible ganar esta conversación.

—Porque lo es.

—Al menos eres sincera.

—Siempre.

No puedo discutir eso, porque tiene razón.

—¿Ves? —sonríe al detectar mi rendición.

- No empieces.
- Lo he conseguido.
- ¿El qué?
- Dejarte sin argumentos.
- Eso tampoco ha ocurrido.
- Ha ocurrido un poco.

La conversación debería haberse agotado hace rato, pero no lo hace y cuanto más tiempo pasa, más evidente resulta que esta mujer no intenta impresionarme, ni hacerse la interesante, ni la sofisticada. Simplemente es ella misma y no recuerdo la última vez que vi algo parecido.

- Ahora me toca preguntar a mí —digo.
- Adelante.
- ¿Por qué has estado a punto de huir antes de entrar?

La pregunta la toma por sorpresa, después pestañea, fija la mirada en el borde de la copa y luego vuelve a mirarme.

- ¿Tanto se notaba?
 - Bastante —asiento con la cabeza.
 - Genial —resopla.
 - No me has respondido.
- Ella suspira.
- Porque las citas son horribles.
 - Esa es una afirmación bastante radical.
 - ¿Lo es?
 - Un poco.
 - Entonces la reformulo: la mayoría de las citas son horribles.
 - Eso mejora mucho tu respuesta —acepto.
 - Gracias —asiente apretando los labios.
 - De nada.

Una sonrisa pequeña y divertida aparece otra vez en sus labios y, sin saber por qué, me doy cuenta de que estoy pendiente de cuándo aparece y de cuándo desaparece, algo que no me resulta especialmente cómodo, porque no es propio de mí.

- Mis amigas me obligaron —admite finalmente.
- ¿Te secuestraron?
- Prácticamente.

—Eso explicaría muchas cosas.

—Tengo un grupo de amigas que considera que mi vida sentimental necesita intervención—me cuenta sin apartar la mirada del pie de su copa.

—Suená preocupante.

—Lo es.

—¿Y ellas aprobarían esta cita?

—Todavía no han tenido ocasión de evaluarte —se ríe.

—Qué alivio —resoplo.

—No te emociones. Pamela te suspendería por esa chaqueta.

—¿Qué tiene mi chaqueta? —le pregunto bajando la mirada hasta mi americana.

—Demuestra que tienes demasiada confianza en ti mismo.

—Solo es una chaqueta —afirmo con asombro.

—Pamela diría que las chaquetas hablan.

—Tu amiga parece agotadora.

—Porque lo es —sentencia.

—Entonces estamos de acuerdo.

—Absolutamente.

La facilidad con la que habla de sus amigas hace que pueda imaginármelas. Entre ellas está la caótica, la sensata, la romántica y la que lo analiza todo. Por como habla de ellas también me transmite que les tiene mucho cariño y confianza, algo que no muchos tienen la suerte de encontrar en sus amigos.

—¿Y tú? —pregunta de repente—. ¿Tienes amigos que juzgan tus decisiones?

La pregunta me hace sonreír.

—Tengo una asistente ejecutiva.

—Eso no es lo mismo.

—Depende del día —me encojo de hombros.

—No quiero saberlo.

—Probablemente es lo mejor.

—¿Cómo se llama?

—Rita.

—Suená competente —me contesta alzando una ceja.

—Porque lo es.

—¿Y te soporta?

—Sorprendentemente sí.

—Entonces me cae bien.

Me apoyo ligeramente contra el respaldo de la silla mientras la observo y me doy cuenta de que la conversación sigue avanzando sin esfuerzo, sin silencios incómodos y sin necesidad de rellenar huecos. Simplemente avanza y cuanto más lo hace, más evidente me resulta que me he olvidado del cliente por completo, lo cual debería preocuparme mucho más de lo que lo hace.

—Voy a hacer una confesión —me dice cogiendo la copa.

—Eso suena peligroso.

—Pensaba que ibas a ser insoportable.

—Gracias.

—Es un cumplido —asiente sonriente.

—No estoy seguro de compartir tu definición de cumplido.

—En mi defensa te diré que tu perfil ayudó bastante.

—¿Mi perfil? —pregunto frunciendo el ceño.

—Sí, parecías uno de esos tíos que publican fotos haciendo senderismo para aparentar profundidad emocional.

Se me escapa una carcajada sin conseguir contenerla. Ella me mira sorprendida y después sonríe sin reservas. Justo en ese instante, levanto la vista por encima de su hombro y veo que la puerta principal acaba de abrirse. Un hombre rubio entra en el restaurante, mira su móvil, después observa a su alrededor, vuelve a mirar el móvil y después empieza a buscar entre las mesas. Lo reconozco inmediatamente. No porque lo conozca, sino porque la situación es evidente. Ese hombre está buscando a la mujer que tengo frente a mí. La solución sigue siendo sencilla. Solo tengo que decir la verdad. Explicarle lo que ha ocurrido y comportarme como una persona razonable. Pero, entonces, vuelve a sonreír y por alguna razón que todavía no entiendo, decido que cinco minutos más no pueden ser tan peligrosos.

3

Laura

Hay varias razones por las que una mujer puede sentirse atraída por un hombre: la sonrisa, la conversación, la inteligencia, la capacidad de escuchar, la forma en que la mira. Sin embargo, yo estoy empezando a descubrir una nueva: la absoluta y desconcertante habilidad de Louis para llevarme la contraria.

Apoyo los codos sobre la mesa mientras niego con la cabeza.

—Sigues sin convencerme.

Él deja el vaso de whisky junto al plato y arquea una ceja.

—¿Sobre qué exactamente?

—Sobre los mercadillos.

—Otra vez —resopla.

—No voy a dejarlo pasar.

—Empiezo a sospechar que te tomas este tema muy en serio.

—Porque me gusta tener razón —le confirmo.

—Eso me ha quedado claro.

Una sonrisa amenaza con escaparse de mis labios, la reprimo, pero fracaso. Además, él la ve aparecer, lo sé porque me deja ver la suya inmediatamente después. Mal asunto, muy malo, porque hace una hora estaba convencida de que esta cita iba a ser un desastre y ahora estoy sentada en un restaurante elegante de Manhattan discutiendo con un desconocido sobre mercadillos de Brooklyn divirtiéndome más de lo que podría haberme imaginado. La situación merece una reflexión profunda, pero por desgracia para mí, Louis sigue hablando.

—Voy a confesarte algo —empieza.

—Eso suena interesante.

—Jamás he pisado un mercadillo de Brooklyn.

Abro mucho los ojos.

—¡Lo sabía!

Él se ríe.

—Pero tampoco he dicho que me gustaran.

—Tu perfil lo decía.

—Mi supuesto perfil dice muchas cosas —admite.

Hay algo extraño en la forma en que responde. No sabría explicar por qué. Solo siento una especie de diversión escondida detrás de algunas de sus frases, como si estuviera observando una película que solo él puede ver.

Antes de seguir analizándolo, la camarera aparece para tomar nota de los platos. Así que aprovecho para coger el móvil, lo que es un grave error, porque veo que el chat de «Decisiones cuestionables» tiene cuarenta y siete mensajes sin leer y eso que solo ha pasado una hora desde la última vez que miré el teléfono.

Pamela:

¿LAURA, SIGUES VIVA?

Kim:

Si no responde es porque ha encontrado el amor.

Violet:

O porque está escondida en el baño.

Eve:

Apuesto por el baño.

Pamela:

Necesitamos actualizaciones,
fotos y alguna prueba de vida.

Levanto la vista del móvil y veo que Louis me observa.

—¿Amigas?

—Peor.

—Eso parece preocupante.

—Llevan intentando controlar mi vida sentimental desde hace años.

—¿Y cómo va el experimento?

—Todavía no han conseguido que me case con nadie.

—Entiendo que lo consideran un fracaso.

—Absolutamente —asiento y él se ríe de nuevo.

Dios, debería ser ilegal que un hombre resulte más atractivo cuando se ríe.

—Déjame adivinar —dice apoyando un brazo sobre la mesa—. Ahora mismo están exigiendo información sobre nuestra cita, ¿no?

—Y también fotografías —añado.

—Eso sí que es inquietante.

—Tú no las conoces —resoplo.

—Por el bien de mi tranquilidad mental, quizá sea mejor que continúe así.

Le hago una foto sin avisar ni pensar y el clic suena. Él parpadea y yo también, por lo que acabo de hacer.

—¿Me has hecho una foto?

—Sí —asiento con la cabeza.

—¿Debería preocuparme?

—Probablemente.

—Eso no es muy tranquilizador.

Abro el chat, adjunto la imagen y Pamela responde al instante de que termine de enviarse.

Pamela:

OH.

Kim:

OH.

Eve:

OH.

Violet:

Joder, ahora entiendo por qué no contestabas.

Cierro el móvil inmediatamente y no pienso compartir lo que han respondido mis amigas con él ni muerta.

—La expresión de tu cara me preocupa —comenta.

—Es una reacción normal —le respondo tratando de restar importancia.

—No lo parece.

—Mis amigas son incapaces de comportarse como personas adultas funcionales —le aclaro.

—Empiezo a entender por qué te caen bien.

Lo dice con tanta naturalidad que se me escapa una carcajada y ahí está otra vez esa sensación de estar relajándome, de olvidar que esto es una cita y de que incluso hace apenas veinticuatro horas no quería venir.

La conversación sigue avanzando sin esfuerzo. Saltamos de Nueva York a trabajos absurdos, de eso a primeras citas, después a historias vergonzosas y resulta que Louis tuvo una compañera de universidad que intentó venderle suplementos alimenticios durante una cena romántica. Yo le cuento que una vez salí con un hombre que se pasó cuarenta minutos hablando de criptomonedas. Por lo que ambos nos damos cuenta de que estamos de acuerdo en que la humanidad necesita menos aplicaciones y más sentido común.

—No entiendo cómo sobrevivimos todavía como especie —digo mientras doy un sorbo al vino.

—Puro optimismo.

—Yo apostaría por pura suerte.

—Sí, esa también es una teoría sólida.

La conversación vuelve a detenerse unos segundos porque ambos estamos sonriendo. Pero entonces ocurre algo peor: me fijo realmente en él, pero no de pasada, ni como al principio cuando intentaba decidir si era un asesino. Ahora lo observo de verdad y veo que tiene los hombros anchos, la mandíbula marcada, los ojos claros, la forma en que me presta atención cuando hablo, cómo me sostiene la mirada y, sobre todo, la manera en que parece completamente seguro de sí mismo sin necesidad de demostrarlo.

Mal asunto, porque el atractivo físico es manejable, pero lo complicado aparece cuando además te gusta hablar con alguien y Louis está empezando a gustarme bastante. No obstante, hay algo profundamente injusto en descubrir que una cita está funcionando cuando habías invertido una cantidad considerable de energía en convencerte de que iba a ser un desastre. Porque entonces ya no puedes refugiarte en el cinismo, ni en las excusas, ni en la comodidad de pensar que todos los hombres interesantes existen únicamente en series de televisión y novelas románticas.

—Parece que estás pensando mucho —me dice inclinándose ligeramente hacia delante, mientras la camarera rellena nuestras copas.

—Eso nunca es una buena señal.

—¿Para quién? —me pregunta.

—Para mí.

—Qué tranquilizador.

—Te prometo que es peor dentro de mi cabeza.

—Empiezo a sospecharlo.

Su mirada permanece fija en mí mientras habla. Parece interesado en lo que digo, aunque la conversación haya derivado hacia temas tan apasionantes como la vez que un cliente insistió en que una campaña publicitaria necesitaba transmitir «más energía de unicornio». La mayoría de las personas fingiría atención durante treinta segundos, pero él incluso me pide ejemplos.

—Sigo pensando que lo de la energía de unicornio merece un estudio científico —comenta.

—Sigo pensando que deberías pasar una semana trabajando con clientes con trabajos creativos.

—Prefiero correr tres maratones seguidos.

—¡Qué cobarde! —exclamo.

—Realista —sentencia él.

Una sonrisa se instala en mis labios y la conversación continúa moviéndose con una facilidad que empieza a resultar peligrosa. Hablamos de Nueva York, de los barrios que más nos gustan y de las pequeñas obsesiones que desarrollas cuando llevas años viviendo en una ciudad que nunca parece detenerse. Resulta que los dos odiamos los grupos de turistas que se paran en mitad de la acera y que ambos creemos que encontrar una mesa libre para desayunar un domingo debería considerarse deporte olímpico.

—Voy a decir algo impopular —anuncio.

—Eso siempre termina bien.

—Times Square está sobrevalorado —suelta y se lleva la copa a los labios.

—Valiente —le suelto.

—Gracias —responde después de dar un trago.

—También coincidido con eso.

—Lo sabía.

—Aunque sospecho que acabas de ganarte algunos enemigos.

—Estoy dispuesta a asumir el riesgo.

Me observa unos segundos antes de negar con la cabeza.

—Tienes una confianza preocupante para alguien que lleva una hora juzgándome.

—No te estoy juzgando —le aseguro.

—Me acusaste de utilizar hojas de cálculo recreativamente.

—Porque sigues pareciendo capaz de hacerlo.

—Eso va a perseguirme toda la noche, ¿verdad?

—Probablemente —asiento con la cabeza

La risa que escapa de su garganta al escucharme, consigue algo que me resulta bastante irritante: hace que quiera volver a escucharla. Aparto la mirada hacia la ventana para disimular. Fuera, la ciudad sigue brillando bajo la noche de verano. Los coches avanzan por la avenida, la gente entra y sale de restaurantes, una pareja discute junto a un semáforo y un repartidor atraviesa la calle sobre una bicicleta eléctrica.

Nueva York siempre parece estar contando cien historias al mismo tiempo y sin saber muy bien por qué, razón, esta noche la mía no está resultando tan mala.

—¿Sabes qué es lo raro? —le pregunto mientras vuelvo a mirarlo.

—Ilumíname...

—Pensaba que iba a pasar toda la cena buscando excusas para marcharme —admito.

—Y sin embargo sigues aquí.

—Y sin embargo sigo aquí —asiento con la cabeza un instante y hago el gesto propio de alguien que escucha algo que le gusta.

—Eso es porque tus expectativas eran lamentables —dice finalmente.

—Mis expectativas eran realistas —le corrijo.

—Qué forma tan elegante de insultarme.

—Ni siquiera te conocía.

—Ahora me conoces un poco más.

—Sí, un poco más.

La frase queda suspendida entre nosotros durante un momento y no resulta incómoda, lo incómodo es descubrir que me gusta cómo suena.

Estoy a punto de decir algo cuando una voz masculina aparece a mi espalda.

—Perdona.

Parpadeo y mi sonrisa desaparece. Miro hacia arriba y veo que un hombre rubio está de pie junto a nuestra mesa. Tiene el móvil en una mano y una expresión confundida en la cara. Después me mira, luego a Louis, para después vuelve a mirarme.

—¿Laura?

Mi estómago se desploma directamente hasta el suelo.

«Oh. Oh, no. No. No, no, no», me digo para mí.

El hombre rubio baja la vista hacia su teléfono y después vuelve a mirarme.

—Soy Louis.

Durante un segundo completo me quedo inmóvil, aunque el restaurante sigue lleno, la música de fondo continúa sonando y los camareros siguen moviéndose entre las mesas, pero yo quiero desaparecer. Convertirme en humo, evaporarme o mudarme a otro estado también me parece una opción razonable.

Miro al hombre que tengo sentado frente a mí, después al que está de pie, vuelvo a mirar al hombre mismo hombre y entonces comprendo lo que ha ocurrido. He estado cenando con un desconocido. Un desconocido increíblemente atractivo, que me ha dejado llamarlo Louis durante más de una hora y que ahora mismo parece estar luchando contra un ataque de risa.

—Oh, Dios mío —murmuro.

El verdadero Louis frunce el ceño.

—¿Qué está pasando?

—Excelente pregunta —respondo.

El hombre sentado frente a mí se aclara la garganta y eso no ayuda, porque está intentando no reírse.

—¿Tú quién eres? —pregunta Louis señalándolo.

—Esa también es una excelente pregunta —digo antes de que él me responda.

En este momento quiero morirme de verdad, aquí mismo sobre la silla y en medio de este restaurante tan lujoso.

—Pensaba que habíamos quedado —me dice Louis que sigue observándonos al desconocido y a mí con creciente desconcierto.

—Sí, habíamos quedado —le confirmo.

—Entonces... —empieza con gesto de no entender nada y moviendo una mano entre nosotros—. ¿Qué demonios es esto?

La pregunta sería razonable si no fuera porque empieza a sonar molesto y después empeora. mucho.

—La verdad es que no entiendo cómo has podido confundirte —dice Louis mirándome—. Mis fotos son bastante claras.

La frase me hace parpadear varias veces, porque no es lo que dice sino cómo lo dice. Da la sensación de que el problema es mío y de que me está regañando. Y de repente la vergüenza empieza a transformarse lentamente en irritación, muy lentamente, pero lo suficiente.

—Bueno —respondo mientras cruzo los brazos—, técnicamente tú has llegado cuarenta minutos tarde.

—Treinta y siete —me corrige.

—Qué alivio —resoplo.

Louis no parece captar el sarcasmo y eso ya es mala señal.

Arthur, o quien demonios sea el hombre que está al otro lado de la mesa, permanece sentado frente a mí observando la escena con una expresión que empieza a resultarme sospechosamente divertida.

—Las fotos eran claras —repito.

—Exacto.

—Y aun así has llegado tarde.

—He tenido una reunión —se excusa.

—Yo también tenía una cita.

La respuesta sale antes de que pueda detenerla y el verdadero Louis parece ofendido, lo cual me resulta fascinante porque es él quien ha llegado casi cuarenta minutos tarde.

—Bueno, ya estoy aquí.

La frase cae sobre la mesa con toda la delicadeza de una piedra y el hombre con el que estaba cenando tan ricamente baja la mirada hacia su vaso. No hace falta ser un genio para entender que está intentando no intervenir y tampoco para entender que probablemente está disfrutando.

—Qué suerte la mía —murmuro.

Louis frunce el ceño.

—¿Perdona?

—Nada.

—No, creo que has dicho algo —insiste.

—Laura —interviene el verdadero Louis con una calma irritante mientras se apoya con las manos en la mesa—. Creo que está claro que ha sido una confusión.

Lo miro, él me devuelve la mirada y durante un segundo parece estar intentando salvar la situación, pero acto seguido parece querer salvarme a mí. La diferencia es importante y el verdadero Louis vuelve a señalarlo.

—Sigo sin saber quién es este tipo.

El hombre que está sentado frente a mí se gira hacia él y, por primera vez desde que Ethan ha llegado, su expresión pierde parte de la ligereza. No se vuelve hostil ni agresiva, simplemente aparece una seguridad tranquila en su gesto, que hace que el ambiente parezca cambiar ligeramente.

—Arthur Parks.

Louis parpadea y yo también, porque por fin sé su nombre real y creo que le pega muchísimo llamarse así. Louis, por su parte, parece esperar una explicación, una disculpa o una justificación, pero Arthur no parece estar dispuesto a darle nada de eso. La espera se alarga y entonces Louis decide seguir a lo suyo.

—Pues vaya situación —suelta.

—Desde luego —respondo.

—Aunque sinceramente sigo sin entender cómo ha ocurrido.

Ahí está otra vez esa forma de decir las cosas y la sensación de que está buscando un culpable y ha decidido que soy yo y eso acaba de cabrearme, porque una cosa es llegar tarde y otra muy distinta es actuar como si estuvieras haciéndome un favor por aparecer.

—Ha ocurrido porque me senté en la mesa equivocada —explico con paciencia—. Después tuvimos una conversación.

—Una conversación de más de una hora —añade Louis alzando una ceja.

—Las conversaciones a veces duran más de cinco minutos —le advierto.

Louis sonríe, aunque no es una sonrisa agradable, pero es la propia de alguien que está convencido de que está siendo encantador.

—Bueno, supongo que eso significa que os habéis llevado bien —afirma Louis.

Su frase podría ser inocente, pero no lo es, lo noto inmediatamente y Arthur también. Porque cuando vuelvo la vista hacia él descubro que está observando a Louis exactamente igual que un tiburón observa algo que acaba de caer al agua.

—Hemos tenido una cena agradable —responde Arthur con tono educado y tranquilo, aunque por alguna razón eso resulta más intimidante que si hubiera levantado la voz.

—¿Entonces qué hacemos? —me pregunta Louis mirándome.

La pregunta me deja desconcertada.

—¿Cómo que qué hacemos?

—Con la cita.

«Ah, claro, la cita... *esa* cita, la que me apetecía aproximadamente un treinta por ciento hace una hora y que ahora mismo me apetece menos que una extracción dental», me digo para mí tratando de no hacer ni el más mínimo gesto con mi cara.

—Podemos pedir otra mesa —me dice Louis ajustándose la chaqueta.

La idea me produce una reacción física inmediata, mi estómago intenta escapar, mi cerebro empieza a gritar y mi instinto de supervivencia se pone de pie y sale corriendo.

—No creo que sea necesario —le respondo.

—¿Por qué no? —pregunta desconcertado.

«Porque has conseguido volverme a quitar las ganas de conocerte en menos de cinco minutos. Porque llevas aquí tres minutos y ya me siento agotada. Porque el hombre al que he confundido contigo me resulta infinitamente más interesante», pienso, pero por desgracia no puedo decir ninguna de esas cosas en voz alta.

—Porque ha sido una noche larga.

—No hemos tenido ni una cita todavía —me responde molesto.

—Técnicamente sí.

—Conmigo no.

Arthur se aclara la garganta, aunque esa maniobra no disimula la sonrisa que amenaza con aparecer en sus labios.

—Eso es cierto —dice.

Le lanzo una mirada asesina que él parece disfrutar.

—Podemos empezar de cero —me propone Louis volviéndose a centrar en mí.

Justo entonces, Arthur interviene con tanta naturalidad, que durante un segundo parece la continuación lógica de la conversación.

—Creo que Laura ya ha tomado una decisión.

Mi corazón se detiene al escuchar lo que acaba de decir.

—No estaba hablando contigo —le dice Louis girándose para mirarlo.

—Lo sé.

—Entonces...

—Entonces quizá deberías escuchar lo que Laura te está diciendo —le responde Arthur apoyándose ligeramente contra el respaldo de la silla.

La temperatura de la mesa parece subir varios grados, porque por primera vez alguien está diciendo exactamente lo que yo no tenía ganas de explicar y no me atrevía. Louis vuelve a mirarme, yo respiro hondo y decido ser sincera.

—No quiero otra mesa —le suelto al fin y mi respuesta queda suspendida sobre nuestras cabezas.

—¿En serio? —pregunta finalmente Louis tras varios segundos sin reaccionar.

—En serio —le contesto asintiendo con la cabeza.

—¿Por él?

—¿Qué? —le pregunto abriendo mucho los ojos—. ¿Por él?

Arthur cierra los ojos un instante y pone la expresión más cercana a la resignación que le he visto durante toda la noche.

—Creo que voy a dejar de hablar —comenta.

—Excelente idea —murmuro.

Louis niega con la cabeza y después se encoge de hombros.

—Pues nada.

La forma en que pronuncia esas dos palabras consigue que me sienta culpable durante aproximadamente medio segundo, luego recuerdo que ha llegado cuarenta minutos tarde y la culpa desaparece milagrosamente.

—Que os vaya bien —nos dice y se marcha sin más.

Lo vemos alejarse entre las mesas y salir por la puerta y entonces me dejo caer contra el respaldo.

—Voy a necesitar una nueva identidad —. Arthur se ríe abiertamente esta vez—. Me alegra que alguien esté disfrutando.

—Ha sido la mejor primera cita que he visto nunca.

—No era tu primera cita —le corrijo.

—Técnicamente tampoco era la tuya.

—Tú —le digo señalándolo con el dedo índice.

—Yo... ¿qué?

—Explícame una cosa.

Arthur arquea una ceja.

—Intentaré hacerlo.

—¿Quién demonios eres?

—Arthur Parks —me dice con una sonrisa que aparece lentamente en sus labios.

—Eso ya lo sé —chasqueo la lengua.

—Entonces estamos progresando —asiente con la cabeza.

Entrecierro los ojos y él me sostiene la mirada.

—El hombre equivocado, aparentemente —añade sin rodeos.

4

Arthur

—¿Estás riéndote?

Laura me lanza la pregunta desde el otro lado de la mesa con los brazos cruzados y la expresión propia de quien acaba de descubrir que ha dedicado una cena entera al desconocido equivocado.

Sería inteligente negarlo y pedir disculpas con seriedad. Por desgracia, sigo encontrando la situación demasiado divertida.

—No —respondo mientras dejo el vaso sobre la mesa.

—Arthur —me dice ladeando la cabeza y sin dejar de mirarme—. Tienes cara de estar riéndote por dentro.

—No sabía que eso tuviera una cara concreta.

—La tiene. Es la tuya ahora mismo —sentencia Laura.

Me obligo a mantener el gesto neutro, aunque tiene razón. No me estoy riendo de ella, sino de la sucesión absurda de acontecimientos que ha convertido una cena de trabajo fallida en la conversación más entretenida que he tenido en semanas. Sin embargo, Laura no parece apreciar la diferencia.

—Sabías que me había equivocado —dice, inclinándose hacia delante—. Lo has sabido desde el primer momento.

—Desde el tercero, quizá.

—Eso no ayuda.

—Me lo imagino.

—Y aún así decidiste permitir que te llamara Louis durante una hora —me recrimina.

—No ha sido una hora exacta.

—Arthur...

—Han sido cuarenta y ocho minutos, aproximadamente.

Laura abre la boca para decir algo, pero la cierra al momento y mira hacia el techo del restaurante con una paciencia que parece estar llegando a su límite.

—No puedo creer que estés intentando defenderte contando los minutos —resopla.

—No me estoy defendiendo, solo estoy siendo exacto.

—Eso es mucho peor —me responde negando con la cabeza y cogiendo su teléfono de la mesa—. Voy a tener que explicar esto a mis amigas.

—Eso parece grave.

—No tienes ni idea.

—No te creas, tengo cierta capacidad de deducción —le vacilo un poco.

Ella me mira por encima de la pantalla.

—Mis amigas son capaces de organizar un comité de crisis por un emoticono mal usado.

—Entonces quizá deberías omitir algunos detalles.

—Pienso contarles que me dejaste hacer el ridículo.

—No hiciste el ridículo. Solo te sentaste en la mesa equivocada —añado—. Eso no es hacer el ridículo.

—No. Hacer el ridículo fue quedarme.

—Eso fue una elección discutible, pero bastante acertada.

—¿Ves? —señala mi cara con el móvil—. Otra vez. No estás arrepentido.

—Te he pedido disculpas —le recuerdo.

—Con el tono propio de quien volvería a hacer lo mismo si se volviera a encontrar en la misma situación —me dice con una precisión irritante.

Me levanto, dejo la tarjeta sobre la bandeja de la cuenta y recojo mi chaqueta del respaldo.

—Quizá deberíamos marcharnos antes de que Louis decida volver para pedir una segunda oportunidad.

Laura se pone de pie de inmediato.

—Por fin dices algo sensato.

—Intento dosificarlo.

—No te preocupes. No pareces en peligro de abusar.

La acompaño hacia la salida mientras ella escribe con rapidez en el móvil. Sus dedos se mueven sobre la pantalla con energía y con un ritmo frenético. Al llegar a la puerta, un camarero nos despide con una sonrisa y Laura murmura algo sobre no volver a pisar un

restaurante con hombres rubios ni aplicaciones de citas de por medio, aunque hago como si no la hubiera escuchado.

El aire de Manhattan nos recibe cálido y cargado de vida. La acera está llena de gente que sale de cenar, taxis detenidos junto al bordillo, música escapando de un bar cercano y conversaciones mezclándose con el ruido del tráfico. La noche tiene una electricidad urbana que convierte incluso una esquina cualquiera de Tribeca en un escenario donde todo parece estar a punto de suceder.

Laura se detiene junto a la fachada del restaurante y noto que su teléfono vibra varias veces.

—Tus amigas —deduzco.

—Mis juezas —dice apartándose un mechón de la cara y abre el chat.

Intento no mirar de forma descarada. Pero sostiene el teléfono con tan poca prudencia que algunos mensajes aparecen directamente en mi campo visual.

Pamela:

NECESITO DETALLES.

Kim:

Define situación complicada.

Eve:

¿Estás bien?

Violet:

Pamela seguro que está hiperventilando.

Veo que les responde con el ceño fruncido.

Laura:

Mi cita no era mi cita.

La reacción de las amigas llega al instante.

Pamela:

¿CÓMO QUE TU CITA NO ERA TU CITA?

Kim:

¡Explícate!

Violet:

Sabía que había que verificar el sitio exacto.

Eve:

Laura, cariño, respira.

Laura bloquea el móvil y se lo guarda en el bolso con rapidez.

—No has visto nada, ¿no? —me pregunta al ver que estaba demasiado cerca de ella.

—Solo algún nombre de quién te escribía —trato de restar importancia a lo que he leído realmente.

—Pamela es peor de lo que parece.

—Eso ya parece bastante.

—No la subestimes. Una vez consiguió que un camarero nos cambiara una mesa solo porque dijo que la planta decorativa que teníamos a nuestro lado nos estaba juzgando.

—Empiezo a respetarla —digo inclinando la cabeza hacia un lado.

—Mejor que no le des alas.

Sonrío al escucharla mientras empezamos a caminar. La ciudad avanza a nuestro alrededor y, por alguna razón, ninguno de los dos se despide. Laura debería estar enfadada y yo debería volver a casa y revisar los correos que no he respondido durante la cena. Sin embargo, seguimos caminando despacio por la acera.

—Voy a pedirte una cosa —me suelta de repente.

—Adelante.

—No vuelvas a fingir que eres mi cita.

—Lo tendré en cuenta —asiento con la cabeza.

—Eso no suena a promesa —me dice girándose hacia mí para mirarme.

—No suelo prometer cosas que no dependen solo de mí.

Ella se detiene y cruza los brazos antes de mirarme.

—Esa frase es exactamente el tipo de frase que diría un directivo acostumbrado a salirse con la suya.

—Creía que ya habíamos superado lo de mi energía.

—No. Eso va a acompañarte toda la vida.

Estoy a punto de contestar cuando una voz femenina pronuncia mi nombre desde la terraza de un local cercano.

—Arthur.

Me detengo, porque, aunque no queramos, el cuerpo acaba reconociendo algunas voces antes incluso que la mente. Laura percibe el cambio, porque su expresión pasa de la diversión al interés en cuestión de un segundo.

Cassandra, mi exnovia, se acerca con una copa en la mano y un vestido diseñado para parecer casual sin serlo. Camina con paso seguro, sonrío al llegar y fija la atención en Laura incluso antes de detenerse junto a nosotros.

—Cassandra —digo a modo de saludo y gesto serio.

—Qué sorpresa verte por aquí —responde ella mientras sus ojos recorren a Laura con rapidez—. No sabía que estabas acompañado.

Laura me mira esperando que la corrija, que le explique que todo esto es una confusión y que ella no tiene nada que ver conmigo. Probablemente debería hacerlo, sobre todo porque ya hemos tenido suficiente con el episodio de Louis, pero Cassandra conoce a varios clientes importantes y una mujer a mi lado proyecta una imagen mucho más cómoda para mí que la verdad. Así que me quedo callado y Laura tarda exactamente dos segundos en comprender que no pienso arreglar el malentendido.

—Laura —se presenta ella, alargando la mano con educación.

—Cassandra —responde mi ex mientras acepta el saludo—. Encantada.

El intercambio es breve y completamente educado. Cassandra sonrío, Laura le devuelve la sonrisa y ambas se comportan exactamente como se espera de dos mujeres que acaban de conocerse, pero llevo años conociendo a Cassandra y sé reconocer cuándo está evaluando a alguien. Por la forma en que Laura la observa, sospecho que ella también lo ha notado.

—Espero que disfrutéis de la noche —dice Cassandra antes de regresar hacia la terraza.

Cuando desaparece entre la gente, Laura se gira lentamente hacia mí.

—No me lo puedo creer —suelta a media voz.

—Puedo explicarlo.

—Eso es lo que dicen los hombres justo antes de ofrecer una explicación totalmente inventada.

—No siempre —niego con la cabeza.

—No soy tonta...

—Es mi ex —le aclaro.

—Eso ya lo había entendido. Incluso antes de que intentara despellejarme con la mirada.

—Cassandra conoce a varios clientes importantes y...

—Ajá.

—Algunos creen que mi vida personal proyecta una imagen poco humana.

Laura parpadea.

—Perdona, ¿acabas de decirme que me has usado para parecer humano?

—La frase pierde matices cuando la resumes así.

—Yo diría más bien que la frase gana claridad cuando la resumo así.

—No he dicho que fueras mi pareja —le explico.

—Tampoco has dicho que no lo fuera.

Tiene razón otra vez y el hecho de que eso moleste no mejora mi posición.

—Lo siento —digo.

—No parece sentirlo —me responde Laura después de observarme durante unos segundos.

—Siento que te haya incomodado.

—¡Qué específico!

—Intento ser preciso —me encojo de hombros mientras hablo.

—Pues te aconsejo que intentes ser menos irritante. Quizá te resulte más útil.

Una carcajada se me escapa de la garganta antes de que pueda contenerla. Laura entorna los ojos, pero la comisura de su boca se mueve apenas lo suficiente para delatarla.

—Te debo una copa —digo señalando una terraza abierta a pocos metros.

—No —niega con la cabeza.

—De acuerdo —me encojo de hombros.

—Una —dice ella sin mirarme después de que demos dos pasos.

—¿Una copa? —pregunto incrédulo después de que me haya dicho que no segundos antes.

—Una sola. Para compensar el uso no autorizado de mi persona como accesorio emocional en tu vida corporativa —me suelta de carrerilla.

—Acepto las condiciones —le contesto con una sonrisa.

—No pongas esa cara —me ordena.

—¿Qué cara? —le pregunto frunciendo el ceño.

—La de hombre que cree haber ganado.

—No creo haber ganado.

—¡Mentira! —se gira para gritarme.

Cinco minutos después estamos sentados en una mesa alta junto a la ventana de un bar pequeño, con el murmullo de la calle filtrándose por la puerta abierta mientras es de noche en Manhattan. Laura sostiene una copa de vino y me observa por encima del borde.

—Entonces, Arthur Parks, hombre equivocado, usuario de mujeres ajenas para parecer humano, ¿a qué te dedicas exactamente? —me pregunta antes de dar un pequeño sorbo a su copa.

—Tengo una empresa que se dedica a las relaciones públicas estratégicas —le explico a qué se dedica mi empresa.

—Eso suena a manipular gente con presupuesto —me responde alzando una ceja.

—Bueno... Yo prefiero llamarlo gestionar narrativa —le cuento encogiéndome de hombros.

—Claro. Mucho más tranquilizador —asiente con la cabeza.

—¿Y tú?

—Marketing creativo.

—Eso suena a manipular gente con colores bonitos.

Laura se ríe antes de poder evitarlo.

—Vale. Punto para ti.

—Me lo guardo.

—No te acostumbres —me vacila.

La conversación sigue avanzando con una facilidad que empieza a resultar incómoda. Laura pregunta poco, pero observa mucho, mientras yo respondo menos de lo habitual. Ninguno cuenta gran

cosa sobre sí mismo y, aun así, tengo la sensación de que estamos prestándonos más atención de la recomendable para dos personas que se han conocido por accidente hace apenas unas horas.

Cuando salimos del bar, la acera está bastante más llena de gente que antes. Un grupo atraviesa la calle delante de nosotros y, por puro instinto, apoyo una mano en la parte baja de la espalda de Laura para guiarla entre la gente. El contacto dura apenas un instante, pero ella se tensa ligeramente antes de seguir caminando con normalidad. Retiro la mano de inmediato, aunque la sensación permanece ahí. Justo en ese momento, noto que mi móvil me vibra en el bolsillo. Lo saco mientras seguimos avanzando por la avenida y encuentro una notificación de Instagram de Cassandra.

Abro la publicación y descubro una fotografía tomada desde lejos en la que aparecemos Laura y yo caminando frente al restaurante. No hay nada especialmente comprometedor en la imagen, pero tampoco parece casual. Vista desde fuera, da la impresión de que compartimos algo más que una conversación. El texto que acompaña a la foto es breve: «Qué alegría encontrar caras conocidas en Manhattan».

—¿Qué pasa? —pregunta Laura al notar que me he detenido.

Se acerca ligeramente para mirar la pantalla y, antes de que pueda responder, entra un nuevo mensaje.

Rita:

Dime que esa mujer es tu novia.

Laura lo lee por encima de mi hombro. Después levanta la vista hacia mí y, por la expresión que aparece en su cara, tengo la sensación de que esta vez no va a conformarse con una explicación rápida.

5

Laura

Lo primero que veo al abrir los ojos es el techo de mi dormitorio, lo segundo mi móvil y lo tercero es que he cometido un error gravísimo, porque he mirado mi teléfono solo despertarme.

La pantalla muestra dieciocho mensajes sin leer. Mientras observo la pantalla veo que aparecen dos más. Cierro los ojos otra vez y durante unos segundos valoro seriamente si lanzar el teléfono al otro lado de la habitación y mudarme a otro continente. La idea tiene bastantes ventajas, pero, por desgracia, conozco a mis amigas y sé que si desapareciera, Pamela contrataría un detective privado para que me buscara hasta debajo de las piedras.

Resoplo y me incorporo en la cama. Mi pelo parece haber desarrollado personalidad propia durante la noche y mi cerebro sigue intentando procesar el hecho de que ayer tuve una cita con un hombre equivocado, rechacé al hombre correcto, terminé tomando una copa con el hombre equivocado y ahora internet parece convencido de que tengo novio. Todo muy normal. Lanzo un hondo suspiro y abro el chat. Un error, gravísimo, lo sé.

Pamela:

SIGO ESPERANDO EXPLICACIONES.

Kim:

He dormido y sigo confundida.

Violet:

Yo también.

Eve:

Buenos días.

¿Has procesado ya lo que pasó
o seguimos en fase de confusión?

Pamela:

HE VISTO LA FOTO.

Pamela:

TODAS HEMOS VISTO LA FOTO.

Pamela:

¿POR QUÉ NADIE ME HACE CASO
CUANDO DIGO QUE SIEMPRE
PASAN COSAS RARAS?

Me dejo caer contra el cabecero y resoplo. Pamela lleva años convencida de que el universo genera acontecimientos absurdos exclusivamente para entretenerla. Por desgracia, las pruebas empiezan a respaldar su teoría.

Abro Instagram y a ahí está la foto. En ella aparecemos Arthur y yo caminando por Manhattan. Es una imagen tomada desde el ángulo adecuado a una distancia prudencial y desde la peor perspectiva posible. Parecemos una pareja, aunque no una pareja apasionada digna de protagonizar una película romántica, pero sí una pareja de esas elegantes que salen a cenar una noche cualquiera y vuelven a casa hablando de los planes para el fin de semana. La imagen resulta tan engañosa que hasta yo me planteo si recuerdo mal lo que pasó.

Mi teléfono vuelve a vibrar.

Kim:

He ampliado la foto.

Violet:

Tia, me das miedo.

Kim:

Lo sé.

Pamela:

¿ES GUAPO EN PERSONA?

Eve:

Pamela, por favor.

Pamela:

¿QUÉ?

Eve:

Todas sabemos que sí.

Pamela:

Pero quiero confirmación oficial.

Antes de que pueda responder aparece otro mensaje, aunque no del grupo y mi estómago se encoge inmediatamente. El mensaje es

de Mark y solo ver su nombre, en mi cuerpo sigue produciéndose una reacción física que me molesta reconocer. Abro el mensaje.

Mark:

He visto la foto.

¿Estás saliendo con alguien?

Eso es todo. Solo dos frases que no tienen nada de agresivas, ni ofensivas, ni nada especialmente importante y, pese a eso, me quedo observando la pantalla durante varios segundos. Porque sé por qué me altera. No quiero volver con Mark ni remotamente, porque me engañó durante meses, me hizo sentir insuficiente durante años y dos semanas después de dejarme ya estaba viviendo con otra mujer. Así que no lo echo de menos en absoluto, pero lo que odio es descubrir que todavía tiene capacidad para alterarme solo con dos frases.

Pamela siempre dice que superar a alguien y dejar de reaccionar a alguien son cosas distintas y empiezo a sospechar que tiene razón. Lo cual me fastidia muchísimo porque Pamela utiliza tener razón como deporte. Así que cierro el móvil, porque necesito un café, incluso más que una ducha.

Una hora después estoy en la oficina intentando concentrarme en una propuesta para un cliente, mientras finjo que no he leído tres veces más el mensaje de Mark. La oficina ocupa una planta diáfana en un edificio en Tribeca compartida con otros creativos. Hay música de fondo sonando en algún lugar, una compañera diseñadora discutiendo por teléfono con un proveedor y alguien intentando convencer a una impresora de que coopere. Es decir, una mañana completamente normal, hasta que la puerta de cristal de mi despacho se abre, levanto la vista y me encuentro a Arthur Parks entrando en mi estudio con dos cafés en la mano.

—No —balbuceo mientras Arthur se acerca.

—Buenos días para ti también —me saluda con una sonrisa.

—¿Cómo has encontrado mi oficina? —le pregunto con los ojos muy abiertos.

—Internet es una herramienta fascinante —me responde moviendo las cejas de forma cómica.

—Eso no responde a mi pregunta.

—Tu agencia tiene página web —me cuenta.

—Eso sigue sin tranquilizarme.

—Te he traído café —me dice dejando uno de los vasos sobre mi mesa.

—¿Intentas sobornarme? —quiero saber alzando una ceja.

—No, todavía no.

La palabra «todavía» debería preocuparme y lo hace, porque conozco a la perfección esa expresión. Es la propia de un hombre que ha venido con un plan y los hombres con planes suelen acabar convirtiéndose en problemas.

Arthur se sienta en la silla que hay frente a mí al otro lado de mi mesa con absoluta tranquilidad. Como si aparecer por sorpresa en la oficina de una mujer a la que conoció por accidente hace menos de veinticuatro horas fuera algo perfectamente razonable.

—¿Qué quieres? —le pregunto arrugando el entrecejo.

—Negociar —me suelta mirándome fijamente a los ojos.

«Ahí está, lo sabía», me digo para mí intentando que no se me note en la cara.

Arthur cruza una pierna sobre la otra y observa el estudio con curiosidad.

—No me gusta cómo ha sonado eso —digo mientras rodeo el vaso de café con ambas manos.

—¿Lo de negociar?

—Lo de aparecer aquí después de haber convertido mi vida en un episodio propio de una comedia romántica.

—Técnicamente eso fue un esfuerzo conjunto.

—No intentes repartir responsabilidades.

—Lo intento todo.

Ahí está otra vez esa manera de responderme, que consiga que quiera discutir y sonreír al mismo tiempo, algo que me cabrea profundamente.

—Habla —le ladro.

Arthur apoya los antebrazos sobre las rodillas y por primera vez desde que ha aparecido lo noto realmente serio.

—La foto está circulando más de lo que esperaba —empieza a decir.

—También está circulando más de lo que yo esperaba —admito.

—Cassandra tiene bastante influencia en ciertos círculos.

—Empiezo a odiar a esta tal Cassandra —resoplo.

—No eres la única, créeme —asiente con la cabeza.

—Eso suena bastante sincero —le contesto alzando una ceja.

—Suelo serlo de vez en cuando.

Lo observo durante unos segundos y veo que lleva un traje oscuro, que se adapta a su cuerpo como un guante. Bajo ese traje lleva una camisa de color blanco perfectamente planchada y un reloj que parece bastante caro. Sin duda, Arthur tiene el aspecto de un hombre que probablemente tiene reuniones sobre cosas importantes incluso antes de haber desayunado y, aun así, ha venido hasta mi despacho a hablar conmigo.

—¿Qué quieres exactamente? —le pregunto mirándole a los ojos.

Arthur exhala despacio.

—Quiero proponerte algo.

Ya ha soltado la típica frase que precede a las malas ideas.

—No —niego también con la cabeza.

—Todavía no te he contado de qué trata.

—No hace falta —me echo hacia atrás en la silla.

—Escúchame al menos treinta segundos —me ruega.

—Veinticinco —le regateo.

—Treinta —insiste.

—Veintisiete —le regateo más.

—Eres imposible —resopla.

—Eso es algo que me dicen mucho —le digo con una sonrisa satisfecha.

La comisura de su boca se mueve levemente y después continúa.

—Necesito suavizar mi imagen durante unas semanas.

—¿Perdona? —inquiero alzando una ceja.

—Hay un cliente importante... —empieza.

—Eso no explica nada —le corto.

—Mi vida personal se ha convertido en tema de conversación.
—¿Tu vida personal? —le pregunto con incredulidad.
—Bueno... La ausencia de ella, más bien —me aclara.
—¿Me estás diciendo que alguien quiere contratarte menos porque trabajas mucho? —le pregunto mirándolo fijamente.
—Resumido de forma cruel, sí.
—Eso es ridículo —resoplo.
—Bienvenida al mundo corporativo.
—Sigo prefiriendo el mío.
—Lo imagino —asiente con la cabeza.
—¿Y qué papel se supone que tengo yo en esta locura?
—La foto ya existe y la gente ya está haciendo suposiciones. Así que me sería muy útil no desmentirlas —me suelta sin rodeos mientras me sostiene la mirada.

Tardo exactamente dos segundos en comprender lo que acaba de decir y tres en indignarme.

—No —le suelto de forma instantánea.
—Laura, por favor —me pide echándose hacia atrás el pelo con ambas manos.,
—No.
—Déjame terminar —insiste.
—No quiero que termines —niego con la cabeza.
—Pero si apenas he empezado.
—Eso es lo preocupante.

Arthur se reclina en la silla y me da la sensación de que parece un hombre negociando una fusión empresarial, mientras yo parezco una mujer a punto de lanzarle una grapadora.

—Entonces lo que me propones es ¿Fingir que salimos juntos?
—le pregunto incrédula.
—Sí, pero solo durante un tiempo.
—Eso no arregla nada —resoplo.
—Lo sé.
—¿Sabes qué es lo peor?
—No, pero tengo la sensación de que voy a descubrirlo igualmente gracias a ti.

—Que ni siquiera pareces avergonzado de estar proponiéndome esto —le suelto.

—No te estoy proponiendo que nos casemos, ¿eh? —se apresura a aclararme.

—Gracias por tu moderación —le respondo con sarcasmo.

—Intento ser razonable.

—¿Razonable? Arthur, te has presentado sin avisar en mi oficina para sugerirme una relación falsa. ¿Te parece que eso es ser razonable? —le pregunto con indignación.

—Cuando lo explicas así...

—Lo estoy explicando exactamente como ha ocurrido.

Arthur guarda silencio un momento y después hace algo inesperado.

—Mark te escribió.

—¿Cómo sabes eso? —le pregunto mirándolo fijamente.

—Porque lo dijiste anoche.

—No dije nada —le aseguro.

—Cuando viste su nombre en el teléfono.

Mierda, lo había olvidado. Solo fue una reacción mínima, pero parece que Arthur se dio cuenta.

—Bueno, pero eso no es asunto tuyo.

—Tienes razón —asiente.

—Entonces no lo conviertas en algo que no es —resoplo.

—Lo que voy a decir tampoco te va a gustar —insiste.

—Qué sorpresa —le contesto sarcástica.

—Pero si tu ex cree que sigues esperando a que cambie de opinión, esta situación probablemente le haga replantearse algunas cosas.

Aprieto los labios, porque odio que diga eso y odio todavía más que una parte de mí entienda a qué se refiere.

—No necesito demostrarle nada a Mark.

—Perfecto.

—Perfecto —repito.

—Entonces no debería importarte.

Lo fulmino con la mirada.

—Acabas de manipular la conversación.

—Trabajo en relaciones públicas estratégicas, te lo recuerdo — me responde alzando las cejas de una manera que me repatea.

—Lo sé y empiezo a considerarlo una enfermedad.

Por primera vez Arthur se ríe abiertamente y lo peor de todo es que el muy desgraciado tiene una risa bonita y eso tampoco ayuda.

—No necesito fingir ser la novia de nadie —le dejo claro.

—No he dicho novia.

—¿Qué diferencia hay con lo que has dicho?

—Las palabras importan —puntualiza con un tono que me revienta.

—Dios mío —resoplo mirando hacia el techo.

—¿Qué?

—Hablas exactamente como esperaba que hablara alguien que cobra por convencer a la gente.

—Laura, si no quieres hacerlo, no lo hagas —me dice inclinándose ligeramente hacia delante.

Su frase me descoloca, porque no parece que me esté presionando, ni manipulando, ni siquiera que estemos negociando. Suena, simplemente, sincera.

—Pero... —continúa.

—Sabía que venía un «pero» —bufo.

—Tu agencia lleva meses intentando entrar en la cuenta de Maison Lumière.

Me quedo inmóvil, porque ahora sí tiene toda mi atención. Maison Lumière es una marca de cosmética de lujo, que la mayoría de agencias de marketing de la ciudad lleva persiguiendo años para conseguir.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque son clientes nuestros.

—Eso sí es asunto tuyo.

—Lo es.

—Sigue hablando —le pido y me cruzo de brazos muy despacio.

—No puedo darte la campaña —me responde manteniendo la calma.

—Ya me lo imagino.

—Ni puedo prometerte nada.

—También lo sé.

—Pero puedo conseguir que, al menos, les presentes una propuesta.

Mi corazón da un pequeño salto, porque esa oportunidad es muy importante y Arthur lo sabe.

—Pero no sería un favor —le dejo claro.

—No —niega también con la cabeza.

—Ni sería regalarme trabajo.

—Claro que no —niega otra vez.

—Solo me permitiría tener acceso directo.

—Exactamente, eso es —asiente ahora y yo le odio un poco por haber encontrado el único argumento capaz de hacerme escuchar su propuesta.

Durante unos segundos me dedico a observarlo, porque hay algo profundamente sospechoso en Arthur Parks. No es solo que aparezca de la nada en mi oficina para proponerme una relación falsa, sino que parece convencido de que todo tiene solución si dos personas se sientan a negociar.

—¿Te das cuenta de que esto es una locura? —le pregunto.

—Sí.

—¿Y aun así has venido?

—No tenía nada que perder —me dice echándose el flequillo hacia atrás.

—Eso tampoco es tranquilizador.

—No pretendía que lo fuera.

—Necesito que entiendas algo —empiezo a decirle apoyando la espalda contra la silla.

—Te escucho.

—No soy actriz —le recuerdo.

—Eso lo tengo claro —me explica.

—Ni tengo experiencia fingiendo relaciones.

—Yo tampoco.

—Eso no me hace sentir mejor.

—Lo imaginaba.

Resoplo mientras Arthur da un sorbo a su café con una calma irritante. Justo en ese momento, mi móvil vibra varias veces.

—Son ellas, ¿verdad? —pregunta Arthur.
—Siempre son ellas.

Pamela:

¿SIGUES VIVA?

Llevamos cuarenta y tres minutos
sin noticias tuyas.

Violet:

¿Calculas el tiempo?

Eve:

Madre mía cómo estamos...

Pamela:

NO ES EL MOMENTO DE JUZGARME.

Arthur intenta mirar la pantalla, pero aparto el móvil de su vista.

—Ni se te ocurra leer los mensajes —le advierto acercándome el teléfono al pecho.

—Solo sentía curiosidad —me responde encogiéndose de hombros.

—La curiosidad mató al gato.

—Y a mí me parece que tus amigas habrían interrogado igualmente al gato.

—Probablemente —asiento con la cabeza, antes de volver a leer los mensajes.

Pamela:

¿ESTÁS CON ÉL?

RESPONDE CON UNA PALABRA.

O CON UN EMOTICONO.

O PARPADEA DOS VECES.

Cierro el chat por salud mental.

—Definitivamente me caen bien —dice Arthur.

—No las conoces —le respondo.

—He leído tres mensajes y ya me parecen muy divertidas.

—Eso es porque tú no eres el objetivo habitual —resoplo y pongo los ojos en blanco .

Arthur sonr e y descubro que cuando sonr e parece menos inaccesible, menos ejecutivo y menos un hombre que probablemente tiene reuniones con nombres aterradores en una agenda perfectamente organizada por una asistente personal, lo cual no mejora nada.

—Supongamos que aceptara esta idea absurda.

—Supongamos —contesta apoyando las manos sobre mi mesa.

— Cu nto tiempo durar a el teatro?

—Unas semanas —me responde seguro de su respuesta.

— Y despu es?

—Despu es seguimos con nuestras vidas y cada uno por su lado —a ade con convicci n

—Ya ten as pensado todo esto,  no? —pregunto sorprendida por la locura que me propone.

—Bastante —asiente.

—Eso tambi n me preocupa —resoplo.

—Me imagino...

— Todo te lo imaginas?  Todo lo sabes?

— El qu e?

—TODO.

—No.

—Pues deja de decirlo —resoplo.

«Dios, este t o es agotador... aunque tambi n es divertido y eso es a n peor...», me digo para m  y me levanto de la silla, porque necesito moverme. Camino hasta la ventana y observo la calle. Tribeca hierve de actividad. Hay gente entrando y saliendo de las tiendas, repartidores, turistas perdidos...

— Qu  ganar as t  con todo esto? —pregunto sin girarme.

—Que la historia siga siendo sencilla —me contesta con tranquilidad.

—Eso suena muy a relaciones p blicas —afirmo y me giro hacia donde est .

—Porque lo es —me responde y me mira a la cara.

— Y qu  gano yo? —inquiero alzando una ceja.

Arthur tarda un momento en responderme.

—Una oportunidad profesional real.

Asiento lentamente.

—¿Y la versión no profesional?

Él guarda silencio unos segundos y cuando vuelve hablar, noto que el tono de su voz ha cambiado ligeramente.

—Que Mark deje de tratarte como si siguieras siendo una posibilidad para él.

Su frase se me clava en medio del pecho y lo odio también por eso, porque tiene razón, pero no sobre Mark, sino sobre mí y la rabia que sentí ayer al ver el mensaje de mi ex y por cómo sigo permitiéndole continuar en mi cabeza cuando ni siquiera quiero volver a verlo.

Arthur sigue observándome, aunque no parece satisfecho ni orgulloso, solo está esperando mi respuesta.

—Odio esta conversación —le suelto.

—Lo sospechaba —asiente.

—Odio que tengas argumentos razonables —añado apretando los puños.

—Eso también lo sospechaba —aprieta los labios después de hablar.

—Y odio que aparezcas con café para manipularme.

—Eso sí que no lo sabía —suelta sorprendido.

Me quedo callada unos segundos y después cojo mi móvil.

—¿Qué haces? —quiere saber arqueando una ceja.

—Tomar una decisión —le contesto con seguridad.

—Eso parece prometedor —me responde con una media sonrisa.

—No te emociones.

Abro la aplicación de notas, la misma que utilizo para campañas, apuntar ideas, preparar presentaciones y ahora también, por lo que parece, para organizar este tipo de locuras...

—¿Laura? —me pregunta observando lo que hago con mi teléfono.

—Calla un momento —le ordeno y empiezo a escribir.

Él espera y cuando termino, dejo el móvil sobre la mesa.

—Acepto —afirmo alzando la mirada hasta su cara.

—¿Aceptas? —pregunta con gesto de sorpresa.

—Pero con condiciones —puntualizo antes de que se emocione.

—Por supuesto que hay condiciones —asiente.

—Muchas —añado.

—Empiezo a preocuparme —inclina la cabeza para un lado.

—Mejor que lo hagas —le respondo con seguridad.

Arthur se acomoda en la silla y da un sorbo a su café.

—Escuchemos esas condiciones.

Cojo mi teléfono, me aclaro la garganta antes de hablar y leo la primera línea.

—Primera regla: no vuelvas a tocarme la espalda si pretendes que piense con claridad después.

Por primera vez desde que ha entrado en mi oficina, Arthur parece quedarse sin respuesta y eso, sinceramente, compensa gran parte de esta situación.

6

Arthur

Laura mantiene el móvil en la mano mientras relee en silencio las condiciones que acaba de escribir. Después, levanta la vista hacia mí por encima de la pantalla.

—Primera regla: no vuelvas a tocarme la espalda si pretendes que piense con claridad después.

Durante un instante me quedo mirándola y ella tarda un segundo en darse cuenta de lo que acaba de decir.

—Olvida eso —se apresura a añadir mientras deja el teléfono sobre la mesa—. Borra esa expresión de tu cara.

—¿Qué expresión? —pregunto apoyándome contra el respaldo de la silla.

—Esa de persona que acaba de descubrir algo interesante.

—No sé de qué hablas.

Laura me señala con un dedo.

—Esa. Exactamente esa.

Tengo que hacer un esfuerzo por no sonreír.

—La regla me parece razonable —le respondo cuando estoy seguro de que no voy a sonreír.

—No estaba buscando tu aprobación —sentencia.

—Me imagino.

Ella deja caer la cabeza hacia atrás y se cubre los ojos durante un segundo.

—Empiezo a arrepentirme de haber aceptado —resopla.

—Ya tardabas en decirlo...

—Han pasado menos de dos minutos —me recuerda.

—Cierto.

—Vale. Si vamos a hacer esto, necesitamos más reglas —me dice incorporándose en la silla y cogiendo su móvil.

—Por fin algo en lo que estamos de acuerdo —respondo mientras me acomodo mejor en la silla.

—No te emociones. Esto sigue pareciéndome una idea horrible.

—Y aun así has aceptado —asiento con la cabeza.

—Solo porque sigues utilizando a Maison Lumière cada vez que estoy a punto de mandarte a paseo.

—Sea como sea, me está funcionando —le respondo con una sonrisa.

—No te acostumbres.

Mientras habla, empieza a escribir una nueva línea en la aplicación de notas.

—Regla número dos.

—Nada de besos —digo.

Laura levanta la cabeza tan deprisa que casi se le cae el móvil.

—Pensaba escribir exactamente lo mismo.

—Excelente —sonrío de nuevo, aunque ahora mi sonrisa es aún mayor.

—No pongas esa cara de satisfacción.

—¿Qué cara?

—La de hombre que cree que acaba de ganar algo.

—No he ganado nada.

—Eso está por ver —resopla, anota la regla y vuelve a mirar la pantalla.

—Nada de besos innecesarios —añado.

—¿Existen los necesarios? —pregunta alzando una ceja y después deja el móvil sobre la mesa y cruza los brazos.

—Espero sinceramente no tener que descubrirlo.

—Yo también.

La forma en que me mira me deja claro que sospecha de esa respuesta. Así que decido no profundizar por mi propio bien.

—Siguiente —dice ella.

—Nada de dormir juntos —continúo.

Laura suelta una carcajada incrédula.

—Arthur, eso ni siquiera debería formar parte de esta conversación.

—La experiencia me ha enseñado que las personas hacen cosas extrañas cuando empiezan a improvisar.

—¿Hablas por experiencia personal? —inquiero alzando una ceja.

—No voy a responder a eso —niego con la cabeza.

—Interesante —me responde.

—No lo es.

—Lo es muchísimo.

Niego con la cabeza de nuevo, mientras ella añade la regla a la lista.

—Nada de aparecer sin avisar en mi oficina —continúa.

—Eso parece sospechosamente específico.

—Porque está inspirado en hechos reales —me aclara y se coloca un mechón tras la oreja.

—Solo he venido una vez —le recuerdo.

—Y ya ha sido una vez más de las que esperaba esta semana.

Mientras habla, señala la puerta de cristal de su despacho.

—La próxima vez llamas.

—¿Y si es una emergencia? —le pregunto.

—¿Qué clase de emergencia?

—No lo sé —me encojo de hombros.

—Entonces si no lo sabes, no era una emergencia —me suelta y regresa la mirada a su teléfono.

—Tu lógica es agresivamente eficiente —me recoloco los puños de las mangas de la camisa.

—Gracias —me sonrío.

—No era un cumplido.

—Es igual, lo acepto igualmente.

Laura pone los ojos en blanco antes de volver a escribir. Cuando termina, permanece unos segundos observando la pantalla, después vuelve a levantar la vista, pero veo que esta vez su expresión ha cambiado ligeramente.

—Y nada de manipular situaciones —añade.

La frase se queda sobrevolando nuestras cabezas. Ella deja el móvil sobre la mesa y yo apoyo una mano en el reposabrazos de la silla.

—Eso es bastante ambiguo —le respondo.

—Para ti no —me suelta convencida.

—Yo no manipulo situaciones —le aclaro.

Laura se queda inmóvil durante una fracción de segundo y después empieza a carcajearse con ganas.

—Arthur —dice cuando consigue recuperar el aire—, tienes una empresa que se dedica a las relaciones públicas estratégicas, ¿lo recuerdas?

—Eso no demuestra nada —me encojo de hombros.

—Literalmente te dedicas a influir en la forma en que otras personas perciben las cosas —añade aún sonriente.

—Eso es una descripción muy hostil de mi profesión.

—No, es una descripción bastante precisa de tu profesión —insiste.

—Tú trabajas en marketing.

—No es lo mismo.

—Se parece bastante...

Laura abre la boca para responder, pero se queda pensando y, por primera vez desde que empezó la discusión, parece quedarse sin réplica inmediata. Algo que me resulta sorprendentemente satisfactorio.

—Te odio un poco —murmura finalmente.

—Eso sigue siendo mejor de lo que esperaba oír cuando he entrado por esa puerta —digo señalando la entrada del despacho.

Niega con la cabeza mientras escribe la última regla y sigue discutiendo conmigo, pero ya no tengo la sensación de que esté buscando una excusa para salir corriendo. Después, deja su teléfono sobre la mesa, se cruza de brazos y me mira.

—Sigo pensando que tienes una visión bastante dramática de mi profesión —digo mientras me pongo en pie.

—Y yo sigo pensando que tienes una visión bastante optimista de tu profesión —replica sin moverse de la silla.

Rodeo la mesa despacio, me acerco a la ventana y observo la calle desde esta planta.

—¿Siempre haces eso? —pregunta Laura detrás de mí.

—¿El qué?

—Mirar por la ventana cuando una conversación empieza a ponerse incómoda.

Vuelvo la cabeza.

—¿Y tú siempre analizas a la gente?

—Solo cuando me preocupa.

—¿Te preocupas?

Laura se da cuenta inmediatamente de que ha elegido mal las palabras.

—No te emociones.

—Demasiado tarde —alzo una ceja.

Ella resopla.

—Lo que me preocupa es que pareces incapaz de responder una pregunta sencilla.

—Trabajo con periodistas —me justifico y me encojo de hombros.

—Eso no explica nada.

—Lo explica todo.

Laura niega con la cabeza.

—¿Ves? Otra vez.

—¿Qué? —le pregunto abriendo mucho los ojos.

—Eso —dice encogiéndose de hombros.

—Vas a tener que aclarármelo, porque no sé a qué te refieres.

—Te haces el despistado cuando algo no te interesa —resopla.

La observo durante unos segundos y me doy cuenta de que tiene una costumbre que empieza a resultarme incómoda: escucha con atención y después sigue tirando del hilo hasta encontrar lo que intentabas no decir. La mayoría de la gente se conforma con la respuesta, ella parece interesarse más por todo lo que no has dicho.

—Quizá tienes demasiado tiempo libre —le suelto.

—Quizá tú estás acostumbrado a que la gente no te lleve la contraria.

—Eso tampoco es verdad —niego con la cabeza.

—Arthur...

—Vale. Un poco —admito.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Porque acabas de admitir algo.

—No conviertas esto en una costumbre.

Laura sonrío y vuelve a escribir algo en la aplicación de notas.

—¿Qué haces ahora? —quiero saber.

—Añadir una observación.

—No me gusta cómo suena eso.

—«Arthur evita responder preguntas cuando la respuesta verdadera podría ser interesante» —lee en la pantalla de su móvil.

—Eso no es una regla —le recuerdo.

—No, es documentación —me aclara.

—Me preocupa que exista un expediente sobre mí.

—Debería preocuparte mucho más—añade.

Justo antes de que pueda responderle, mi teléfono vibra. Miro la pantalla y veo que es Rita, mi asistente. Al verlo, Laura baja la vista hacia la pantalla y después vuelve a mirarme con curiosidad.

—¿La famosa Rita? —pregunta mientras se recuesta en la silla.

—La única Rita —le aclaro antes de aceptar la llamada —Dime.

La voz de mi asistente me llega tan directa como siempre.

—Por favor, dime que no has olvidado la reunión de las cuatro.

Miro la hora automáticamente en mi reloj y por el rabillo del ojo me doy cuenta que al otro lado de la mesa, Laura observa mi reacción con el interés de alguien que acaba de encontrar una serie nueva en Netflix, que promete bastante.

—No la he olvidado —respondo.

—Has olvidado la reunión —confirma Rita.

—No la he olvidado —le repito.

—Arthur —continúa Rita con paciencia profesional—, llevo siete años trabajando contigo. Sé perfectamente qué sueles decir cuando has olvidado algo.

Laura que está en silencio para escuchar lo que Rita me dice, pese a que no he puesto el manos libres, se lleva una mano a la boca para ocultar una sonrisa, pero fracasa, porque se acaba riendo.

—Llego en treinta minutos —digo mientras le lanzo una mirada de advertencia a Laura.

—Mejor en veinte —añade mi asistente.

—Rita.

—Veinte —insiste.

La llamada se corta antes de que pueda seguir negociando y me guardo el teléfono en el bolsillo.

—Tu asistente me cae bien —anuncia Laura inmediatamente.

—Ni siquiera la conoces.

—Por lo que parece, ha conseguido darte órdenes y sobrevivir para contarlo.

—Eso no ha ocurrido —niego con la cabeza.

Laura se pone en pie y coge su teléfono de la mesa.

—Arthur, acaba de reducir tu margen de maniobra de treinta a veinte minutos y tú has obedecido.

—No he obedecido.

—Sabes que sí —insiste con una sonrisa pícara.

Niego con la cabeza mientras rodeo el escritorio.

—Necesito volver a la oficina.

—Perfecto —responde ella caminando hacia la puerta.

Durante un instante, nos quedamos frente a frente al otro lado del despacho. La negociación ha terminado, las reglas existen y, por tanto, también existe una relación falsa que todavía me cuesta creer que haya aceptado.

—Tenemos otro problema —le señalo.

Laura cierra los ojos un segundo.

—Fantástico. Justo lo que necesitaba escuchar.

—El evento.

Ella vuelve a abrirlos.

—¿Qué evento?

—La presentación de Veridian Cosmetics.

Laura parpadea varias veces.

—¿La de esta semana?

—La del jueves por la noche.

—Arthur...

—Lo sé.

—No, no lo sabes —replica señalándome con el móvil—. Llevamos menos de cuarenta y ocho horas conociéndonos.

—Técnicamente es correcto.

—Y pretendes que te acompañe al evento y finja delante de desconocidos que soy tu pareja.

—Técnicamente también es correcto —asiento con la cabeza.

—Odio esta historia —me dice mirándome unos segundos.

—Lo sé.

—No.

—¿No qué? —alzo una ceja.

—No lo sabes todo.

Apoyo una mano en el marco de la puerta y sonrío.

—Tienes razón.

—Gracias.

—Pero solo en el noventa por ciento —puntualizo.

Laura agarra una carpeta que está sobre una estantería cercana y durante un segundo temo sinceramente por mi integridad física. Pero, por suerte, se limita a sujetarla contra el pecho.

—¿Qué se supone que tengo que hacer en ese evento? —quiere saber.

—Sonreír.

—No me gusta sonreír.

—Entonces solo intentar soportarme —me encojo de hombros.

—Eso también me parece complicado.

—Lo será para ambos, te lo aseguro.

Ella resopla y abre la puerta del despacho.

—Te enviaré toda la información esta tarde —añado antes de marcharme.

—Perfecto —asiente.

—Y también la lista de invitados.

—Perfecto —vuelve a asentir.

—Y algunos detalles sobre la empresa.

Laura se vuelve hacia mí tan despacio que ya sé que no le va a gustar lo que acaba de escuchar.

—Arthur.

—¿Sí?

—Si me mandas un dossier de cincuenta páginas te bloquearé.

—Lo tendré en cuenta.

—Lo digo en serio —insiste.

—Yo también.

Laura niega con la cabeza mientras pone la mano sobre el pomo de la puerta.

—¿Algo más?

La pregunta parece sencilla y no debería necesitar reflexión. Sin embargo, la requiere. Porque mientras la observo apoyada con la

mano sobre el pomo de la puerta de su despacho, algo despeinada, con una carpeta en la otra mano y una mirada que me advierte que es capaz de discutir cualquier cosa durante horas, tengo la incómoda sensación de que acabo de cometer un error bastante complicado de gestionar.

—Nada más —respondo finalmente.

Laura asiente.

—Entonces nos vemos el jueves —le recuerdo.

—Nos vemos el jueves.

Salgo de su despacho y atravieso la oficina mientras varias personas levantan la vista al verme pasar. Una chica morena me dedica una sonrisa, alguien murmura algo a pocos metros de ella y un hombre de mediana edad gira la cabeza para seguirme con la mirada. La historia entre Laura y yo ya ha empezado a circular y no me sorprende lo más mínimo que se comporten así. Según mi propia experiencia, pocas cosas viajan más rápido que un rumor interesante.

Cuando llego al ascensor, vuelvo la cabeza por última vez y veo que Laura sigue junto a la puerta de su despacho observándome desde el otro extremo de la oficina. En cuanto se da cuenta de que la estoy mirando, arquea una ceja con una expresión que parece decir que sigo siendo un caso perdido y desaparece tras la puerta sin despedirse. Justo después, las puertas del ascensor se abren y entro mientras intento concentrarme en la reunión que me espera dentro de menos de una hora, pero no lo consigo.

Durante el descenso, me doy cuenta de algo que probablemente debería preocuparme. A pesar de que llevo años rodeado de estrategias, contratos, clientes, socios y personas que actúan exactamente como espero. Sé prever una negociación antes de que empiece y suelo saber cómo terminará una conversación mucho antes de que llegue al final. Sin embargo, Laura no se parece a ninguna de las personas con las que me he cruzado a lo largo de mi vida, por lo que estoy convencido de que ese es el verdadero problema de todo esto. Porque acabo de meter en mi vida personal y profesional a la única mujer que no tengo ni idea de cómo tratar, ni adivinar cómo se va a comportar.

7

Laura

Existe una diferencia importante entre prepararse para una cita y prepararse para fingir una relación delante de un lugar lleno de personas ricas y entrenadas para sonreír mientras te juzgan el vestido, la sonrisa, los zapatos, el peinado y hasta por respirar. La primera opción puede tener algo de emoción. La segunda implica que cuatro amigas invadan tu apartamento con vestidos, zapatos de tacón, maquillaje, vino y opiniones que nadie ha solicitado pero que todas consideran esenciales.

Mi salón parece una boutique después del primer día de rebajas. Hay vestidos colgados de la puerta del dormitorio, cajas abiertas junto al sofá y tantos pares de zapatos de tacón sobre la alfombra que empiezo a sospechar que algunas han venido andando con alguno de ellos solo para tener más opciones entre las que elegir. Pamela está en medio de todo el caos con un vestido negro en las manos y la expresión de alguien que cree estar salvando mi vida, mi reputación y quizá también la industria del romance contemporáneo.

—No pienso ponerme eso —anuncio desde el sofá mientras señalo el vestido con el café que llevo media hora intentando beberme en paz.

Pamela lo levanta un poco más, como si estuviera presentando una prueba irrefutable ante un jurado.

—Claro que sí. Si vas a fingir que sales con Arthur Parks, al menos deberías entrar en ese evento provocando algún tipo de daño.

Kim, sentada en una de las banquetas de la cocina con el portátil abierto, levanta la vista por encima de la pantalla.

—Conviene recordar que esto es un acuerdo y no una venganza.

—Kim, cariño —dice Pamela sin apartar la mirada de mí—, a veces ambas cosas pueden convivir.

Eve se ríe desde la encimera, sobre la que se ha sentado con una copa de vino y una serenidad que ya querría yo para mí ahora mismo.

—Yo solo digo que Laura lleva dos días diciendo que todo esto es profesional y, aun así, ha rechazado tres vestidos por parecer demasiado profesionales.

—Porque una cosa es ir elegante y otra salir de casa sintiendo que he tomado una decisión cuestionable antes incluso de llegar al evento —respondo, dejando el café sobre la mesa.

Violet aparece desde mi dormitorio con una funda negra colgada del brazo y el gesto concentrado de quien ha organizado suficientes bodas como para no temer a una mujer al borde del colapso.

—Pruébate este —me suelta con seguridad al llegar a mi lado.

Miro la funda, después a Violet y, de nuevo, otra vez a la funda.

—No —digo de forma tajante.

Violet deja la funda sobre el respaldo de una silla y cruza los brazos con una calma que me preocupa.

—Ni siquiera lo has visto.

—Precisamente por eso —asiento con la cabeza.

—Te va a quedar espectacular —afirma mi amiga con rotundidad.

—Eso no lo sabes.

—Lo sé porque tengo ojos, criterio y menos miedo que tú.

Pamela señala a Violet con el vestido que aún sostiene.

—Me encanta cuando se pone en modo profesional.

—A mí me inquieta —murmura Eve antes de dar otro sorbo a su copa.

Kim asiente sin apartar las manos del teclado.

—Es eficaz, pero inquietante.

Diez minutos después estoy en mi dormitorio, metida dentro del vestido de Violet y reconsiderando si nuestra amistad debería continuar o no. Lo peor es que tenía razón. El vestido es negro, sencillo y mucho más elegante de lo que esperaba. No tiene brillos, ni cortes excesivos, pero se ajusta a mi cuerpo de una manera tan perfecta, que me hace quedarme inmóvil frente al espejo mientras me miro. Me marca la cintura, deja los hombros al descubierto y consigue que parezca una mujer capaz de entrar en un evento de lujo sin preguntar primero dónde está la salida de emergencia.

Cuando salgo al salón con él puesto, las cuatro se callan y su silencio me confirma que estoy perdida.

—Madre mía —suelta Pamela llevándose una mano al pecho.

—No empieces —le advierto, señalándola con un dedo.

—No puedo. Es físicamente imposible —añade ella.

Eve deja la copa sobre la encimera y me observa de arriba abajo con una sonrisa mucho más suave.

—Estás preciosa.

Eso, viniendo de Eve, me impacta más que cualquier grito desgarrado de Pamela.

—Gracias —murmuro, tirando un poco del bajo del vestido, porque necesito hacer algo con las manos.

Violet aparece detrás de mí y me aparta los dedos de la tela.

—Deja el vestido en paz o te ato las manos —me susurro al oído.

—Eso no suena legal.

—Soy organizadora de bodas. He hecho cosas peores con novias nerviosas —me cuenta ahora con un tono de voz normal y mirando al espejo para observarme de arriba abajo desde cierta distancia.

Kim cierra el portátil por fin y me dedica una mirada evaluadora.

—Arthur va a reaccionar.

—Arthur no va a reaccionar —respondo demasiado rápido.

—Eso ha sonado a miedo —afirma Pamela con una sonrisa de oreja a oreja.

—Eso ha sonado a realismo —la corrijo.

—No, eso ha sonado a que esperas que reaccione —dice Eve, bajándose de la encimera.

—No espero nada de Arthur Parks salvo que me mande un dossier de cincuenta páginas y me diga que lo memorice en menos de diez minutos y que no me queje porque es breve —insisto.

Violet me empuja con suavidad hacia la silla del tocador.

—Siéntate. Voy a maquillarte antes de que sigas hablando y te arruines la piel por puro estrés.

Le hago caso, porque discutir con Violet cuando tiene una brocha en la mano parece una mala decisión. Cuando estoy sentada, coloca una mano bajo mi barbilla para orientarme hacia la luz de la

ventana y empieza a extender la base con la concentración de una neurocirujana. Mientras tanto, Pamela se acomoda en el borde de la cama, cruza las piernas y me observa con una sonrisa.

—Necesito una respuesta sincera —anuncia, señalándome con el dedo.

—No —respondo inmediatamente.

—Todavía no he preguntado nada —protesta Pamela llevándose una mano al pecho.

—Solo me intento proteger.

Pamela sonrío aún más.

—¿Te gusta?

Cierro los ojos mientras Violet sigue trabajando sobre mi cara con movimientos suaves y precisos.

—No.

—Mentira —dictamina Pamela sin dudar un segundo.

Abro un ojo para mirarla.

—Pamela.

Ella se inclina hacia delante, apoyando los codos sobre las rodillas.

—No me gusta. Me irrita —le aclaro.

Kim levanta la vista del móvil desde la puerta del dormitorio y arquea una ceja.

—Eso no responde a la pregunta de Pam.

—Me cae bien a ratos. Eso es todo —insisto mientras trato de mantener la cabeza quieta para no arruinar el trabajo de Violet.

—A ratos —repite Pamela con una sonrisa satisfecha—. Interesante elección de palabras.

—No saques conclusiones raras.

—Ya es tarde para eso —se ríe Pamela.

Eve, apoyada en el marco de la puerta con los brazos cruzados, me observa durante unos segundos antes de intervenir.

—A veces los ratos son el problema —dice con tranquilidad.

—Gracias por esa aportación tan inquietante —murmuro.

—De nada —responde Eve encogiéndose de hombros.

Violet da un paso atrás para examinar su trabajo y niega con la cabeza.

—¿Sabéis que maquillar a alguien es mucho más difícil cuando cuatro personas la están interrogando al mismo tiempo?

—Es por una buena causa —replica Pamela.

—¿Cuál? —quiere saber Violet alzando una ceja.

—El cotilleo —sentencia Pamela y las demás se ríen.

No respondo, porque Violet me inclina la barbilla hacia un lado y porque, por desgracia, Eve acaba de acercarse demasiado a una verdad a la que no quiero enfrentarme.

Una hora después, cuando bajo del taxi frente al edificio donde se celebra el evento de Veridian Cosmetics, recuerdo por qué acepté todo esto y empiezo a odiar a Arthur de nuevo por haber encontrado la única forma de convencerme.

El lugar es realmente elegante. Es un edificio de cristal y acero, y tiene una entrada amplia iluminada con discreción y un flujo constante de personas que parecen haber nacido sabiendo qué hacer en cada momento. Yo, en cambio, estoy pensando en si debería sujetar el bolso con una mano o con las dos para parecer menos preparada para huir. Empiezo a caminar hacia el punto de acceso y veo que Arthur me espera junto a la entrada. Lo veo antes de que él me vea y me fijo con detenimiento en su traje oscuro, en su postura impecable, en que tiene una mano en el bolsillo y una tranquilidad irritante propia de un hombre que parece acostumbrado a cualquier sitio caro y exclusivo. Me fijo que está hablando con una mujer de pelo corto y vestido blanco cuando gira la cabeza y me ve. Entonces, se detiene, aunque no demasiado, porque él no es un hombre que se permita grandes reacciones en público, pero yo lo noto. La conversación que tenía con la mujer vestida de blanco queda interrumpida y observo cómo sus ojos descienden por mi vestido y vuelven a subir hasta mi cara con una rapidez casi educada, aunque no lo bastante rápida. Al ver lo que acaba de hacer un puño de nervios se instala en mi estómago, mientras sigo mirándolo y veo que se disculpa con la mujer con la que estaba conversando y empieza a caminar hacia mí.

—Laura —me saluda cuando llega hasta donde estoy.

Su voz me parece más grave de lo habitual o quizá soy yo quien la escucha de forma distinta después de verlo quedarse inmóvil al verme aparecer.

—Hola —respondo intentando no sonreír demasiado—. Te advierto que sigo sin entender cómo me convenciste para hacer esto.

Arthur me observa durante un instante y observo cómo sus ojos recorren mi cara con una atención que me pone nerviosa.

—Técnicamente todavía puedes salir corriendo.

—No me tientes —le advierto señalándolo con un dedo—. He estado a punto de hacerlo tres veces desde que me he bajado del taxi.

—¿Solo tres?

—Arthur, desde que he salido del taxi no han pasado ni dos minutos —le informo.

—Es una media preocupante.

Resoplo y niego con la cabeza, porque lo peor es que me está haciendo reír justo cuando necesito recordar que todo esto es una mala idea.

—¿Siempre consigues que la gente haga cosas absurdas o soy un caso especial?

—Trabajo en relaciones públicas. Convencer a la gente forma parte de la descripción de mi puesto.

—Eso explica muchas cosas.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, que sigas pareciendo sospechosamente satisfecho contigo mismo.

—No estoy satisfecho —me dice convicción y sin dejar de mirarme.

—Mentiroso sería una palabra muy fea para utilizar en nuestro primer evento oficial.

Arthur se ríe por lo bajo y, durante un instante, parece menos un ejecutivo impecable y más un hombre, algo mucho peor para mí. Después me ofrece el brazo. Yo primero miro su brazo y después lo miro a él.

—¿Esto es necesario? —le pregunto arqueando una ceja.

—Vamos a entrar como una pareja —responde con paciencia.

—Podríamos entrar como dos personas que han tomado una serie de decisiones muy cuestionables.

—Eso resultaría menos convincente —me dice aún sin mover su brazo.

—Pero más honesto —añado con convicción.

—Esta noche no hemos venido a ser honestos —me responde inclinando ligeramente la cabeza mientras me sostiene la mirada.

Su respuesta me llega tan tranquila que me fastidia reconocer que tiene razón.

—Empiezo a odiar que siempre tengas una respuesta preparada para todo —resoplo.

—No siempre —contesta haciéndose el interesante.

—Mentira.

—La mayoría de las veces.

—Eso ya me parece más creíble.

Aun así, apoyo la mano en su brazo y noto que el tejido de la chaqueta es suave bajo mis dedos y el calor que desprende atraviesa la distancia entre nosotros con facilidad. Arthur baja la vista hacia mi mano un momento antes de empezar a caminar hacia la entrada.

—Por cierto —dice mientras avanzamos entre los invitados que esperan para entrar.

—¿Sí?

Él vuelve la cabeza hacia mí.

—Estás impresionante.

Y de repente me cuesta mucho más recordar la respuesta ingeniosa que tenía preparada y, en lugar de eso, aprieto un poco más los dedos sobre su brazo.

—Gracias —digo, y la palabra me sale más baja de lo que pretendía.

Arthur no sonríe y eso empeora la situación, porque me mira como si hubiera escuchado perfectamente todo lo que no le he dicho.

El interior del edificio confirma inmediatamente una teoría que llevo años desarrollando. Las personas ricas adoran las superficies

brillantes, porque por todos lados hay cristal, mármol, arreglos florales que probablemente cuestan más que mi alquiler mensual, hay camareros de un lado a otro con bandejas de champán y grupos de personas manteniendo conversaciones sofisticadas sobre temas que parecen importantes pero que, escuchados con atención, resultan sospechosamente parecidos a hablar del tiempo.

Arthur me guía entre la gente con una tranquilidad que me resulta irritante. No parece buscar dónde ir, ni parece preguntarse con quién hablar. Simplemente avanza como si el lugar le perteneciera y hubiera nacido sabiendo qué hacer en situaciones como esta.

—No pongas esa cara —murmura mientras saluda a una pareja que pasa a nuestro lado.

—¿Qué cara? —le pregunto sin borrar la sonrisa de mis labios, porque sé que nos están mirando.

—La de quien está calculando rutas de escape —me dice a media voz.

—Siempre calculo rutas de escape —murmuro.

—Eso explica muchas cosas.

—Es una costumbre saludable.

—Yo la llamaría más bien... preocupante.

Un hombre de unos cincuenta años se acerca a Arthur con una sonrisa profesional.

—Arthur. Me alegra verte.

—Igualmente, David —responde él estrechándole la mano.

David gira la cabeza hacia mí.

—¿Y tú debes de ser Laura?

La pregunta me hace parpadear. A pesar de que Arthur me había advertido de que algunos asistentes ya habían visto la fotografía de Cassandra, escuchar mi nombre en boca de un desconocido me sigue resultando extraño.

—La misma —respondo con una sonrisa en los labios.

—Encantado —me dice dándome la mano.

—Igualmente.

David vuelve a mirar a Arthur.

—Empiezo a pensar que la famosa foto era real.

—Depende de qué parte de la foto te lo pareciera —contesta Arthur con absoluta naturalidad.

El hombre se ríe y yo también y durante los siguientes veinte minutos descubro algo que no esperaba: Arthur es realmente bueno en esto. No me refiero a hablar, porque eso ya me lo había dejado claro, sino a conseguir que otras personas se sientan cómodas, recordar nombres, conectar conversaciones y a saber cuándo intervenir y cuándo dejar espacio.

El hombre que apareció en mi despacho para proponer una relación falsa parece muy distinto al que se mueve por esta sala que se muestra mucho más relajado, seguro y peligroso. Por lo que empiezo a entender por qué tanta gente confía en él.

—Estás observándome otra vez —dice Arthur cuando por fin conseguimos quedarnos solos junto a una mesa alta.

—Estoy intentando descubrir si tienes un hermano gemelo —. Acepto una copa de agua de un camarero antes de responderle.

—¿Tan mal me conoces?

—Te recuerdo que la versión que conocía hasta esta noche se dedicaba a provocar a desconocidas en restaurantes.

—Aquello fue una situación excepcional —trata de quitarle importancia.

—No, aquello fue una decisión cuestionable.

—También —acepta.

—¿Siempre eres así en los eventos? —le pregunto apoyando una mano sobre la mesa.

—¿Así cómo? —pregunta arrugando levemente el entrecejo.

—Así de... encantador.

Arthur arquea una ceja.

—Eso ha sonado casi como un cumplido.

—No te emociones —niego con la cabeza.

—Lástima.

—Sigo pensando que eres desesperante —le digo mirándole a los ojos

—¿Ves?, eso ya me resulta más familiar y propio de ti.

—Arthur —le llama una mujer elegantemente vestida que se ha acercado hasta donde estamos.

La forma en que pronuncia su nombre me hace girar la cabeza y la mujer rubia y perfecta me sonrío.

—Sophie —saluda Arthur.

—Hacía tiempo que no te veía acompañado.

La mujer me observa con curiosidad.

—Tú debes de ser Laura.

Empiezo a sospechar que la mitad de Manhattan conoce mi nombre.

—Eso parece —asiento con una sonrisa educada.

—Encantada —se acerca a mí para darme un beso en la mejilla.

—Igualmente —yo le correspondo al beso.

—Me gusta —sentencia Sophie dirigiendo una mirada divertida hacia Arthur.

—Gracias, supongo —responde él.

—No hablaba contigo.

Me río antes de poder evitarlo y Arthur cierra los ojos un segundo.

—Esto se está convirtiendo en una tendencia preocupante —me susurra.

—¿El qué? —le pregunto.

—Que la gente me ignore para hablar contigo.

—Quizá porque soy más simpática.

—Eso no admite discusión.

La conversación continúa y, contra todo pronóstico, empiezo a relajarme. No porque me sienta parte de este mundo, pero Arthur tiene una habilidad extraña para conseguir que el resto desaparezca cuando habla contigo. Además, cuando estamos juntos, la mentira resulta sorprendentemente sencilla.

Horas después, mientras conversamos con otro grupo de invitados, Arthur está contando una anécdota completamente inventada sobre una supuesta discusión nuestra en una librería de Brooklyn.

—No ocurrió así —intervengo.

Arthur se gira hacia mí.

—Ocurrió exactamente así —insiste él con una sonrisa.

—Arthur, estabas convencido de que el libro era una novela romántica.

—Porque tenía una pareja abrazándose en la portada —añade.

—Pero era un libro de cocina —me invento.

—La portada era confusa.

—La portada tenía una tarta.

—Una tarta muy romántica.

Las personas que nos rodean estallan en carcajadas y Arthur me señala con la copa.

—¿Ves? Esto es exactamente lo que pasó.

—Estás mintiendo delante de testigos.

—Estoy contando una versión creativamente optimizada.

—Eso es mentir.

—Eso no es más que estar acostumbrado a trabajar en relaciones públicas.

—Gracias por confirmar todas mis sospechas.

La gente vuelve a reír y lo peor es que yo también empiezo a divertirme de verdad, sin fingir, ni mostrar nada que realmente no es. Quizá por eso no veo a Cassandra hasta que ya está prácticamente delante de nosotros.

La conversación se enfría inmediatamente, porque Arthur también la ha visto. Lo noto, aunque no cambia de expresión, solo deja de sonreír.

Cassandra se detiene frente a nosotros con una copa de champán en la mano.

—Qué sorpresa encontraros juntos otra vez —nos dice con una sonrisa que parece amable, al igual que su tono de voz, aunque ninguna de las dos cosas lo son.

Arthur deja la copa sobre una mesa que tenemos cerca antes de responder.

—Buenas noches, Cassandra.

Ella asiente ligeramente sin apartar la vista de mí. Nos observamos durante un instante con educación. Sin embargo, tengo la sensación de que es ese tipo de educación, que la gente utiliza cuando quiere clavarse cuchillos, pero sin mancharse las manos.

—La foto tuvo bastante éxito —comenta Cassandra mientras juega distraídamente con el tallo de su copa.

—Eso parece —respondo con una sonrisa educada.

—No imaginaba que las cosas fueran tan rápidas.

Arthur se mueve unos centímetros a mi lado, aunque ni se acerca, ni me toca, pero noto igualmente su gesto.

—Tampoco imaginaba que una fotografía pudiera generar tanto interés —contesta él.

—Las personas siempre encuentran interesantes ciertos cambios —le responde una Cassandra sonriente.

—¿Cambios? —pregunto.

—Arthur no suele sorprender a nadie.

—Qué triste debe de ser vivir así —comento antes de beber un pequeño sorbo de agua.

La sonrisa de Cassandra se mantiene en su sitio, aunque noto una pequeña tensión en la comisura de sus labios.

—No parece que te resulte aburrido —comenta mientras sostiene la copa entre las manos.

—Todavía es pronto para saberlo —respondo encogiéndome ligeramente de hombros.

A mi lado, Arthur gira un poco la cabeza hacia mí.

—Gracias por tu voto de confianza —dice con una serenidad que no me creo ni un poco.

—Intento mantener expectativas realistas —replico.

—Qué considerada.

Cassandra observa el intercambio sin intervenir. Sus ojos van de Arthur a mí y de mí a Arthur, como si estuviera intentando resolver un rompecabezas que se resiste a encajar. Entonces entiendo que realmente lo que le molesta no es que Arthur esté acompañado, sino controlar la conversación.

—Debo reconocer que formáis una pareja interesante —dice finalmente.

—Eso nos lo han dicho varias veces esta noche —contesto mientras acepto otra copa de agua de un camarero que pasa junto a nosotros.

—Supongo que nadie lo esperaba —afirma ella.

Arthur suelta una pequeña risa.

—Yo tampoco.

—Al menos estamos todos de acuerdo en algo —añade Cassandra.

Dos invitados se acercan en ese momento para saludar a Arthur y la conversación se dispersa durante unos minutos. Mientras él habla con ellos, vuelvo a fijarme en Cassandra y descubro que sigue observándonos. No parece estar escuchando a nadie. Solo está pendiente de nosotros, esperando un gesto, una contradicción o cualquier otro detalle que le permita demostrar que esta historia no es tan perfecta como parece.

Cuando por fin nos quedamos solos, me acerco un poco a Arthur.

—Está intentando pillarnos —murmuro.

—Eso parece —me responde Arthur que sigue observando la sala.

—¿Siempre es así?

—Cuando cree que puede sacar algo de una situación, sí —asiente con la cabeza.

—Empiezo a entender por qué no funcionasteis.

Él deja escapar una carcajada breve y por primera vez desde que empezó el evento parece realmente divertido.

—Eso ha sido bastante directo.

—Llevo toda la noche escuchando a gente hablar durante diez minutos para no decir nada. Necesitaba compensarlo —le suelto y me encojo de hombros.

Arthur vuelve la cabeza hacia mí y me mira directamente a los ojos.

—Gracias.

—¿Por qué? —pregunto frunciendo ligeramente el ceño.

—Porque tú nunca haces eso.

La respuesta me pilla desprevenida, pero, por suerte, no tengo tiempo de buscar una réplica, porque Cassandra reaparece y esta vez no viene sola. Se acerca acompañada de un hombre mayor de pelo canoso que sonríe en cuanto ve a Arthur.

—Precisamente estaba contándole a Richard que sois la pareja sorpresa del año —anuncia Cassandra.

—Eso suena un poco exagerado —digo y me río un poco echando la cabeza hacia atrás.

—Quizá un poco —admite ella.

Richard se ríe y le da una palmada amistosa a Arthur en el hombro.

—Llevo años intentando que este hombre se comporte como una persona normal.

—¿Y qué tal va la misión? —pregunto.

—Francamente mal.

Arthur suspira.

—Estoy aquí delante.

—Lo sabemos —responde Richard.

—Perfecto.

—¿Ves? —Richard me señala con una sonrisa—. Esto es exactamente lo que digo.

La conversación continúa unos minutos más y Cassandra sigue pendiente de nosotros. Lo noto en la forma en que interviene, en cómo nos observa cuando cree que no nos damos cuenta y en la sonrisa paciente que no termina de desaparecer de su cara. Parece convencida de que tarde o temprano cometeremos un error y, entonces, decide ayudarnos a hacerlo.

—Debo admitir que sois muy convincentes —dice mirando directamente a Arthur—. Casi parece real.

La frase cae sobre el grupo con suavidad, pero todos entendemos lo que hay debajo. Cassandra no solo está haciendo un comentario, sino que nos está lanzando un reto y Arthur también lo entiende.

Nuestros ojos se encuentran un instante y después él da un paso hacia mí sin darme tiempo para pensar. Posa su mano en mi cintura y me atrae ligeramente hacia él antes de inclinarse. El beso dura apenas unos segundos. Lo suficiente para que cualquiera que esté mirando llegue a la conclusión que esperamos. No obstante, el problema no es el tiempo, sino que, durante esos segundos, Arthur deja de parecer el hombre más controlado de Manhattan y yo dejo

de recordar que esto forma parte de un acuerdo. Cuando se aparta, su mano permanece un instante más en mi cintura antes de desaparecer y mi corazón, en cambio, da la sensación haberse quedado varios pasos por detrás. Cassandra se queda atónita al presenciar nuestro beso.

—Vaya —murmura Richard.

—Eso sí que ha sido convincente —añade alguien a nuestra espalda.

Arthur carraspea con suavidad y recupera la compostura impecable que lleva luciendo toda la noche, aunque ahora sé que es exactamente eso: compostura, porque hace unos segundos también lo he notado perder el equilibrio.

Cassandra nos observa a los dos antes de sonreír.

—Tengo que reconocerlo. Parecéis muy convincentes.

Recupero el control justo a tiempo para devolverle la sonrisa.

—Es que Arthur finge muy bien.

Creo que va a dejar pasar el comentario, pero no lo hace. Levanta la vista hacia mí y durante un instante desaparecen las conversaciones, la música y el resto de los invitados que nos rodean.

—No tanto como crees —me escupe Cassandra.

Y ahora ya no estoy segura de qué parte de esta historia sigue siendo una mentira.

8

Arthur

Estoy hablando con Ben, uno de los directivos de Veridian, cuando veo a Laura al otro lado de la sala. No la busco o al menos eso es lo que me digo. La realidad es que llevo toda la noche localizándola sin esfuerzo entre decenas de personas. Da igual dónde esté, porque la acabo encontrando igualmente. Ahora mismo está junto a una mesa alta hablando con dos mujeres del departamento de marketing. Gesticulan, se ríen y, por la forma en que la conversan, parece que Laura ha conseguido algo que no suele ocurrir en este tipo de eventos: que la gente deje de hablar de trabajo durante cinco minutos.

—Arthur.

La voz de Ben me devuelve a la conversación.

—Perdona —digo girándome hacia él—. ¿Por dónde íbamos?

Ben apoya una mano en su copa y sonríe.

—Por el momento en que te distraías mirando a tu novia —me dice el riendo.

—No es mi novia.

—Claro.

Lo observo unos segundos.

—Ahora me acuerdo por qué dejamos de reunirnos en persona... Por correo electrónico no podía verte la cara cuando mentías —me dice Ben con complicidad.

—No estoy mintiendo.

—Entonces estás perdiendo facultades —niega con la cabeza divertido.

—Gracias por tu apoyo.

—Para eso están los amigos.

Ben termina su copa y se aleja hacia otro grupo antes de que pueda responderle. En cuanto desaparece, vuelvo a mirar hacia donde estaba Laura hace unos minutos, lo cual es un error por mi parte, porque sigue en el mismo lugar y porque en ese momento levanta la vista y nuestras miradas se cruzan. Laura arquea una ceja

con una leve sonrisa y yo niego ligeramente con la cabeza, porque no tengo ni idea de qué otra respuesta espera de mí. Ella sonríe y después vuelve a la conversación.

—No seas raro —escucho la voz de Rita a mi lado y al girarme, la encuentro con una copa de vino en una mano y una expresión que conozco muy bien.

—Buenas noches para ti también —la saludo.

—Llevas observándola desde hace media hora.

—Exageras...

—Arthur —dice ella girándose completamente hacia mí—, llevo siete años trabajando contigo. Sé cuándo estás analizando un contrato, cuándo estás planeando despedir a alguien y cuándo intentas fingir que algo no te afecta. Esta es la tercera categoría.

—No sé de qué hablas —me encojo de hombros.

—Claro que lo sabes —insiste siguiendo la dirección de mi mirada y encuentra a Laura en menos de dos segundos—. Ah.

—¿Ah qué? —le pregunto mirándola de reojo.

—Ahora entiendo por qué esta noche pareces menos concentrado.

—Estoy perfectamente concentrado —le aseguro con una convicción que no siento.

—Has olvidado tres veces el nombre del director financiero de Veridian esta noche.

—Solo una —le contradigo.

—Tres —insiste y decido ignorarla, aunque Rita sonríe con la satisfacción de quien sabe que ha ganado una discusión antes incluso de empezarla.

—Me cae bien —dice finalmente.

—¿Laura?

—No. El camarero de la esquina.

La miro y veo que pone los ojos en blanco.

—Claro que Laura, ¿quién si no? —resopla.

—Solo la conoces desde hace una hora.

—Y tú desde hace cuatro días.

—No veo la relación —le respondo y me encojo de hombros.

—Precisamente ese es el problema.

Antes de que pueda responder, Rita me da una palmada en el brazo y se aleja entre los invitados. Resoplo y justo después vuelvo a cometer el mismo error. Miro otra vez hacia Laura y veo que ahora no está hablando con las mujeres de marketing, sino con un hombre alto con traje gris y sonrisa ensayada. Laura mantiene una expresión educada mientras lo escucha. Asiente un par de veces y sonrío cuando corresponde, pero ya empiezo a reconocer ciertas cosas de ella como cuando se está divirtiendo o está siendo amable, como ahora mismo. El hombre continúa hablando y Laura vuelve a asentir. Entonces él señala discretamente hacia mí con la copa y aunque no sé de qué están hablando, soy capaz de leerle los labios y saber que ha dicho la palabra «novio». Laura gira la cabeza hacia mí y me encuentra observándola. Después vuelve a mirar al hombre.

—Algo parecido —adivino que le responde con una sonrisa.

No debería importarme su respuesta, ni tampoco gustarme. Sin embargo, mientras ella vuelve a la conversación y el hombre parece aceptar su explicación, descubro que la palabra «novio» me resulta sorprendentemente agradable para formar parte de una mentira.

El hombre del traje gris continúa hablando unos minutos más con ella, mientras Laura mantiene la sonrisa educada que utiliza cuando intenta ser amable sin dar demasiada confianza. Asiente de vez en cuando, hace algún comentario y consigue que él se ría varias veces, aunque resulta evidente que la conversación le interesa bastante menos a él que a ella.

No sé por qué sigo observándolos. Bueno, sí lo sé... Simplemente no me gusta, aunque tampoco tengo ningún motivo razonable para que no me guste.

—Arthur, ¿sigues con nosotros?

La pregunta llega desde mi izquierda. Me giro y descubro que uno de los directivos de Veridian me está mirando con una mezcla de paciencia y resignación.

—Depende de la conversación —respondo.

—Estamos hablando de previsiones para el próximo trimestre.

—Entonces definitivamente no.

Las risas a mi alrededor alivian mi despiste y la conversación continúa unos minutos más. Intento concentrarme e incluso

participo: comento un par de cifras, respondo algunas preguntas y consigo aparentar que estoy prestando toda mi atención al asunto, aunque no estoy seguro de engañar a nadie.

Cuando por fin la conversación termina, aprovecho la primera oportunidad para alejarme del grupo. La sala sigue llena. Hay invitados repartidos junto a las mesas altas, camareros cruzando de un lado a otro y gente intercambiando tarjetas con una intensidad, que hace pensar que están negociando tratados internacionales en lugar de productos cosméticos.

Mi mirada encuentra a Laura casi de inmediato, aunque ahora ya no está hablando con el hombre del traje gris. Ahora está junto a una de las terrazas interiores con una mujer que reconozco enseguida: Janice Moore, la directora de marketing de Veridian. Una persona inteligente, directa y bastante poco paciente con los idiotas, por eso me sorprende verla riéndose. Reduzco ligeramente el paso al acercarme y escucho el final de la conversación.

—...y entonces me dijo que necesitaba espacio para encontrarse a sí mismo —cuenta Laura levantando una mano mientras habla—. Dos semanas después ya vivía con otra mujer, así que imagino que se encontró bastante rápido.

Janice suelta una carcajada.

—Eso ha sido terrible.

—Lo sé. Llevo años perfeccionando el trauma para convertirlo en anécdota.

—Te felicito por el resultado —le contesta Janice.

Laura sonríe y da un pequeño sorbo a su copa.

—Gracias. Ha requerido mucho trabajo y una cantidad poco saludable de conversaciones con mis amigas.

—Las amigas suelen ser más útiles que los terapeutas.

—Mis amigas son más agresivas que los terapeutas.

Janice vuelve a reírse y después su expresión se suaviza un poco.

—Espero que ya no sigas culpándote.

Laura baja la vista hacia su copa unos segundos antes de responder.

—Ahora no. Al principio sí.

Janice frunce ligeramente el ceño.

—¿Por qué?

Laura se encoge de hombros.

—Porque cuando alguien te engaña, durante una temporada acabas preguntándote qué tenía la otra persona que no tuvieras tú.

La frase me resulta desagradable por el hecho de que la diga, porque no encaja con la mujer que he conocido durante estos días, que es una persona capaz de discutir conmigo durante una hora sin ceder un centímetro, ni con alguien que ha entrado esta noche aquí convencida de que no pertenecía a este mundo y ha tardado veinte minutos en conquistarlo.

Janice le toca brevemente el brazo.

—Espero que ya sepas que el problema no eras tú.

Laura sonríe, esta vez de verdad.

—Ahora lo tengo claro, aunque me costó un tiempo llegar ahí.

Decido intervenir antes de seguir escuchando una conversación que claramente no me corresponde.

—¿Estoy interrumpiendo?

Laura gira la cabeza hacia mí.

—Depende —dice inclinando ligeramente la cabeza—. ¿Traes una razón convincente para aparecer justo ahora?

—Una regular.

—Entonces probablemente sí.

Janice se ríe y me señala.

—Me cae bien.

—Lo siento mucho —responde Laura inmediatamente.

—Gracias —añado yo.

Janice niega con la cabeza.

—No te estaba hablando a ti.

—Eso empieza a convertirse en un patrón.

—Porque te lo has ganado.

Laura intenta disimular una sonrisa, pero fracasa. Cuando Janice se marcha para reunirse con otro grupo, Laura vuelve a mirarme.

—¿Escuchando conversaciones ajenas otra vez?

—Solo he escuchado dos frases —trato de justificarme—. Tres como mucho.

—Eso no mejora la situación.

—Depende de las frases —le respondo encogiéndome de hombros.

Ella pone los ojos en blanco y da otro sorbo a su copa.

—¿Te estás divirtiendo? —le pregunto.

Laura parece pensarlo de verdad antes de responder.

—Sorprendentemente sí.

—Suenas casi como un cumplido.

—No te emociones.

—Demasiado tarde.

Ella resopla.

—Eso tampoco era un cumplido.

—Ahora sí que te creo.

Durante unos segundos observamos a nuestro alrededor.

—¿Sabes qué es lo peor? —pregunta Laura de repente.

—Sorpréndeme.

—Que empiezo a entender por qué eres bueno en tu trabajo.

—Eso ha sonado a cumplido —le digo con un amago de media sonrisa.

—Lo era.

—Gracias por tu sinceridad.

Laura me señala con un dedo.

—No te acostumbres.

—Tomo nota.

Ella baja la mano y me estudia durante unos segundos.

—¿Siempre haces esto? —me pregunta mirando a nuestro alrededor.

—¿El qué?

—Conseguir que la gente termine contándote cosas que no pensaba contarte.

Su pregunta me hace sonreír.

—Creo que eso dice más de la gente que de mí.

—Bonita evasiva.

—Gracias.

—Era una crítica, ¿eh? —. Laura niega con la cabeza—. Eres agotador.

—Y aun así sigues aquí —le respondo sin dejar de sonreír.

—Porque firmé un acuerdo horroroso.

—Esa sigue siendo mi explicación favorita.

Y lo peor es que cuando ella vuelve a reírse, empiezo a olvidar que toda esta historia nació de una mentira.

Cuando el evento empieza a vaciarse, Laura aparece a mi lado con el bolso colgado del hombro y una expresión que conozco bastante bien, porque es la misma que tenía al principio de la velada, aunque ahora parece más cansada en lugar de querer escapar.

—Voy a asumir que esa cara significa que ya podemos irnos —dice mientras observa cómo varios invitados siguen hablando junto a la barra.

—Tu interpretación es correcta.

—Menos mal, porque empiezo a sospechar que este tipo de eventos duran hasta que la última persona pierde las ganas de vivir.

—Eso explicaría algunas reuniones a las que he asistido.

Laura deja escapar una risa.

—Qué mundo tan inquietante.

Nos despedimos de un par de personas más antes de abandonar la sala y cuando las puertas del ascensor se cierran, el ruido del evento desaparece por fin. Laura apoya la espalda contra una de las paredes metálicas y exhala lentamente.

—Has sobrevivido —le digo con una sonrisa.

—No gracias a ti.

—Yo te he invitado.

—Tú me has arrastrado.

—Bueno eso solo es un pequeño detalle —le respondo ajustándome los puños de la camisa.

—Arthur, sigues teniendo una relación preocupante con la palabra «detalle».

La puerta se abre en el vestíbulo y poco después salimos a la calle. Pese a las horas, Manhattan sigue despierta. Los coches avanzan por la avenida, los semáforos cambian de color y la ciudad

mantiene su habitual ritmo desenfrenado que parece ignorar la hora que es

Un taxi se detiene frente a nosotros y abro la puerta trasera.

—Gracias —me dice Laura antes de entrar.

—Intento mantener mi reputación de novio falso razonablemente educado.

—Pues deja de hacerlo tan bien.

La frase sale de su boca y durante un instante ella misma parece sorprendida y yo también, pero ambos nos esforzamos en disimularlo.

Cuando el taxi arranca, durante unos minutos hablamos de cosas inofensivas. Del catering, de un invitado que llevaba veinte minutos intentando explicar exactamente a qué se dedicaba sin que ninguno de los que le escuchábamos lo entendiera y del hombre que había saludado a la misma persona tres veces fingiendo que no recordaba haberlo hecho ya las dos anteriores. Laura se está riendo de una imitación que acabo de hacer cuando de repente se queda pensativa.

—Hay algo que sigo sin entender —suelta aún sonriente.

—Eso reduce bastante las posibilidades —respondo apoyando un brazo sobre el respaldo.

Ella gira la cabeza hacia mí.

—El beso.

Ahí está.

—¿Qué pasa con él?

—Que no era necesario.

—Claro que lo era.

Laura se incorpora un poco en el asiento.

—Arthur, no hacía falta besarme.

—Cassandra estaba esperando que cometiéramos un error.

—Podíamos haber hecho muchas otras cosas.

—Pero ninguna tan eficaz —trato de convencerla mientras niego con la cabeza.

Ella me observa unos segundos y después niega con la cabeza.

—Resulta agotador discutir contigo.

—Lo sé.

—No era un cumplido.

—Eso también lo sé.

—Estoy harta de tus «lo sé».

Laura resopla y vuelve la vista hacia la ventanilla. Durante unos segundos parece que la conversación ha terminado, pero después vuelve a girarse hacia mí.

—¿Para quién era necesario?

La pregunta no tiene nada que ver con Cassandra, ni con el evento, ni con la mentira. Laura mantiene la mirada fija en mí mientras espera una respuesta, aunque por primera vez en toda la noche no sé qué responderle.

—Eso pensaba —dice ella al cabo de unos segundos.

—Estoy pensando —trato de justificarme.

—Mala señal.

—¿Por qué? —pregunto abriendo mucho los ojos.

—Porque cuando tú piensas suele significar que estás buscando la forma elegante de no contestar.

La observo y veo que ella me sostiene la mirada sin ni siquiera pestañear.

—No siempre hago eso.

—Arthur, nos conocemos desde hace una semana y siempre lo haces.

—Eso es injusto.

—No, es preciso.

La palabra me hace sonreír y ella se da cuenta.

—¿Qué pasa? —pregunta arqueando una ceja—

—Empiezas a parecerte a Rita —le digo sonriente aún.

—Eso sí que ha sido ofensivo.

—Lo siento.

—Mentira.

—Un poco.

Ella intenta contener una sonrisa, pero fracasa. Pero entonces ocurre algo que complica las cosas, porque durante unos segundos dejamos de hablar. Laura sigue mirándome y yo la miro a ella. La distancia entre nosotros no ha cambiado desde que entramos en el taxi, pero de repente parece mucho más pequeña. Mi atención baja

hasta su boca solo un momento y cuando vuelvo a levantar la vista descubro que se ha dado cuenta y que tampoco ha apartado los ojos de mí. Entonces, me inclino un poco hacia ella, mientras permanece inmóvil, después baja la vista y se aparta. No lo hace de forma brusca ni incómoda, simplemente gira la cabeza hacia la ventanilla y toma aire.

Laura gira la cabeza hacia la ventanilla y toma aire despacio, como si necesitara unos segundos para ordenar las ideas. Yo vuelvo a apoyarme contra el respaldo y la dejo hacerlo. No intento acercarme otra vez ni buscar una explicación mejor. Simplemente me quedo donde estoy mientras el taxi sigue avanzando por Manhattan.

Durante unos minutos ninguno dice nada. Laura observa las luces que pasan al otro lado del cristal y yo miro hacia delante, aunque no podría decir qué calles estamos cruzando exactamente. La conversación se ha quedado en algún punto entre nosotros y esta vez ninguno parece tener ganas de retomarla.

Cuando el taxi se detiene frente a su edificio, Laura recoge el bolso de su regazo y evita mirarme directamente.

—Buenas noches —dice al abrir la puerta del coche.

—Que descanses, Laura.

Ella asiente sin añadir nada más y echa a andar por la acera. Mientras me quedo observándola, no porque espere que se vuelva. Aun así, no entro en el coche hasta que desaparece dentro de su portal. Después, el taxi vuelve a ponerse en marcha hasta que, poco después, llegamos a mi edificio.

Cuando llego a mi casa, dejo las llaves sobre la encimera, me aflojo el nudo de la corbata y me sirvo un whisky. Después, me apoyo en la isla de la cocina y miro las luces de la ciudad a través de los ventanales. Aunque pretendía relajarme, no funciona, porque no logro sacarme a Laura de la cabeza. Doy un sorbo al whisky y saco el móvil, una mala idea, lo tengo claro antes incluso de desbloquear la pantalla. Aun así, abro nuestra conversación y le escribo.

Arthur:

¿Has llegado bien?

Lo leo una vez, después otra, pero al final lo borro. Sé que parece una pregunta perfectamente normal, pero precisamente ese es el problema. Suena a algo que escribiría alguien que no soy yo. Vuelvo a intentarlo.

Arthur:

Tu amiga Pamela me da miedo.

Lo observo unos segundos y lo borro también. Eso es aún peor. Dejo escapar una risa y apoyo el móvil sobre la encimera. Cinco segundos después, vuelvo a cogerlo con la sensación de que definitivamente he perdido el juicio. Sin embargo, esta vez escribo sin pensar demasiado.

Arthur:

Mañana tenemos *brunch*
con tu grupo de interrogatorio, ¿verdad?

Lo envío antes de encontrar motivos para no hacerlo y mi teléfono vibra casi al instante.

Laura:

Mis amigas no interrogan.

Destruyen.

Su respuesta me arranca una sonrisa.

Arthur:

Eso explica muchas cosas.

Los tres puntos aparecen inmediatamente en la pantalla, pero de repente desaparecen, aunque vuelven a aparecer al instante. Apoyo los antebrazos sobre la encimera mientras espero, hasta que finalmente llega otro mensaje.

Laura:

Si sobrevives mañana,
te daré una pegatina.

Me río yo solo en mitad de la cocina, después dejo el móvil boca abajo y me termino el whisky mientras observo cómo brilla la ciudad al otro lado de los ventanales del salón. Un rato después, mientras voy hacia mi habitación hay algo que no deja de darme vueltas en la cabeza, porque no me preocupa el *brunch* de mañana, lo que realmente me preocupa son las ganas que tengo de volver a ver a Laura.

9

Laura

Estoy sentada en una cafetería de Tribeca con un café delante, un croissant que todavía no he probado y la desagradable sensación de que he cometido un error de proporciones históricas.

—Todavía estás a tiempo de huir —me insiste Pamela mientras deja las gafas de sol sobre la mesa.

—Gracias por tu apoyo.

—Siempre intento ayudarte.

—Mentira.

—Bueno, intento entretenerme.

Pamela está en la silla de enfrente con la energía de una mujer que ha desayunado cafeína pura. Lleva un vestido amarillo, unos pendientes enormes y una sonrisa que me hace sospechar que lleva planeando este momento desde que apareció la foto de Arthur y yo en Instagram.

A su lado, Kim levanta la vista de la pantalla del móvil.

—¿Está confirmado que viene?

—Sí —asiento con la cabeza.

—Interesante —sentencia Kim

—Cuando tú dices que algo es interesante, siempre suena a amenaza —le hago notar.

—Porque suele serlo.

—Aha, eso explica muchas cosas.

Eve llega en ese momento con una taza de té entre las manos y un jersey color crema que la hace parecer una persona razonable. Lo cual es injusto, porque es perfectamente capaz de destrozarte emocionalmente con hacer ni una sola observación.

—Buenos días —saluda Eve mientras toma asiento y deja la taza de té sobre la mesa.

—Ya veremos —murmuro.

—¿Tan mal estamos? —pregunta Eve arqueando una ceja.

—Pregúntamelo cuando Arthur aparezca por esa puerta —le respondo.

—Ah. Entonces sí estás nerviosa —me contesta justo antes de dar un sorbo a su té.

—No estoy nerviosa —trato de ser convincente.

—Laura —interviene Kim sin levantar la vista del móvil—. Llevas diez minutos mirando la entrada.

Violet aparece la última con una carpeta bajo el brazo, el móvil pegado a la oreja y la expresión de alguien que lleva tres horas trabajando.

—No, las peonías no pueden desaparecer cuarenta y ocho horas antes de la boda —dice mientras se deja caer en la silla libre—. Consigue esas cuarenta y ocho peonías o encuentra otro planeta.

Cuelga y suspira.

—Necesito vacaciones.

—Llevas diciendo eso dos años —comenta Kim.

—Porque llevo dos años necesitándolas.

Violet deja la carpeta sobre la mesa y me señala.

—¿Dónde está?

—¿Quién?

—Laura...

—Yo soy Laura.

—Ya me entiendes —resopla Eve.

—No quiero entenderte —niego con la cabeza mientras hablo.

Pamela se inclina hacia delante apoyando ambos codos sobre la mesa.

—¿Estás nerviosa? —me pregunta.

—No —niego de nuevo con la cabeza.

—Mentirosa.

—No estoy nerviosa —insisto haciendo el mismo gesto con el convencimiento de que como siga así voy a acabar la mañana con un esguince cervical.

—Laura —dice Eve con una sonrisa suave—. Estás sujetando la taza con las dos manos como si alguien fuera a quitártela.

Miro la taza y tiene razón, maldita sea.

—Solo tengo frío —disimulo.

—Estamos en junio —señala Kim.

—Tengo frío emocional —le aclaro.

—Eso no significa nada —protesta Pamela.

—Pues es exactamente lo que me pasa.

Las cuatro me observan a la vez y he de confesar que es una experiencia profundamente inquietante.

—No os pongáis así —le suelto paseando la mirada de una a otra.

—¿Así cómo? —pregunta Violet.

—Como si fuerais un jurado.

—Todavía no hemos empezado —responde Kim.

—¿Ves? Eso es exactamente lo que me preocupa.

Pamela abre la boca para responder, pero no llega a hacerlo, porque en ese momento veo aparecer a Arthur al otro lado del cristal y, por desgracia para mí, mis amigas también.

—Madre mía —murmura Pamela girándose en la silla.

—Pamela.

—¿Qué?

—Compórtate —le ordeno.

—No me conoces.

—Te conozco desde hace doce años.

—Precisamente por eso...

Arthur cruza la calle esquivando a un repartidor y se dirige hacia la cafetería. Lleva unos vaqueros oscuros, una camisa oscura con las mangas subidas hasta la mitad de los antebrazos y su habitual expresión tranquila que normalmente me pone de los nervios y hoy también.

—Vale —dice Pamela incorporándose en la silla—. Quiero que conste que voy a intentar comportarme como una persona adulta.

—No lo vas a conseguir —afirma Kim.

—Ni de lejos —añade Violet.

—¿Por qué nadie cree en mí? —pregunta Pamela.

—Nos basamos en la experiencia—le recuerda Eve.

Arthur entra en la cafetería unos segundos después, me busca con la mirada y me encuentra enseguida. Luego ve al resto del grupo y por primera vez desde que lo conozco parece dudar un poco, lo justo para que me anime.

—Buenos días —saluda acercándose a la mesa.

—Eso está por ver —responde Pamela mientras le estrecha la mano—. Soy Pamela.

—Arthur —le responde él devolviéndole el apretón

—Ya sé quién eres, te he investigado.

—Eso no me tranquiliza.

—Perfecto —le responde Pamela guiñándole un ojo.

Yo tengo que mordirme el interior de la mejilla para no reírme, porque Arthur acaba de llegar y Pamela todavía no ha empezado con su tercer grado. Arthur ocupa la silla libre a mi lado y apenas ha terminado de acomodarse cuando Pamela entrelaza las manos sobre la mesa con una sonrisa que anuncia problemas.

—Bien —dice inclinándose ligeramente hacia delante—. Empecemos por algo sencillo. ¿Cuáles son tus intenciones con Laura?

—Pamela —la reprendo.

—¿Qué? Es una pregunta normal.

—No, no lo es —le confirmo negando con la cabeza.

—Pues a mí me lo parece —me responde encogiéndose de hombros.

Arthur me dedica una mirada divertida antes de volver la atención hacia mi amiga.

—Mis intenciones son sobrevivir a este *brunch*.

—Respuesta inteligente —admite Pamela—. No responde a mi pregunta, pero es inteligente.

Kim, que sigue observándolo con la misma expresión que pone cuando cree que alguien intenta venderle algo que no necesita, deja el móvil sobre la mesa.

—¿Siempre respondes así cuando alguien te pregunta algo incómodo? —quiere saber ahora Kim.

—Solo cuando la alternativa es empeorar la situación.

—También es inteligente —reconoce Kim.

—¿Eso ha sido un cumplido? —pregunto sorprendida.

—No, tampoco hace falta que te emociones.

Arthur levanta una mano.

—Empiezo a entender vuestra dinámica.

—Todavía no has visto nada —le informa Violet que está abriendo la carpeta que ha traído consigo.

—Eso no ha sonado tranquilizador.

—Porque no pretendía serlo —le confirma Violet.

Un camarero aparece para tomar nota y durante unos minutos la conversación se desvía hacia cafés, tostadas y una discusión absurda sobre si el aguacate se ha convertido oficialmente en una secta. Cuando vuelve a marcharse, Pamela retoma el interrogatorio exactamente donde lo dejó.

—¿Cuánto mides?

Arthur parpadea.

—¿Perdón?

—Es una pregunta objetiva —añade ella alzando las palmas de la mano.

—Uno ochenta y ocho.

—Interesante —asiente.

—¿Por qué es interesante? —pregunta él frunciendo el ceño.

—Porque Laura siempre dice que la altura no importa.

—Pamelaaaaa —le llamo la atención.

—Solo estoy recopilando datos —trata de disculparse.

—No sé qué significa eso —añade Arthur.

—Nadie lo sabe nunca —le asegura Eve con una sonrisa amable.

—¿Siempre es así? —me pregunta él volviéndose hacia mí.

—Peor, te aseguro que hoy se están conteniendo.

—Eso tampoco resulta muy tranquilizador.

Violet se ríe mientras revisa algo en su tableta.

—¿Sabes qué es lo más preocupante? —le pregunta a Arthur—. Que nosotras ni siquiera nos hemos preparado preguntas.

—¿Y esto qué es entonces?

—Improvisación pura y dura —le asegura Violet.

—Ahora sí que estoy preocupado —le contesta Arthur con cara de circunstancias y la mesa estalla en risas. Aunque lo peor es que me parece que Arthur empieza a relajarse por cómo se inclina hacia atrás en la silla y en que ya no parece un ejecutivo atrapado en territorio hostil. Sin embargo, por alguna razón que desconozco, eso me gusta.

—Por cierto —dice Pamela mientras remueve el café con energía —, llevo meses hablando con un chico que se llama Ethan Davies.

—Llevas meses hablando de Ethan Davies —la corrige Kim sin levantar la vista de la taza.

—Porque es relevante.

—No lo conocemos —señala Kim apoyando un codo sobre la mesa.

Pamela se lleva una mano al pecho, escandalizada.

—Yo sí.

—Por teléfono —puntualiza Violet mientras revisa una notificación en el móvil.

—Y por videollamada —añade Pamela inmediatamente.

—Eso tampoco cuenta —sentencia Kim.

Pamela resopla y decide ignorarlas a todas. Después se gira hacia Arthur y le señala con la cucharilla.

—Va a ser una boda enorme en los Hamptons.

—¿La de septiembre? —pregunta Violet levantando la cabeza al instante.

—Esa misma.

—Madre mía —dice Violet dejando escapar un suspiro dramático.

—¿Qué pasa ahora? —pregunta Pamela frunciendo el ceño.

—Nada bueno suele empezar con una boda enorme en los Hamptons —responde Violet antes de dar un sorbo a su café.

—Eso ha sonado ofensivo.

—Porque lo es.

Arthur observa el intercambio de un lado a otro, siguiendo la conversación como quien intenta ver un partido cuyas reglas desconoce.

—¿Siempre discutís así? —pregunta finalmente.

—Esto no es discutir —le explica Eve con una sonrisa tranquila mientras deja la taza sobre el plato.

—¿No? —. Arthur arquea una ceja.

—Esto es desayunar —aclara ella.

La respuesta le arranca una carcajada y ahí es cuando empieza el problema, lo noto inmediatamente. Pamela mira a Kim, ésta mira

a Violet y ésta mira a Eve. Mal asunto, porque conozco perfectamente esa cadena de miradas.

—No pongáis esa cara —les advierto apoyando los antebrazos sobre la mesa.

—¿Qué cara? —pregunta Pamela fingiendo una inocencia totalmente impropia de ella.

—Esa —le respondo señalando su cara.

—No sabemos de qué hablas —dice mientras intenta no sonreír.

—Mentirosas.

—Quizá un poco —admite Eve encogiéndose de hombros.

Arthur me observa con curiosidad.

—Ahora soy yo quien quiere saber qué está pasando —suelta Arthur mirándome con curiosidad.

—Créeme —le digo señalándolo con un dedo—, no quieres saberlo.

—Empiezo a sospechar que sí.

—Eso es porque todavía no has aprendido a protegerte —le aclaro.

—¿Protegerme de qué? —pregunta él.

—De nosotras —le responde Pamela, que sonríe de una forma que debería estar prohibida por la ley.

Arthur se queda callado un momento y después mira alrededor de la mesa.

—Ahora sí estoy preocupado.

—Bien —dice Kim asintiendo con aprobación—. Empiezas a aprender.

El camarero vuelve con los platos y durante unos minutos la conversación se concentra en cuestiones mucho más importantes, como proteger las tostadas de Pamela de la propia Pamela.

—¿Por qué tienes siempre tanta hambre? —le pregunta Violet mientras aparta una cesta de bollería de su alcance.

—Porque tengo una personalidad muy activa.

—Eso tampoco tiene sentido —dice Kim.

—Mi vida es un acto de fe constante —insiste Pamela.

—Empiezo a entender muchas cosas sobre ti —me dice Arthur girándose hacia mí.

—¿Por qué sobre mí?

—Porque eres amiga de ellas por elección.

—Eso es injusto.

—No, solo es una observación.

Antes de que pueda responder, el teléfono de Kim vibra sobre la mesa. Ella mira la pantalla y su expresión cambia lo suficiente para que todas lo notemos.

—¿Qué quieres? —pregunta directamente después de descolgar y sin levantarse de la mesa.

La persona al otro lado responde algo que no alcanzamos a escuchar.

—No, no voy a cambiar de opinión.

Otra pausa y Kim se reclina en la silla.

—Entonces llama a Bruce Hill y dile que te lo explique otra vez.

La reacción es instantánea.

—Me da igual que no te guste Bruce Hill.

Otra pausa.

—No, lo que te molesta es que tenga razón.

Kim cuelga y deja el móvil sobre la mesa.

—Ha sido intenso —observa Arthur arqueando una ceja.

—Era un cliente —explica Kim.

—No parecía demasiado feliz.

—Los clientes rara vez lo son —sentencia ella.

—¿Y quién es Bruce Hill? —pregunta Arthur.

—Un abogado insoportable.

—¿Y aun así lo recomiendas?

—Precisamente por eso. Los abogados agradables suelen dar miedo.

—No sé si eso es razonable —le responde Arthur asintiendo lentamente.

—No lo es —admito.

Mientras tanto, Eve ha sacado el teléfono para mirar una notificación y la veo leer un mensaje, después varios más y justo después su sonrisa desaparece.

—¿Qué pasa? —le pregunta Pamela que es la primera en darse cuenta.

—Nada.

—Tía... —insiste Pamela.

—De verdad. Nada.

—¿Es Connor? —le pregunta Pamela tras observarla unos segundos.

Eve levanta la vista y con eso le responde.

—Madre mía —murmura Violet.

—¿Qué quiere ahora? —pregunto.

—No lo sé —dice Eve bloqueando la pantalla—. Supongo que hablar.

—Qué concepto tan innovador. Podría haberlo intentado antes de romperte el corazón.

—Pamela —le corto.

—¿Qué?

—Así no ayudas —le suelto negando con la cabeza.

—Estoy ayudando muchísimo —insiste Pam.

Eve termina sonriendo a pesar suyo.

—Solo es un mensaje.

—Los mensajes nunca son solo mensajes —dice Kim mientras corta un trozo de tostada.

—Eso ha sonado inquietante.

—Porque es verdad.

Arthur permanece callado mientras nosotras hablamos, solo nos observa con atención.

—Por cierto —dice Violet cerrando por fin la carpeta que lleva arrastrando toda la mañana—. Si sobrevivo a este mes, pienso emborracharme durante una semana.

—¿Problemas? —pregunta Arthur.

—La boda más importante de mi carrera —le cuenta ella.

—Eso suena bien.

—Suena bien hasta que descubres que hay novecientos invitados, cuatro familias enfrentadas y una novia que cambia de opinión tres veces al día —resopla Violet.

—Eso ya suena peor —le responde Arthur inclinando la cabeza hacia un lado.

—Mucho peor —añade ella.

—¿Y si sale bien? —pregunta Eve.

Violet se encoge de hombros.

—Si sale bien, probablemente consiga los contratos que llevo años persiguiendo.

—Entonces saldrá bien —le responde Arthur asintiendo con la cabeza y con una pequeña sonrisa en los labios.

—¿Siempre tienes tanta confianza en todo lo que dices?

—No —niega con la cabeza—

—Miente —intervengo.

—Gracias por tu apoyo —dice él girándose hacia mí.

—Para eso están las amigas.

—Tú no eres una de tus amigas.

—Todavía no hemos decidido eso —afirma Arthur.

—Vale. Esa ha sido buena —dice Pamela tras soltar una carcajada.

Arthur se lleva una mano al pecho.

—Voy progresando.

—No te emociones —le advierte Kim.

—Otra vez esa frase.

—Te acostumbrarás.

La conversación continúa entre bromas, interrupciones y cambios constantes de tema. Hasta que en algún momento, Pamela empieza a contar una historia absurda relacionada con Ethan Davies y una videollamada desastrosa. Más tarde Violet recibe tres llamadas seguidas sobre flores. Después Kim discute con otro cliente y Eve termina sonriendo por algo que le ha enviado Connor, aunque intenta ocultarlo. Todo sucede al mismo tiempo. Todo es un absoluto caos, pero funciona.

Mientras escucho a Pamela discutir con Kim sobre si una persona puede enamorarse por videollamada, levanto la vista y descubro que Arthur está observando la mesa y no a mí. Nos mira a todas y percibo algo extraño en su expresión, pero que desaparece en cuanto se da cuenta de que lo estoy mirando, pese a eso lo he visto y creo saber lo que era. No parecía desconcierto, sino algo mucho más parecido a la nostalgia.

Dos horas después, la mesa parece el escenario de una pequeña catástrofe. Hay tazas vacías, platos sucios, servilletas arrugadas y una discusión abierta sobre si Pamela debería o no conocer la contraseña de Netflix de Ethan Davies cuando todavía ni siquiera se han visto en persona.

—Por supuesto que debería conocerla —insiste Pamela.

—Eso da miedo —dice Arthur.

—Gracias —asiente ella con la cabeza.

—No era un cumplido —niega él.

—¿Ah, no? —pregunta Pamela con el ceño fruncido.

—Empiezo a entender por qué os lleváis bien —comenta Kim mirando en mi dirección.

—Eso ha sido ofensivo para ambos.

—Era mi intención.

Pamela consulta la hora en su móvil y se levanta de la silla.

—Tengo que irme.

—¿Tienes trabajo? —pregunta Eve.

—Tengo una videollamada con Ethan.

—Dios nos ayude —murmura Violet.

—No seáis envidiosas.

—No es envidia —responde Kim mientras coge su bolso—. Es preocupación preventiva.

Poco a poco la mesa empieza a vaciarse. Violet recibe otra llamada relacionada con la boda y sale prácticamente corriendo de la cafetería. Kim se marcha cinco minutos después, prometiendo demandar verbalmente a media ciudad en las próximas horas. Eve es la última en levantarse, pero antes de hacerlo, guarda el móvil en el bolso y suspira.

—¿Todo bien? —le pregunto.

—Sí. Solo necesito pensar algunas cosas —me responde dedicándome una media sonrisa.

Eve se inclina para abrazarme y después repite el gesto con Pamela antes de despedirse del resto.

—Ha sido interesante conocerte —le dice a Arthur.

—No estoy seguro de si eso es bueno o malo —le responde él con una media sonrisa.

—Ya lo descubrirás —le contesta Eve y desaparece por la puerta.

Cuando por fin nos quedamos solos Arthur y yo, la cafetería parece extrañamente tranquila.

—Bueno —digo mientras me pongo la chaqueta—. Has sobrevivido.

Arthur deja unos billetes sobre la mesa y se pone en pie.

—Por poco... —resopla.

—Exagerado.

—Laura, una de tus amigas ha intentado averiguar mis intenciones, otra ha analizado mi comportamiento, una tercera ha evaluado mi capacidad para mentir y la cuarta ha conseguido que me preocupe por un hombre llamado Connor al que ni siquiera conozco.

—Ahora que lo dices en voz alta, ha ido bastante bien, sí —digo con convicción.

Arthur se queda mirándome.

—Sois aterradoras.

—¿A que sí?

Salimos a la calle y el sol de mediodía ilumina las fachadas de Tribeca, mientras las terrazas empiezan a llenarse de gente. Caminamos unos metros sin prisa mientras el ruido habitual de Manhattan vuelve a envolverlo todo.

—Hablo en serio —dice Arthur metiéndose las manos en los bolsillos—. Tus amigas dan miedo.

—Eso es porque todavía no las conoces bien.

—¿Eso debería tranquilizarme?

—Probablemente no.

Arthur niega con la cabeza, divertido.

—No entiendo cómo sobrevives.

—Llevo años de entrenamiento —le explico.

—Se nota.

Sonrío y entonces mientras le miro de reojo noto que vuelve a quedarse pensativo.

—¿Qué? —le pregunto.

Arthur tarda un momento en responder.

—Nada.

—Mentira.

—No te miento.

—Entonces dilo.

Él exhala despacio antes de encogerse ligeramente de hombros.

—Solo estaba pensando que tenéis algo bonito.

Su respuesta me sorprende.

—¿El qué?

Arthur mira hacia delante mientras seguimos caminando.

—Eso.

—«Eso» no explica nada.

—Vuestra relación.

Lo dice sin ironía y sin ser una de esas respuestas rápidas que suele utilizar cuando quiere esquivar una conversación.

—Os cuidáis mucho unas a otras —añade—. Incluso cuando os estáis atacando.

Me río.

—Es nuestra forma de demostrarnos cariño —le cuento.

—Ya me he dado cuenta —asiente con una media sonrisa.

—La verdad es que somos un desastre —confieso.

—No.

La respuesta llega tan deprisa que me hace girar la cabeza hacia él y veo que me sostiene la mirada unos segundos.

—No sois un desastre.

Algo en su expresión hace que la broma que estaba a punto de decir desaparezca, porque ahora entiendo lo que he visto antes mientras observaba la mesa. No era nostalgia exactamente, sino que estaba mirando algo que él no tiene y le gustaría tener.

—Son mi familia —digo finalmente.

Arthur asiente, pero tarda un poco más de lo normal en apartar la mirada. Un momento lo bastante largo para que me quede pensando en él mucho después de que nos despidamos en la siguiente esquina.

10

Arthur

Cuando entro en el despacho después de la primera reunión de la mañana, dejo el portátil sobre la mesa y mi atención se detiene, otra vez, en una fotografía que llevo años sin guardar. No sé muy bien por qué sigue ahí, porque ni siquiera me gusta. La imagen tiene más de veinte años y en ella aparece mi padre sonriendo delante de un panel lleno de patrocinadores, mi madre posa a su lado con su habitual elegancia y yo estoy en medio de los dos con una corbata que odiaba y una expresión que ya entonces dejaba claro que prefería estar en cualquier otro sitio menos ahí. Desde fuera parece una fotografía familiar, de las que la gente coloca en marcos y muestra orgullosa cuando habla de sus hijos. Sin embargo, la realidad era bastante menos entrañable, porque mi padre dedicaba más tiempo a sus empresas que a cualquier otra cosa y mi madre dominaba el arte de cambiar de tema antes de que una conversación se volviera incómoda. Nadie levantaba la voz en casa, ni discutía y, por supuesto, tampoco montaba escenas. Aprendimos a convivir unos con otros manteniendo las distancias para no complicarnos la vida.

Unos minutos después entro en la sala tres y me queda claro que la reunión no tiene nada que ver con presupuestos, ni con campañas, ni con nada por el estilo. Rita está sentada en uno de los extremos de la mesa, Robert está sentado junto a la ventana y dos representantes del departamento de marketing revisan unos documentos cuando llego.

—Vaya —digo mientras me siento—. Por las caras que tenéis, sospecho que esto no me va a gustar.

Rita deja la carpeta sobre la mesa.

—Qué observador.

—Cuando entro en una sala y tú pareces satisfecha, sé que voy a salir perdiendo.

Ella sonríe y Robert, uno de mis socios, junta las manos sobre la mesa.

—Antes de que empieces a protestar... —empieza Robert.

—Mala señal —respondo yo a media voz.

—Déjame la una frase.

Me acomodo en la silla y hago un gesto para que continúe.

—La percepción pública de la empresa está mejorando.

—Eso suele ser bueno —le contesto asintiendo.

—Desde luego.

—Entonces, ¿por qué estamos todos aquí? —pregunto a Robert.

La directora de marketing intercambia una mirada con Rita y tengo la sensación de por dónde va a ir esta reunión y no me gusta nada.

—La gente está respondiendo muy bien a tu nueva imagen —explica finalmente la directora de marketing.

—No tengo una nueva imagen —añado negando con la cabeza.

—Claro que la tienes.

—No —insisto.

—Arthur —interviene Rita apoyando los codos sobre la mesa—, llevamos dos semanas analizando datos y, créeme, la tienes.

Me paso una mano por la nuca.

—No me va a gustar lo que me vais a decir, ¿verdad?

—Probablemente no —me contesta Rita.

—Perfecto —ironizo y observo cómo la directora de marketing abre un informe.

—Los clientes te perciben más cercano —continúa la directora de marketing.

—Qué horror —resoplo.

—Más accesible.

—Eso continúa sin ayudar.

—Más humano.

Rita se tapa la boca para ocultar una sonrisa, pero fracasa.

—Rita —le digo mirándola de reojo.

—Lo siento —susurra.

—Mentira —le respondo negando con la cabeza.

—Un poco.

Robert intenta mantener la seriedad, pero tampoco lo consigue.

—¿Queréis comportaros todos como adultos durante cinco minutos? —les pregunto.

—Lo intentamos —responde Rita—. Pero nos lo estás poniendo difícil.

—¿Por qué?

Ella me observa unos segundos.

—Porque llevas años evitando parecer una persona normal y ahora resulta que una foto cenando con Laura consigue más que tres campañas de comunicación.

La frase cae en mitad de la mesa como una bomba y tengo la sensación de que nadie parece dispuesto a suavizar su efecto.

—Esto no es una campaña —les recuerdo.

—Lo sabemos —dice Robert.

—Entonces dejad de hablar como si lo fuera —insisto.

—Ese es precisamente el problema —interviene la directora de marketing—. La gente no lo ve así.

Me apoyo contra el respaldo de la silla y empiezo a arrepentirme profundamente de haber aceptado aquella copa después del restaurante.

—Estamos recibiendo comentarios muy positivos —continúa ella—. Los clientes hablan de estabilidad.

—¿Estabilidad? —pregunto frunciendo el ceño.

—Y también de cercanía —añade ella.

—¿Y eso tiene algo que ver con Laura?

—Todo —me confirma.

La palabra me resulta extrañamente molesta, porque sé que es cierta.

—No me gusta esta conversación —suelto.

—A ninguno nos gustaría sabiendo que el resto tenemos razón —dice Rita.

—Empiezo a recordar por qué nunca te ascendí.

—Porque ya mando sin necesidad de tener un cargo mejor —me responde con convicción.

Robert se ríe y yo cierro los ojos un segundo.

—Necesito un café —digo a media voz negando con la cabeza.

—Necesitas aceptar que esto está funcionando —me corrige Rita.

—Eso tampoco va a ocurrir.

La reunión continúa unos minutos más, aunque ya nadie intenta convencerme de nada, porque todos saben que he entendido perfectamente el mensaje.

Cuando por fin termina, recojo mi carpeta y me pongo en pie.

—Arthur —me llama Rita antes de que llegue a la puerta.

—¿Qué? —pregunto al girarme hacia ella.

—Solo una curiosidad —empieza a decir inclinando ligeramente la cabeza.

—Me arrepiento de no haber salido corriendo de esta sala hace un rato —resoplo.

—¿Te molesta la situación o te molesta que empiece a importarte? —me pregunta con su agudeza habitual.

La sala entera se queda observándome, aunque yo no le respondo y simplemente salgo, porque cualquier respuesta que diera empeoraría bastante mi mañana.

Cuando regreso a mi despacho, descubro que Rita ha tenido la amabilidad de dejarme tres minutos de tranquilidad o cuatro, si soy generoso. Así que cuando estoy respondiendo correos llaman a la puerta.

—Pasa.

La puerta se abre y aparece Laura con una carpeta contra el pecho. Lleva unos vaqueros oscuros, una camisa blanca remangada y el pelo recogido en una coleta. No sé por qué me fijo en ese detalle, pero lo hago.

—Hola —me saluda al entrar.

—Empiezo a pensar que vienes aquí más que algunos empleados.

—Qué forma tan bonita de darme la bienvenida —me contesta alzando una ceja.

—Solo intentaba ser amable —le respondo negando con la cabeza.

—Pues sigue practicando —me suelta y no puedo evitar sonreír.

Laura cierra la puerta detrás de ella y se acerca al escritorio.

—Traigo las propuestas para Maison Lumière.

—Eso explica tu carpeta, ¿no?

—También explica por qué llevo tres noches durmiendo poco — me dice clavando la mirada en mis ojos.

—Eso no estaba incluido en el informe.

—No, pero todavía conservo algo de dignidad profesional y me preocupo por hacer bien mi trabajo.

Deja la carpeta sobre mi mesa y se sienta frente a mí. Abro el documento y las primeras páginas bastan para confirmar algo que ya sospechaba: es muy buena en su trabajo y eso complica algunas cosas.

—¿Qué? —pregunta Laura después de unos segundos.

—Nada.

—Esa respuesta nunca augura buenas noticias —resopla.

—Solo estoy leyendo —le informo.

—También estás poniendo cara de estar pensando.

—No sabía que existiera esa cara.

—Existe —me confirma.

—¿Y cómo es?

Laura se acomoda en la silla antes de responderme.

—Pareces alguien que está intentando resolver un problema matemático que le resulta irritante.

—Eso es sospechosamente específico —le respondo alzando la vista de los documentos.

—Porque llevo días observándote.

—¡Qué inquietante!

—Ahora sabes cómo me siento cuando apareces por sorpresa en mi oficina.

Decido no discutirle eso y sigo pasando páginas con la sensación de que sus propuestas son incluso mejores de lo que esperaba. Laura permanece al otro lado del escritorio observándome con una paciencia que no le había visto hasta ahora.

—¿Vas a decir algo? —me pregunta finalmente.

—Sí —asiento con la cabeza, aunque sin alzar la vista de los documentos todavía.

—Perfecto.

—Me gusta —alzo la mirada para fijarme en su expresión.

Ella parpadea.

—¿Ya está? —pregunta con gesto de sorpresa.

—¿Qué esperabas?

—No lo sé... Una crítica, una queja, un comentario insufriblemente corporativo...—resopla.

—Puedo inventarme uno si te hace ilusión —le vacilo.

—No, no hace falta —. Cierra la carpeta y se levanta—. Bueno. Entonces me marchó.

—Tan rápido.

Laura entrecierra los ojos.

—¿Eso era una pregunta?

—No estoy seguro —le suelto con ganas de ponerla un poco nerviosa.

—No empieces —me advierte.

—Has empezado tú.

Ella resopla, niega con la cabeza y después señala hacia la pared de cristal de mi despacho.

—¿Siempre hay tanta gente observando?

Miro en la dirección que indica y veo que dos empleados apartan la vista inmediatamente.

—No nos estaban observando —miento.

—Claro que sí.

—Bueno, quizá un poco —acepto.

—Arthur, una de esas mujeres acaba de fingir que estaba leyendo una planta.

La observo y no puedo evitar sonreír.

—Eso ha sido gracioso —le suelto tratando de contener mi sonrisa.

—Gracias.

—No se lo diré a nadie.

—Aprecio tu discreción.

Me pongo en pie y rodeo el escritorio, porque necesito llevar unos documentos a una sala de reuniones del otro extremo de la planta.

—¿Adónde vas? —me pregunta al verme coger la carpeta.

—A una reunión.

—Qué inesperado.

—Sí —le respondo encogiéndome de hombros.

—Tu vida resulta apasionante.

—Sí, a veces yo también me sorprendo.

Ella sonríe y durante unos segundos nos quedamos mirándonos. Estamos más cerca de lo habitual y los dos parecemos darnos cuenta al mismo tiempo. De repente, el recuerdo del taxi y del beso vuelven a mi cabeza de golpe. Laura aparta la vista un instante y cuando vuelve a levantarla, tengo la sensación de que algo ha cambiado. La conversación sigue siendo la misma, pero la sensación ya no lo es.

—Sigues pensando que el beso era necesario, ¿verdad? —me pregunta finalmente.

—Sí.

—Increíble —resopla negando con la cabeza.

—¿Por qué?

—Porque eres incapaz de admitir que te equivocas.

—No me equivoco tan a menudo —insisto.

—Eso es exactamente lo que diría alguien que se equivoca mucho.

La discusión debería resultar divertida y durante unos segundos lo es. Laura intenta rodearme para llegar a la puerta justo cuando yo me aparto en la misma dirección. Los dos nos detenemos a la vez y acabamos mucho más cerca de lo que esperábamos. Ella levanta la cabeza para mirarme y yo bajo la vista y nos damos cuenta de que la distancia entre nosotros apenas existe. Noto su perfume y, por la forma en que se queda quieta durante un instante, tengo la sensación de que también es consciente de lo mismo. Lo peor es que me recuerda que esto sigue siendo una idea terrible.

—Creo que acabamos de demostrar algo —dice Laura sin apartarse.

—¿El qué?

—Que tu despacho es ridículamente pequeña.

—Mi despacho mide cien metros cuadrados —le respondo mirando a mi alrededor.

—Entonces el problema es otro —me contesta, aunque ninguno de los dos se ríe.

Laura mantiene la mirada fija en mí unos segundos más antes de negar lentamente con la cabeza.

—No me gusta esta conversación —dice mientras cruza los brazos.

—Curiosamente, yo estaba pensando lo mismo —respondo apoyándome en el borde de la mesa.

Ella suelta una pequeña risa sin humor.

—Claro. Porque las dos veces que hemos estado a punto de hablar en serio, has encontrado la manera de desviar el tema.

—No sé si eso era una crítica o una acusación —comento arqueando una ceja.

—Llámalo experiencia —me suelta encogiéndose de hombros.

No digo nada más y me aparto para dejarle paso, lo que ella aprovecha para dirigirse hacia la puerta.

—Tengo trabajo —dice mientras recoge la carpeta.

—Yo también —respondo siguiéndola con la mirada.

—Perfecto. Entonces hagamos algo revolucionario y comportémonos como adultos durante unas horas —me contesta al abrir la puerta y apoyando una mano en el marco.

—Eso suena agotador —resoplo.

—¿Ves? Ese es exactamente tu problema —suelta girando la cabeza hacia mí y poniendo los ojos en blanco.

—¿Cuál de todos? Porque la lista empieza a ser larga.

—Que conviertes cualquier conversación incómoda en una broma antes de que llegue a alguna parte.

Durante un instante me quedo observándola y ella me sostiene la mirada. Después sale al pasillo y la puerta se cierra detrás de ella. Justo después, me quedo solo en el despacho con la mirada fija en el lugar donde estaba hace unos segundos con la certeza de que tiene razón.

La reunión que tengo a continuación se alarga más de lo previsto y la siguiente tampoco ayuda, porque también dura más de lo que esperaba. Cuando por fin consigo volver a mi despacho, ya es

media tarde y llevo varias horas saltando de una conversación a otra sin tener ni un respiro.

Estoy revisando unos informes cuando veo movimiento al otro lado de las paredes de cristal. Es Laura sola en una de las salas de reuniones pequeñas con varios documentos extendidos sobre la mesa porque prepara la reunión con Maison Lumière. Evidentemente, yo debería seguir trabajando y dejar de buscar motivos para cruzarme con ella, sin embargo, cinco minutos después estoy entrando en la sala con una excusa bastante patética.

—Necesitaba esta pantalla —digo señalando el monitor de la pared mientras cierro la puerta detrás de mí.

Laura levanta la vista de los documentos que tiene delante y me observa unos segundos.

—Mentira —me suelta.

—Ni siquiera me has dejado explicar la historia.

—Arthur, hay pantallas sin utilizar por toda la planta —replica apoyándose en el respaldo de la silla.

—No exactamente. La de la sala cuatro lleva semanas estropeada.

—Eso no mejora tu argumento —me responde alzando una ceja.

Dejo la carpeta que he cogido para tener algo en las manos y me siento frente a ella. Laura me mira y descubro esa expresión que ya le he visto otras veces, la que aparece cuando sabe que estoy diciendo una tontería, pero quiere escucharla igualmente.

—¿Te aburres mucho cuando trabajas? —pregunta dejando el bolígrafo sobre los papeles.

—No.

—Entonces explícame esto.

—No puedo.

—Al menos eres honesto —me contesta con una sonrisa.

Durante unos segundos ninguno habla y veo cómo se acomoda en la silla y cruza los brazos mientras me estudia con atención.

—¿Qué quieres? —me pregunta finalmente.

—Hablar.

—Eso sí que es preocupante —resopla.

—¿Por qué?

—Porque normalmente haces todo lo posible por evitarlo.

—Eso es injusto.

—No, es bastante exacto.

Resoplo y ella sonr e con evidente satisfacci n, el problema es que la conversaci n resulta f cil, mucho m s de lo que deber a.

— Sabes qu  es lo peor? —me pregunta inclin ndose ligeramente hacia delante.

—Sorpr ndeme.

—Que empiezo a entenderte un poco.

Apoyo un brazo sobre la mesa.

—Eso s  que me preocupa.

—Lo imaginaba —me contesta mientras juega distra damente con el bol grafo antes de se alarme.

—Todo lo conviertes en algo que resolver.

—No todo —niega con la cabeza.

La frase sale de su boca antes de que pueda frenarla y parece darse cuenta, porque baja la vista hacia los documentos y tarda unos segundos en continuar.

—Quiero decir que analizas todo —le aclaro.

— Ah! Eso es distinto.

—No tanto.

Nos quedamos observ ndonos al otro lado de la mesa y despu s del taxi y despu s del beso, la distancia que nos separa parece mucho m s peque a de lo que realmente es.

—Laura...

Ella levanta la vista inmediatamente.

— Qu ?

Abro la boca para responder y descubro que no tengo una respuesta decente preparada, porque lo que realmente quiero decir tiene muy poco que ver con trabajo y bastante m s con el hecho de que me gusta verla aparecer en mi despacho. Por suerte, el tel fono vibra sobre la mesa. Cuando miro la pantalla veo que es una llamada desde Boston.

—Arthur Parks —respondo.

Escucho durante unos segundos mientras Laura me observa desde el otro lado de la mesa.

—Entendido —respondo finalmente asintiendo con la cabeza—. Envíame todos los detalles.

Cuando cuelgo, dejo el teléfono sobre la mesa y Laura arquea una ceja.

—No me gusta esa cara.

—¿Qué cara? —pregunto.

—La de hombre que acaba de descubrir que alguien quiere complicarle la semana.

—Es una descripción sospechosamente específica.

—Empiezo a conocerte —me responde poniendo las manos en la cintura.

Me apoyo contra el respaldo de la silla.

—Tenemos un problema.

Laura suspira teatralmente.

—Últimamente dices mucho eso.

—Porque últimamente aparecen muchos.

—¿Y ahora qué pasa?

—Boston.

Ella frunce ligeramente el ceño.

—¿La ciudad?

—Sí, espero que siga siendo la misma —le vacilo.

—Arthur.

—Tengo un viaje de trabajo la semana que viene.

—Vale —asiente.

—Y el cliente espera que vaya acompañado.

Laura tarda apenas un instante en entenderlo.

—Ah.

—Sí.

—¿Y?

—Exactamente.

Se reclina en la silla sin apartar la vista de mí.

—Supongo que vas a negarte.

Mi respuesta debería ser inmediata y también lógica. Sin embargo, lo primero que aparece en mi cabeza no es una razón profesional para rechazar el viaje, sino Laura en Boston conmigo.

—Arthur —insiste al ver que no respondo.

Levanto la vista y veo que sigue esperando.

—¿Vas a negarte?

La pregunta sobrevuela nuestras cabezas unos segundos, aunque el problema es que ya conozco la respuesta.

—No, todavía no.

Laura me observa unos segundos y arquea una ceja. Por la forma en que me mira, tengo la sensación de que acaba de llegar a una conclusión que no le hace ninguna gracia.

11

Laura

El problema de hacer la maleta delante de cuatro amigas es que deja de ser una maleta y se convierte en un espectáculo.

—No pienso meter eso —digo arrancando un conjunto de encaje negro de las manos de Pamela.

—Claro que sí —protesta ella intentando recuperarlo—. Lo he elegido específicamente para esta situación.

—¿Qué situación?

—La de compartir habitación con un hombre muy atractivo en otra ciudad.

—No voy a compartir habitación con Arthur. Estaremos en el mismo hotel, pero cada uno en su habitación.

—Todavía no la compartís, pero... —me corrige Pamela.

—No empieces, Pamela.

—Ya he empezado —me responde con una sonrisa de oreja a oreja.

Sentada sobre mi cama, se cruza de piernas y vuelve a lanzarme la prenda, que atrapo en el aire antes de que termine encima de la lámpara. A mi izquierda, Kim levanta la vista de su portátil.

—Voy a decir algo impopular.

—Qué raro —murmura Pamela con una sonrisa.

—Existe un acuerdo —continúa Kim ignorándola—. Existe un motivo profesional para este viaje y existe una probabilidad muy alta de que no ocurra absolutamente nada.

—Gracias —digo señalándola.

—De nada —asiente ella.

—Qué aburrida —dictamina Pamela.

—Realista —le corto.

—Aburrida y realista —sentencia Pamela de nuevo.

Eve, que está sentada en la alfombra revisando opciones de vuelos en su móvil, sonríe sin levantar la vista de la pantalla.

—Yo creo que las dos tenéis parte de razón.

—Traidora —dice Pamela.

—Eso no es ser traidora sino intentar sobrevivir a esta conversación —le aclara Eve.

—Imposible —sentencia Violet, que justo aparece en la puerta del dormitorio con una bolsa de ropa en una mano.

—Por favor, decidme que ya habéis hablado del hotel —añade Eve.

—¿Por qué? —pregunto.

—Porque necesito saber si es bonito.

—¿Esa es tu prioridad?

—Laura, organizo bodas para ganarme la vida. Los hoteles bonitos son una necesidad para mí —me recuerda Violet.

—Tiene un punto —dice Eve.

—No, no tiene ningún punto —me apresuro a decir yo.

—Claro que lo tiene —insiste Eve.

—Que no —empiezo a elevar la voz.

—En cualquier caso, seguimos ignorando el tema importante —anuncia Pamela mientras vuelve a abrir mi maleta como si estuviera inspeccionando pruebas en una investigación policial.

—No hay ningún tema importante —protesto mientras intento recuperar una camiseta que acaba de sacar.

—La ropa interior —añade Pamela sosteniendo una prenda de encaje negro delante de ella.

—¡Dios mío! —exclamo cerrando los ojos.

—Estoy hablando completamente en serio —replica ella sin el menor rastro de vergüenza.

—Eso es precisamente lo que más miedo da.

—Imagina que la vida te sorprende —me responde Pamela agitando la prenda en el aire.

—La vida no va a sorprenderme.

—Laura, la vida lleva semanas sorprendiéndote —insiste ella.

Kim suelta una carcajada desde la silla donde sigue trabajando con el portátil sobre las piernas. Por desgracia, el argumento es mejor de lo que me gustaría admitir.

—No va a pasar nada —repito de nuevo mientras doblo una blusa y la guardo en la maleta.

—Nadie ha dicho que vaya a pasar algo —interviene Eve desde la alfombra, donde sigue revisando mensajes en su móvil.

—Lleváis cuarenta minutos insinuándolo —les recuerdo.

—Porque llevas cuarenta minutos negándolo —responde Eve con una tranquilidad irritante.

—Porque no va a pasar.

Violet deja una bolsa sobre la cama y se gira hacia mí.

—Laura.

—¿Qué?

—¿Le gustas? —me suelta la pregunta de forma tan directa que me quedo mirándola sin saber muy bien qué responder.

—¿Perdona? —acierto a decir finalmente.

—Es una pregunta bastante sencilla —me responde Violet encogiéndose de hombros.

—No lo sé.

—Mentira —interviene Pamela inmediatamente.

—No, no es mentira —niego con la cabeza mientras hablo.

—Claro que lo es. Lo sé yo y ni siquiera paso tiempo con él.

—Tú también crees que las palomas forman parte de una conspiración.

—Una vez —dice Pamela alzando el dedo índice.

—No, fueron tres veces.

—Eso no cambia el fondo del asunto.

Kim cierra el portátil y lo deja a un lado, algo que, sin lugar a duda, es una muy mala señal, porque cuando ella participa activamente en una conversación suele significar que ha llegado a una conclusión.

—Voy a ser objetiva —anuncia.

—Eso nunca acaba bien —murmura Pamela.

—Arthur te busca constantemente —sigue Kim, que ignora lo que acaba de susurrar Pamela.

—Trabajamos juntos —le suelto.

—No —niega Kim con vehemencia.

—¿No? —le pregunto frunciendo el ceño.

—No trabajáis juntos —aclara apoyando los brazos sobre las rodillas—. Técnicamente pertenecéis a empresas distintas. Nadie

necesita aparecer tantas veces en la oficina de otra persona.

Abro la boca para responder, pero la vuelvo a cerrar, porque, por desgracia, tiene razón.

—Además —añade Eve levantando la vista del móvil—, cuando habla contigo parece otra persona.

—Eso no significa nada —niego con la cabeza.

—Claro que significa—me responde Eve con convencimiento.

—No.

—Sí.

—No.

—Sí.

—Gracias por esta conversación tan madura —les digo.

—Para eso estamos las amigas —. Pamela sonrío satisfecha.

Mi móvil vibra sobre la cómoda y lo cojo sin pensar, lo que es un error, porque al hacerlo veo el nombre de Arthur en la pantalla. Aunque lo peor de todo es que Pamela detecta mi expresión antes incluso de que desbloquee el teléfono.

—¿Es él? —me pregunta con una gran sonrisa.

—No —le respondo de forma tajante.

—Es él —sentencia Pamela.

—Es él —confirma Eve sin necesidad de mirar la pantalla.

—¿Cómo lo sabéis? —les pregunto en un susurro.

—Porque acabas de sonreír —responde Kim.

—No he sonreído.

Violet me observa con paciencia infinita.

—Laura, te conocemos hace muchos años...

Miro el móvil, después las miro a ellas y cometo el error de leer el mensaje en voz alta.

Arthur:

¿La preparación para Boston sigue bajo control?

—¡Dios mío! —exclama Pamela llevándose una mano al pecho.

—¿Qué? —pregunto desconcertada.

—Habla exactamente como un hombre que organiza las vacaciones en una hoja de cálculo —me responde Pam.

—Eso ha sido sospechosamente específico —le contesto.

—Y probablemente cierto —añade Kim.

Mi móvil vuelve a vibrar con otro mensaje de él.

Arthur:

Empiezo a arrepentirme de haber hecho esa pregunta.

—Me cae bien —dice Pamela volviendo a sonreír.

—Hace diez minutos querías hacerle un tercer grado —le recuerdo.

—Puedo hacer varias cosas a la vez —añade ella.

—Eso también da miedo —le confirmo.

Mientras las cuatro vuelven a discutir entre ellas, bajo la vista hacia el teléfono una vez más y tengo la sensación de que pasar varios días fuera de Nueva York con Arthur ya no me parece únicamente una mala idea, lo que es un problema mucho peor que lo que meta en mi maleta.

Dos días después bajo al portal de mi edificio con una maleta en una mano y la sensación bastante desagradable de que he tomado varias decisiones cuestionables seguidas: la primera fue aceptar una relación falsa con Arthur, la segunda aceptar ir con él a Boston y la tercera no cancelar este viaje después de aceptar la relación falsa.

El portero de mi edificio me dedica una sonrisa cuando atravieso el vestíbulo arrastrando la maleta.

—Buen viaje, señorita Wells —me desea desde su puesto en recepción.

—Gracias, Frank.

Él señala la maleta con curiosidad.

—¿Viaje de trabajo?

—Algo así —respondo ajustándome la correa del bolso en el hombro.

Frank suelta una pequeña carcajada.

—Los «algo así» suelen ser los interesantes.

—Empiezo a sospechar lo mismo —le respondo lo primero que se me ocurre.

Las puertas automáticas se abren delante de mí y al salir veo que Arthur ya está esperando, por supuesto. Lo encuentro apoyado

junto a un coche negro con una mano en el bolsillo del abrigo y un aspecto impecable, propio de un hombre que, como él, probablemente no ha salido nunca de casa con una sola arruga en la camisa.

Levanta la vista en cuanto me ve y entonces sucede algo raro. Se queda mirándome más tiempo de lo normal y, aunque no es algo muy evidente, yo me doy cuenta. Porque durante esos segundos no parece estar observando mi maleta, ni pensando en el viaje, ni en ninguna situación incómoda, durante ese momento parece estar observándome a mí y eso me pone bastante nerviosa, aunque no pienso reconocerlo ante nadie y, mucho menos, ante él.

—Hola —saludo y dejo la maleta en el suelo.

—Hola —me responde él sin dejar de mirarme.

—¿Llevas mucho esperando? —le pregunto para romper el hielo.

—Cinco minutos.

—Eso para ti equivale a una pesadilla, ¿no?

—Más o menos... Por suerte, he sobrevivido.

—Eres un valiente.

Arthur sonríe mientras toma mi maleta.

—¿Cuánto pesa esto?

—Lo normal —trato de justificarme.

—Laura...

—Vale. Pamela participó en el proceso —le digo encogiéndome de hombros.

—Ahora tiene sentido.

Abre el maletero.

—No quiero saberlo —resoplo.

—Es lo mejor para ambos.

—Definitivamente.

Subimos al coche un momento después, el conductor arranca y Manhattan empieza a desdibujarse al otro lado de las ventanillas. Durante los primeros minutos hablamos de trabajo, de clientes, de mi propuesta para Maison Lumière, y de una campaña que Arthur considera brillante y yo aburrida.

—No es aburrida —insiste él.

—Es una campaña sobre crema hidratante.

—Es una campaña muy buena sobre crema hidratante —me corrige.

—Arthur, acabas de demostrar mi argumento.

Él niega con la cabeza.

—Algún día aprenderás a apreciar la estrategia.

—Algún día aprenderás a dejar que las cosas pasen sin intentar controlarlas.

—Lo dudo —niega con la cabeza.

—Yo también —asiento.

Nuestra conversación debería quedarse ahí, pero no lo hace, porque cuando dejamos atrás la ciudad y el tráfico empieza a despejarse, el tono cambia sin que ninguno de los dos lo decida.

—¿Siempre supiste que querías dedicarte a esto? —le pregunto.

Arthur aparta la vista del portátil que tiene sobre las piernas.

—¿A las relaciones públicas corporativas?

—Sí.

—No, que va.

—¿No? —le pregunto arqueando las cejas.

—Mi padre quería que estudiara económicas.

—¿Y qué pasó? —le pregunto sorprendida.

—Que yo odiaba la idea.

—Qué rebelde.

—Sí, fue una época complicada.

Sonrío.

—No te imagino siendo un rebelde.

—Porque eres inteligente.

—Eso ha sonado casi como un cumplido.

—No te acostumbres —se ríe.

—¿Tus padres siguen en Boston? —le pregunto mirándole.

Arthur tarda un momento en responder.

—Mi madre sí.

—¿Y tu padre?

—Murió hace unos años.

—Ah, vaya, lo siento.

Él asiente una vez, aunque no parece incómodo, solo reservado.

—Bueno, la verdad, es que no teníamos una relación especialmente cercana —se queda callado y después de unos minutos me pregunta— ¿Y tú?

—¿Yo qué? —pregunto desconcertada.

—¿Siempre quisiste dedicarte al marketing?

Apoyo la cabeza contra el asiento.

—Sí.

—Respuesta rápida.

—Porque es verdad.

—¿Nunca te planteaste otra cosa?

—No, nunca —niego con la cabeza.

Arthur sonrío ligeramente.

—Eso explica muchas cosas.

—¿Qué cosas?

—La forma en que peleas por tu trabajo.

—No peleo.

—Lauraaaa —se gira para mirarme.

—Vale, sí que peleo un poco —reconozco.

Él vuelve a sonreír y me doy cuenta de que últimamente sonrío más, algo que me parece sospechoso.

La conversación sigue avanzando durante el trayecto. Empezamos hablando de nuestros primeros clientes, de campañas que salieron mal y de errores que ahora resultan divertidos porque ya han pasado unos años. Después aparecen los fracasos, los momentos en los que pensamos que todo iba a torcerse y, sin saber muy bien cómo, acabamos hablando de relaciones. Un error considerable, evidentemente.

—¿Crees que Mark se arrepiente? —me pregunta girando la cabeza hacia mí.

Lo miro con sorpresa.

—Vaya.

—¿Qué? —pregunta él apoyando un brazo sobre el reposabrazos.

—Eso ha sido directo.

Arthur se encoge de hombros.

—Ya conoces mi encanto social.

Resoplo y niego con la cabeza.

—No lo sé.

—¿No? —insiste observándome.

—No puedo leerle la mente.

Arthur se queda pensativo unos segundos mientras mira por la ventanilla.

—Yo creo que sí.

—Arthur —lo aviso inmediatamente.

—¿Qué? —pregunta volviéndose hacia mí.

—No hagas eso.

—¿El qué?

—Analizar a personas que no conoces.

Arthur sonrío ligeramente.

—Laura, me paso la vida haciendo exactamente eso.

—Ya lo sé y es agotador.

Él se ríe por lo bajo y durante unos segundos vuelve a mirar la carretera.

—Laura...

—¿Qué? —pregunto cruzándome de brazos.

Arthur tarda un instante en responder.

—Un hombre no deja escapar a una mujer como tú y se muda con otra persona dos semanas después, porque ha tomado una decisión brillante.

La frase me pilla completamente desprevenida. Lo miro y, por primera vez en toda la conversación, no encuentro una respuesta rápida. Porque no suena a una teoría, ni a uno de sus análisis, ni a una estrategia cuidadosamente calculada. Suena a algo que realmente piensa y eso es mucho peor. Por suerte para mí, el hotel aparece al final de la avenida principal antes de que tenga que responder.

—Mira qué casualidad —murmuro señalando el edificio que tenemos delante—. Justo cuando la conversación empezaba a ponerse incómoda.

Arthur gira la cabeza hacia la ventana.

—Cobarde —susurro.

—Profesional de la evasión —corrijo mientras sonrío.

—Eso explica muchas cosas.

—Cállate y ayúdame con la maleta.

—Ahora sí te reconozco.

El vestíbulo es enorme, elegante y está lleno de gente entrando y saliendo. Arthur se acerca al mostrador mientras yo observo una composición floral que probablemente cueste más que mi coche. Unos minutos después empiezo a sospechar que algo va mal, porque tarda más de lo normal en hacer el *check in*, la recepcionista parece nerviosa, Arthur frunce el ceño y nadie sonríe.

—¿Qué ocurre? —pregunto al acercarme al mostrador.

La recepcionista me dedica una sonrisa tensa.

—Ha habido un problema con la reserva.

—¿Qué tipo de problema? —pregunto preocupada.

—Un problema bastante desafortunado —me dice Arthur pasándose una mano por la nuca.

—Eso no suena bien —susurro.

—Y tanto que no —me responde él.

—¿Cuál es el problema?

La mujer consulta la pantalla una vez más.

—Por un error del sistema, una parte de las habitaciones quedó bloqueada esta semana para otro evento corporativo.

—Perfecto —murmuro.

—Hemos intentado solucionarlo, pero...

—Esa frase nunca augura buenas noticias —la interrumpe Arthur.

La recepcionista respira hondo.

—Solo nos queda una habitación disponible.

Arthur y yo nos giramos al mismo tiempo, nos miramos y después volvemos a mirar a la recepcionista.

—No —digo inmediatamente.

—Laura...

—No —repito.

Arthur se vuelve hacia la recepcionista.

—No lo he planeado —me dice Arthur girándose ahora hacia mí.

—Eso es exactamente lo que diría alguien que lo ha planeado —le respondo.

—Te prometo que no lo he hecho.

—Dice la verdad —intervienen la recepcionista asintiendo con energía.

—Gracias —murmura Arthur.

—De nada —le responde la muchacha.

—No me fío —le contesto observándolo sin fiarme de que no sea una de sus estrategias.

—Ya me lo imaginaba —resopla.

—Nada de esto me gusta —niego con la cabeza.

—A mí tampoco.

La recepcionista vuelve a sonreír.

—Por si les sirve de consuelo, permítanme decirles que la habitación es preciosa —nos dice la recepcionista con una gran sonrisa.

Evidentemente, no me sirve de consuelo en absoluto.

—Tiene unas vistas espectaculares de la ciudad y una cama *king size* fantástica —añade la joven.

Giro la cabeza muy despacio hacia Arthur y veo que él aprieta los labios intentando no sonreír.

—Arthur Parks —digo señalándolo con un dedo.

—No estoy sonriendo.

—Como lo hagas, te mato.

12

Arthur

Entro detrás de Laura en la habitación, mientras el botones deja las maletas junto a la pared y se despide con una sonrisa profesional. En cuanto la puerta se cierra, Laura recorre la estancia con la mirada. Las ventanas ocupan casi toda una pared, las vistas son impresionantes y el mobiliario parece sacado de una revista de decoración. No obstante, nada de eso es importante, porque en el centro de la habitación hay una única cama *king size*. Laura la mira, después me mira a mí y regresa la mirada a la cama.

—Sigo pensando que has sobornado a alguien —dice señalándome con un dedo.

Dejo la tarjeta de la habitación sobre una mesa auxiliar y niego con la cabeza.

—Empiezo a sentirme ofendido por la poca confianza que tienes en mí.

—Arthur —responde ella soltando una pequeña carcajada—, llevamos semanas fingiendo una relación y acabamos de descubrir que vamos a compartir habitación en otra ciudad. Comprenderás que las coincidencias me empiecen a parecer sospechosas.

—Créeme, si hubiera organizado esto, habría elegido un plan bastante menos incómodo para ambos.

—¿Incómodo para ambos? —repite dejando el bolso sobre una butaca—. Me encanta que intentes venderme esto como un problema compartido.

—Porque lo es.

—Claro —me responde poniendo los ojos en blanco.

—Laura, voy a dormir con un ojo abierto.

Ella se cruza de brazos.

—Eso es ridículo.

—Conozco a tus amigas.

—Mis amigas no son peligrosas.

—Pamela me interrogó durante cuarenta minutos seguidos —le recuerdo.

—Eso fue solo una muestra simpatía.

—Pues miedo me da descubrir cómo será cuando esté enfadada...

Laura vuelve a reírse mientras niega con la cabeza y otra vez aparece esa sensación que llevo días haciendo ver que no existe. Pero me gusta verla reír, mucho más de lo que me conviene.

Una hora después estamos preparándonos para la cena con los clientes. Yo estoy terminando de ajustarme los gemelos cuando la puerta del baño se abre, alzo la mirada y me quedo inmóvil un instante. Laura sale del baño arreglándose un pendiente con un vestido oscuro que no tiene nada especialmente llamativo y, aun así, consigue que me olvide de lo que estaba pensando.

Ella se da cuenta inmediatamente.

—No pongas esa cara —dice acercándose al espejo.

—¿Qué cara?

—La que pone la gente cuando descubre que el hotel también tiene servicio de habitaciones.

Apoyo una mano sobre la cómoda.

—Eso no tiene ningún sentido.

—Lo sé, pero estaba improvisando.

—Pues se te da fatal improvisar —niego con la cabeza.

—Acabas de verte obligado a inventar una historia romántica delante de clientes y terminaste contando una versión distinta a la mía —se vuelve hacia mí con una sonrisa satisfecha.

—Gracias por recordármelo.

—Ha sido culpa tuya.

—Mentira —suelto al instante.

—Has empezado tú.

—Porque tú has tardado demasiado en responder —le respondo mirándola a los ojos.

—Eso no funciona así.

—Claro que funciona así.

La observo durante unos segundos, ella me devuelve la mirada y, por un momento, tengo la sensación de que olvidamos por qué estamos discutiendo.

—Tenemos que bajar —le recuerdo mirando ahora mi reloj.

—¡Qué oportuno!
—Intento ser profesional.
—Eso también da miedo.

La cena transcurre mejor de lo esperado o peor, porque todavía no he decidido cuál de las dos opciones prefiero. Porque cuanto más tiempo pasamos juntos, más natural resulta comportarnos como una pareja y eso empieza a ser un problema.

—Así que contadme cómo os conocisteis —quiere saber uno de los clientes mientras deja la copa sobre la mesa.

Laura y yo nos miramos, lo que ya es una mala señal.

—Fue en una cafetería —digo al mismo tiempo que ella responde:

—Fue en una gala benéfica —suelta ella.

Nos quedamos callados a la vez y el cliente parpadea.

—¿Una cafetería? —Laura gira la cabeza hacia mí para preguntarme.

—¿Una gala? —me imita Arthur.

Durante unos segundos intentamos mantener la compostura, pero fracasamos, porque Laura es la primera en reírse y yo la imito inmediatamente.

—Esto ha sido lamentable —admite llevándose una mano a la frente.

—Histórico.

—Te dije que necesitábamos una versión oficial.

—Y yo que era mejor que improvisáramos —me invento.

—Tu plan está funcionando fenomenal.

Las personas sentadas alrededor de la mesa se ríen con nosotros y por primera vez desde que empezó la cena, dejamos de interpretar un papel, porque nuestra risa es real y porque yo llevo toda la noche fijándome más en ella que en cualquier conversación relacionada con el trabajo.

Cuando regresamos a la habitación ya es tarde. Laura se quita los zapatos nada más entrar y los deja junto a la puerta.

—No vuelvo a fingir una historia de amor delante de desconocidos en mi vida —declara mientras se deja caer en el borde de la cama.

—Es una pena, porque estabas mejorando —le respondo mientras me aflojo la corbata.

Ella levanta una almohada con intención claramente amenazante.

—Arthuuuuur.

—¿Sí?

—Ni una sola broma más esta noche.

—Eso ha sonado peligrosamente parecido a una amenaza.

Laura deja escapar una sonrisa cansada.

—Estoy agotada.

—Yo también.

La conversación se apaga poco a poco, porque ambos estamos cansados. Laura levanta la vista hacia las ventanas y después vuelve a mirarme.

—¿Sabes qué es lo peor de todo esto?

Apoyo una mano en el respaldo de una silla.

—Sorpréndeme.

Ella tarda unos segundos en responder.

—Que ya no sé qué parte sigue siendo una mentira.

La frase me impacta más de lo que esperaba, porque llevo días haciéndome la misma pregunta, aunque el problema ya no es la fotografía, ni el acuerdo, ni siquiera que estemos en Boston los dos solos. El problema de verdad es que me gusta verla aparecer en mi despacho, discutir con ella y la versión de mí mismo que aparece cuando ella está cerca.

—Laura... —digo sin apartar la vista de ella.

Por primera vez desde que hemos vuelto de la cena, ninguno intenta refugiarse en una broma. Ella deja la almohada a un lado y se pone un mechón de pelo detrás de la oreja antes de mirarme.

—No pongas esa cara.

—¿Qué cara? —pregunto apoyándome contra el respaldo de la butaca.

Laura entorna los ojos.

—La que pones cuando llevas cinco minutos dándole vueltas a algo y todavía no has decidido si vas a decirlo en voz alta —me aclara y no puedo evitar sonreír.

—Eso es inquietantemente específico —le respondo.

—Empiezo a conocerte.

—Eso debería preocuparme.

—Créeme, me preocupa bastante más a mí.

La respuesta me arranca una risa breve. Ella también sonríe y durante unos segundos todo parece volver a la normalidad: a nuestras discusiones y a esa forma tan extraña que tenemos de entendernos. El problema es que ya no estamos donde estábamos hace unas semanas y los dos lo sabemos.

—¿Sabes qué es lo peor de todo esto? —le pregunto sentándome en una de las butacas que hay junto a los ventanales.

Laura gira el cuerpo hacia mí y apoya un brazo sobre la cama.

—¿Hay algo peor que compartir habitación con tu novia de mentira?

—Bastantes cosas —asintiendo con la cabeza.

—Qué alivio. Empezaba a pensar que habíamos tocado fondo.

Niego con la cabeza mientras observo las luces de la ciudad al otro lado del cristal.

—Cuando empezó esta historia pensé que sería fácil.

—¿La relación falsa? —pregunta ella y yo asiento con la cabeza.

—Creí que sería un acuerdo sencillo, unas cuantas fotografías, algunos eventos y después cada uno volvería a su vida.

—Y ahora ya no te parece tan sencillo —concluye.

—No —. Vuelvo a mirarla y ella baja la vista durante un instante antes de volver a levantarla.

—¿Porque la gente se lo ha creído?

—No —niego también con la cabeza.

Ambos nos quedamos callados un momento, hasta que ella finalmente vuelve a hablar.

—Entonces ¿por qué?

Suelto el aire despacio, porque la respuesta resulta más complicada de lo que me gustaría.

—Porque yo también he empezado a creérmelo algunas veces —
le digo mirándola a los ojos.

Laura se queda quieta, aunque no parece sorprendida, más bien me da la sensación de que acaba de escuchar algo que sospechaba desde hace tiempo.

—Arthur...

—No hace falta que digas nada —le interrumpo.

—Quizá sí.

—Laura, no estoy intentando ponerte en una situación incómoda.

—Llegas un poco tarde para eso —responde con una sonrisa cansada.

La observación me hace reír y a ella también, aunque esta vez la sonrisa desaparece poco a poco.

—Tenemos que hablar del beso —dice finalmente.

Ahí está, sabía que acabaríamos llegando a ese tema.

—Sí —asiento con la cabeza.

—Llevamos días evitándolo.

—Porque ninguno ha tenido muchas ganas de afrontarlo.

Laura juega unos segundos con el borde de la colcha antes de responderme.

—Sigo pensando que el del evento no era necesario.

—Yo sigo pensando que sí.

Ella pone los ojos en blanco.

—No hablo de ese.

Tardo un instante en entenderlo. Después me apoyo en el respaldo y dejo escapar una risa, aunque sin humor.

—Ah.

—Exacto.

La habitación parece más pequeña de repente.

—Entonces hablamos del taxi —digo finalmente.

—Sí, hablamos del taxi.

Nos observamos durante unos segundos, aunque esta vez ninguno intenta escapar de la conversación.

—No —admito al fin—. Lo del taxi no tuvo nada que ver con el evento.

Laura asiente despacio.

—Eso pensaba.

—¿Y tú? —le pregunto directamente.

—¿Yo qué?

—¿Te arrepientes?

La pregunta sale de mi garganta antes de que pueda replanteármela. Al escucharla, Laura me sostiene mi mirada y cuando me responde, lo hace sin apartar los ojos de los míos.

—No.

Solo dice eso, pero resulta imposible malinterpretarlo, porque no hay dudas ni vacilación, ni excusas. Aunque lo peor es que yo tampoco me arrepiento. A pesar de que llevo días intentando convencerme de que aquello fue una equivocación, un impulso o un momento extraño, la verdad es bastante más incómoda, porque la verdad es que volvería a hacerlo.

Me pongo en pie sin pensar demasiado en ello mientras Laura sigue sentada en el borde de la cama.

—Arthur...

Al escucharla, tengo la sensación de que mi nombre suena distinto cuando sale de sus labios. Me acerco despacio hacia ella, aunque Laura no retrocede.

—Estamos gestionando esto fatal —dice con una pequeña sonrisa.

—No voy a discutirlo.

—Va contra todas las reglas que escribimos —me recuerda.

—También es verdad —asiento levemente con la cabeza.

—Empiezo a pensar que eres sorprendentemente malo siguiendo tus propias normas.

—Agradezco que hayas esperado hasta este momento para decírmelo.

Laura se ríe y esa risa termina de desarmar la poca resistencia que me quedaba. Cuando llego hasta ella, la distancia desaparece por completo.

—Laura...

Ella levanta la vista.

—¿Sí?

Durante unos segundos ninguno dice nada más, porque no hace falta, ambos sabemos perfectamente qué conversación hemos estado evitando desde el taxi y porque, por primera vez, ninguno parece dispuesto a seguir huyendo de ella.

Laura mantiene la mirada fija en mí unos segundos. No parece incómoda ni sorprendida, sino que da la impresión de que está intentando decidir si merece la pena seguir fingiendo que esta conversación no era inevitable. Al final suspira y se aparta un mechón de pelo de la cara.

—Esto va a complicarlo todo.

Me siento a su lado en el borde de la cama, dejando una distancia prudente entre los dos.

—Probablemente.

—Me encanta que esa sea tu respuesta. —Laura deja escapar una pequeña risa y niega con la cabeza—. Ni siquiera intentas tranquilizarme.

—Porque llevamos semanas tomando decisiones cuestionables. Sería raro que ahora empezáramos a comportarnos con sentido común.

Ella se ríe otra vez.

—Ese argumento es horrible.

—Ya, lo tengo claro...

—Lo peor es que funciona.

Durante unos segundos nos quedamos sentados y observando la ciudad a través de las ventanas. Desde esta distancia, Boston parece tranquila, mucho más que nosotros.

—¿Sabes qué es lo que más me desconcierta? —me pregunta al cabo de un momento.

—No, pero tengo curiosidad por saberlo.

Ella se vuelve ligeramente hacia mí.

—Que contigo debería sentirme incómoda, porque discutimos constantemente. Además, me sacas de quicio la mitad del tiempo y aun así... —Se encoge de hombros buscando las palabras—. Aun así, estar contigo resulta fácil.

La observo sin responderle de inmediato, porque entiendo a qué se refiere.

—A mí también me pasa.

Laura arquea una ceja.

—Vaya ¿Acabas de admitir algo sin discutir antes?

—No te acostumbres —le respondo arqueando una ceja.

—Demasiado tarde.

Laura sonrío y yo le devuelvo la sonrisa. Lo extraño es que ya ni siquiera me sorprende. Hace unas semanas cualquier conversación entre nosotros acababa en una discusión. Ahora, en cambio, seguimos discutiendo, pero por algún motivo también resulta fácil continuar hablando cuando la discusión termina.

Ella apoya las manos sobre el colchón y baja la vista un momento antes de volver a mirarme.

—¿Sabes qué pensaba cuando acepté esta locura? —me pregunta con una pequeña sonrisa.

—Me da miedo averiguarlo —resoplo con una leve sonrisa.

—Pensaba que lo difícil sería fingir delante de los demás.

Asiento despacio.

—Yo también lo creía.

Laura deja escapar una risa breve.

—Y resulta que no.

—No —niego levemente con la cabeza.

—Lo complicado es cuando no hay nadie mirando.

La observo durante unos segundos sin responder, porque tiene razón. Ninguno de los problemas que hemos tenido durante estas semanas ha aparecido delante de clientes, fotógrafos o desconocidos. El verdadero problema siempre aparece cuando nos quedamos solos y dejamos de interpretar un papel.

Laura juega distraídamente con el borde de la colcha antes de volver a hablar.

—¿Te arrepientes de algo?

La pregunta me pilla desprevenido.

—¿De qué exactamente? —pregunto girándome un poco hacia ella.

—De todo esto —me responde encogiéndose ligeramente de hombros—. De la foto, del acuerdo, de la relación falsa, de Boston...

Podría responder con una broma o una respuesta ambigua. De hecho, hace unas semanas habría dicho cualquiera de las dos, pero ahora no me apetece.

—No —admito mirándola directamente.

Laura me sostiene la mirada unos segundos y después asiente muy despacio.

—Yo tampoco.

No hay dramatismo en su voz, ni trata de convertirlo en una gran confesión y precisamente por eso me resulta imposible no creerla. Nos quedamos observándonos durante un rato más, porque ninguno parece tener prisa por volver a hablar para no estar en silencio. Laura me sostiene la mirada unos segundos más y después deja escapar el aire lentamente.

—Esto sigue pareciéndome una mala idea —susurra.

—Llevamos semanas especializándonos en malas ideas — respondo a media voz sin apartar los ojos de ella.

La comisura de su boca se curva un poco.

—Esa no es una respuesta tranquilizadora.

—No estaba intentando tranquilizarte.

Laura niega con la cabeza, aunque su sonrisa no desaparece del todo. Durante unos segundos ninguno habla, porque ya hemos dicho más de lo que ninguno de los dos pretendía cuando entró en esta habitación. Justo en este momento, me doy cuenta de que la distancia entre nosotros es mínima y de que ninguno parece interesado en separarse.

—Arthur...

Mi nombre parece distinto en su voz, suena más suave y sincero. Levanto una mano despacio y aparto un mechón de pelo de su cara y ella no se mueve.

—Si quieres que pare, dímelo —murmuro.

Ella me observa unos segundos.

—Si quisiera que pararas, ya lo habría hecho.

La respuesta termina con la poca resistencia que me quedaba y la beso. Ella me corresponde al instante, aunque ahora no hay nada que demostrar delante de nadie, porque solo estamos nosotros. El beso empieza despacio, con la cautela propia de dos personas que

todavía están intentando entender cómo han llegado hasta aquí, pero poco después se vuelve más intenso. Laura se acerca un poco más y apoya una mano en su cintura mientras ella se ríe contra mis labios.

—¿De qué te ríes? —musito separándome apenas unos centímetros.

—De nosotros.

—Esa es una respuesta poco específica —le susurro entre besos.

—Hace dos semanas quería tirarte por una ventana.

—Eso explica muchas cosas.

Laura vuelve a reírse y apoya la frente contra la mía y durante un largo momento permanecemos sin movernos y disfrutando simplemente de estar juntos. Después, descendo lentamente mis manos por su cuerpo, recorriendo cada curva con ternura y deseo. Ella responde de la misma manera, dejando que sus dedos exploren mi piel con una delicadeza que consigue estremecerme. Permanecemos unos instantes observándonos a escasa distancia, como si quisiéramos grabarnos en la memoria cada gesto y expresión del otro antes de acercarnos de nuevo. Volvemos a besarnos y con movimientos pausados, me desabrocha la camisa mientras sus ojos permanecen fijos en los míos. Bajo la cremallera de su vestido y la tela cae suavemente, revelando poco a poco la belleza de su figura. No hay prisa entre nosotros; cada caricia y beso parecen prolongar el momento y hacerlo aún más intenso.

Finalmente, cuando estamos tumbados uno frente al otro, desnudos y abrazados, sintiendo el calor de nuestros cuerpos y la cercanía que hemos estado buscando durante tanto tiempo. El silencio de la habitación queda interrumpido solo por nuestras respiraciones entrecortadas y el suave roce de nuestras pieles. Nos besamos una y otra vez, dejando que el deseo crezca lentamente. Mis manos recorren su espalda mientras ella se acerca aún más a mí, como si quisiera borrar cualquier distancia que pudiera existir entre nosotros. Cada caricia despierta una nueva emoción y cada beso parece más profundo.

Con suavidad, la tumbo sobre el colchón y me inclino sobre ella sin apartar la mirada de sus ojos. Sus manos se aferran a las mías

mientras la conexión entre nosotros se vuelve cada vez más intensa cuando entro en ella y su cuerpo me recibe deseoso, nos acabamos fundiendo en un mismo ritmo, compartiendo sensaciones, emociones y un placer que crece de manera imparable. Poco a poco todo lo que nos rodea desaparece y solo existen nuestras respiraciones, nuestros latidos y la certeza de estar exactamente donde deseamos estar. Finalmente, la intensidad del momento alcanza su punto más álgido y ambos acabamos estallando en un profundo y arrollador orgasmo mientras nos besamos mirándonos a los ojos.

Después, permanecemos abrazados mientras recuperamos el aliento poco a poco. Ella apoya la cabeza sobre mi pecho y yo acaricio suavemente su cabello mientras la habitación vuelve a llenarse de calma.

Más tarde, cuando las luces están apagadas y Boston sigue brillando al otro lado de las ventanas, Laura se acomoda bajo las sábanas.

—Buenas noches —dice girándose hacia su lado de la cama.

—Que descanses, Laura.

—Mañana seguimos fingiendo que somos personas razonables.

—Haré lo que pueda.

—Eso no inspira ninguna confianza —me dice riéndose levemente.

—Es la oferta más sincera que vas a recibir esta noche.

Laura se ríe de nuevo por lo bajo.

—Lo tendré en cuenta.

Poco a poco la conversación se va apagando, no porque haya nada incómodo entre nosotros, sino porque el día ha sido largo.

—Arthur —me dice a media voz al cabo de unos minutos.

—¿Sí?

—Me alegro de haber venido.

Giro ligeramente la cabeza hacia ella.

—Yo también.

La respuesta sale de mis labios antes de que pueda analizarla y quizá por eso es la más sincera de todo el día. Laura ya no responde, su respiración se ha vuelto más lenta y regular hasta que me doy cuenta de que se ha quedado dormida.

Yo, en cambio, sigo despierto con los brazos cruzados detrás de la cabeza y la vista fija en el techo. No puedo evitar pensar en la fotografía que empezó todo esto, en el acuerdo y en todas las veces que me repetí que era una situación temporal y perfectamente controlada.

Sin embargo, la palabra control resulta casi cómica a estas alturas. Laura ha aparecido en mi vida y ha puesto patas arriba planes que llevaban años funcionando exactamente como debían. Lo extraño es que ya no estoy seguro de querer recuperar la versión anterior.

Giro ligeramente la cabeza hacia ella y con la penumbra de la habitación, puedo ver que duerme tranquila y completamente ajena a todo lo que me ronda por la cabeza.

Mientras la observo, entiendo que el verdadero problema ya no es cómo acabará esta historia, sino que cada vez tengo menos ganas de que acabe.

13

Laura

Abro los ojos despacio y me quedo mirando el techo durante unos segundos, intentando recordar dónde estoy. De repente en mi cabeza aparecen ideas sueltas: Boston, hotel, viaje de trabajo y Arthur. La última parte de la lista es la que complica todo, porque entonces también recuerdo lo ocurrido anoche y ahí empieza el verdadero problema. No es que me arrepiente, ni que me dé vergüenza, ni tenga ganas de salir corriendo, pero lo que siento es algo mucho peor, porque me ha gustado mucho.

Suelto el aire lentamente, me giro y veo que Arthur sigue dormido a mi lado. La escena resulta sorprendentemente doméstica para dos personas que hace unas semanas discutían sobre quién tenía la culpa de una fotografía viral. Él está tumbado boca arriba con una mano sobre el abdomen y el aspecto de alguien que jamás ha tenido una preocupación en su vida, lo cual es ridículo, porque sé perfectamente que vive preocupado por cosas que el resto de la humanidad ni siquiera percibe. Aun así, dormir le sienta insultantemente bien.

—Qué desastre —murmuro para mí.

Intento incorporarme con cuidado para levantarme sin despertarlo. Empiezo a moverme y consigo sacar una pierna de las sábanas, después la otra y justo cuando creo que estoy a punto de lograr una retirada digna, mi pie se engancha con la alfombra y me tropiezo.

—¿Laura?

Me quedo inmóvil, cierro los ojos un segundo y después me giro despacio. Arthur acaba de abrir los ojos.

—Buenos días —dice incorporándose ligeramente sobre un codo.

La voz grave de recién despertado debería estar prohibida por algún organismo internacional, porque me resulta demasiado sexy para el débil autocontrol que poseo esta mañana.

—Todavía estoy evaluando si son buenos —respondo mientras recupero el equilibrio.

Arthur me observa con una sonrisa apenas visible.

—Eso suena preocupante.

—Estoy procesando acontecimientos recientes.

—Lo imaginaba.

Nos quedamos callados unos segundos, porque ninguno parece saber cuál es la versión normal de nosotros después de lo pasó anoche en esta cama *King size*.

—Voy a ducharme —anuncio cogiendo mi teléfono de la mesilla.

—Parece una decisión razonable —dice Arthur apoyando la espalda contra el cabecero.

—Necesito tomar al menos una decisión razonable hoy —le respondo encogiéndome de hombros.

—Llegas con retraso.

Lo señalo con un dedo mientras camino hacia el baño.

—No empieces.

—Ni siquiera he empezado —dice él alzando las palmas de las manos.

—Ese es el problema —le contesto y escucho cómo se ríe, por lo que cierro la puerta antes de que su risa logre ponerme aún más nerviosa.

En cuanto estoy sola y encerrada en el baño, apoyo la espalda contra la puerta y abro el chat de «Decisiones cuestionables» y veo que tengo cinco mensajes sin leer, algo que es muy mala señal teniendo en cuenta cómo son mis amigas.

Pamela:

Buenos días a todas excepto a Laura.

Kim:

No quiero saber por qué has escrito eso.

Pamela:

Mentira.

Violet:

Yo sí quiero saberlo.

Eve:

Buenos días.

Me siento en el borde de la bañera negando con la cabeza y después escribo.

Laura:

Tengo información.

La respuesta llega tan rápido que empiezo a sospechar que ninguna ni duerme ni trabaja realmente.

Pamela:

DIOS MÍO.

Violet:

Lo sabía.

Kim:

Estoy entrando en una reunión.

Espero que esto merezca la pena.

Eve:

Hola, Laura.

Laura:

Buenos días.

Pamela:

CUENTA.

Laura:

No pienso contar nada.

Pamela:

Entonces ¿por qué has dicho que tenías información?

Laura:

Porque necesitaba atención.

Kim:

Al menos es sincera.

Sonrío y después escribo el mensaje que probablemente va a perseguirme el resto del día.

Laura:

Digamos que la cama *King size* no fue un problema.

El chat explota.

Pamela:

NECESITO DETALLES.

Violet:

¿El hotel era bonito?

Kim:

Violet, tus prioridades siguen siendo fascinantes.

Eve:

¿Estás bien?

La pregunta de Eve consigue que deje de reírme, porque es la única que pregunta lo importante.

Laura:

Sí.

Pamela:

Eso no responde a nada.

Laura:

Estoy bien.

Kim:

Interesante.

Laura:

¿Qué tiene de interesante?

Kim:

Que no has dicho que haya sido un error.

Me dejo caer hacia atrás y cierro los ojos.

Laura:

Os dejo.

Tengo que ducharme.

Pamela:

COBARDE.

Violet:

Pregúntale si tiene amigos solteros.

Kim:

Ignora a Violet.

Eve:

Luego nos cuentas.

Cierro el chat antes de que me hagan veinte preguntas más, lo dejo sobre el lavabo y me observo unos segundos en el espejo. Sigo sonriendo y ese es el verdadero problema, porque no estoy sonriendo por las bromas de mis amigas, sino por Arthur y no tengo ni idea de que hacer ahora.

Cuando salgo del baño veinte minutos después, el vapor se escapa detrás de mí al abrir la puerta y mi dignidad continúa desaparecida en algún punto de la noche anterior. Arthur está junto a la ventana revisando unos documentos en una tableta y levanta la vista cuando me oye salir.

—Buenos días otra vez —dice dejando la tableta sobre una mesa.

—Todavía estoy evaluando si son buenos.

—Voy a tomármelo como una crítica al hotel.

—Haz lo que necesites para mantener tu autoestima intacta.

—Me sorprende que seas capaz de bromear tan temprano —me dice sonriendo mientras se pone en pie.

—Es un mecanismo de supervivencia.

—Eso explica muchas cosas.

—No empieces —le respondo señalándole con un dedo.

—Ni siquiera he dicho nada —se ríe.

—Llevas diez segundos despierto y ya me estás llevando la contraria.

—Ahora sí vuelves a parecer tú.

La observación me hace sonreír y el problema es que él también sonríe. Durante un instante, ninguno aparta la mirada, hasta que soy yo quien rompe el momento.

—¿A qué hora es la reunión?

—Dentro de una hora —me dice mirando su reloj de pulsera.

—Perfecto. Tenemos tiempo más que suficiente para fingir que somos profesionales.

—Laura.

—¿Qué? —le pregunto mirándole a los ojos.

—Somos profesionales —repite con convicción.

—Eso está por demostrar —resoplo.

La reunión se celebra en la sede central de Veridian Boston. El edificio es tan elegante y pulcro que me siento culpable solo por apoyar el bolso sobre una mesa. Arthur, por supuesto, parece haber nacido en este tipo de lugares.

Caminamos por los pasillos acompañados por varios directivos y descubro que no me siento fuera de lugar, quizá porque ya conozco a parte del equipo o porque Arthur me ha arrastrado tantas veces a este mundo que empiezo a moverme por él sin pensar o tal vez porque, por primera vez, no siento que tenga que demostrar nada.

La presentación comienza unos minutos después. Arthur abre la reunión, mientras yo escucho y tomo notas mientras espero mi turno. Cuando finalmente me toca intervenir a mí, conecto mi portátil a la pantalla y me pongo en pie. Aunque en un principio solo iba a hacer de acompañante de Arthur, le propuse presentar mi propuesta de marketing para esta campaña y él aceptó.

—Lo que hemos preparado no es solo una campaña —explico señalando la primera diapositiva—. Es una forma distinta de presentar la marca.

La sala se queda en silencio, mientras me escuchan con atención desarrollar mi propuesta y poco a poco dejo de ser consciente de las personas que me observan. Me centro en las ideas, en el proyecto y en explicar exactamente lo que quiero transmitir. Cuando termino, uno de los directivos se inclina hacia delante.

—Es brillante.

Otro asiente, después habla una tercera persona y también una cuarta. Empiezan a hacer unas preguntas detrás de otras y yo las respondo todas defendiendo mi propuesta, argumentando cambios, escuchando sugerencias... y así, durante casi cuarenta minutos, me olvido por completo de Arthur. Hasta que levanto la vista y lo encuentro observándome. No está mirando la pantalla, ni las reacciones del cliente, me está mirando a mí y hay algo en su expresión que me deja sin respiración durante un segundo: orgullo, como si estuviera disfrutando al ver cómo hago exactamente aquello para lo que estoy preparada. Por suerte, nadie parece darse cuenta, solo yo y quizá él también.

Finalmente, la reunión termina con aplausos y varias felicitaciones.

—Ha salido bien —comento intentando sonar despreocupada mientras guardo mis cosas, después de que los clientes hayan abandonado la sala.

—Ha salido mejor que bien —me dice Arthur al acercarse hasta la mesa.

—No exageres —trato de restarle importancia.

—No estoy exagerando.

Levanto la mirada.

—Arthur...

—Laura, acabas de conseguir que cinco directivos cambien una estrategia que llevaban meses preparando, aunque era algo que entraba en sus planes.

—Eso suena muy dramático.

—Porque lo es.

No puedo evitar reírme y veo cómo Arthur niega con la cabeza.

—No sé por qué te sorprende tanto que la gente valore tu trabajo.

La frase me impacta, porque durante años he aprendido a restar importancia a mis propios logros y me he acostumbrado a pensar que siempre faltaba algo en mi trabajo.

—¿Qué? —pregunta al darse cuenta de que ha tocado mi fibra sensible.

—Nada —le respondo sin alzar la mirada.

—Eso suele ser mentira.

—Empiezo a odiar que me conozcas tanto —resoplo.

—Llegas tarde.

Dos horas después estamos de camino al aeropuerto, porque para regresar antes, preferimos volver en avión y no en coche, y aunque ahora también seguimos bromeando y discutiendo, algo ha cambiado. Lo noto cuando Arthur me enseña un correo antes incluso de enviarlo, o cuando me pregunta mi opinión sobre cosas que antes habría decidido solo o cuando me ofrece un café sin preguntarme

cómo lo quiero, porque ya sabe qué voy a pedir. Son detalles pequeños y por eso me impresionan más.

El vuelo de regreso se me pasa muy rápido porque terminamos hablando durante buena parte del trayecto. Empezamos por trabajo comentando la reunión, algunas decisiones de Veridian y varias ideas para la campaña. Después la conversación se desvía hacia nuestros primeros empleos, también hablamos de clientes imposibles y de situaciones tan absurdas que ahora nos resultan divertidas porque ya han pasado unos años. En algún momento Arthur me cuenta una historia sobre los primeros meses de Parks & Associates y yo lo escucho mientras habla y me doy cuenta de que cuando habla de la empresa, desaparece parte de esa frialdad controlada que suele formar parte de él.

—Estás orgulloso de ella —comento observándolo por encima de mi botella de agua.

Arthur aparta la vista de la pantalla del portátil y arquea ligeramente una ceja.

—¿De la empresa?

—Sí —asiento—. Se te nota.

Él cierra el portátil y lo deja sobre la bandeja del asiento.

—Me ha costado demasiados años no estarlo —me responde tan rápido, que parece que se le escapa sin querer y eso me hace sonreír.

—No esperaba una respuesta así —le confieso.

Arthur suspira y se reclina en el asiento.

—No te acostumbres.

—Ya estamos otra vez —resoplo.

—Solo intento mantener mi reputación.

—Tu reputación está atravesando un momento delicado —bromeo.

—Lo sospechaba —me sigue el juego.

Después de eso, nos quedamos mirando hacia delante y resulta extraño, porque hace apenas unas semanas cualquier conversación entre nosotros acababa en una discusión, ahora seguimos discutiendo, pero ya no parece una competición, sino que da la sensación de que ninguno de los dos quiere dejar de hablar.

Cuando aterrizamos en Nueva York ya está anocheciendo. Recogemos las maletas, atravesamos la terminal en dirección a la zona de taxis. Mientras esperamos nuestro turno, me descubro observando a la gente que pasa a nuestro alrededor.

—Llevas un rato muy callada —comenta Arthur mientras esperamos junto a la zona de taxis y apoya una mano sobre el asa de la maleta.

—Estoy pensando —le respondo mirándolo de reojo.

—Eso nunca suele ser una buena señal.

—Créeme, para mí tampoco.

Arthur sonríe ligeramente y se gira un poco hacia mí.

—¿Tiene algo que ver con Boston?

—Entre otras cosas —admito encogiéndome de hombros.

—Esa respuesta es sospechosamente ambigua.

—Intento proteger mi estabilidad emocional.

—Pues no lo estás consiguiendo.

—Gracias por el apoyo —respondo llevándome una mano al pecho.

—Siempre intento ayudar.

Lo observo unos segundos antes de negar con la cabeza.

—Esa mentira ha sido casi ofensiva.

—Y aun así has tardado en detectarla, ¿eh? —replica con una sonrisa.

La conversación consigue arrancarme una risa y, por supuesto, Arthur se da cuenta. Últimamente parece darse cuenta de todo.

Cuando por fin conseguimos un taxi, el trayecto hasta Tribeca se me pasa volando. Entre el tráfico, la conversación y el cansancio acumulado, apenas me doy cuenta de que ya hemos llegado hasta que el coche se detiene frente a mi edificio. El conductor sale para sacar la maleta del maletero y tanto Arthur como yo también salimos del coche y, de repente, tengo la sensación de que ninguno de los dos tiene demasiada prisa por marcharse.

Apoyo una mano sobre el asa de la maleta y respiro hondo.

—Bueno...

—Bueno... —repite Arthur con una pequeña sonrisa.

—Ha sido un viaje raro.

Arthur deja escapar una risa breve.

—Creo que esa es la forma más elegante posible de describirlo.

—Intentaba ser diplomática.

—Ha sido un viaje muy raro.

—Me alegra que coincidamos en algo.

—No ocurre tan a menudo.

—Eso lo dices tú.

Arthur sonríe, pero algo cambia ligeramente en su expresión. No sabría explicar qué es exactamente, solo que de pronto parece más serio.

—Laura...

Levanto la vista y lo miro a los ojos.

—¿Sí?

—Me alegro de que hayas venido.

Durante un segundo me quedo sin respuesta, porque sé perfectamente que no está hablando solo de la reunión, ni de Veridian, ni siquiera de Boston y tengo la sensación de que él sabe que yo también lo sé.

—Yo también me alegro —respondo al final.

Arthur mantiene la mirada unos instantes antes de asentir despacio.

—Te escribiré luego.

—Eso ha sonado peligrosamente parecido a una promesa.

—Empiezo a asumir riesgos.

—Qué miedo me das.

—Que descanses, Laura.

—Buenas noches, Arthur.

Lo veo subir de nuevo al taxi y cerrar la puerta. Después me quedo en la acera observando cómo el coche se aleja calle abajo hasta que desaparece entre el tráfico de Manhattan.

Cuando entro en mi apartamento, dejo la maleta junto a la puerta y me quito los zapatos con un suspiro de alivio. Ha sido un viaje largo, aunque a la vuelta hayamos regresado en avión. No obstante, lo único que me apetece ahora mismo es ponerme ropa cómoda, dejar de pensar y desaparecer un rato en el sofá.

Pero ni siquiera he llegado al salón cuando el móvil vibra dentro de mi bolso y sonrío automáticamente, porque supongo que será Pamela o Violet o alguna de las otras dos locas que llevan años demostrando que el concepto de intimidación les parece orientativo.

Saco el teléfono mientras camino por el pasillo, pero el nombre que aparece en la pantalla no es el que esperaba. Me quedo quieta unos segundos y después abro el mensaje.

Mark:

Te vi con Arthur.

Frunzo ligeramente el ceño y antes de que me dé tiempo a reaccionar, aparece una segunda línea en el mismo mensaje.

Mark:

Pareces distinta.

Eso es todo. No me dice nada más, ni me pide una explicación, ni me pregunta. Solo me ha escrito esas dos frases. Hace unos meses habría releído esas palabras veinte veces y habría intentado averiguar qué quería decir exactamente, si había algo oculto detrás o si estaba intentando decirme algo que no se atrevía a escribir directamente. Ahora, en cambio, observo la pantalla y me doy cuenta de que estoy sonriendo. Además, mi sonrisa ha aparecido antes de que haya podido evitarlo y eso, durante un instante, me desconcierta, porque sé que no tiene nada que ver con Mark, ni con su mensaje, ni con nada relacionado con él, sino que tiene que ver con Arthur, con Boston, con las conversaciones que hemos tenido durante el viaje, con cómo me ha mirado durante la presentación y con la sensación de que no estaba viendo a una persona de marketing, que fingía ser la novia de alguien importante. Estaba viéndome a mí.

Intento borrar la sonrisa mientras dejo el teléfono sobre la encimera, pero no lo consigo, sigo sonriendo y cuanto más intento disimularla, más evidente resulta. Al final dejo escapar una pequeña risa y niego con la cabeza, porque quizá Mark tenga razón en una cosa, quizá sí parezco distinta.

14

Arthur

Hay una diferencia importante entre controlar una situación y mentirme a mí mismo y descubro cuál es un martes por la noche, sentado solo en mi despacho, mientras intento concentrarme en un contrato que llevo leyendo diez minutos sin avanzar ni una sola página. Evidentemente, el problema no es el contrato. El problema de verdad está apoyado en una esquina de mi cerebro desde que volvimos de Boston y ese problema tiene nombre: Laura.

Cierro el documento y me echo hacia atrás en la silla, después miro el reloj y veo que son las ocho y veinte. Resoplo y miro a través de los cristales de mi despacho y veo que la oficina está casi vacía. Rita se marchó hace más de una hora después de dedicarme una mirada, que parecía decir algo entre «deberías irte a casa» y «estás perdiendo facultades». Todavía no he decidido cuál de las dos me ha molestado más.

El móvil vibra sobre la mesa y me distrae de mis pensamientos.

Laura:

He terminado los cambios del dossier
para el evento del jueves
y te lo he enviado.

Sonrío sin poder evitarlo, lo que es un problema aún mayor.

Arthur:

Una persona normal lo enviaría mañana.

Su respuesta llega casi de inmediato.

Laura:

Una persona normal no trabaja para ti.

Arthur:

Eso ha sido ofensivo.

Laura:

Solo ha sido exacto.

Resoplo y cierro el portátil, porque ya no voy a trabajar más esta noche y porque hace exactamente siete minutos que estoy buscando excusas para escribirle algo que no tenga nada que ver con el trabajo.

Media hora después entro en mi apartamento con una bolsa de comida italiana bajo el brazo y una conclusión bastante incómoda rondándome la cabeza: «Boston lo ha cambiado todo».

Intento repetirme que no y recordarme que el acuerdo sigue siendo el mismo y que nuestra relación continúa siendo falsa y con fecha de caducidad, pero ninguno de esos argumentos me funciona. Dejo las llaves sobre la encimera de la cocina y saco el teléfono. Antes de pensarlo demasiado, escribo.

Arthur:

¿Has cenado?

Me quedo mirando la pantalla y enseguida aparecen tres puntos que me indican que me está escribiendo.

Laura:

Depende.

Arthur:

Eso nunca es una buena respuesta.

Laura:

Tengo cereales.

Arthur:

Eso no cuenta como cena.

Laura:

Discrepo.

Arthur:

Porque tienes valores nutricionales preocupantemente bajos.

Laura:

¿Vas a despedirme por mis hábitos alimenticios?

Arthur:

Estoy valorando distintas opciones.

Laura:

Qué suerte la mía.

Sonríó otra vez, algo que últimamente ocurre con demasiada frecuencia.

Arthur:

Tengo comida de verdad.

La respuesta tarda unos segundos más en llegarme.

Laura:

¿Estás invitándome a cenar?

Arthur:

Estoy intentando evitar que sobrevivas a base de cereales.

Laura:

Eso ha sonado muy paternalista.

Arthur:

Finge que no ha ocurrido.

Laura:

Voy para allá.

Me quedo mirando el último mensaje durante unos segundos, porque una parte de mí sabe perfectamente que esto ya no tiene nada que ver con el trabajo, ni con el acuerdo, ni con la fotografía. El problema aparece cuando recuerdo algo en lo que llevo semanas intentando no pensar: después de conocer a Laura, busqué información sobre ella. Visité la página web de su empresa, miré los trabajos que había hecho, leí varias de sus entrevistas y en aquel momento me dije que era lo lógico, porque iba a firmar un acuerdo con ella y quería saber con quién estaba tratando.

Era una explicación razonable hasta que dejó de serlo, porque no me limité a informarme. También empecé a buscar motivos para verla más veces de las necesarias y ahora me resulta bastante complicado fingir que ambas cosas obedecen al mismo motivo.

El timbre suena cuarenta minutos después. Abro la puerta y me encuentro a Laura en el rellano con unos vaqueros, una chaqueta y

una expresión que parece debatirse entre la diversión y la sospecha.

—Adelante —le digo apartándome para dejarle paso.

—Buenas noches —dice al entrar en mi apartamento —. Vaya, veo que era cierto —dice al ver la bolsa de comida italiana que he dejado al llegar sobre la isla de la cocina.

—¿Qué?

—Pensaba que estabas exagerando.

—Eso ha sido ofensivo.

—Lo digo porque normalmente tienes pinta de alimentarte exclusivamente de café y reuniones.

—Rita diría exactamente lo mismo —resoplo y niego con la cabeza.

—Entonces Rita y yo tenemos razón.

Deja el bolso sobre una de las sillas altas y se acerca a la encimera.

—¿Qué has comprado? —pregunta con curiosidad sin dejar de mirar la bolsa.

—Pasta.

—Eso explica por qué he venido.

—Pensaba que habías venido por mi encantadora personalidad.

Laura me dedica una mirada paciente.

—Arthur, llevamos suficiente tiempo conociéndonos para no fingir cosas absurdas.

Resoplo, ella sonríe y de nuevo me invade la misma sensación: estar con Laura es muy fácil.

La cena empieza de forma bastante civilizada, pero avanza con Laura criticando mis habilidades culinarias mientras intenta preparar una ensalada para acompañar la pasta.

—Eso no se corta así —dice arrebatándome el cuchillo.

—Llevo años utilizando cuchillos.

—Eso no significa que los sepas usar bien.

—Empiezo a entender por qué discutes con todo el mundo.

—Porque suelo tener razón —me responde alzando una ceja.

—Eso es exactamente lo que diría una persona insoportable.

—Mira quién habla —dice después dar una carcajada.

La observo mientras se mueve por mi cocina con naturalidad. Abre cajones sin preguntar, encuentra los vasos a la primera, se sirve agua y se comporta como si hubiera estado aquí muchas veces. Sin embargo, lo extraño es que nada de eso me molesta, aunque debería hacerlo.

—¿Qué? —me pregunta de pronto.

—Nada —le respondo encogiéndome de hombros.

—Mentira.

—¿Por qué todo el mundo me llama mentiroso últimamente?

—Porque eres muy malo fingiendo que algo no te afecta.

—Eso es ridículo.

—Llevas observándome varios minutos.

La acusación me pilla completamente desprevenido, porque tiene razón y ella lo sabe.

—¿Ves? —me pregunta apoyando los codos sobre la encimera.

—¿Qué? —inquiero alzando una ceja.

—Esa cara.

—No sé de qué hablas —me encojo de hombros de nuevo.

—Claro que lo sabes.

Niego con la cabeza, ella sonríe y la conversación se queda suspendida entre nosotros, aunque no resulta incómoda. De hecho, eso sería mucho más sencillo. El problema es que resulta agradable

Terminamos cenando en la isla de la cocina mientras comentamos el evento que estamos preparando o, al menos, empezamos hablando del evento, porque al cabo de veinte minutos la conversación ya no tiene nada que ver con trabajo.

—¿Sabes qué es lo más raro de todo esto? —pregunta Laura mientras gira el tenedor entre los dedos para enrollar los espaguetis.

—Empiezo a pensar que esa pregunta me persigue —suelto un resoplido.

—Contestaaaa.

—No.

—¡Qué sorpresa!

Laura pone los ojos en blanco.

—Lo más raro es que sigo sin saber qué haces cuando no trabajas.

—Trabajo —me encojo de hombros.

—Eso confirma exactamente mi teoría.

—¿Y tú?

—Yo tengo aficiones.

—¿Quejarte de mí cuenta como afición?

—Pues que sepas que es una actividad recreativa muy completa.

Me río, ella también y cuando nuestras miradas se encuentran, la conversación pierde velocidad poco a poco y sin avisar. Laura baja la vista un segundo y después vuelve a levantarla.

—Arthur...

Mi nombre suena distinto cuando lo pronuncia de esa manera tan suave.

—¿Sí? —le pregunto apoyándome contra la encimera.

Ella tarda unos segundos en responder.

—Boston ha complicado bastante las cosas —me dice mirándome a los ojos.

—Sí...

—Me alegra que por una vez coincidamos.

—Coincidimos más de lo que crees.

Laura sonrío, pero deja de hacerlo poco después, porque la distancia entre nosotros ha desaparecido sin que ninguno se haya dado cuenta y ahora estamos mucho más cerca de lo recomendable.

—Esto sigue siendo una mala idea —murmura.

—Probablemente —digo a media voz.

—Empiezo a odiar esa respuesta.

—Porque sabes que tengo razón —le respondo con una media sonrisa.

Laura niega con la cabeza, pero no se aparta, de hecho, ninguno de los dos lo hacemos y, por un instante, me olvido del trabajo, del acuerdo, de las normas y de todo lo demás. Empezamos a besarnos con ansia y yo bajo mis manos por su espalda hasta llegar a su culo. Pero, entonces, en el momento menos oportuno mi teléfono empieza a sonar y los dos nos separamos al mismo tiempo.

—No me lo puedo creer —murmura Laura.

Miro la pantalla y veo que es un número de trabajo.

—¿Ves? —dice ella recuperando la distancia—. El universo nos ayuda.

—El universo tiene un sentido del humor horrible —chasqueo la lengua.

—En eso también estamos de acuerdo.

Descuelgo la llamada mientras Laura recoge los platos y mientras intento concentrarme en lo que me dicen desde el otro lado del teléfono, aunque me doy cuenta de que ya no estoy escuchando, porque toda mi atención sigue en la mujer que está caminando por mi cocina.

Laura se marcha una hora después y yo la acompaño hasta la puerta.

—Gracias por la cena —dice colgándose el bolso del hombro.

—Técnicamente la mitad la has preparado tú.

—Eso explica por qué estaba buena —me responde con una media sonrisa.

—Voy a fingir que no he escuchado eso —le digo apoyándome en el marco de la puerta.

—Buena idea.

Durante un instante ninguno se mueve y nos limitamos a mirarnos a los ojos. En ese momento, tengo la sensación de que no necesitamos decir nada porque nuestras miradas hablan por ellas mismas.

—Buenas noches, Arthur.

—Qué descanses —le digo y ella se gira y se aleja por el pasillo hasta el ascensor.

Cuando cierro la puerta de mi apartamento, la tranquilidad dura exactamente tres minutos, porque mi teléfono vuelve a vibrar. Lo saco del bolsillo mientras camino hacia el salón con una sonrisa pensando que es Laura que me dice algo, pero al ver el nombre de quién realmente me escribe en la pantalla, se me quitan las ganas de responder.

Me dejo caer en el sofá y durante unos segundos me planteo ignorar el mensaje, pero después recuerdo que esa persona nunca desaparece cuando la ignoras y busca otra forma de llamar la

atención. Así que abro la conversación con la convicción de acabarla lo antes posible.

Cassandra:

He visto las fotos de Boston.

«Perfecto, justo lo que necesitaba», me digo para mí y chasqueo la lengua. No respondo, aunque ella tampoco parece especialmente preocupada por eso, porque me envía un segundo mensaje casi inmediatamente.

Cassandra:

Tu nueva relación
está progresando muy rápido.

Resoplo y ya no puedo contenerme y le contesto con ganas de que me deje en paz.

Arthur:

Buenas noches para ti también.

Sin embargo, los tres puntos aparecen enseguida.

Cassandra:

Siempre tan encantador.

Arthur:

¿Qué quieres?

Esta vez tarda un poco más en responderme, pero no mucho, solo lo suficiente para que parezca calculado.

Cassandra:

Solo me parece curioso.

Arthur:

¿El qué?

Cassandra:

Que una historia tan perfecta
empezara de una forma tan imperfecta.

Me quedo inmóvil, no porque su frase diga mucho, sino porque dice lo suficiente.

Arthur:

No sé de qué hablas.

Cassandra:

Claro que lo sabes.

Apoyo la cabeza contra el respaldo del sofá y resoplo, porque acaba de aparecer la Cassandra que conozco, la que nunca acusa directamente, ni nunca amenaza de forma abierta, sino que prefiere insinuar, porque las insinuaciones obligan al otro a imaginar el resto.

Arthur:

Si tienes algo que decir, dilo.

Cassandra:

No tengo nada que decir.

Arthur:

Entonces deja de escribirme.

Pasan varios segundos y después aparece el último mensaje.

Cassandra:

Solo espero que Laura
conozca toda la historia.

La mandíbula se me tensa automáticamente, porque esa frase ya no es una insinuación sino una advertencia. Aunque Cassandra no sabe nada realmente peligroso, conoce suficientes piezas para construir teorías y ella siempre ha sido muy buena teorizando.

Miro la conversación unos segundos más y después bloqueo la pantalla. Dejo el teléfono sobre la mesa e intento concentrarme en otra cosa, pero no funciona. Porque por primera vez desde que empezó toda esta historia, el problema ya no es la fotografía, ni el acuerdo, ni siquiera la mentira, el problema es Laura y el hecho de perderla empieza a parecer una posibilidad real. Esa posibilidad hace apenas unas semanas me habría resultado indiferente, pero ahora ya no.

15

Laura

—No pienso ir —anuncio dejando las tijeras sobre la mesa.

Pamela levanta la vista de su café y arquea una ceja.

—Esa frase suele acabar fatal.

—No voy a cambiar de opinión —insisto cruzándome de brazos.

—Eso mismo dijiste cuando Arthur te propuso la relación falsa —
me recuerda Kim sin apartar la vista del portátil.

—Y mira dónde estamos ahora —añade Violet mientras acomoda
unas muestras de tela sobre la mesa.

—Exacto —confirma Eve con una sonrisa tranquila.

Las cuatro me observan y yo las observo a ellas con la sensación
de que ninguna de las 4 parece dispuesta a ponerse de mi parte.

—No entiendo por qué estáis tan encantadas con esta situación
—protesto.

—No lo estamos—aclara Kim cerrando el portátil—. Estamos
encantadas contigo porque intentas fingir que no te afecta.

—Qué apoyo tan inspirador —resoplo.

—Ya sabes que siempre damos lo mejor de nosotras mismas —
replica Pamela llevándose una mano al pecho.

—Habla por ti —murmura Kim.

—Hablo por todas.

—No te hemos elegido portavoz —le recuerda Violet.

—Fue una elección espiritual —insiste Pamela.

—Eso no existe —añade Kim.

—Existe en mi corazón.

Cierro los ojos un segundo.

—Dios mío —suelto negando con la cabeza.

—Eso también lo digo mucho cuando estoy contigo —me
informa Pamela.

—Voy a dejar de invitarte a mi estudio.

—No lo harás, porque soy el alma de este grupo —insiste Pam.

—¡De eso nada! Eres el motivo por el que necesitamos normas
—le recuerdo.

Las demás empiezan a reírse y Pamela parece orgullosa, lo cual resulta preocupante.

—Laura —interviene Eve apoyando los codos sobre la mesa—, intenta olvidarte de Pamela durante un momento.

—Ojalá pudiera.

—Es solo un evento —me recuerda Eve.

—Un evento donde estará Mark.

Pamela señala hacia mí con el dedo índice.

—Y ahí está el verdadero problema.

—Gracias por tu análisis profesional —le suelto apretando los labios.

—No hace falta que me des las gracias.

—No te las estaba dando —alzo una ceja.

—Lo tengo claro.

—Entonces deja de responder como si sí.

Kim se masajea la sien.

—Empiezo a entender por qué Arthur parece tan cansado últimamente.

—Traicionera —declaro señalándola.

—No, realista.

Violet deja una carpeta sobre la mesa y me observa.

—Hace un año habrías cancelado en cuanto supieras que iba Mark.

No le respondo, porque tiene razón y eso me molesta.

—Probablemente —admito al final.

—Hace seis meses también —añade Eve.

—También —asiento levemente con la cabeza.

—Entonces algo ha cambiado —concluye Violet.

—No necesariamente.

Las cuatro me miran a la vez y eso es muy mal asunto.

—Vale —resoplo al final—. Quizá sí ha cambiado algo.

—Gracias —dice Pamela apoyándose contra el respaldo de la silla—. Pensaba que íbamos a estar aquí hasta la jubilación.

—¿Podrías no dramatizar durante cinco minutos? —le pregunto.

—Podría.

—¿Y?

—Que no quiero.

Eve intenta contener la risa, pero fracasa.

—Lo que te preocupa ya no es Mark —dice Kim con tranquilidad. La frase cae sobre la mesa y todas me observan.

—Claro que me preocupa Mark —reconozco

—Un poco, sí —admite Eve.

—Pero no es lo principal —añade Violet.

—Ah, ¿no?

—No —responde Pamela antes de dar un sorbo a su café—. Lo principal mide casi de metro noventa, lleva trajes caros y tiene problemas de control.

—Pamela...

—¿Qué?

—Voy a tirarte esta carpeta a la cabeza.

—Arthur no te dejaría.

Las cuatro empiezan a reírse y yo también y eso es lo que me preocupa.

El evento se celebra en una de esas terrazas cubiertas de Manhattan, donde todo el mundo parece conocer a alguien importante. Nada más entrar, una camarera nos ofrece una copa. Arthur acepta una y yo me tomo dos segundos para replantearme si he hecho bien en venir hasta aquí.

—Todavía puedes huir —comenta Arthur a media voz mientras avanzamos entre los invitados.

—Agradezco que sigas alimentando mis peores impulsos —le digo en un susurro y tratando de no borrar la sonrisa de los labios, por si alguien nos interrumpe por sorpresa.

—Solo intento ofrecer alternativas —me responde encogiéndose de hombros.

—Eso no es propio de ti.

—Boston me ha cambiado.

Lo miro y alzo una ceja.

—No utilices Boston como excusa para todo —le advierto alzando una ceja.

—Tú también lo haces.

—Es distinto.

—Por supuesto.

Resoplo, Arthur sonrío y durante unos segundos consigo olvidarme de por qué estoy aquí. Pero parece que el universo tiene otros planes para mí, porque apenas cinco minutos después veo a Mark junto a una de las mesas altas hablando con varias personas. A su lado está su prometida, rubia, elegante y perfectamente integrada en este entorno.

Durante un instante siento el viejo reflejo, que aparece antes de que pueda razonar, por el que me comparo con ella, me siento insegura y me hago la absurda pregunta de «¿Qué tiene ella que no tenga yo?». Por suerte, todo eso dura solo dos segundos o quizás tres. Después, desaparece porque yo ya sé la respuesta y no tiene nada que ver conmigo, ni nunca lo tuvo.

—Laura.

La voz de Arthur me devuelve al presente. Lo miro y veo que no me está observando con lástima, ni intenta distraerme, ni tampoco rescatarme. Simplemente está esperando, dándome espacio para decidir qué quiero hacer y eso me ayuda mucho.

—Estoy bien —le digo.

Arthur asiente y no dice nada más, porque no hace falta.

Mark me ve unos minutos después y su gesto cambia de inmediato lo suficiente para que me dé cuenta. Se acerca acompañado de su prometida. Yo dejo la copa sobre una mesa, mientras Arthur permanece a mi lado tranquilo y sin intervenir, simplemente se queda donde yo necesito que esté.

—Laura —me saluda Mark con una sonrisa algo tensa.

—Hola, Mark.

—Me alegro de verte.

—Igualmente —suelto una mentira piadosa pero educada.

—Soy Natalie —me saluda su prometida extendiendo la mano.

—Laura —le respondo de forma correcta.

Natalie es agradable, algo que me resulta inconveniente, porque es mucho más fácil odiar a alguien cuando se comporta como un idiota.

—He oído hablar mucho de ti —dice ella.

—Espero que nada denunciabile.

Natalie se ríe, Mark también y eso rebaja un poco la tensión.

—¿Y tú debes de ser Arthur? —pregunta Mark girándose hacia él.

—Arthur Parks —le saluda ofreciéndole la mano.

—Encantado —le responde Mark.

Durante un instante se observan mutuamente con el tipo de educación que utilizan los hombres cuando están evaluando a otro sin admitir que lo hacen. La escena apenas dura un segundo, después ambos vuelven a sonreír y la tensión desaparece tan rápido como ha hecho acto de presencia.

—Os he visto en algunas publicaciones últimamente —comenta Natalie mirando de Arthur a mí.

—Es difícil escapar de internet —respondo con una pequeña sonrisa.

—Eso parece —coincide ella.

La conversación continúa unos minutos más. Hablamos del evento, del trabajo y de algunas anécdotas sin demasiada importancia. Todo resulta mucho más normal de lo que esperaba. Pero entonces me doy cuenta de que no estoy intentando impresionar a Mark, porque no necesito demostrarle que estoy mejor sin él, ni que se arrepienta de nada. Durante mucho tiempo he imaginado este momento de mil formas distintas. Pensaba que sentiría rabia, tristeza o ganas de hacerle ver todo lo que había perdido. Sin embargo, la realidad es mucho más sencilla. Mientras él habla, descubro que llevo varios minutos pensando en Arthur. La constatación me golpea con tanta claridad que casi me distrae de la conversación. Mark termina de contar una anécdota y Natalie se ríe. Yo también sonrío y entonces él me mira de una manera más atenta y sincera.

—Pareces feliz —dice finalmente.

La frase me sorprende, porque no hay reproche en su voz, ni nostalgia, ni arrepentimiento, simplemente parece una observación honesta.

—Lo soy —admito sin haber tenido que pensarme la respuesta.

—Me alegro —me responde asintiendo despacio con la cabeza.

Lo observo unos segundos y descubro que le creo, aunque lo más extraño es que yo también me alegro por él, porque ya no intento recuperar nada que tenga que ver con él, ni necesito respuestas, porque esa historia ya me ha dejado de doler.

Cuando Mark y Natalie se despiden para unirse a otro grupo de invitados, los sigo con la mirada unos segundos antes de volverme hacia Arthur, que continúa a mi lado con una copa en la mano.

—¿Qué? —pregunta al notar que lo estoy mirando.

—Nada —respondo.

—Mentira —me contesta arqueando una ceja.

—Últimamente todo el mundo me llama mentirosa —resoplo.

—Últimamente lo pones bastante fácil —replica con una sonrisa.

—Empiezo a sospechar que os reunís para practicar.

—Hay un club secreto. Kim es la que escribe las actas.

La respuesta me arranca una carcajada y Arthur sonrío al escucharme.

—Ahora en serio, ¿estás bien? —quiere saber bajando a voz.

—Sí —digo sin necesidad de fingir.

El resto del evento transcurre mucho mejor de lo que esperaba, algo que casi me parece sospechoso, porque llevo días preparándome para una catástrofe y al final lo único que he hecho ha sido mantener una conversación educada con mi ex y confirmar algo que, en el fondo, ya sabía: ya no estoy enamorada de Mark.

La revelación debería parecerme más importante y dramática, aunque no llega acompañada de ninguna epifanía espectacular. Se parece más a darme cuenta de que una canción que escuchaba constantemente ha dejado de sonar, aunque no recuerdo exactamente cuándo ocurrió.

—Llevas sonriendo un buen rato —comenta Arthur mientras salimos del edificio y empezamos a caminar por la acera.

—Eso es inquietante —le respondo mirándolo de reojo.

—Es una observación.

—Yo lo llamaría vigilancia.

Arthur se lleva una mano al pecho.

—Me duele que pienses eso de mí.

—Ni siquiera tú te crees esa frase.

—Tienes razón —dice y suelta una carcajada.

La noche está agradable y no tengo ninguna prisa por volver a casa.

—¿En qué piensas? —me pregunta Arthur metiéndose las manos en los bolsillos del abrigo.

—En que mis amigas van a ponerse insufribles cuando les cuente cómo ha ido la noche.

Arthur deja escapar una risa.

—¿Más de lo habitual?

—No sabes de lo que son capaces —resoplo y niego con la cabeza.

—Pamela ya me ha amenazado dos veces —me cuenta encogiéndose de hombros.

—Eso para ella cuenta como una bienvenida cordial.

—Empiezo a preocuparme.

—Deberías.

Arthur vuelve a reírse y, mientras lo escucho, me oír cómo se ríe.

—¿Y tú? —le pregunto girándome hacia él—. ¿En qué piensas?

—En que tu definición de amistad da bastante miedo.

—Eso no responde a mi pregunta.

—Claro que sí.

—Deja de esquivar el tema —le digo mirándole a los ojos.

Él sonríe, pero esta vez tarda unos segundos más en contestarme.

—Pienso que has estado mucho más tranquila de lo que esperabas.

Su respuesta me pilla desprevenida porque es verdad.

—Sí, supongo que sí —asiento con la cabeza.

—No parecías nerviosa cuando hablabas con él.

—Pues lo estaba.

—No se te ha notado nada.

Seguimos caminando unos metros antes de que vuelva a hablar.

—¿Qué ha cambiado?

Miro hacia delante antes de responder.

—Durante mucho tiempo pensé en qué le diría si volvía a verlo, cómo reaccionaría él y qué sentiría yo. Tenía versiones distintas de esta noche en la cabeza —admito.

—¿Y al final?

Me encojo ligeramente de hombros.

—Al final no ha pasado nada.

Arthur arquea una ceja.

—Eso suena bastante bien.

Me meto las manos en los bolsillos de la chaqueta.

—Me he pasado mucho tiempo intentando entender por qué ocurrió todo.

—¿Y ahora?

—Ahora creo que simplemente ocurrió. No hay una explicación brillante ni una lección escondida. Pasó y ya está.

Arthur asiente despacio.

—A veces la respuesta más simple es la correcta.

Lo miro.

—Vaya.

—¿Qué? —pregunta abriendo mucho los ojos.

—Eso ha sido sorprendentemente sensato para alguien que convierte todo en un análisis estratégico.

—Intento ampliar mi repertorio.

Sonrío y, cuando vuelvo la cabeza hacia él, descubro que me está observando y la sensación me descoloca por completo.

—Gracias —digo al cabo de un momento.

Arthur frunce ligeramente el ceño.

—¿Por qué?

—Por no intentar arreglarlo.

—No te sigo —reconoce con gesto de no estar entendiendo por qué le he dicho eso.

—Esta noche no has intentado convencerme de nada, ni has actuado como si necesitaras solucionar el problema, ni te has empeñado en decirme cómo tenía que sentirme —le explico.

Arthur tarda un momento en responderme.

—Porque no necesitabas nada de eso.

Su respuesta me llega de forma tan inmediata que me queda claro que no la ha pensado y eso me impacta, porque sé que lo cree de verdad.

—Gracias igualmente —murmuro.

Arthur baja la vista unos segundos antes de volver a mirarme.

—De nada, Laura.

Seguimos caminando sin decir nada más durante un rato, aunque no me resulta incómodo, al contrario. Simplemente me da la sensación de que la conversación ha llegado a un lugar más sincero de lo habitual.

Cuando llego a casa tengo cuarenta y tres mensajes en el chat de «Decisiones cuestionables» a pesar de que no había ninguno hace media hora. Así que, lanzo un hondo suspiro, y abro la conversación.

Pamela:

¿LAURA, SIGUES VIVA?

Violet:

Pamela lleva veinte minutos intentando llamarte.

Pamela:

Porque necesito detalles.

Kim:

Necesitas terapia.

Pamela:

También.

Eve:

¿Cómo ha ido?

Sonrío mientras dejo el bolso sobre el sofá y me deshago de los tacones.

Laura:

He sobrevivido.

La respuesta llega tan deprisa que sospecho que las cuatro estaban mirando el móvil mientras esperaban a que diera señales de vida.

Pamela:
ESO NO ES INFORMACIÓN.

Violet:
¿Has visto a Mark?

Laura:
Sí.

Eve:
¿Y?

Laura:
Y nada.

Kim:
Esa respuesta me gusta.
Pamela:
A mí no.
Necesito más drama.

Laura:
Pues mira algo en Netflix.

Pamela:
Qué cruel que eres.

La conversación continúa varios minutos entre bromas, preguntas, teorías ridículas de Pamela y advertencias razonables de Kim. Hasta que dejo el teléfono sobre la mesa del salón, pero entonces vibra otra vez al instante. Supongo que es del grupo por lo que lo cojo de nuevo con una sonrisa, pero es un correo. Frunzo el ceño, porque el remitente pertenece a Parks & Associates y me resulta raro que alguien me escriba a estas horas. Lo abro sin pensar demasiado y me quedo inmóvil, porque no es para mí, sino para Arthur. Al parecer, alguien ha cometido un error al reenviarlo.

Leo las primeras líneas, las releo y me fijo que la fecha corresponde a varias semanas atrás, en concreto, a antes del segundo encuentro entre Arthur y yo. Se me enrecorta la respiración, porque entre varios asuntos profesionales aparece una frase concreta escrita por Arthur. Es una frase breve e inofensiva para cualquiera menos para mí.

«Necesito toda la información disponible sobre Laura Wells y su estudio antes de la reunión».

Miro la pantalla y vuelvo a leer la frase varias veces, hasta que una duda empieza a abrirse paso en mi cabeza, porque de pronto ya no tengo tan claro qué parte de esta historia fue casualidad y cuál no.

16

Arthur

La primera señal de que el día va a ser una absoluta basura aparece antes incluso de que llegue a mi despacho.

—Buenos días —me saluda Rita cuando salgo del ascensor, aunque no levanta la vista de la tableta que tiene entre las manos, ni sonríe, ni parece especialmente contenta de verme. Eso ya debería preocuparme.

—Por tu tono deduzco que no son buenos —le digo.

Rita alza la mirada.

—Depende de cómo definas «buenos».

—No me gusta cuando empiezas una frase así.

—A mí tampoco me gusta lo que viene después.

«Perfecto, parece que el día empieza con buen pie», me digo para mí y echo a andar hacia mi despacho. Rita me sigue, otra señal preocupante.

—¿Qué ha pasado? —le pregunto mientras camino.

—Un empleado de marketing ha cometido un error —me responde acelerando el paso para ponerse a mi lado.

Abro la puerta de mi despacho.

—Eso ocurre constantemente.

—Pero este error te interesa especialmente —me dice dejando la tableta sobre la mesa para que la vea.

Miro la pantalla y siento cómo algo se me hunde en el estómago, porque reconozco el correo inmediatamente, la fecha, el asunto y el nombre de la persona que jamás debería haber recibido una copia: Laura.

—¡Maldita sea! ¿Cuándo ha pasado esto? —pregunto elevando la voz.

—Esta noche.

Me paso una mano por mi nuca.

—¿Y ella lo ha abierto?

—No lo sé... Pero tampoco estoy segura de que no lo haya abierto —añade Rita y ese alivio efímero desaparece.

—¿Quién ha sido? —le pregunto furioso.

—Un becario que probablemente está replanteándose su futuro profesional.

Me dejo caer en la silla, porque sé qué correo es el que ha recibido Laura. Es uno que envié hace semanas, antes de Boston y antes de otras muchas cosas... Pedí un informe sobre ella. No es nada ilegal, pero visto desde fuera... puede parecer otra cosa y tal vez Laura también lo veo igual.

—Arthur.

Levanto la vista y veo que Rita sigue observándome.

—¿Quieres contarme qué demonios está pasando?

—No especialmente.

—Qué pena.

Resoplo, porque los dos sabemos que no va a marcharse hasta conseguir una respuesta.

—Pedí información sobre Laura.

—Eso ya lo sé.

—¿Cómo?

—Porque fui yo quien organizó parte del informe.

Tiene razón, había olvidado ese pequeño detalle.

—Entonces no entiendo por qué me lo preguntas.

—Porque quiero saber si tú entiendes el problema.

La miro unos segundos.

—Era información profesional.

—Al principio...

Esa precisión me resulta molesta, porque vuelve a tener razón. Rita siempre la tiene y me jode.

—Sí.

—¿Y después?

Aparto la vista hacia la ventana.

—Después seguí buscando excusas para verla.

Rita se cruza de brazos.

—Eso es distinto.

—Ya... —asiento lentamente con la cabeza.

—¿Ella lo sabe?

No respondo, porque esa es la cuestión, debería habérselo contado y no lo hice.

A las once de la mañana sigo sin haber avanzado prácticamente nada de trabajo. Tengo contratos abiertos, correos pendientes, dos reuniones importantes y no consigo concentrarme en ninguna. Miro el teléfono y no tengo nada. Lo vuelvo a mirar diez minutos después y tampoco. La ausencia de mensajes de Laura empieza a preocuparme mucho más que cualquier discusión.

Un golpe en la puerta me obliga a levantar la vista.

—Adelante.

Kim entra con prisa y eso me hace adivinar que no viene a hablar del tiempo.

—Hola —dice tomando asiento frente a mi mesa.

—¿Qué haces aquí? —pregunto desconcertado por verla en mi despacho.

—Tengo que hablar contigo —me explica.

—Tu cara no anuncia nada bueno.

—La tuya tampoco —me responde mirándome a los ojos.

—Vamos directos al grano.

—Perfecto.

Kim apoya las manos sobre mi mesa

—¿Moviste hilos con Laura?

La pregunta llega tan directa que tardo un segundo en responder, lo que es un error, porque Kim detecta la duda inmediatamente.

—Mierda —maldice.

—No es lo que parece —trato de explicarme alzando las palmas de las manos hacia ella.

—Arthur, esa frase nunca mejora una situación.

Tiene razón otra vez.

—Escúchame, por favor —le ruego.

—No. Escúchame tú a mí —. Su tono sigue siendo tranquilo, aunque eso es lo que le hace resultar incómodo.

—¿Has investigado cosas sobre ella?

—Sí.

—¿Buscaste excusas para acercarte a ella?

—... —dudo y no le respondo.

—Eso también es un sí —concluye ella.

Me masajeo la mandíbula.

—No estaba intentando manipularla.

—¿Seguro? —me pregunta alzando una ceja.

La pregunta me impacta más de lo que esperaba, porque no sé responderla tan rápido como debería y Kim al verlo, niega lentamente con la cabeza.

—Ahí está el problema —dice negando con la cabeza.

—No sabes de qué hablas —insisto.

—Creo que sí.

Se echa un poco hacia adelante para quedarse cara a cara conmigo.

—Arthur, si has hecho con Laura lo mismo que haces con tus clientes, significa que no te importa una mierda, ni sientes nada por ella.

Aprieto la mandíbula.

—Kim.

—No he terminado —eleva la voz sosteniéndome la mirada—. Si has analizado la situación, buscado información y movido piezas para conseguir el resultado que querías, no estás viviendo una historia de amor.

Se queda callada un instante.

—Estás gestionando una crisis.

La frase me impacta de lleno y lo peor es que no sé si me duele porque es injusta o porque una parte de mí teme que tenga razón.

Kim se marcha pocos minutos después y yo me quedo solo en el despacho mirando la puerta cerrada. La conversación sigue dando vueltas en mi cabeza, pero no por lo que ha dicho, sino por cómo lo ha dicho. Kim no estaba enfadada, ni me juzgaba, simplemente estaba describiendo algo que ella veía con claridad y eso lo hace aún peor.

Me levanto de la silla y me acerco a la ventana. Durante años he resuelto problemas exactamente igual: analizo, busco información, preparo escenarios y encuentro soluciones. Eso es lo que hago y lo

que siempre me ha funcionado, pero el problema es que Laura no es un cliente y hace tiempo que dejó de ser una situación que pudiera gestionar desde la distancia.

Saco el teléfono del bolsillo y busco su nombre. Esta vez no pienso darle más vueltas. Voy a llamarla para contárselo y explicarle exactamente qué pasó y por qué lo hice, aunque me mande a la mierda después. Así que cojo aire, pulso el botón de llamada, aunque no llega ni a sonar, porque inmediatamente me aparece una notificación en la pantalla avisándome que he recibido un mensaje de Cassandra Blake.

«Lo que me faltaba», me digo para mí cerrando los ojos un segundo, pero ignoro el mensaje.

Mi teléfono vuelve a vibrar, después otra vez y una tercera. Así que decido abrir la conversación y acabar cuanto antes con el tema.

Cassandra:

¿Sigues evitando mis mensajes?

Arthur:

Intento proteger mi estabilidad mental.

La respuesta aparece casi inmediatamente.

Cassandra:

Siempre tan encantador.

Arthur:

¿Qué quieres?

Cassandra:

Hablar de Laura.

Aprieto la mandíbula.

Arthur:

No.

Cassandra:

Eso ha sonado a que estás bastante nervioso.

Arthur:

Déjala fuera de esto.

Enseguida aparecen los tres puntos que me indican que me está escribiendo, pero desaparecen y, tras unos segundos, vuelven a

aparecer. Cuando llega el siguiente mensaje, algo dentro de mí se tensa.

Cassandra:

Creo que Laura debería saber
cómo empezó realmente vuestra historia.

Me pongo en pie.

Arthur:

No hagas ninguna tontería.

Cassandra:

Qué curioso,
ahora sí parece preocupado.

Respiro hondo, porque sé perfectamente qué está haciendo. De hecho, lleva años haciéndolo. Le gusta encontrar el punto donde alguien pierde el control para después seguir presionando.

Arthur:

No te metas en esto.

Su respuesta tarda en llegarme mucho más esta vez.

Cassandra:

Llegas tarde.

Intento llamar a Laura inmediatamente, pero no me responde. Le escribo también, pero nada. Pruebo una segunda vez y sigue sin contestar. Resoplo y empiezo a caminar por el despacho mientras observo la pantalla y pasan los minutos sin saber nada de ella.

La sensación que me recorre el cuerpo no se parece a nada que me resulte familiar, porque no es enfado, ni frustración... sino miedo y odio reconocerlo, porque hace años que no tengo miedo de perder a nadie. Justo en ese momento, mi teléfono vuelve a vibrar, lo cojo tan rápido que casi se me cae de las manos. Sin embargo, al mirar la pantalla veo que tampoco es Laura, sino Rita.

—Dime que tienes buenas noticias —le pido nada más responder.

—Ojalá.

Me apoyo contra el borde de la mesa.

—¿Qué ha pasado?

—Laura ha llamado hace unos minutos.

Se me acelera el pulso al escuchar lo que me dice.

—¿A quién?

—A recepción.

—¿Y?

—Preguntó por un informe.

Ya sé qué informe es, lo sé antes incluso de que continúe.

—Rita... —empiezo a decir, aunque me interrumpe.

—Arthur, lo ha visto.

Cierro los ojos, porque llevo todo el día intentando evitar exactamente eso.

—¿Estás segura?

—Completamente.

—¡Maldita sea! —maldigo cabreado.

Rita se queda callada unos segundos, pero después vuelve a hablar.

—Escúchame con atención —me dice mi asistente.

—No estoy de humor —le ladro.

—Precisamente por eso —me señala, por lo que me obligo a guardar silencio—. Si vas a hablar con ella, no intentes venderle una versión bonita de la historia.

—No pensaba hacerlo.

—Bien —. Hace una pequeña pausa—. Porque esta vez no necesitas convencerla de nada. Solo necesitas decir la verdad.

Colgamos unos segundos después, aunque yo sigo inmóvil en mitad del despacho, porque por primera vez desde que empezó toda esta historia no tengo ninguna estrategia, ni un plan brillante, ni una solución escondida en la manga... Solo tengo una conversación que llevo semanas retrasando y la sensación cada vez más clara de que quizá ya sea tarde.

Quince minutos después estoy atravesando Manhattan en coche, aunque el tráfico avanza despacio y los semáforos parecen eternos. Durante todo el trayecto solo puedo pensar en que debería habérselo contado mucho antes, cuando lo que sucedió en Boston

todavía estaba reciente y aún tenía la posibilidad de explicarlo sin que pareciera una confesión forzada por las circunstancias.

Llego a la oficina poco después de las nueve y el edificio está prácticamente vacío. Cruzo el vestíbulo con paso firme y entro en el ascensor. Mientras el ascensor sube, siento el estómago encogido. Cuando las puertas se abren, salgo al pasillo y veo que Laura está frente a mi despacho con una carpeta entre las manos, aunque no pasea de un lado a otro, ni mira el móvil, ni parece enfadada y eso es lo que más me inquieta. Conozco su enfado y el brillo desafiante que aparece en sus ojos cuando quiere pelear. Pero esto es distinto, aunque mucho peor. Tiene el gesto tranquilo, pero hay algo roto en su expresión que me hace pararme en seco.

Laura levanta la vista cuando me ve acercarme.

—Hola, Arthur —dice con una calma que no me gusta nada.

—Laura...

Ella niega suavemente con la cabeza antes de que pueda continuar.

—No. Esta vez déjame hablar a mí.

Me quedo quieto, porque sé qué va a pasar ahora, llevo horas esperándolo. Laura aprieta los dedos alrededor de la carpeta y me sostiene la mirada. Cuando vuelve a hablar, su voz suena igual de tranquila.

—¿Cuántas de nuestras casualidades las preparaste tú?

17

Laura

Arthur no me responde de inmediato, sino que se limita a quedarse quieto frente a mí mientras me observa con una expresión que no sé cómo interpretar. Hace unas semanas habría pensado que estaba calculando una respuesta, pero ahora no estoy segura de nada.

—Te he hecho una pregunta —le digo apretando la carpeta contra mi pecho.

Arthur exhala despacio antes de acercarse un par de pasos más a mí.

—Laura...

—¡No empieces!

La frase me sale más seca de lo que pretendía o, tal vez, tan seca como pretendía y Arthur se detiene.

—Déjame explicártelo —me ruega.

—Eso es precisamente lo que llevas haciendo semanas, ¿no?

Su mandíbula se tensa y la mía también, porque esto me duele mucho más de lo que esperaba.

—No es lo que crees —trata de justificarse.

—Perfecto —respondo levantando ligeramente la carpeta—. Porque llevo una hora intentando averiguar qué es lo que tengo que creer exactamente.

Arthur se pasa una mano por su nuca, un gesto que le he visto hacer muchas veces, pero ahora ya no me resulta entrañable.

—Pedí información profesional —empieza a explicarse.

—¿Antes o después de decidir que querías volver a verme?

Mi pregunta le impacta de lleno, lo sé porque tarda demasiado en responder.

—Laura...

—No —le interrumpo negando con la cabeza—. No vuelvas a hacerlo.

—¿Hacer qué?

—Intentar responder a mi pregunta con otra explicación.

Arthur me observa durante unos segundos.

—Después —admite finalmente.

Aunque esperaba esa respuesta, escucharla en voz alta me hace daño.

—Gracias por la sinceridad —aprieto los labios.

—No estoy intentando mentirte.

—Ya es un poco tarde para eso.

Arthur da otro paso hacia mí.

—Nunca quise hacerte daño.

Me río, aunque es una risa amarga.

—¿Sabes qué es lo más fascinante de esa frase?

—Laura...

—No, en serio, es fascinante —. Lo señalo con la carpeta—. Porque estoy convencida de que dices la verdad.

Arthur baja la vista un instante.

—La digo.

—Lo tengo claro.

Creerle es precisamente el problema, porque sé que durante todo este tiempo no se ha sentado en su despacho a pensar cómo manipularme, porque él no funciona así. Para Arthur Parks todo tiene una explicación lógica, un plan, un motivo o un procedimiento.

—Solo quería volver a verte —admite finalmente.

Su confesión me golpea cuando menos preparada estoy.

—Eso es todo —añade sosteniéndome la mirada.

—No —le interrumpo.

—Laura...

—No es todo —insisto negando con la cabeza, aunque más despacio esta vez—. Porque una persona normal habría llamado para explicarse.

—No era tan sencillo.

—Claro que lo era.

Arthur deja escapar una pequeña carcajada amarga.

—Para ti quizá.

—Arthur, llamar a alguien y preguntarle lo que sea que quieras saber es mucho más sencillo que investigarlo —insisto de nuevo.

—No lo entiendes —su respuesta me hace abrir mucho los ojos.

—Pues explícamelo.

Él se queda callado unos segundos y después se acerca otro paso a mí.

—Toda mi vida he resuelto los problemas así.

—Gracias por confirmar exactamente lo que acabo de decir.

—No estoy hablando de eso.

—Yo sí.

La conversación empieza a subir de intensidad, a pesar de que no estamos gritando ni levantamos mucho la voz. Sin embargo, ambos sabemos que estamos llegando al centro del problema.

—No eras un problema que resolver —dice Arthur.

—Entonces deja de actuar como si lo fuera.

Por primera vez se queda sin saber qué responderme y eso me rompe, porque Arthur siempre tiene una respuesta.

—¿Sabes qué es lo peor? —pregunto después de unos segundos.

Arthur sigue observándome.

—Dime.

—Que durante semanas he pensado que había algo bonito en todo esto.

Su expresión cambia un poco.

—Laura...

—Pensaba que era una casualidad absurda —Me obligo a continuar—. Una fotografía, una cita equivocada, un acuerdo ridículo, Boston... Todo.

Arthur cierra los ojos un instante al escuchar todo lo que le digo.

—Muchas cosas sí fueron casualidad.

—Ya no sé cuáles.

Suelto antes de poder contener mi respuesta, porque es cierta, ese es el verdadero problema y no el informe, ni Cassandra, ni el correo, sino la duda, la maldita duda.

—Ya no sé qué parte fue real.

Arthur me mira fijamente.

—Lo nuestro ha sido real.

Su respuesta llega tan rápido que parece que la ha arrancado de algún sitio que normalmente mantiene cerrado. Durante una fracción

de segundo me cuesta respirar, porque deseo creerle y eso me enfurece todavía más.

—No puedes decir eso ahora.

—Puedo porque es verdad.

—No.

—Laura.

Niego con la cabeza.

—No puedes aparecer después de todo esto y decidir qué parte era real y cuál no.

Arthur se queda inmóvil y por primera vez desde que empezó la conversación parece completamente perdido. Eso debería hacerme sentir mejor, pero no lo hace.

—Cuando Mark me dejó —empiezo a decir bajando la voz— tardé meses en entender que el problema no era que eligiera a otra persona.

Arthur no dice nada y se limita a escucharme.

—Lo que me destrozó fue sentir que alguien había tomado decisiones sobre mi vida sin contar conmigo.

—Laura... —me interrumpe, pero sigo hablando.

—Y ahora descubro que tú también decidiste cosas por mí —añado negando con la cabeza.

—No es lo mismo.

—¿No? —pregunto alzando las cejas.

—No —niega con la cabeza y da un paso hacia mí—. Nunca he decidido por ti.

—¿Seguro? —. Levanto la carpeta y la pongo frente a él—. Porque yo no tuve opción de decidir si quería que investigaras mi vida, ni que buscaras información sobre mí. No pude decidir nada de eso.

Arthur se queda quieto y en ese instante sé que he ganado la discusión, porque no tiene argumentos, porque esta vez la verdad no está de su lado y ambos lo sabemos.

—¿Qué quieres hacer? —me pregunta finalmente.

Su pregunta me rompe un poco más, porque sé qué debería responderle, pero no quiero hacerlo, aunque lo hago igualmente.

—Terminar todo esto.

Arthur no se mueve, ni siquiera parpadea.

—Laura...

—No más eventos —empiezo, pero paro para tragar saliva—. Ni más citas, ni más fotos, ni más fingir delante de otros, ni nada más.

La expresión de Arthur se endurece, aunque no está enfadado, sino dolido, algo que casi consigue que me arrepienta de lo que he dicho.

—¿Eso es lo que quieres?

—No —niego con la cabeza—. Pero es lo que necesito.

Arthur mantiene la mirada fija en mí durante varios segundos y no me interrumpe, ni intenta negociar nada, aunque eso resulta peor, porque conozco a Arthur y sé cómo funciona. Él siempre encuentra una forma de arreglar las cosas, pero en esta ocasión no. Esta vez simplemente parece un hombre que acaba de comprender que no puede solucionar el problema.

—Laura... —dice finalmente.

Su voz suena más cansada de lo habitual.

—No hagas esto.

La petición me golpea de lleno, porque una parte de mí querría acercarme a él y olvidar el informe, el correo y toda esta conversación. Pero precisamente por eso tengo que marcharme.

—No me estás pidiendo que no me vaya —le digo sujetando la carpeta contra mi pecho—. Me estás pidiendo que haga como si esto no hubiera pasado.

—No es eso —me responde negando con la cabeza.

—Entonces ¿qué es?

Él abre la boca, pero la vuelve a cerrar y me da la sensación de que es incapaz de encontrar las palabras adecuadas, algo totalmente nuevo para él.

—No lo sé —admite al final.

Su sinceridad me hace daño, porque sé que no está fingiendo.

—Yo tampoco sé muchas cosas ahora mismo —respondo tragando saliva—. Pero sí sé una.

Arthur espera mientras sigo hablando.

—Necesito salir de aquí.

Durante un instante parece que va a acercarse, pero finalmente se queda donde está.

—¿Y ahora qué? —pregunta.

—Ahora volvemos a nuestras vidas.

—Laura...

—No puedo seguir fingiendo que todo está bien.

—Nunca quise que te sintieras utilizada —me responde y deja escapar el aire lentamente.

—Ah...

—Entonces entiendes que...

—No —le interrumpo antes de que termine—. Entiendo que no querías hacerme daño, pero lo que ya no sé es si entiendes por qué lo has hecho.

La frase lo deja callado otra vez. Arthur siempre tiene una respuesta para todo, pero esta vez no parece encontrar ninguna.

—Adiós, Arthur —me despido apretando la carpeta entre mis manos.

Su expresión cambia al escucharme, aunque no intenta detenerme, simplemente asiente una vez y eso es lo que acaba de romperme, porque una parte de mí había esperado que luchara, que insistiera o que me diera una razón para quedarme, pero no lo hace y quizá sea lo correcto, pero a mí me duele mucho.

El trayecto en ascensor se convierte en una tortura, porque me deja demasiado tiempo a solas conmigo misma. Cuando las puertas se abren en el vestíbulo, salgo a la calle y empiezo a caminar sin rumbo fijo porque necesito moverme y pensar o dejar de pensar, no sé muy bien qué es lo que necesito realmente en este momento. Mi teléfono vibra dentro del bolso, pero lo ignoro, pero vuelve a vibrar varias veces e imagino quiénes son las responsables.

Cuando finalmente saco el móvil, encuentro treinta y dos mensajes en el chat, por lo que abro la conversación del grupo de mis amigas.

Pamela:

¿Sigues viva?

Violet:

Pamela, siempre preguntas lo mismo, tía.

Pamela:

Es una pregunta razonable.

Kim:

No lo es.

Eve:

Yo también quiero saber
si Laura está bien.

Pamela:

¿Ves?

Apoyo popular.

A pesar de todo, al leer los mensajes una sonrisa aparece en mis labios, porque mis amigas son imposibles y me conocen mejor que nadie. Así que me detengo junto a un escaparate cerrado y empiezo a escribir.

Laura:

Chicas, he hecho algo adulto.

La respuesta llega antes incluso de que termine de guardar el móvil.

Pamela:

Dios mío.

Kim:

Eso nunca augura buenas noticias...

Violet:

¿Qué has hecho?

Eve:

Ahora estoy preocupada.

Me muerdo el interior de la mejilla y vuelvo a escribirles.

Laura:

Me siento fatal.

Durante unos segundos nadie responde, hasta que aparece el mensaje de Pamela.

Pamela:

Vale.

Definitivamente era algo adulto.

Violet:

¿Quieres que vayamos a buscarte?

Eve:

Puedo llevar helado.

Pamela:

Yo también puedo llevar helado.

Kim:

Eso es mentira.

Te lo comerías antes de llegar.

Pamela:

No puedes demostrarlo.

Laura:

He terminado con Arthur.

Esta vez el chat se queda callado, algo muy inquietante, mucho más que los treinta y dos mensajes que me he encontrado antes por leer. Finalmente, aparece la respuesta de Kim.

Kim:

¿Estás segura?

Miro la pantalla mientras trato de encontrar una respuesta, porque la verdad es complicada. Una parte de mí sigue enfadada, otra triste y una tercera parte querría estar ahora mismo en cualquier lugar excepto aquí.

Laura:

No.

Los tres puntos, que me indican que alguien me está respondiendo, aparecen inmediatamente.

Eve:

A veces puedes hacer lo correcto
y sentirte fatal al mismo tiempo.

Miro la frase durante varios segundos, porque odio admitir que tiene razón, aunque probablemente la tiene. Lanzo un suspiro y guardo el móvil. Después levanto la vista hacia las luces de Manhattan con la sensación de que la idea de perder a Arthur me duele mucho más que el enfado que siento hacia él y eso es lo que más me preocupa.

18

Arthur

La primera reunión del día empieza a las ocho de la mañana, la siguiente es a las nueve y media, así que antes de que llegue la hora de comer ya he firmado dos contratos, revisado varias propuestas y respondido más correos de los que cualquier persona debería recibir en una sola mañana. Todo funciona igual que siempre: los clientes siguen llamando, los proyectos avanzan y la empresa sigue creciendo. Sin embargo, yo no consigo quitarme la sensación de que algo está fuera de sitio.

—¿Me estás escuchando o estás practicando alguna nueva técnica de meditación? —me pregunta Rita desde el otro lado de mi mesa.

—Claro que te estoy escuchando —le digo alzando la vista hacia ella.

—Mentira —me responde arqueando una de sus cejas finas y perfectamente delineadas.

—Adoro tu confianza en mí.

Rita deja una carpeta sobre la mesa y se apoya ligeramente en el respaldo de la silla.

—Acabo de preguntarte tres veces si quieres mover la presentación al jueves o al viernes —me dice cruzándose de brazos.

—Al jueves.

—Perfecto —asiente con la cabeza y toma nota en su agenda.

—¿Ves? Estaba prestando atención.

—Ha sido suerte —corrige ella sin pestañear.

No digo nada, porque tiene razón.

—Estás insoportable —me dice Rita antes de soltar un suspiro.

—Gracias —le respondo apretando los labios.

—No era un cumplido —me avisa ella cerrando su agenda.

—Lo he tenido claro en todo momento.

—Menos mal. Empezaba a preocuparme.

Abro la carpeta con la esperanza de que eso dé por terminada esta conversación, pero no funciona, porque Rita sigue donde está.

—¿Necesitas algo más? —le pregunto alzando una ceja.

—Sí —asiente ella con la cabeza.

—Temía esa respuesta —chasqueo la lengua.

—Laura ha dejado de venir.

La frase me impacta, porque sé que es cierto. Ya no aparece por la oficina, ni encuentro mensajes suyos cuando miro el teléfono... Resulta increíble la cantidad de espacio que puede ocupar una persona sin darte cuenta hasta que desaparece de golpe y ves el enorme vacío que te rodea.

—Ya lo sé —respondo.

—Pues no lo parece —me contesta sosteniéndome la mirada.

—Rita... ¿Qué quieres exactamente?

Ella se encoge de hombros.

—Que dejes de actuar como si no hubiera pasado nada.

—Porque no ha pasado nada.

Rita se queda mirándome unos segundos.

—Eso ha sonado ridículo incluso para ti.

No le respondo porque tiene razón.

A la una del mediodía tengo una comida de negocios con varios clientes y con Michael Harper, uno de los socios más veteranos del despacho. Hace unos meses esta reunión me habría parecido perfecta, porque, aunque el restaurante está lleno, los clientes están satisfechos, los números son excelentes y el acuerdo saldrá adelante. Todo debería hacerme sentir bien, pero no lo hace.

—Parks.

La voz de Michael me obliga a volver a la mesa.

—¿Qué pasa? —le pregunto elevando la mirada hasta su cara.

—Llevas un rato mirando por la ventana.

—¡Qué exagerado! Solo echaba un vistazo a las vistas de la ciudad desde aquí.

—Llevas diecisiete minutos para ser exactos —me responde Michael comprobando la hora en su reloj de muñeca.

—¡Qué exagerado!

Michael se ríe y da un sorbo a su copa.

—¿Problemas? —me pregunta arqueando una ceja.

—No.

—Otra mentira.

—Hoy todo el mundo está muy inspirado —digo negando con la cabeza.

—O quizá es que eres muy evidente.

Resoplo y observo que Michael deja la copa sobre la mesa y se reclina ligeramente en la silla.

—Te conozco desde hace doce años —empieza a decir.

—Eso explica muchos de tus defectos —bromeo en un intento de desviar el tema, pero Michael es demasiado hábil y no lo consigo.

—Entre otras cosas, explica que sé cuándo tienes cara de haber cometido una estupidez —continúa diciendo.

—Gracias por el apoyo moral.

—Ya sabes que siempre intento ayudar.

—¡Eso no es cierto! —le digo con una media sonrisa.

—Correcto.

Durante unos segundos observamos cómo los clientes continúan hablando entre ellos, pero después Michael vuelve a mirarme.

—¿Es por una mujer?

—¿Tan evidente resulta? —le pregunto girándome para mirarle.

—Muchísimo.

—Empiezo a echar de menos cuando la gente me tenía miedo —le respondo ajustándome la corbata.

—Eso nunca funcionó tan bien como pensabas.

Niego con la cabeza y Michael sonrío.

—¿Qué has hecho? —me pregunta de forma tan directa, que suelto una carcajada resignada al escucharle.

—La pregunta correcta sería qué no hice —le aclaro.

—Por tu cara, diría que la has liado bastante...

—Bastante se queda corto —resoplo.

Michael espera y al final termino contándoselo. No todo, pero sí lo suficiente. Le hablo del informe, de Laura, de la discusión, del final del acuerdo... Cuando termino, permanece unos segundos en silencio antes de apoyar los antebrazos sobre la mesa.

—Vaya.

—No pareces impresionado —añado.

—Porque llevo años diciéndote exactamente lo mismo.

—Eso es mentira.

—Arthur, gestionas a las personas igual que gestionas a las empresas.

La frase me resulta incómodamente familiar, porque Kim me dijo algo parecido y ahora Michael también, por lo que empiezo a sospechar que el problema no son ellos.

—No es lo mismo —trato de justificarme.

—Claro que no —me responde con una pequeña sonrisa—. Las empresas no tienen sentimientos.

Bajo la vista hacia la mesa y Michael aprovecha el momento.

—No puedes querer a alguien y al mismo tiempo intentar controlar todas las variables.

—No intentaba controlarla —me justifico.

—¿Seguro?

La pregunta queda suspendida sobre nuestras cabezas, aunque no le respondo, porque cualquier respuesta que diga va a sonar mal.

—La querías cerca —dice asintiendo lentamente.

—Sí.

—Eso lo entiendo —. Hace una pausa antes de continuar—. Lo que no entiendo es por qué decidiste hacer de todo menos decírselo.

No tengo una buena respuesta para eso y supongo que ese es el problema, porque si la tuviera, Laura seguiría hablando conmigo.

Cuando regreso a la oficina son casi las siete. La planta donde está mi despacho está medio vacía y, por primera vez en todo el día, no hay nadie que espere algo de mí. Así que entro en mi despacho, me quito la americana y la dejo sobre una silla y me siento. Me recuesto hacia atrás y respiro hondo. Ahora, el silencio que me rodea me resulta extraño, antes me gustaba, pero ahora no tanto. Saco el teléfono y abro la conversación con Laura. Los últimos mensajes que intercambiamos siguen ahí hablando de Boston, otros no son más que bromas y discusiones absurdas... Me doy cuenta de que estoy sonriendo, aunque mi sonrisa desaparece casi tan rápido como aparece y empiezo a escribirle.

Arthur:

¿Podemos hablar?

Lo releo y lo borro. Unos segundos después, lo intento otra vez.

Arthur:

He estado pensando en...

También lo borro y a la tercera vez que lo intento, ni siquiera termino la frase, porque de repente entiendo algo que llevo semanas evitando admitir: no tengo ni idea de qué hacer. Durante toda mi vida siempre he tenido una estrategia o he sabido hacia dónde dirigirme, pero esta vez no tengo ni idea. Escribirle podría empeorar las cosas, llamarla también, esperar tampoco me parece una gran opción... Así que por primera vez no soy capaz de encontrar una solución lógica. Ahora mismo lo único que tengo claro es que quiero volver a verla con todas mis fuerzas. Sin embargo, estoy empezando a entender que querer algo no significa tener derecho a conseguirlo.

Lanzo un suspiro y dejo el teléfono boca abajo sobre la mesa e intento concentrarme en cualquier cosa que la mantenga alejada de mi pensamiento. Así que abro un contrato, leo el mismo párrafo varias veces y, cuando llego al final, me doy cuenta de que no he entendido ni una sola palabra. Vuelvo a cerrar el documento y apoyo la espalda en la silla.

«Perfecto, mi productividad está alcanzando niveles espectaculares», me digo para mí y chasqueo la lengua.

Me levanto y camino hasta la ventana, donde todo continúa como siempre: los coches avanzan por la avenida, los semáforos cambian de color y la gente continúa con sus vidas sin mostrar el menor interés por mis problemas personales. De repente, el teléfono vibra sobre la mesa. Lo miro por pura costumbre y descubro que es Cassandra otra vez. Cansado de ella y de sus mensajes, abro la conversación.

Cassandra:

¿Sigues enfadado?

Me quedo mirando la pantalla unos segundos antes de bloquear el teléfono y dejarlo otra vez sobre la mesa sin la menor intención de responderle, pero justo en ese momento entiendo algo que no he

sido capaz de ver hasta ahora: durante años Cassandra ocupó un espacio importante en mi vida. Fue una preocupación constante, una complicación recurrente y una persona cuya opinión parecía tener más peso del que merecía. Ahora apenas pienso en ella, porque el problema nunca fue Cassandra, sino Laura. No obstante, ni siquiera estoy seguro de que pueda llamarlo problema, porque es una persona. Eso, a pesar de que parece una diferencia nimia, empiezo a sospechar que lo he olvidado.

Media hora después sigo dando vueltas por el despacho sin haber hecho nada útil. Hasta que hartado de continuar enroscado en lo mismo, cojo las llaves y salgo, aunque no tengo ganas de volver a casa, termino en ella igualmente con la certeza de que mi capacidad para tomar malas decisiones continúa funcionando a pleno rendimiento.

Cuando entro en mi apartamento, dejo las llaves en la consola de la entrada, me aflojo la corbata, camino hacia el salón y veo una taza sobre la encimera, que recuerdo que la utilizó Laura la última vez que estuvo aquí.

Me acerco despacio hasta ella y me descubro sonriendo al recordar la discusión absurda que tuvimos sobre la cena. Laura insistía en que la pasta era una solución perfectamente válida para cualquier situación, en cambio yo defendía que una alimentación equilibrada requería algo más de planificación. Según ella, aquello demostraba que tenía el alma de una hoja de cálculo y yo le decía que con eso demostraba que ella era un desastre a nivel organizativo. La conversación terminó con Laura riéndose de las ocho variedades distintas de agua mineral que encontró en mi cocina y yo todavía sigo convencido de que aquello fue una invasión de mi privacidad.

Me dejo caer en el sofá, apoyo los codos sobre las rodillas y suspiro. Lo curioso es que no echo de menos Boston, ni el hotel, ni tampoco el sexo. Lo que echo de menos son cosas mucho más pequeñas como verla entrar en una habitación y cambiar por completo la energía del lugar. También echo en falta sus mensajes y las discusiones absurdas que acababan convirtiéndose en conversaciones que ninguno de los dos quería terminar.

Y, por primera vez desde que se marchó, dejo de pensar en cómo recuperarla, porque quizá ese haya sido siempre mi error. Siempre estoy pensando en cómo arreglar las cosas, como conseguir un resultado... Michael y Kim tenían razón: querer a alguien no significa que puedas decidir qué tiene que suceder después.

19

Laura

El problema de tener cuatro mejores amigas es que resulta prácticamente imposible hundirse en paz y eso lo descubro un martes por la mañana cuando llaman a mi puerta a las nueve y dos minutos, ni un minuto antes, ni dos minutos después. Una puntualidad tan extrañamente específica que debería haberme servido para identificar inmediatamente a la culpable.

Cuando abro la puerta todavía en pijama, me encuentro a Pamela sujetando dos cafés gigantes en vasos de cartón y una bolsa de papel.

—He traído desayuno y una personalidad insoportable —anuncia mientras entra en mi apartamento sin esperar a que la invite a pasar, aunque a estas alturas eso es una tontería—. Me ha parecido que necesitabas ambas cosas.

—Las leyes existen por una razón —protesto cerrando la puerta tras ella.

—Las leyes solo son sugerencias —puntualiza.

—Eso no es verdad.

—Depende bastante del barrio —replica mientras se dirige a la cocina.

Deja los cafés sobre la encimera y empieza a sacar la bollería de la bolsa con la concentración propia de quien está organizando una operación de rescate.

—¿Cómo has entrado?

—El portero me conoce —responde sin levantar la vista de lo que está haciendo.

—Eso no responde a mi pregunta —le contesto cruzándome de brazos.

—Le he regalado una de mis sonrisas —me cuenta sonriendo de nuevo.

—Eso me preocupa más.

Ella me señala con un cruasán.

—Supongo —dice encogiéndose de hombros.

Me apoyo en la encimera y la observo moverse por mi cocina con una familiaridad que ya ni siquiera me sorprende.

Han pasado casi dos semanas desde la discusión con Arthur. Dos semanas durante las que me he refugiado en el trabajo, he aceptado más proyectos de los que debería para mantenerme cuerda y me he impuesto una norma muy sencilla: no preguntar por él a nadie. Sin embargo, la norma funciona aproximadamente igual de bien que todas las decisiones importantes que he tomado últimamente.

—Tienes cara de estar pensando en él —comenta Pamela mientras quita la tapa de plástico al vaso de cartón de uno de los cafés para ponerse azúcar.

—Buenos días para ti también.

—No era una crítica.

—Pues ha sonado exactamente igual —resoplo.

Pamela se encoge de hombros y da un sorbo a su café poniéndome el otro vaso delante de mí.

—Porque llevo años perfeccionando la técnica.

Dos horas después estoy terminando una videollamada con un cliente mientras Pamela trabaja desde mi sofá porque, según sus propias palabras, «la solidaridad femenina requiere wifi y acceso a snacks gratuitos o subvencionados por tu mejor amiga».

La reunión sale mejor de lo esperado y cuando cierro el portátil me quedo mirando la pantalla durante unos segundos, intentando asimilar lo que acaba de pasar. He conseguido la campaña de una cadena de hoteles boutique que llevaba meses valorando distintas propuestas y ha acabado eligiendo la mía. Pero lo mejor de todo es que la he conseguido por mis propios medios y no porque alguien me haya recomendado, ni por que Arthur haya movido algún hilo desde las sombras. Me han elegido porque les ha gustado mi trabajo, porque les ha convencido mi propuesta y he hecho bien mi trabajo.

La sensación que me recorre tiene algo de alivio, pero es mucho más que eso. Es orgullo del bueno, el que llevaba demasiado sin permitirme sentir.

—¿Cómo ha ido? —me pregunta Pamela desde el sofá.

Levanto la vista hacia ella.

—He conseguido el proyecto.

Pamela se incorpora tan rápido que casi tira el portátil al suelo.

—¿Hablas en serio?

—Completamente.

—¡Sabía que te elegirían!

—Tú crees que me elegirían, aunque propusiera decorar hoteles con cactus fluorescentes.

—Porque tengo fe en ti.

—No, porque tienes un criterio preocupante.

—Las dos cosas pueden ser verdad —me responde y se acerca para abrazarme justo cuando suena el timbre.

—Dios mío. Han llegado las demás —digo cerrando los ojos.

Pamela sonrío con evidente satisfacción.

—Te dije que habíamos organizado una intervención emocional.

Abro la puerta y me encuentro exactamente la escena que esperaba: Kim lleva una carpeta bajo el brazo, Eve aparece cargada con una bolsa de comida y Violet sostiene una planta enorme que parece ocupar medio rellano.

La miro, después miro la planta y tras unos segundos vuelvo a mirarla a ella.

—¿Por qué traes una planta? —le pregunto a Violet mirando la enorme maceta que sostiene entre los brazos.

Violet baja la vista hacia la monstera y se encoge ligeramente de hombros.

—Me puse nerviosa en la floristería —me cuenta.

—Eso explica menos de lo que imaginas —le respondo mientras aparto un par de hojas que casi me tapan en la cara.

—Me pareció apropiada —insiste Violet, como si aquello aclarara algo.

—Es una monstera —señalo.

—Sí, las monsteras transmiten esperanza —afirma ella con absoluta convicción.

Pamela aparece detrás de mí con una taza de café y negando con la cabeza.

—Se inventa estas cosas constantemente —comenta mirando a las demás.

—No me las invento —protesta Violet, ofendida.

Pamela resopla.

—Violet, te las inventas muchísimo.

Pocos minutos después, las cinco estamos repartidas por el salón y la conversación empieza hablando de trabajo, pasa por varios temas irrelevantes y termina donde tenía claro que acabaría: Arthur.

—Voy a decir algo impopular —anuncia Kim mientras deja la taza sobre la mesa de centro.

Pamela levanta una ceja desde el sofá.

—Eso reduce muchísimo las posibilidades.

Kim decide ignorarla y vuelve la vista hacia mí.

—Sigues teniendo razón.

—¿En qué parte exactamente? —le pregunto mirándola por encima de mi vaso de cartón con café.

—En la manipulación —responde ella sin rodeos.

—Gracias.

Kim asiente.

—Pero...

Pamela levanta una mano inmediatamente.

—Ahí está el problema. Siempre hay un pero.

—Porque la vida tiene matices —replica Kim con paciencia.

Pamela hace una mueca.

—Qué frase tan decepcionante.

Kim rueda los ojos antes de continuar.

—Laura tiene derecho a estar enfadada.

—Lo estoy —confirmo apoyando la espalda en el sofá.

—Y Arthur se equivocó.

—Mucho —añado.

—Pero sigo preguntándome si Arthur es únicamente eso.

La pregunta queda suspendida sobre nuestras cabezas unos segundos, hasta que Eve es la primera en hablar.

—Yo también me lo pregunto —admite mientras deja su taza sobre la mesa.

Me giro hacia ella con indignación.

—Gracias por vuestro apoyo.

—Te estamos apoyando —protesta Eve levantando las manos.

—No, estáis defendiendo al enemigo.

—Estamos intentando ser objetivas —insiste ella.

—Eso es todavía peor.

Pamela interviene antes de que la discusión siga creciendo.

—Tengo una pregunta importante.

Todas la miramos al mismo tiempo, porque cuando dice eso, nunca es buena señal.

—¿Qué pasa ahora? —pregunto con resignación.

Pamela se inclina hacia delante.

—¿El sexo era tan bueno?

La reacción es inmediata, Violet deja escapar un gemido desesperado, Kim se lleva una mano a la frente, Eve casi se atraganta con el café y yo cierro los ojos.

—Pamela...

—Es una pregunta legítima —se defiende ella.

—No lo es.

—Claro que sí —insiste señalándome con el dedo índice con absoluta convicción—Porque existen comportamientos imperdonables y comportamientos que requieren una evaluación más profunda.

—No puedo creer que estés diciendo eso.

—Yo tampoco —admite Violet desde el otro extremo del sofá.

Sonrío agradecida.

—Gracias.

Violet se encoge de hombros.

—Pero reconozco que tengo curiosidad.

La conversación continúa durante más de una hora en la que discutimos y nos reímos a partes iguales. Pamela intenta crear una clasificación oficial de delitos románticos que, según ella, debería enseñarse en los institutos, Kim amenaza con marcharse tres veces, porque sostiene que esa lista es una pérdida de tiempo, Eve intenta mediar entre ambas con una paciencia admirable y Violet fracasa estrepitosamente en su intento de poner orden. Lo sorprendente es

que, mientras las escucho discutir, me doy cuenta de que estoy mejor, no feliz, porque eso es algo distinto, pero sí mejor. A pesar de que sigo enfadada y dolida con Arthur y continúo pensando en él más de lo que me gustaría. Sin embargo, también sigo trabajando, avanzando y continúo construyendo una vida que no gira alrededor de una relación falsa que terminó convirtiéndose en algo que ninguno de los dos supo manejar y eso es mucho más de lo que imaginaba.

Dos días después cuando estoy saliendo de una reunión en Midtown recibo una llamada desde un número desconocido. Normalmente no suelo contestar, porque en los últimos meses he aprendido que los números desconocidos suelen traer problemas, aun así respondo.

—¿Laura Wells? —pregunta una voz femenina al otro lado.

—Depende de quién pregunte.

La mujer se ríe.

—Eso parece una respuesta razonable. Soy Amanda Foster, directora creativa de Foster Hospitality.

Me detengo en mitad de la acera, porque conozco perfectamente ese nombre. Foster Hospitality es una compañía que gestiona hoteles boutique por todo el país y son precisamente los clientes que acaban de aceptar mi propuesta.

—Hola —respondo intentando sonar profesional y no como alguien que acaba de recibir una descarga eléctrica.

—Te llamo porque hemos revisado tu presentación completa y queremos ampliar el proyecto.

—¿Ampliarlo? —parpadeo sorprendida.

—Sí, nos gustaría que te cupases de tres ubicaciones más.

Durante unos segundos me quedo completamente inmóvil, a pesar de que la ciudad continúa con su ritmo incesante a mi alrededor.

—¿Sigues ahí?

—Sí, perdona. Es que no esperaba eso.

—Nos has impresionado mucho.

Me suelta la frase de forma directa, sin matices y sin ningún tipo de conexión con Arthur y, precisamente por eso, significa tanto.

Esa noche celebro la noticia cenando sola en el sofá con comida tailandesa que, aunque tengo claro que no es la celebración más glamurosa de la historia, no me importa. Mientras ceno reviso algunas ideas para el proyecto cuando aparece una noticia en redes sobre Arthur. Mi pulgar deja de hacer *scroll* y se detiene automáticamente en la pantalla. La fotografía que aparece pertenece a una publicación empresarial, en la que aparece Arthur en un evento del sector junto a varios socios con su habitual traje oscuro. Parece igual que siempre de seguro, elegante e impecable. Lo observo unos segundos y después sigo leyendo. Precisamente en ese momento es cuando sucede algo que me remueve por dentro, porque no echo de menos las fotografías, ni los eventos, ni fingir que somos una pareja, lo que echo de menos es al hombre que discutía conmigo, al que se burlaba de mis horarios de trabajo, al que me escribía mensajes absurdos, y al que parecía olvidarse de ser Arthur Parks cuando estábamos a solas. Darme cuenta de eso lo complica todo.

El viernes por la tarde recibo un correo de Amanda Foster, porque quiere reunirse conmigo en persona para hablar de la ampliación del proyecto. Quedamos para las siete, pero cuando veo la dirección a donde tengo que acudir, tardo unos segundos en reaccionar, porque conozco ese restaurante. Es el mismo restaurante donde Arthur y yo tuvimos aquella primera cita falsa.

Al instante, estoy tentada de proponer otro sitio, pero finalmente no lo hago porque sería ridículo. Nueva York tiene millones de personas y Arthur no es el propietario del restaurante. Además, yo soy una adulta funcional, en teoría, y no debo comportarme así.

Llego diez minutos antes de la hora acordada y me encuentro con que el restaurante está bastante lleno.

—Bienvenida, señorita Wells —me saluda sonriente el maître consultando la mesa en la que debo sentarme.

—Gracias.

—Por aquí, por favor.

Lo sigo y me detengo poco después, porque reconozco la mesa inmediatamente. Es la misma donde Arthur y yo empezamos todo.

—Creo que hay un error —le digo.

El maître me mira confundido.

—¿Perdón?

—Esta mesa...

—Ha sido solicitada específicamente para usted.

Frunzo el ceño.

—¿Por quién?

El hombre consulta la reserva.

—Por el señor Parks.

Mi corazón da un golpe incómodo contra las costillas.

—¿Arthur Parks? —pregunto con la voz entrecortada.

—Sí, señorita Wells.

Durante unos segundos me quedo inmóvil mirando la mesa e intentando entender qué significa aquello.

—¿Va a venir?

El maître parece sorprendido.

—No, señorita. El señor Parks hizo la reserva esta mañana y pidió que estuviera disponible para usted.

Lo miro, después observo la mesa y después vuelvo a mirar la silla vacía que hay al otro lado. Arthur no está, aunque no ha organizado una emboscada, solo ha reservado la mesa, pero... ¿para qué?

20

Arthur

Tengo claro que he tomado una decisión absurda mucho antes de estar sentado en el coche, aparcado a media manzana de la entrada y observando cómo los clientes entran y salen del restaurante mientras el reloj del salpicadero avanza con una lentitud exasperante.

Laura está ahí dentro. Lo sé porque el maître me ha enviado un mensaje hace unos minutos.

«La señorita Wells ya ha llegado».

Una frase breve y completamente inocente que, por algún motivo, llevo varios minutos releendo como si escondiera un significado que no existe, porque la realidad es bastante más simple: Laura ha llegado y yo sigo fuera. Eso resume bastante bien la situación en la que nos encontramos.

Justo en ese momento, mi teléfono vibra sobre el asiento del copiloto y me sobresalta. Al mirar la pantalla veo que es Rita y respondo antes de que siga insistiendo.

—Dime que me llamas por una emergencia de la empresa —le pido mientras apoyo un brazo sobre la ventanilla.

—No, no hay ninguna emergencia, lo siento —responde ella sin el menor remordimiento.

—Entonces voy a colgar.

—Estás sentado dentro del coche mirando la puerta del restaurante, ¿verdad? —pregunta Rita.

Miro el parabrisas.

—Empiezo a sospechar que alguien te informa de todos mis movimientos.

—No me hace falta ningún espía. Llevas una semana comportándote de una forma bastante poco sutil.

—Eso es ofensivo.

—Y completamente cierto.

Resoplo y Rita guarda silencio unos segundos antes de volver al ataque.

—¿Vas a entrar?

La pregunta parece sencilla, pero realmente no lo es.

—No lo sé.

—Arthur, acabas de decir la frase más inquietante que te he escuchado en años —me suelta casi de carrerilla después de una pausa.

—Gracias.

—No era un cumplido.

—Me lo había parecido —miento y Rita se ríe.

—¿Qué estás esperando exactamente?

Apoyo la cabeza contra el respaldo y observo la entrada del restaurante una vez más.

—No quiero volver a hacerlo.

—¿Hacer qué? —pregunta ella con más seriedad.

—Decidir por ella.

La respuesta tarda un instante en llegar.

—Eso es nuevo.

—Ya...

—Y sorprendentemente sano.

—No te acostumbres.

Esta vez sí se ríe y con ganas.

—¿La quieres?

La pregunta me pilla desprevenido, no porque no sepa la respuesta, sino porque la conozco perfectamente.

—Sí —admito sin pensarlo y esa palabra me sale sola, sin necesidad de analizarla ni envolverla en explicaciones inteligentes.

—Entonces deja de pensar como abogado —me responde después de estar callada unos segundos.

—¿Y cómo se supone que tengo que pensar?

—Como una persona normal.

—Eso no suena demasiado bien.

—Lo imaginaba —resopla.

La llamada termina poco después y yo sigo dentro de mi coche. Durante unos minutos continúo observando la entrada del restaurante, viendo cómo la gente entra, sale, ríe y sigue con su vida sin saber que yo estoy aquí intentando reunir el valor necesario

para tomar una decisión. Sin embargo, justo en ese momento, entiendo algo que hasta ahora no me había permitido admitir: si entro en ese restaurante, Laura tendrá que reaccionar y decidir que hacer conmigo enfrentándose a una situación que yo he creado otra vez. Sin embargo y precisamente porque quiero verla y porque llevo días imaginando esa conversación, sé que no puedo presentarme esperando que ella gestione las consecuencias de mis actos. No, no puedo hacerlo otra vez y menos de esa manera.

Salgo del coche y empiezo a caminar sin un destino muy claro. No voy hacia la puerta del restaurante, aunque tampoco me alejo demasiado, pero necesito moverme antes de cambiar de opinión.

La calle está llena de gente que parece tener las cosas mucho más claras que yo. Parejas que entran en restaurantes, grupos de amigos que discuten sobre dónde cenar y turistas que miran los edificios como si Nueva York acabara de aparecer esta mañana. Yo, en cambio, llevo diez minutos intentando decidir qué hacer con mi vida. Resulta humillante.

Finalmente, termino entrando en una pequeña papelería que hay en la siguiente esquina.

—Buenas—me saluda una mujer de unos cincuenta años cuando cruzo la puerta.

—Hola.

—Tiene cara de necesitar ayuda —me dice la mujer tras observarme unos segundos.

—¿Tanto se nota?

—Un poco....

«Perfecto», me digo para mí soltando un resoplido.

—Necesito una tarjeta.

—¿De cumpleaños?

—No.

—¿De aniversario?

—Tampoco.

La dependienta se apoya sobre el mostrador.

—Entonces estamos entrando en territorio peligroso.

—Me temo que sí.

Ella sonríe.

—Creo que lo que necesita está en el pasillo tres.

Unos segundos después estoy delante de una estantería llena de tarjetas que parecen escritas por personas convencidas de que todos los problemas emocionales pueden resolverse con flores impresas y frases inspiradoras, pero eso no me ayuda, por lo que termino escogiendo una tarjeta completamente blanca.

—Esa suele ser la elección de la gente que necesita decir algo importante —me dice la dependienta al ver la tarjeta que he elegido cuando paso por caja.

—Empiezo a sospechar que todo el mundo sabe más de mi vida que yo mismo.

—También suele pasar.

Un rato después, acabo sentado en una cafetería casi vacía con un café delante y la tarjeta abierta sobre la mesa. Llevo años negociando contratos, convenciendo a clientes muy difíciles y hablando frente a auditorios llenos. Sin embargo, escribir unas pocas líneas para Laura me resulta mucho más complicado que cualquiera de esas cosas. Escribo varias versiones de lo que quiero decirle, pero todas las acabo tachando. Apoyo el bolígrafo sobre la mesa y me obligo a empezar otra vez. Esta vez escribo despacio sin estrategias, ni argumentos, ni intentando convencer a nadie. Cuando termino, releo el texto una única vez y lo dejo así. No es brillante, ni perfecto, pero por primera vez es totalmente sincero.

Doblo la tarjeta y la guardo dentro del sobre y después pago el café y regreso al restaurante.

El mismo maître me reconoce nada más verme entrar.

—Señor Parks.

—Necesito pedirle un favor.

El hombre inclina ligeramente la cabeza.

—Claro, dígame.

—Quiero que esto llegue a Laura Wells cuando termine su reunión —le digo entregándole el sobre que tengo entre los dedos.

El maître mira el nombre escrito en el sobre y después vuelve a mirarme.

—¿Y usted?

Durante unos segundos observo el interior del restaurante, pero no la veo desde donde estoy. Desde aquí solo alcanzo a ver mesas ocupadas, camareros moviéndose entre ellas y personas disfrutando de una velada normal.

—Yo me voy.

El hombre tarda unos segundos en asentir.

—Entendido —dice finalmente.

—Gracias.

—Buena suerte, señor Parks.

Sonrío levemente.

—No creo que esto tenga nada que ver con la suerte —le respondo con una leve sonrisa.

—Entonces espero que tenga que ver con algo mejor.

Asiento una vez y me marcho sin mirar atrás. No porque no quiera verla, sino precisamente porque quiero verla y porque esta vez la decisión tiene que ser suya.

A la mañana siguiente, llego a la oficina antes de las ocho y durante unos minutos consigo convencerme de que voy a dedicar el día exclusivamente al trabajo, aunque mi propósito dura hasta que veo a Rita acercarse por el pasillo y por su expresión, sé que trae malas noticias.

—No me gusta esa cara —le digo antes de que llegue hasta mi despacho.

—A mí tampoco me gusta la tuya últimamente, pero ambos estamos haciendo sacrificios.

—¿Qué pasa?

Rita me entrega una carpeta.

—Cassandra está aquí.

Me detengo en seco.

—¿Por voluntad propia?

—Mucho me temo que sí.

—Qué forma tan desagradable de empezar el día.

Rita intenta ocultar una sonrisa.

—Te está esperando en la sala tres.

—¿Ha dicho qué quiere?

—Solo dice que no piensa irse hasta que hable contigo.

—Maravilloso —ironizo.

—Sí, yo también he pensado lo mismo.

Me aflojo un poco la corbata mientras camino hacia la sala de reuniones.

—¿Quieres que llame a seguridad? —me pregunta Rita.

—La oferta es tentadora.

—Te creo.

—Pero puedo ocuparme yo.

Rita asiente.

—Procura no cometer ningún delito.

—Intentaré controlarme.

—Eso también me preocupa.

La dejo atrás y continúo hacia la sala tres. Cuando abro la puerta, Cassandra ya está sentada junto a la ventana. Como siempre va perfectamente arreglada, vestida con ropa elegante y cuidada hasta el más mínimo detalle. Va igual que siempre, de esa manera que durante años consiguió impresionarme. Ahora, en cambio, solo me recuerda a una etapa de mi vida que ya no me interesa recuperar.

—Arthur —me saluda con una sonrisa estudiada.

Entro en la sala y cierro la puerta detrás de mí.

—Hola —le respondo con tono seco.

—Pensaba que tardarías más en venir.

—Y yo que te cansarías antes de esperar.

Deja escapar una pequeña risa, aunque yo continúo serio y eso parece molestarle bastante. Cruza una pierna sobre la otra y deja el bolso sobre la mesa con una calma que siempre ha utilizado como arma.

—Te noto tenso —comenta observándome con atención.

—Y yo te noto persistente.

—Nunca te había molestado eso.

—Antes cometía muchos errores.

Ella sonríe.

—¿Y ahora ya no?

—Ahora intento aprender de ellos.

La respuesta parece incomodarla.

—¿Qué quieres, Cassandra? —le pregunto a bocajarro, porque no tengo ninguna intención de alargar esta conversación.

—Quiero entender qué está pasando —me responde entrelazando las manos frente a ella.

—No —le digo sentándome al otro lado de la mesa de donde está ella.

—¿No?

—No quieres entender nada. Nunca has tenido especial interés en entender a nadie.

La sonrisa desaparece ligeramente de sus labios.

—Sigues siendo encantador.

—Y tú sigues evitando responder preguntas sencillas.

Durante unos segundos Cassandra me sostiene la mirada con esa paciencia calculada que siempre ha utilizado cuando cree que tiene ventaja.

—Laura —dice finalmente.

Apoyo la espalda en la silla sin apartar los ojos de ella.

—Laura —repite, como si la respuesta estuviera escondida dentro del nombre.

—¿Qué pasa con Laura? —le pregunto.

Cassandra inclina ligeramente la cabeza.

—Que has cambiado.

—Eso no responde a mi pregunta.

—Porque estoy respondiendo a la que realmente importa —replica ella con tranquilidad.

Resoplo y me paso una mano por la mandíbula.

—Cassandra...

Le digo intentando reunir una paciencia que hace rato que se me ha terminado.

—Arthur, llevamos años conociéndonos —me recuerda ella.

—Eso tampoco es precisamente una ventaja.

Cassandra ignora el comentario y continúa observándome.

—Nunca habías reaccionado así por nadie.

—No creo que eso sea asunto tuyo.

Ella apoya un brazo sobre la mesa.

—Lo era cuando utilizabas vuestra relación para limpiar tu imagen.

La frase consigue que me incorpore ligeramente hacia delante.

—No vuelvas a hablar de ella de esa manera —le advierto mirándola directamente.

—Vaya —me contesta arqueando una ceja.

—Lo digo en serio —insisto señalándola con el dedo índice.

—Ya me he dado cuenta.

La pequeña sonrisa que aparece en sus labios deja claro que ha venido buscando exactamente esa reacción. La diferencia es que la conversación ya no está avanzando en la dirección que esperaba.

—Escúchame bien. Laura no es una estrategia de comunicación, ni una herramienta profesional ni una campaña de imagen. No es ninguna de esas cosas —le explico apoyando los antebrazos sobre la mesa y la miro fijamente.

Cassandra permanece callada, esperando que continúe.

—Y lo que ocurrió entre nosotros tampoco tiene nada que ver contigo.

Ella deja escapar una risa breve.

—Curioso.

Frunzo ligeramente el ceño.

—¿Qué tiene de curioso?

—Que es la primera vez que te escucho hablar de alguien sin convertirlo en una negociación.

Su observación me deja callado unos segundos, no porque sea errónea, sino precisamente porque no lo es.

—La conversación ha terminado —digo finalmente.

Cassandra se reclina en la silla.

—¿Así de fácil?

—Sí.

Ella recoge el bolso con calma.

—Te está cambiando.

—Eso espero —le digo sin pensar.

Cassandra se queda inmóvil, porque claramente no esperaba escuchar esa respuesta.

—Antes no habrías dicho eso.

—Antes hacía muchas cosas que ahora no haría.

Nos observamos durante unos segundos más. Después ella se pone en pie y se coloca el bolso sobre el hombro.

—¿Sabes qué es lo peor de todo esto? —pregunta antes de dirigirse a la puerta.

—Estoy seguro de que vas a decírmelo igualmente —respondo levantándome también.

Una sonrisa divertida cruza su rostro.

—Que creo que estás enamorado de ella de verdad.

La afirmación queda suspendida sobre nuestras cabezas. Hace unos meses habría discutido e intentado convertir la conversación en algo menos personal. Sin embargo, ahora ya no me interesa hacerlo.

—Sí —admito simplemente.

Cassandra parpadea.

—Vaya.

—Exacto.

Por primera vez desde que ha entrado en esta sala parece no tener preparada una respuesta a eso, algo que me resulta muy satisfactorio.

—Adiós, Arthur —dice abriendo la puerta.

—Adiós —le suelto sin más mientras la veo alejarse por el pasillo y me sorprende descubrir que no siento absolutamente nada. Solo la certeza de que esa etapa de mi vida terminó hace mucho tiempo y de que he tardado más de la cuenta en admitirlo.

Esa noche vuelvo a casa más tarde de lo habitual y cuando entre en el apartamento voy directamente hacia la cocina. Abro la nevera, saco una botella de agua y mientras desenrosco el tapón, el teléfono vibra sobre la encimera.

El corazón se me acelera incluso antes de mirar la pantalla, porque sé perfectamente quién deseo que sea y porque llevo días repitiéndome la mentira de que no importa, pero me importa muchísimo. Dejo la botella a un lado, cojo el teléfono y veo que hay un mensaje nuevo de Laura. Trago saliva y me limito a observar su nombre en la pantalla. Abro la conversación y veo solo una frase:

Laura:

Mañana en la misma mesa.

Si llegas tarde, pediré postre sin ti.

Leo el mensaje varias veces con una sonrisa en los labios. A pesar de que sé que no es una reconciliación, ni un perdón, es una oportunidad. Supongo que la tarjeta de color blanco que le escribí, me ha ayudado y no pienso desperdiciar esta oportunidad.

21

Laura

Tardo casi veinte minutos en decidir qué ponerme, porque según voy sacando ropa del armario, la descarto inmediatamente.

Cuando me miro al espejo con el vestido negro que he elegido me parece una mala idea. Los vaqueros tampoco me convencen, porque parecen demasiado informales para una cita que llevo días intentando no considerarla como una cita. Descarto la blusa azul en cuanto me acuerdo de un comentario de Pamela en el que me dijo que ese color me hacía parecer «la protagonista de una novela romántica que está a punto de tomar una decisión cuestionable». Y teniendo en cuenta el historial de nuestro grupo de amigas, no es precisamente un comentario tranquilizador.

Al final, me decido por unos pantalones claros y una blusa sencilla. Nada espectacular ni que parezca elegido después de veinte minutos de dudas frente al armario, sino solo ropa normal para una mujer que va a cenar con un hombre que le complica la vida más de lo que desearía o, al menos, de eso trato de convencerme.

El teléfono vibra cuando estoy saliendo del apartamento, miro la pantalla y veo que, por supuesto, es Pam.

Pamela:

¿Ya has salido?

Laura:
Sí.

Pamela:

¿Has comprobado que esta vez
vas a cenar con el hombre correcto?

Laura:
Solo unas siete veces.

Pamela:

Perfecto.

Empiezas a comportarte como una adulta funcional.

Laura:
Desaparece.

Pamela:

No puedo, estoy
demasiado implicada en esta historia.

Guardo el móvil antes de que siga escribiendo, porque conozco a mis amigas y especialmente a Pamela y sé que, si le doy cinco minutos más, es capaz de presentarse en el restaurante disfrazada de camarera para espiarnos.

Cuando llego al restaurante me recibe el mismo maître de la última vez. Reconozco la entrada, las mesas e incluso la sensación que me encoge el estómago cada vez que vengo a este lugar. La diferencia es que hoy sé a quién me voy a encontrar al otro lado de la mesa.

—Buenas noches, señorita Wells —me saluda el maître con una sonrisa.

—Espero que esta vez la reserva no haya sido una sorpresa.

—Creo que hoy todo está bastante más claro —me responde con una sonrisa.

—Eso sería una novedad.

Me acompaña hasta la misma mesa de nuestra primera cita, que empezó con una confusión y terminó cambiando mi vida. Cuando me acerco, veo que Arthur ya ha llegado y se pone en pie en cuanto me ve. Al verlo, algo se calma dentro de mí y lo odio un poco por eso.

—Hola —dice él.

—Hola —le digo sin hacer el menor ademán de acercarme para darle un beso.

Arthur espera a que me siente antes de volver a sentarse él en su silla. Después, ambos nos quedamos callados durante unos segundos y tengo la sensación de que ambos tratamos de encontrar una forma razonable de empezar la conversación. Finalmente soy yo quien rompe el hielo.

—Tengo que reconocer una cosa.

Arthur arquea una ceja.

—Eso suena peligroso.

—He estado a punto de no venir.

—Yo también.

—¿En serio? —le pregunto sorprendida.

Arthur asiente.

—Llegué hasta la puerta del restaurante.

—¿Y después?

—Después decidí que presentarme sin darte opción a elegir sería repetir exactamente el mismo error.

La respuesta me deja sin palabras por un momento, porque es la primera vez que lo escucho hablar de eso sin intentar defenderse, ni tratar de convencerme de nada, simplemente reconociéndolo.

—Sé que te hice daño —añade jugando distraídamente con el pie de la copa de agua.

—Sí.

—Y sé que pedir perdón no va a cambiar lo que pasó.

—Tampoco —le respondo y aprieto los labios.

Asiente despacio.

—Pero necesitaba decírtelo igualmente.

Lo observo durante unos segundos y veo que tiene peor cara que la última vez que nos vimos. Hay cansancio alrededor de sus ojos y algo en su expresión que ya no transmite la misma seguridad de siempre.

Lo extraño es que debería hacerme sentir mejor, porque, después de todo, sigo enfadada con él, pero no es así, porque mientras lo miro sentado al otro lado de la mesa, una parte de mí sigue recordando por qué me enamoré de él. Y otra parte, bastante menos sensata, tiene ganas de alargar la mano y buscar la suya por encima del mantel.

Eso es precisamente lo que hace que todo resulte tan complicado. Arthur siempre consigue complicarlo todo, incluso cuando se limita a estar sentado delante de mí.

—Leí la nota —le digo finalmente.

—Lo imaginé.

—Era bastante mejor que tus discursos habituales.

—Intentaré tomármelo como un cumplido —me responde con una sonrisa.

—No lo hagas, porque sigue siendo una crítica, ¿eh?

—Mucho mejor. Empiezo a reconocer el terreno.

Su respuesta me arranca una carcajada pequeña, pero sincera y él también sonríe. Y durante un instante volvemos a parecer nosotros y no una pareja falsa formada por dos desconocidos enfadados, sino nosotros, los mismos que discutían por tonterías o hablaban durante horas a solas o los que se besaron en Boston, porque ya no sabían dónde acababa la farsa y dónde empezaba la realidad. Y eso es lo que realmente me da miedo, porque nunca me preocupó la mentira que nos inventamos al principio, sino todo lo que vino después, cuando dejamos de actuar y empezamos a comportarnos como nosotros mismos.

El camarero se acerca para tomar nota y los dos agradecemos la interrupción con una educación sospechosa.

—¿Les apetece empezar con algo para compartir? —pregunta mientras sostiene la libreta.

—¿Quieres elegir tú? —me pregunta Arthur.

—¿Me estás cediendo el control del menú? —pregunto, fingiendo alarma.

—Sí, estoy evolucionando.

—Eso dicen todos antes de recaer.

El camarero intenta no sonreír, pero Arthur sí sonríe.

—Prometo no cuestionar tu decisión.

—Eso es muchísimo poder.

—Estoy intentando ser valiente.

Pido un entrante para compartir y, cuando el camarero se marcha, ya no podemos escondernos detrás del menú.

—Hay cosas que necesito decirte —empiezo, apoyando las manos sobre la mesa.

Arthur asiente y deja la copa de agua donde estaba.

—Te escucho.

No dice «adelante», ni «explícate», ni se prepara para responder. Solo me escucha.

—Me enfadé por el informe —digo—. Por supuesto que me enfadé. Pero no fue solo eso.

—Me imagino... —reconoce bajando la mirada hasta sus manos que tiene cruzadas sobre la mesa.

—No, creo que ahora lo sabes. Antes, no estoy tan segura.

Arthur acepta la corrección sin apartar la mirada.

—Tienes razón.

Suelto un suspiro antes de continuar hablando.

—Lo que me dolió fue volver a sentir que alguien estaba moviendo piezas de mi vida sin contar conmigo. Mark tomó decisiones mientras yo creía que teníamos una relación. Tú buscaste información, calculaste escenarios y te convenciste de que era algo normal, porque así funcionan las cosas en tu mundo.

Arthur baja la vista un segundo.

—Sí.

—Y no quiero volver a estar con alguien que decida por mí, aunque crea que lo hace por una razón lógica.

—No quiero ser esa persona para ti.

La frase no suena bonita, sino seria y quizá por eso me afecta más.

—Entonces necesito condiciones —le digo.

Arthur levanta la vista.

—Dímelas.

—Sin negociar.

—Sin negociar —acepta inmediatamente.

—Primera: si quieres algo de mí, me lo dices. No lo diseñas ni lo organizas sin consultarlo conmigo antes.

—De acuerdo —asiente con la cabeza.

—Segunda: nada de usar nuestra relación, o lo que sea que esto sea, como herramienta profesional.

—De acuerdo.

—Tercera: si volvemos a intentarlo, iremos despacio. No quiero volver a ser una mentira solo porque nos besemos bien.

La comisura de su boca se mueve apenas en un inicio de sonrisa, aunque consigue contenerla.

—Nos besamos bastante bien.

—Arthur —le llamo la atención.

—Perdón. Ha sido mal momento para bromear.

—Muy mal momento —le confirmo.

—Pero es un dato cierto.

Intento mantenerme seria, aunque fracaso a medias.

—No me hagas reír cuando estoy imponiendo límites.

—Lo siento.

—No pareces muy arrepentido —le digo mirándole de reojo.

—Estoy trabajando en ello.

La tensión se afloja un poco, lo justo para respirar y Arthur apoya las manos sobre la mesa, sin acercarlas a las mías.

—Yo también necesito decir algo —me interrumpe antes de que continúe hablando.

—Adelante.

—Tengo miedo de querer algo que no pueda controlar.

La respuesta me sorprende más de lo que esperaba. No porque nunca hubiera pensado que Arthur sentía algo parecido, sino porque jamás lo había escuchado admitirlo de una forma tan directa.

—¿Y qué vas a hacer con eso? —le pregunto observándolo por encima de la mesa.

Arthur deja escapar una pequeña risa y niega con la cabeza.

—Probablemente me equivoque alguna vez —admite con honestidad—. No creo que exista otra forma de aprender.

—Eso no resulta especialmente tranquilizador —le digo arqueando una ceja.

—Lo sé —responde con una media sonrisa—. Pero al menos voy a intentar que ese miedo no vuelva a convertirse en una excusa para tomar decisiones por ti.

Lo observo durante unos segundos y me sigue resultando extraño tener frente a mí a un Arthur Parks reconociendo que no tiene todas las respuestas. Lleva tanto tiempo intentando controlar todo lo que ocurre a su alrededor, que verlo admitir sus propios límites casi le hace parecer una persona distinta y eso me asusta un poco más que su versión habitual.

Arthur juega unos segundos con la copa antes de volver a hablar.

—Boston fue real.

—Sí —digo después de tragar saliva.

—No te lo digo para presionarte —aclaro mirándome directamente.

—Ya.

—Pero tampoco quiero fingir que no sucedió.

Bajo la vista hacia la mesa mientras los recuerdos aparecen con una facilidad irritante en mi cabeza y tengo muy claro que nada de aquello se pareció a una actuación.

—Yo tampoco quiero fingirlo —admito al final.

Cuando vuelvo a levantar la vista, veo que Arthur sigue observándome. No sonrío, ni intenta convertir mi respuesta en una victoria. Simplemente asiente despacio, como si entendiera exactamente lo que estoy diciendo y también lo que todavía no estoy preparada para decir. Y eso, más que cualquier disculpa o cualquier promesa, consigue que algo dentro de mí empiece a colocarse de nuevo en su sitio. No obstante, no significa que todo esté arreglado, ni que haya olvidado lo que ha ocurrido, pero sí significa que estamos dejando de escondernos detrás de las cosas que no nos atrevíamos a decir.

Después de cenar salimos del restaurante sin decidir adónde vamos, aunque, por una vez, ninguno parece tener prisa por terminar la noche. Nueva York sigue rugiendo a nuestro alrededor. Los taxis avanzan entre el tráfico, la gente ocupa las aceras y las conversaciones se mezclan mientras todos parecen dirigirse a algún sitio con más prisa que nosotros. Cuando llegamos a la esquina, Arthur se detiene y me mira.

—¿Quieres que te pida un taxi? —me pregunta metiéndose una mano en el bolsillo del abrigo.

—Prefiero caminar un poco.

—Entonces caminemos —responde sin discutirlo—. ¿Tienes algún destino en mente?

Miro hacia el norte antes de volver la vista hacia él.

—Central Park —le propongo.

—Me parece una buena idea —asiente con la cabeza.

—No recuerdo haberte pedido opinión.

—Estoy intentando practicar eso de la comunicación positiva —me responde con una sonrisa en los labios.

—Pues te está quedando un poco raro —bromeo.

—Era un riesgo que estaba dispuesto a asumir.

La conversación me arranca una sonrisa y seguimos caminando uno al lado del otro. No vamos cogidos de la mano ni actuamos como una pareja reconciliada. Sin embargo, tampoco nos comportamos como dos personas que acaban de despedirse para siempre. La sensación es extraña, porque parece que estamos en medio de algo que todavía no tiene nombre, pero que tampoco se parece a una despedida.

Cuando llegamos al parque, el ruido de la ciudad queda algo más lejano y noto cómo mi cabeza empieza a relajarse por primera vez en todo el día. Arthur camina a mi lado con las manos en los bolsillos y la mirada puesta en el sendero.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —dice al cabo de un rato.

—Depende de la pregunta.

—Esa es una respuesta prudente —me responde con una sonrisa.

—Estoy aprendiendo de ti —le digo alzando una ceja de forma cómica.

—Eso debería preocuparnos bastante a los dos.

Me río por lo bajo.

—Pregunta —le animo.

Arthur se detiene junto a uno de los caminos iluminados y se vuelve hacia mí.

—¿Por qué has venido esta noche?

La respuesta parece sencilla cuando la pienso, pero decirla en voz alta resulta bastante más complicado.

—Porque necesitaba saber una cosa.

Arthur espera.

—¿Cuál?

Respiro hondo antes de responderle.

—Necesitaba saber si todavía podía mirarte sin sentir que me había perdido a mí misma por el camino.

Su expresión cambia ligeramente, aunque no intenta ocultarlo.

—¿Y qué has descubierto?

—Que sigo aquí —le digo dando un paso hacia él.

Arthur mantiene la mirada fija en la mía y asiente despacio.

—Me alegro.

—No significa que todo esté arreglado.

—Lo sé.

—Ni que vaya a ser fácil.

Arthur esboza una sonrisa mientras sigue caminando a mi lado.

—La verdad es que contigo nunca ha sido fácil —comenta mirándome de reojo.

Giro la cabeza hacia él y entrecierro los ojos.

—Ten cuidado —le advierto.

—Era un cumplido —se defiende levantando ligeramente las manos.

—Pues ha sonado sospechosamente ambiguo.

Arthur deja escapar una risa.

—Entonces tendré que esforzarme más la próxima vez.

—Eso implica que estás planeando una próxima vez.

—Eso implica que estoy intentando aprender de mis errores.

—Ahora sí ha sonado mejor.

—Voy progresando.

—No te emociones. Aún estás en periodo de prueba.

La sonrisa de Arthur aún se hace más evidente.

—Es la mejor noticia que he recibido en semanas.

Su respuesta me hace reír y durante unos segundos volvemos a mirarnos sin apartar la vista de los ojos del otro. Antes esa intensidad me ponía nerviosa porque tenía la sensación de que Arthur siempre estaba analizando algo, ahora, en cambio, me pone nerviosa por razones muy distintas.

—¿Puedo besarte? —me pregunta finalmente a media voz.

Su pregunta me sorprende, pero no porque quiera besarme, sino por el simple hecho de hacérmela sin acercarse y sin dar nada por supuesto. Simplemente espera mi respuesta y ese gesto significa mucho más de lo que probablemente imagina.

—Sí.

Arthur se acerca despacio y cuando sus labios encuentran los míos, no hay prisa ni necesidad de demostrar nada a nadie. No estamos interpretando un papel, ni hay fotógrafos, ni clientes, ni una historia que sostener delante del mundo. Ahora solo estamos él y yo tomando una decisión que esta vez sí hemos elegido ambos.

El beso empieza suave, casi tímido, y poco a poco se vuelve más cálido cuando apoyo una mano sobre su pecho y noto cómo él contiene la respiración durante un instante. No se parece al beso ni a nada de lo que hicimos en Boston. Aquella noche todo estaba mezclado con deseo, confusión y una necesidad urgente de dejar de pensar. Lo de hoy es más consciente y sincero.

Cuando nos separamos, Arthur apoya la frente contra la mía y deja escapar un suspiro.

—No quiero volver a estropearlo.

—Entonces deja de intentar controlarlo todo.

Arthur esboza una sonrisa.

—Haré lo posible.

—Arthur.

—Tienes razón —corrige inmediatamente—. No lo haré.

—Mucho mejor.

Su risa consigue que yo vuelva a sonreír antes de que pueda evitarlo.

Cuando llego a casa, todavía noto el beso en la boca. Se que esa es una frase muy ridícula, pero es totalmente cierta.

Dejo el bolso sobre la silla, me quito los zapatos y abro el chat de «Decisiones cuestionables» antes de arrepentirme.

Laura:

He tenido una cita con el hombre correcto.

La respuesta de Pamela llega en menos de tres segundos.

Pamela:

¿Y seguía teniendo esa cara de hombre que parece una mala idea y lo sabe?

Me dejo caer en el sofá riéndome sola.

Violet:

Pamela, por favor.

Kim:

La pregunta es vulgar, pero pertinente.

Eve: ¿Estás bien?

Miro la pantalla y me quedo unos segundos contemplando los mensajes de mis amigas. Sin querer, vuelvo a pensar en la cena, en la conversación que acabamos de tener, en el paseo por Central Park y en la forma en que Arthur me ha preguntado si podía besarme antes de hacerlo. Entonces sonrío.

Laura:

Sí, pero esta vez de verdad.

Pamela:

Necesito detalles.

Kim:

Necesita dormir.

Violet:

Necesita procesarlo.

Eve:

Necesita estar contenta.

Me quedo leyendo los mensajes de mis amigas con una sonrisa cada vez más difícil de disimular. Probablemente tengan razón y necesite un poco de todo lo que acaban de recomendarme, porque todavía hay muchas cosas que pensar y muchas otras que resolver. Aun así, por primera vez en semanas, no siento ese nudo constante en el estómago, ni la necesidad de prepararme para que algo salga mal. Lo que siento ahora es distinto y todavía no estoy segura de cómo llamarlo.

Dejo el móvil sobre la mesa, me acomodo en el sofá y apoyo la cabeza en el respaldo mientras la sonrisa sigue ahí, tranquila y obstinada en mis labios. Por una vez, no intento corregirla ni buscarle una explicación. Esta noche me conformo solo con disfrutarla, mañana ya me preocuparé del resto.

22

Arthur

Cenar con las amigas de Laura se parece bastante a entrar en una sala de interrogatorios, aunque la diferencia es que los interrogatorios policiales suelen durar menos.

—Sigues pareciendo nervioso —comenta Laura mientras caminamos por la acera hacia el restaurante.

—No estoy nervioso —le respondo girándome para mirarle.

—Arthur, empiezo a conocerte y esa cara...

—Solo estoy ligeramente alerta —reconozco.

Laura se ríe.

—Eso sigue siendo estar nervioso.

—No exactamente.

—¿Cuál es la diferencia? —se para en medio de la acera y se pone las manos en la cintura.

—Que los nerviosos esperan lo peor y yo ya sé lo que va a pasar.

—¡Qué optimista! —se ríe mientras vuelve a caminar.

—Pamela me ha enviado tres mensajes hoy.

Laura se lleva una mano a la frente.

—No quiero saberlo.

—En uno de ellos me recordó que, si vuelvo a hacerte daño, ella conoce gente...

—Pamela no conoce gente peligrosa.

—Eso mismo pensé yo, pero preferí no contradecirla.

Laura vuelve a reírse y, durante unos segundos, me quedo observándola con la sensación de que todavía me sorprende, que estemos aquí porque ambos queremos y sin necesidad de que haya un acuerdo firmado, sin fotografías a nuestro alrededor y sin excusas. Estamos juntos por que es lo que ambos deseamos, sin más.

—¿Qué? —me pregunta arqueando una ceja, porque ha notado que me he quedado mirándola mientras estaba perdido en mis pensamientos.

—Nada.

—Mentira.

—Solo estaba pensando que esto es raro.

—¿El qué? ¿Nosotros?

—Sí, nosotros.

—Empiezo a creer que esa va a ser lo normal... —me dice con una sonrisa.

Unos minutos después, entramos en el restaurante y vemos que sus amigas ya han llegado y están sentadas en una mesa al fondo del local.

—Mirad quién ha venido voluntariamente —dice Pamela que es la primera en levantarse al vernos.

—Buenas noches para ti también —respondo sonriente.

—Todavía estoy evaluándote —me suelta alzando una ceja.

Kim levanta la vista de la carta que tiene frente a ella.

—Eso no significa que hayas aprobado —me advierte.

—Lo tengo claro.

—Perfecto.

Laura me dedica una mirada de resignación.

—Te avisé de que no sería fácil —me susurra.

—Estoy empezando a sospechar que te quedaste corta.

Nos sentamos y durante unos veinte minutos la conversación se mantiene de forma sorprendentemente civilizada. Sin embargo, poco después, Pamela decide que la tregua ha acabado y saca su peculiar hacha de guerra.

—Necesito hablar de algo importante.

—Cuando empiezas así, no es buena señal —dice Violet y después suelta un suspiro.

—Voy a una boda en los Hamptons dentro de unas semanas —nos cuenta Pamela.

Eve sonríe.

—¿La de tu prima?

—Exacto —asiente con la cabeza Pamela—. Y he descubierto que el padrino del novio es Ethan Davies.

—Ahora viene la parte peligrosa —me advierte Laura que se ha girado para avisarme.

—¿Quién es Ethan Davies? —pregunto arrugando el entrecejo.

—Según Pamela, el hombre más atractivo de la costa este —me explica Laura.

—Jamás he dicho eso —se justifica Pamela.

Las cuatro amigas se giran para mirarla en silencio.

—Vale —rectifica Pamela—. Lo he dicho varias veces.

—Muchas veces —añade Kim.

—Con presentaciones en power point incluidas —añade Violet.

—Y un tablero de Pinterest —remata Eve.

Pamela levanta una mano.

—No perdamos el foco.

Laura se inclina hacia mí.

—Tiene treinta segundos antes de empezar a planificar una boda imaginaria.

—Eso es mentira —insiste Pamela.

—Mejor reduzcámoslo a veinticinco segundos —corrige Kim.

Las risas se adueñan de la mesa y me doy cuenta de que yo también estoy disfrutando. No porque sea una situación cómoda, sino porque es real. Nadie intenta impresionarme, ni necesita nada de mí. Simplemente forman parte de la vida de Laura y ahora, de alguna manera, también yo formo parte de ella.

Más tarde, cuando Laura se levanta para ir al baño y Pamela arrastra a Eve hasta la barra para enseñarle unas fotografías absurdas, me quedo a solas con Kim, que mientras da un sorbo de vino de su copa, aprovecho para hablar con ella.

—Necesito decirte algo.

Kim me observa con evidente desconfianza.

—Eso suena preocupante.

—Probablemente.

—A ver, sigue...

Apoyo los antebrazos sobre la mesa.

—Sé que no te gusto.

—Correcto.

—Y sé que tienes motivos.

—También correcto.

Asiento con la cabeza, porque no voy a discutirle ninguna de las dos cosas.

—Quería pedirte disculpas.

Kim no responde inmediatamente.

—¿Por qué exactamente? —me pregunta arrugando el entrecejo.

—Por haber intentado controlar una situación que no me pertenecía.

—Eso es bastante más específico de lo que esperaba —me responde manteniendo la mirada fija en mí.

—Estoy intentando mejorar —me encojo de hombros.

—No exageremos.

La respuesta me arranca una sonrisa y aunque noto que Kim intenta ocultar la suya, no lo consigue del todo.

—No te perdono —aclara.

—Lo imaginaba.

—Pero Laura parece feliz.

Miro hacia el otro extremo del restaurante y veo que Laura está hablando con Violet y gesticula mientras cuenta algo.

—Sí —asiento sin dejar de mirar a Laura.

—Pero si vuelves a hacer alguna estupidez... —empieza.

—Pamela ya me ha informado de las consecuencias —la interrumpo.

—Entonces estamos entendiéndonos —asiente con la cabeza.

Sé que esto no es exactamente una reconciliación, pero tampoco una declaración de guerra, aunque con Kim, por ahora, eso ya es una victoria.

Cuando la cena termina y nos despedimos del grupo, Laura y yo regresamos dando un paseo a mi apartamento. Caminamos uno junto al otro y lo hacemos tan cerca, que nuestras manos se rozan varias veces, aunque ninguno de los dos se aparta.

—Creo que has sobrevivido —comenta ella cuando entramos en el ascensor.

—Ha sido más difícil de lo que parece —resoplo siguiéndole la broma.

—Pamela te aprecia.

—Esa frase debería venir acompañada de una advertencia médica.

Laura se ríe y apoya la cabeza unos segundos en mi hombro. Ese gesto tan sencillo me impacta más que cualquier otra cosa, porque ahora ninguno de los dos estamos interpretando ningún papel, ni hay un contrato que nos obligue a permanecer juntos, porque ella sigue a mi lado porque quiere.

Cuando las puertas del ascensor se abren y entramos en mi apartamento, me doy cuenta de que la idea de que esté conmigo porque es lo que desea sigue pareciéndome extraordinaria. Laura entra en el apartamento delante de mí y deja el bolso sobre la consola de la entrada.

—Tengo una teoría —dice mientras se quita la chaqueta.

—Eso nunca anuncia nada bueno —resoplo.

—Creo que Pamela te aprecia.

Cierro la puerta y la miro.

—Pamela me amenaza con una frecuencia preocupante.

—Porque ese es su peculiar lenguaje del amor —me explica con una sonrisa.

—Entonces la manera en que ella entiende los sentimientos empieza a darme miedo.

Laura se ríe mientras camina hacia el salón y me doy cuenta de que el sonido de su risa sigue teniendo el mismo efecto sobre mí, porque consigue que todo parezca más sencillo y real.

—Tengo que reconocer algo —empieza a decir mientras se deja caer en el sofá y estira las piernas.

—Empiezo a preocuparme —resoplo.

—Creo que te has ganado un aprobado.

—¿De tus amigas?

—No te emociones. He dicho un aprobado y no una matrícula de honor —me aclara.

—Viviré con esa decepción —le sigo la broma y chasqueo la lengua.

Laura sonrío y me observa durante unos segundos y percibo que hay algo distinto en su mirada. Me da la sensación de que ya no parece estar esperando cuál será el próximo desastre y, he de reconocer, que yo tampoco. Me siento a su lado, aunque sin estar

pegado a ella, porque no necesito hacerlo. La cercanía ahora ya no depende de la distancia física.

—Gracias por venir esta noche —le digo.

Laura sonríe.

—Si no hubiera ido, Pamela me habría pedido un informe completo cuando llegara a casa.

—Ahora todo tiene sentido —le respondo asintiendo levemente con la cabeza.

—Está viviendo esto con más intensidad que nosotros.

—Ahora entiendo por qué a veces necesitas escapar de tus amigas.

Laura se vuelve hacia mí con una sonrisa divertida.

—No voy a negar esa acusación.

—¿Por qué lo dices?

Apoyo un brazo sobre el respaldo del sofá.

—Porque he pasado gran parte de mi vida intentando organizarlo todo. Si algo salía mal, buscaba una solución. Si aparecía un problema, diseñaba una estrategia. Si tenía miedo de perder algo, intentaba controlarlo.

Laura permanece en silencio, escuchando.

—Y ahora resulta que la única persona que realmente me importa no funciona así.

—Nadie funciona así.

—Ya...

—Pues te ha costado un poco descubrirlo.

—Un poco bastante —resopla.

La sonrisa que aparece en su cara consigue relajar el ambiente al instante. Me gusta mucho eso de ella, porque tiene una forma muy particular de quitarle dramatismo a las cosas importantes, aunque sin restarles importancia.

—¿Sabes qué es lo más extraño? —continúo.

—Sorpréndeme.

—Que ahora entiendo por qué estabas tan enfadada.

Laura baja la vista unos segundos.

—Has tardado en entenderlo, ¿eh?

—Mucho.

—Muchísimo diría yo —me corrige sonriente.

—No voy a discutir eso.

Ella asiente.

—Aprecio tu espíritu de supervivencia.

La conversación sigue avanzando sin esfuerzo. Saltamos de temas importantes a otros completamente absurdos y volvemos otra vez a los importantes sin darnos cuenta.

Hablamos de Pamela, de Kim, de la boda de los Hamptons y, por supuesto, de Ethan Davies. Según he entendido, se trata de un hombre al que Pamela todavía no conoce, pero eso no le ha impedido desarrollar toda una teoría sobre la relación que piensa tener con él en el futuro... Empiezo a sospechar que ese pobre hombre todavía no sabe el peligro que corre.

—Eso va a acabar mal —vaticino.

—Sin duda.

—¿Y nadie piensa detenerla? —le pregunto sorprendido.

—¡Qué poco conoces a Pamela!

—Buen argumento —asiento con la cabeza.

Laura se va acercando poco a poco mientras hablamos. En algún momento nuestras rodillas se rozan bajo la mesa y, un rato después, nuestros hombros también terminan tocándose, aunque ninguno parece tener intención de apartarse. Seguimos hablando, aunque ahora percibo algo distinto entre nosotros. Cuando levanta la vista y nuestras miradas se encuentran, siento exactamente la misma certeza que tuve aquella noche en Central Park: no quiero estar en ningún otro sitio.

Le aparto con suavidad un mechón de pelo que le ha caído sobre la cara y veo que ella me mira directamente a los ojos.

—¿Qué pasa? —me pregunta.

Sonrío ligeramente.

—Nada.

Laura entrecierra los ojos.

—Eso es mentira.

—Empiezo a pensar que pasas demasiado tiempo con Kim.

—Es contagiosa... —responde divertida.

Su sonrisa no desaparece y, mientras la miro, tengo la sensación de que por fin estamos dejando atrás las semanas más difíciles. No porque hayamos olvidado lo ocurrido, sino porque hemos dejado de luchar contra lo que sentimos.

Me inclino hacia ella y la beso. Ella se acerca un poco más a mí y apoya una mano sobre mi pecho, mientras entre nuestros cuerpos desaparece por completo la distancia. Durante unos minutos, solo existen sus labios, su cercanía y la sensación de que esta vez no estamos fingiendo nada, ahora solo estamos ella y yo.

Me inclino hacia ella y la beso. Al principio lo hago despacio, casi con cuidado, porque no quiero precipitar nada, pero Laura responde acercándose más a mí y apoyando una mano sobre mi pecho, justo encima del corazón, y ese gesto termina de desarmarme. La siento tan cerca que me cuesta recordar por qué he pasado tanto tiempo intentando convencerme de que podía vivir sin ella.

—Arthur... —murmura contra mi boca.

Me separo lo suficiente para mirarla.

—¿Estás bien? —susurro entre besos

Laura no aparta la vista de mí. Sus dedos se cierran despacio sobre mi camisa, arrugando la tela entre ambos.

—Sí y no quiero que pares —responde en voz baja.

Vuelvo a besarla con más intensidad y Laura se acomoda sobre mí, a horcajadas, mientras mis manos suben por su espalda con lentitud. La beso en la boca, en la mandíbula, en el cuello, y ella inclina la cabeza para darme más espacio mientras su respiración empieza a romperse junto a mi oído. Se sienta encima de mí, con las piernas a ambos lados de mi cuerpo, las manos en mi pecho y sin dejar de mirarme. Le acaricio la cintura por encima de la ropa y noto cómo se estremece.

—¿Estás bien? —le pregunto, deteniéndome un segundo.

Laura deja escapar una risa suave, casi temblorosa.

—Si sigues preguntándome si estoy bien cada diez segundos, voy a empezar a pensar que tus habilidades románticas han sido sustituidas por un manual de instrucciones.

Sonríó contra su cuello.

—Estoy intentando no arruinarlo.

—Pues deja de pensar tanto —me dice, bajando la boca hasta la mía—. Solo quédate conmigo y déjate llevar.

Eso sí sé hacerlo o, al menos, quiero aprender. La beso otra vez mientras mis manos bajan hasta sus muslos. Laura se mueve sobre mí con un roce lento que me deja sin aire. La noto cálida, viva y completamente presente. Ella me desabrocha los primeros botones de la camisa con dedos algo torpes y cuando su palma encuentra mi piel, cierro los ojos un instante.

—Me vuelves loco —confieso.

Laura se detiene y me mira.

—Eso ha sonado muy poco propio de ti.

—Estoy probando cosas nuevas —susurro con una media sonrisa.

—Me gusta esta en concreto.

Me río, pero la risa se pierde cuando vuelve a besarme. A partir de ahí todo se vuelve más lento e inevitable. La ropa empieza a sobrar poco a poco, sin brusquedad, entre besos, caricias y pequeñas pausas para mirarnos. Le bajo la blusa por los hombros y beso la piel que queda al descubierto. Laura se estremece, me sujeta la nuca y murmura mi nombre con deseo y me hace perder el poco control que me quedaba.

Me detengo solo lo necesario para asegurarme de que seguimos en el mismo lugar.

—Laura, mírame —le digo deteniéndome para asegurarme de que ambos estamos donde deseamos.

—Estoy aquí —me responde abriendo los ojos y eso me atraviesa.

Está aquí a pesar de todo, de mis errores, del informe, de la distancia... Está aquí porque es lo que quiere y esa certeza cambia todo.

La tumbo con cuidado sobre el sofá y me inclino sobre ella, apoyando una mano junto a su cabeza. Laura me atrae hacia sí, impaciente, y nos besamos mientras su cuerpo se adapta al mío con una naturalidad que me hace olvidar cualquier pensamiento inútil.

Cuando entro en ella, lo hago despacio, Laura cierra los ojos y deja escapar un suspiro largo que siento en todo el cuerpo. Me

quedo quieto un instante, sosteniéndola, respirando contra su cuello. Laura abre los ojos y me acaricia la cara y no necesito nada más. Empiezo a moverme con calma, muy despacio, atento a su respiración, a sus manos en mi espalda y a la forma en que su cuerpo responde al mío. Laura me rodea con las piernas la cintura y me besa con una entrega que no tiene nada que ver con la urgencia de Boston. Aquello fue deseo acumulado, necesidad, caída... pero esto es elección.

En algún momento, Laura cambia de posición y vuelve a colocarse sobre mí. Se mueve con un ritmo pausado y mientras apoya las manos en mi pecho, baja la cabeza para besarme. La sujeto por la cintura, no para guiarla, sino para sentirla y recordarme que esta vez no tengo que dirigir nada, solo estar, quererla y dejar que me quiera también.

—No apartes la mirada —me pide y yo la miro cómo se mueve sobre mí, cómo se agita su respiración, cómo se deja ir poco a poco, sin esconderse y sin convertir esto en una batalla ni en una prueba.

Cuando el placer empieza a crecer entre los dos, Laura apoya la frente contra la mía y me besa. La abrazo con fuerza, sintiendo cómo su cuerpo tiembla contra el mío, y dejo que el mío la siga hasta ese punto donde ya no hay palabras útiles. Sino solo su nombre en mi boca, sus manos aferrándose a mí y la certeza de que no quiero volver a fingir nada con ella. Al final, estallamos de placer a la vez susurrándonos nuestros nombres y que nos queremos. Y en ese instante, me doy cuenta de que todo lo demás carece de importancia.

Después permanecemos abrazados en el sofá, con la respiración todavía alterada y la ciudad extendida al otro lado de los ventanales. Laura tiene la mejilla apoyada sobre mi pecho y yo le acaricio el pelo despacio, sin decir nada durante un rato, porque, por primera vez, no siento la necesidad de llenar el momento con explicaciones.

—Esto no arregla todos tus errores, Parks —me dice a media voz levantando la cabeza y con una sonrisa suave.

—Me lo imagino —le respondo acariciándole la mejilla con los dedos.

—Bien.

—Pero espero que cuente como un buen comienzo.

Laura finge pensarlo.

—Digamos que ha sido una disculpa bastante convincente.

Me río y la beso en la frente.

—Intentaré mantener el nivel.

—No intentes controlar también eso.

—Tienes razón —respondo, rodeándola con más fuerza con mis brazos—. Me limitaré a estar aquí.

Laura vuelve a apoyar la cabeza sobre mi pecho.

—Eso sí puedes hacerlo.

Y por una vez, no necesito prometer nada, simplemente quedarme a su lado sin más estrategia que la verdad.

Horas más tarde permanecemos juntos en el sofá del apartamento. Laura tiene la cabeza apoyada sobre mi hombro y yo la rodeo con un brazo mientras contemplamos las luces de Manhattan al otro lado de los ventanales.

—¿En qué piensas? —me pregunta Laura levantando ligeramente la cabeza para mirarme.

Contemplo durante unos segundos el perfil de la ciudad antes de volver la vista hacia ella.

—Pienso en que no sé hacerlo perfecto.

Laura frunce ligeramente el ceño.

—¿El qué?

—Esto. Nosotros.

Su expresión se suaviza al instante.

—Arthur...

—Lo digo en serio. Seguramente volveré a equivocarme alguna vez.

—Eso ya lo sabía.

—Gracias por la confianza —bromeo y una sonrisa divertida aparece en sus labios.

—No era un cumplido.

Me río y ella también. Después se incorpora un poco para poder mirarme mejor.

—¿Sabes una cosa?

—Depende de lo que vayas a decir —le contesto encogiéndome de hombros.

—No quiero nada perfecto —me suelta sin rastro de duda en sus palabras.

—¿No?

Laura niega con la cabeza.

—Quiero algo real.

La observo durante unos segundos y me doy cuenta de que no siento ninguna necesidad de corregir esa respuesta, ni mejorarla, ni convertirla en algo más seguro, porque tiene razón. Lo que necesitábamos nunca fue perfecto, porque lo que necesitábamos era esto: algo imperfecto, sincero y elegido por los dos. Y al fin tengo la sensación de que estamos construyéndolo juntos.

23

Laura

La pantalla no reconoce mi portátil a la primera, por supuesto. Porque nada puede expresar mejor que «soy una profesional preparada para presentar una campaña importante» como estar de rodillas junto a una mesa carísima, peleándote con un cable HDMI delante de tres personas que podrían cambiar el futuro de tu negocio en un abrir y cerrar de ojos.

—No se preocupe, pasa constantemente —dice uno de los miembros del equipo de Foster Hospitality desde el otro lado de la mesa.

Sonrío sin levantar la cabeza.

—Eso me tranquilizaría más si no estuviera ocurriéndome justo ahora.

Amanda Foster suelta una risa breve y deja su bloc de notas sobre la mesa.

—Tenemos tiempo, Laura.

Ojalá mi sistema nervioso compartiera esa opinión.

Por suerte, consigo que la pantalla parpadee y aparezca mi presentación. Así que me pongo en pie con toda la dignidad que puede conservar una mujer que hace cinco segundos estaba medio tirada por el suelo. Me aliso la blusa, cojo la carpeta y miro de reojo la primera diapositiva donde está todo: mi propuesta, mi forma de entender los espacios y mi trabajo. Nada de Arthur, ni de Parks & Associates, ni de puertas abiertas por otra persona. Solo yo, una sala de reuniones con gente importante y una campaña que he preparado hasta saberme de memoria incluso las partes que no pienso decir en voz alta.

Amanda se acomoda en su silla y me dedica una sonrisa profesional.

—Cuando quieras.

Asiento, respiro hondo y doy un paso hacia la pantalla.

—Gracias por recibirme —digo colocándome junto a la pantalla —. He preparado una propuesta para el lanzamiento de primavera

de Foster Hospitality centrada en una idea sencilla: que el cliente no solo reserve una habitación, sino que sienta que está entrando en una experiencia reconocible desde el primer contacto con la marca —explico con un tono de voz bastante más firme de lo que me siento por dentro.

En la pantalla aparece la primera diapositiva del proyecto. No hay flores, ni adornos bonitos, ni frases vacías sobre lujo. Hay una línea visual limpia, una propuesta de tono para la campaña y un recorrido pensado para acompañar al cliente desde el primer anuncio hasta el momento en que cruza la puerta del hotel.

Amanda se inclina ligeramente hacia delante y decido tomar ese gesto como una buena señal y no como la reacción de una mujer que acaba de detectar una errata en tamaño gigante.

—No quiero que Foster parezca otro hotel caro de Manhattan —continúo señalando la imagen principal—. Ya tenéis buenos espacios, buenas habitaciones y una ubicación que se vende casi sola. Lo que falta es una campaña que convierta todo eso en una historia clara. Algo que una clienta vea en redes, en una *newsletter* o en la web y reconozca de inmediato como Foster.

Uno de los miembros del equipo, un hombre con traje gris y expresión poco impresionable, entrelaza los dedos sobre la mesa.

—Eso suena bien, pero necesitamos que la campaña pueda aplicarse a distintos hoteles sin perder coherencia —dice mientras mira la pantalla—. No todos los espacios tienen el mismo público ni presupuesto.

—Por eso he dividido la propuesta en dos líneas de trabajo —respondo pasando a la siguiente diapositiva—. Una campaña principal para reforzar la identidad de Foster Hospitality y adaptaciones específicas para los hoteles boutique con más personalidad propia. La base es la misma, pero el mensaje cambia según el tipo de cliente que queréis atraer.

Me hacen muchas preguntas sobre inversión publicitaria, calendario de lanzamiento, contenido para redes, tono de marca, métricas y posibles colaboraciones con perfiles de *lifestyle*, que no parezcan elegidos por alguien que solo ha abierto Instagram dos veces en su vida. Las respondo una por una desde el conocimiento

real de quien ha preparado propuestas hasta tarde, ha rehecho presentaciones enteras por un cambio de enfoque y sabe que una campaña bonita no sirve de nada si no vende, no conecta y no se puede ejecutar sin que el equipo acabe odiándola.

A mitad de la presentación, Amanda deja de mirar sus notas y empieza a observar la pantalla con atención. Eso me da más seguridad que cualquier elogio que pudiera hacerme.

Cuando termino, bajo el mando de la presentación y apoyo las manos sobre la carpeta para no moverlas más de la cuenta. El corazón me late desbocado en del pecho, pero, por suerte, mi expresión es tranquila.

Amanda se queda pensativa unos segundos antes de mirar a su equipo.

—Quiero esta campaña para el lanzamiento de primavera —sentencia con una tranquilidad que casi me descoloca.

Me quedo quieta por fuera, al menos, porque por dentro una versión mucho menos profesional de mí acaba de lanzar confeti imaginario sobre la mesa de reuniones.

—¿Perdón? —pregunto sin poder evitarlo.

Amanda sonrío, esta vez de una forma mucho más clara.

—Queremos trabajar contigo, Laura. La propuesta tiene personalidad, es viable y entiende muy bien lo que Foster necesita comunicar ahora mismo.

Intento responder algo elegante, profesional y propio de una mujer que no está a punto de empezar a dar saltos de alegría.

—Me alegra mucho oír eso —digo al final con una serenidad que no sé de dónde ha salido—. Creo que podemos construir una campaña muy sólida.

—Nuestro equipo legal preparará los documentos esta semana —añade Amanda mientras cierra su cuaderno—. Me gustaría que empezáramos cuanto antes con la planificación del lanzamiento.

—Por supuesto —respondo con una sonrisa—. Esta tarde os enviaré una versión ampliada del calendario de campaña y una propuesta de primeras acciones.

—Perfecto —dice ella levantándose y tendiéndome la mano—. Enhorabuena, Laura.

Le estrecho la mano y esta vez no tiemblo, a pesar de que acabo de conseguir la campaña más importante de mi carrera.

Cuando salgo del edificio, Nueva York está en plena actividad. Taxis, gente con prisa, repartidores cruzando pasos de peatones y una señora discutiendo con alguien por teléfono sobre una ensalada que claramente no cumplía sus expectativas. Todo sigue igual menos yo.

Me detengo junto a la acera, cojo el móvil y veo un mensaje de Arthur.

Arthur:

Hoy triunfas.

Cuando acabes, quiero saberlo todo.

Me quedo mirando la pantalla con una sonrisa que intento controlar, aunque lo hago tarde y mal.

Laura:

Lo he conseguido.

Su respuesta llega casi al instante.

Arthur:

Nunca lo dudé.

Me río sola en mitad de la calle y una mujer que pasa a mi lado me mira con cara de haber visto cosas peores en esta ciudad.

Antes de seguir hablando con Arthur, me guardo el móvil en el bolso, porque quiero saborear esto unos segundos sin convertirlo en mensaje, ni ponerlo inmediatamente en manos de otra persona.

Lo mejor de todo esto es que Arthur no ha abierto esta puerta por mí, ni ha negociado en segundo plano. Esta vez lo he conseguido yo sola y por mis propios medios. No obstante, eso no implica que no quiera compartirlo con él, al contrario, compartirlo es aún más bonito.

Camino hacia una cafetería cercana con la intención de comprar algo que se parezca remotamente a un desayuno digno, pero me detengo al ver a Mark al otro lado de la puerta, con un abrigo oscuro y un café en la mano. No está Natalie con él y al verme, se queda parado junto a la entrada.

Podría fingir que no lo he visto, cruzar la calle o hacer lo que habría hecho hace unas semanas: prepararme para demostrarle que estoy bien, pero no tengo ganas ni necesidad.

—Laura —dice él al verme—. Hola.

—Hola, Mark —respondo con educación.

Su mirada baja un segundo hacia la carpeta que llevo en la mano.

—¿Vienes de una reunión?

—Sí. Una importante.

—¿Ha ido bien?

Su pregunta parece sincera, aunque eso ya no me descoloca.

—Muy bien. He conseguido el proyecto.

—Me alegro por ti. De verdad —me dice con una media sonrisa.

—Gracias.

Nos quedamos frente a frente unos segundos, aunque lo raro es que no me pongo nerviosa. Antes, una conversación inesperada con Mark habría tenido poder suficiente para estropearme el día entero. Ahora solo es una conversación en mitad de una mañana que ya era importante antes de que él apareciera.

Mark mira hacia la calle y después vuelve a fijarse en mí.

—Pareces feliz —me dice sin rastro de reproche.

Hace un tiempo habría deseado que me viera así, lo lamentara y entendiera que perderme tenía consecuencias. Ahora solo me parece un comentario.

—Lo estoy —respondo con una sonrisa tranquila—. Pero no necesitaba que tú lo vieras para saberlo.

Mark asiente despacio.

—Supongo que me lo merezco.

—No es un castigo, solo la verdad.

Él baja la vista hacia su café.

—Cuídate, Laura.

—Tú también —me despido y echo andar sin mirar atrás, porque él ya no forma parte de mi presente.

A mitad de la manzana saco el móvil y escribo en el chat de «Decisiones cuestionables».

Laura:

¡He conseguido la campaña!

La respuesta de Pamela entra antes de que tenga tiempo de respirar.

Pamela:

Sabía que ibas a conseguirla!

Estoy intentando reaccionar con madurez,
pero me está costando muchísimo.

Kim:

Eso ya es más madurez de la que esperaba.

Eve:

Laura, enhorabuena.

Estoy sonriendo sola en una tienda de cuadros
y la dependienta empieza a mirarme raro.

Violet:

Esta noche se celebra.

Tu casa.

Vino.

Comida.

Nada de excusas.

Pamela:

Me parece perfecto.

También podemos dedicar unos minutos
a hablar de Ethan Davies
y de la boda en los Hamptons.

Kim:

Eso no tiene nada que ver
con la campaña de Laura.

Pamela:

Tiene que ver con
mi bienestar emocional.

Violet:

Pamela, todavía
no conoces a ese hombre.

Pamela:

Precisamente por eso el margen de idealización sigue intacto.

Eve:

Eso suena preocupante, pero muy tú.

Kim:

No acepto que esta conversación derive hacia un hombre que Pamela aún no conoce.

Pamela:

No acepto críticas de mujeres que reciben mensajes de abogados enemigos.

Durante un instante, el chat se queda quieto, pero poco después aparece Kim de nuevo.

Kim:

Bruce Hill no es mi enemigo. Es simplemente algo molesto con corbata, sin más...

Violet:

Eso ha sonado muy específico.

Eve:

Yo solo digo que algo molesto con corbata suele acabar mal en nuestro grupo.

Kim:

Os odio.

Pamela:

Nos quieres.

Kim:

De forma limitada.

Guardo el móvil riéndome y negándome con la cabeza por los mensajes de las chicas.

La celebración empieza a las ocho en mi apartamento y a las ocho y doce, Pamela ya está sentada en el suelo del salón con una

copa en la mano y una bolsa de patatas fritas abierta entre las piernas, porque según ella «ninguna buena noticia debería celebrarse con hambre».

—Esta noche celebramos a Laura Wells, mujer de negocios y superviviente romántica —declara Pamela con solemnidad.

—No me llames superviviente romántica —le digo desde la cocina mientras saco platos.

—Es una descripción precisa —responde Pamela—. Has sobrevivido a Mark, a Arthur en modo estrategia y a una cita falsa.

Eve aparece a mi lado con una botella de vino.

—Yo creo que deberíamos brindar antes de que Pamela empiece con los discursos largos.

—Mis discursos son experiencias —protesta Pamela.

Kim deja el bolso en una silla.

—Tus discursos son amenazas con anécdotas.

Violet entra cargada con una caja de dulces y me mira con una sonrisa amplia.

—Antes de que esto degenere, quiero decirte que estoy muy orgullosa de ti.

Me quedo mirándola un momento con el plato en la mano.

—Gracias.

—No pongas esa cara —añade Violet—. Hoy toca aceptar halagos sin hacer bromas para escapar.

—Eso es una norma cruel.

—Yo diría que es una norma necesaria.

Pamela levanta la copa.

—Brindo por Laura, que ha conseguido una campaña importante sin que ningún hombre rico tuviera que abrirle una puerta.

—Arthur no abrió esta —les confirmo mientras me siento con ellas.

—Lo sabemos —responde Eve con suavidad—. Por eso estamos tan contentas.

Kim alza su copa.

—Por el talento, los contratos bien leídos y las mujeres que aprenden a no conformarse.

Chocamos las copas y esta vez no me siento pequeña al recibir el aplauso de mis amigas. Me siento cansada, feliz y un poco abrumada, pero no pequeña.

La noche avanza entre pizza, vino y una cantidad poco razonable de opiniones sobre mi futuro profesional. Pamela empieza hablando de mi campaña y acaba, de alguna forma totalmente previsible, mencionando a Ethan Davies.

—Solo digo que, si un hombre va a ser padrino en una boda de los Hamptons, lo mínimo es que sea interesante —explica Pamela mientras se sirve otra copa.

—Todavía no lo conoces —le dice Violet observándola desde el sofá.

—Eso solo es un detalle técnico —se justifica Pamela.

—Es una persona real —le recuerda Eve—. No una trama que puedas organizar antes de tiempo.

Pamela se lleva una mano al pecho.

—Qué poco respeto por mi destino.

Kim mira su móvil y frunce el ceño.

—Si alguien menciona el destino otra vez, me voy.

—¿Bruce Hill? —pregunta Violet al ver su cara.

Kim bloquea el teléfono.

—Ese hombre acaba de escribirme para discutir una cláusula a las diez de la noche. ¡¡¡Una cláusula en viernes!!!

Pamela abre mucho los ojos.

—Esto empieza mal.

—Esto empieza así y va a acabar con una denuncia por acoso contractual —replica Kim, dejando el móvil boca abajo.

Eve intenta contener la risa, pero su teléfono vibra en ese momento. Mira la pantalla y su expresión cambia al instante.

—¿Todo bien? —le pregunto y veo como guarda el teléfono con rapidez.

—Sí. Solo era una notificación.

Pamela la señala con la copa.

—¿Era Connor?

Eve se pone un poco más recta.

—No vamos a hablar de Connor esta noche.

—Eso significa que era Connor —murmura Kim.

Violet cambia de tema con una eficacia admirable.

—A mí me han encargado una boda enorme.

Todas nos giramos hacia ella.

—Define enorme —le pido.

Violet deja la copa sobre la mesa.

—De esas en las que una familia entera opina sobre las servilletas, las flores, la música y la forma correcta de entrar en una iglesia sin parecer una producción teatral.

—Eso suena muy traumático —suelta Pamela levantando el dedo índice.

—También suena a dinero —responde Violet con una sonrisa.

—Entonces lo apoyamos —decide Kim.

Nos reímos y durante un rato, mi apartamento parece más lleno que nunca. No por el ruido, ni por las copas, ni por las cajas de pizza abiertas sobre la mesa. Está lleno de ellas, de nuestras historias empezando a girar en direcciones extrañas, de mensajes que llegan a destiempo, bodas que prometen problemas y hombres que todavía no saben que están a punto de complicarnos la vida.

Arthur me escribe un par de horas después.

Arthur:

La celebración sigue en pie?

Laura:

Pamela está explicando por qué Ethan Davies debería temerla, aunque aún no la conozca.

Arthur:

Entonces sí,
sigue en pie.

Laura:

He visto a Mark esta mañana.

Arthur:

¿Estás bien?

Miro a mis amigas con una sonrisa y veo que Pamela ríe con la cabeza apoyada en el respaldo del sofá mientras Eve intenta quitarle una copa de la mano con delicadeza, Violet habla sobre

presupuestos y Kim lee otro mensaje con cara de querer demandar a alguien.

Laura:

Sí.

Esta vez de verdad.

Arthur:

Me alegro.

Estoy orgulloso de ti.

Aprieto el móvil entre las manos y lo guardo.

—¿Estás sonriendo por Arthur? —me pregunta Pamela desde el suelo.

—Estoy sonriendo por mi campaña —respondo.

Kim arquea una ceja.

—Eso no responde a la pregunta.

—Aprende rápido —dice Violet.

—Está bien enseñada —añade Eve.

Pamela levanta la copa.

—Por Laura, por su campaña, por Arthur intentando no fastidiarla y por Ethan Davies, que todavía no sabe que existe una mujer llamada Pamela Andrews con planes muy poco razonables para los Hamptons.

—Eso último no entra en mi brindis —advierte Kim.

—Entonces haz el tuyo —le replica Pamela.

Kim levanta su copa con una seriedad impecable.

—Por las decisiones sensatas.

Todas la miramos y Kim lanza un suspiro poniendo los ojos en blanco.

—Valeeeeeeeee. Por las decisiones cuestionables que al menos nos dan conversación.

Brindamos otra vez y yo miro a mis amigas una por una y siento una felicidad rara, imperfecta, pero muy nuestra. Hoy he conseguido algo que era mío, he cerrado una puerta que llevaba demasiado tiempo entornada y he aprendido que querer compartir la alegría con Arthur no significa necesitar que él la legitime.

Después observo a Pamela hablar de Ethan con un entusiasmo preocupante, a Eve mirar de reojo su móvil, a Violet calcular mentalmente una boda complicada y a Kim responder a Bruce Hill con más mala leche de la necesaria. Parece que todas estamos a punto de tomar decisiones cuestionables.

24

Arthur

El evento de esta noche se celebra en el *rooftop* de uno de los hoteles boutique de Foster Hospitality, un edificio elegante entre Bryant Park y la Quinta Avenida, lo bastante alto para que Manhattan parezca una maqueta con luces brillantes alrededor de la terraza.

El espacio está preparado con mucho gusto y ninguna discreción. Hay mesas altas vestidas con manteles claros, sofás bajos junto a las cristaleras, pequeñas barras de cócteles en los extremos y varias pantallas donde aparece la campaña que Laura ha creado para el lanzamiento. Las plantas en grandes maceteros separan las zonas de conversación sin cortar las vistas y, entre los invitados, circulan camareros con bandejas con cócteles y aperitivos diminutos, que obligan a fingir que una persona adulta puede cenar con algo del tamaño de un botón.

Hace unos meses habría encontrado todo esto perfectamente razonable. De hecho, habría recorrido la terraza calculando quién debía hablar con quién, qué socio necesitaba otra copa y qué frase convenía soltar delante del cliente adecuado para que la noche pareciera espontánea sin serlo en absoluto.

Ahora estoy junto a una columna, con una copa que apenas he tocado y la mirada fija en Laura Wells, que está al otro lado de la terraza, hablando con Amanda Foster y dos directivos de la agencia que colaboran con Parks & Associates en otra campaña. Lleva un vestido claro, el pelo suelto y una sonrisa profesional, que empieza siendo amable y acaba consiguiendo que todo el mundo quiera escucharla un minuto más.

La observo con orgullo, porque está aquí porque ha conseguido una campaña importante, porque ha defendido su propuesta y porque Foster Hospitality ha entendido algo que a mí me costó bastante más: Laura no necesita que nadie la convierta en excepcional, porque ya lo es.

—Estás haciendo esa cosa otra vez —dice Rita a mi lado.

Aparto la vista de Laura con esfuerzo.

—¿El qué?

Rita tiene una copa de agua con gas en una de sus manos y me mira con el cansancio elegante de una mujer que lleva demasiados años organizando mis defectos en carpetas invisibles.

—La cosa de mirarla como si todos los invitados fueran un estorbo entre tú y ella.

—No hago eso.

—Arthur, llevo diez minutos observándote observarla.

—Eso suena preocupante.

—Lo es para mí, que no cobro suplemento por gestionar relaciones entre enamorados.

Bebo un trago para ganar tiempo, aunque Rita y yo sabemos que no sirve de nada.

—Solo estoy orgulloso de ella —reconozco finalmente al.

Rita mira hacia Laura justo en el momento en el que Amanda Foster se ríe de algo que ella acaba de decir y uno de los directivos señala la pantalla principal con evidente interés.

—Tienes motivos —me responde Rita—. La campaña es brutal.

—Sí, es brutal porque es suya.

—Eso también deberías decírselo a ella.

—Lo haré —asiento con la cabeza.

—Sí, pero hazlo antes de que Pamela te arrastre hasta el centro de la terraza para interrogarte en público, a ser posible.

Sigo la dirección de su mirada y veo que Pamela Davies se acerca con Eve, Violet y Kim. Las cuatro vienen juntas con una coordinación que no me resulta tranquilizadora. Pamela lleva una copa en la mano y una expresión de satisfacción que, después de haberla visto en acción, considero legalmente imprudente.

—Arthur Parks —me saluda Pamela al llegar—. Hombre oficialmente integrado en el caos.

—Buenas noches, Pamela.

—No uses ese tono de abogado educado conmigo. Esta noche estamos celebrando a Laura y eso exige que tu emoción sea visible.

Kim se coloca a su lado y me observa con los brazos cruzados.

—Tampoco hace falta que se desmaye sobre la barra —añade Kim.

—Gracias, Kim —digo.

Ella estrecha los ojos.

—No te estaba defendiendo, solo ha sido una aclaración logística —me aclara.

Eve sonrío con dulzura y me ofrece una tregua visual.

—Lo que Kim quiere decir es que estamos contentas por Laura.

—Lo que Kim quiere decir —corrige Violet mientras mira a su amiga— es que está contenta por Laura, pero no quiere expresarlo con un lenguaje que pueda usar alguien con sentimientos normales.

Kim bebe un sorbo de su copa.

—Exacto —asiente al hablar.

Pamela señala a Laura, que sigue conversando junto a las pantallas de la campaña.

—Mírala. Está impresionante. Profesional, segura, guapísima y con cero necesidad de que ningún hombre le explique nada.

—Eso último me parece especialmente importante —respondo.

—Has aprendido —me contesta Kim arqueando una ceja.

—Con dolor.

—Ese es el mejor método —me confirma.

Pamela se inclina un poco hacia mí.

—Quiero que sepas que hoy me caes mejor que la semana pasada.

—Gracias. Creo...

—No lo estropees.

—Haré lo posible —asiento al hablar.

—No, Arthur. Harás algo mejor —dice Pamela con una sonrisa peligrosa—. Harás lo sensato.

Kim mira al techo.

—Esto en boca de Pamela tiene una credibilidad limitada.

Violet se ríe y Eve intenta disimularlo escondiéndose detrás de su copa.

Laura se acerca entonces y la conversación cambia de inmediato. No porque las demás se callen, cosa que sería

estadísticamente improbable, sino porque toda la energía de la terraza parece recolocarse alrededor de ella.

—¿Me estoy perdiendo algo importante? —pregunta Laura al llegar a mi lado.

—Pamela acaba de recomendarme sensatez —respondo.

Laura abre mucho los ojos.

—Eso sí es grave.

—Qué poca fe tenéis en mí —añade Pamela llevándose una mano al pecho.

—Tenemos experiencia —replica Kim.

Laura se ríe y me mira.

—Amanda quiere que hagamos una pequeña presentación en diez minutos. Algo breve.

—¿Quieres que hable yo?

—Quiero que hables tú de la colaboración en el pasado con la agencia —dice Laura acercándose un poco más—. De mi trabajo hablo yo.

La frase no suena a advertencia, sino a confianza, algo que me encanta viniendo de ella en este contexto.

—Perfecto —respondo.

Laura sonríe.

—Mira qué bien. Una conversación adulta sin contrato de por medio.

—Eso también merece brindis —añade Pamela alzando su copa.

—Pamela, si brindas por cada pequeño avance de esta pareja, no llegarás al discurso de Laura—le advierte Violet.

—Estoy dispuesta a correr ese riesgo.

Antes de que pueda responder, una voz conocida aparece a mi derecha.

—Vaya. Parece que al final todo ha salido de maravilla.

Cassandra Blake se detiene junto a nosotros con un vestido oscuro, una copa intacta y una calma estudiada que antes habría tenido algún efecto sobre mí, pero que hoy solo parece fuera de lugar. Ni Laura ni yo nos tensamos, algo que me parece mucho mejor que cualquier victoria.

—Cassandra —la saludo.

Ella mira a Laura con una sonrisa mínima.

—Enhorabuena por la campaña. Ha sido una evolución interesante, teniendo en cuenta cómo empezó todo.

Pamela se mueve un paso y ceo cómo Kim la sujeta del brazo con discreción. Laura, en cambio, se limita a sonreír.

—Gracias. La verdad es que me gusta bastante cómo ha terminado.

—Supongo que algunas oportunidades llegan de formas curiosas —le responde Cassandra inclinando la cabeza.

Reconozco la intención de Cassandra de volver a sembrar la duda sobre Laura. Quiere hacer creer que Laura está aquí por mí, pero esta vez no lo consigue.

—Esta oportunidad llegó porque Laura presentó una campaña excelente —digo sin elevar la voz—. Parks & Associates participa en la parte estratégica del lanzamiento, pero el concepto, la propuesta y la ejecución creativa son suyos.

—No pretendía insinuar otra cosa —me responde Cassandra mirándome.

—Claro que sí —responde Kim antes de que nadie pueda detenerla.

Pamela suelta una risa breve y Laura baja la vista un segundo para ocultar una sonrisa.

—Me alegra verte tan seguro —añade Cassandra ignorándolas y volviendo a centrar la atención en mí.

—Lo estoy —contesto, mirando a Laura—. Y no porque esta relación sea útil para mi imagen ni para mi trabajo.

Laura levanta la vista hacia mí. Estamos en mitad del evento, con gente alrededor y una presentación a punto de empezar, pero esta vez no tengo ganas de medir mis palabras ni de fingir que lo nuestro es algo que deba esconderse. Quiero que ella lo escuche y si alguien más lo oye, tampoco pasa nada.

—Estoy seguro porque Laura es la mujer de la que estoy enamorado —digo con calma—. Eso no forma parte de ninguna estrategia.

—Entiendo —responde Cassandra con el gesto cambiado.

—No creo que sea necesario entenderlo —añado—. Basta con respetarlo.

Cassandra sostiene mi mirada un instante y después sonrío con la profesionalidad de quien acaba de perder una partida y no piensa reconocerlo delante de nadie.

—Entonces os deseo suerte.

—Gracias —dice Laura—. Pero esta vez no creo que dependa de la suerte.

Cuando Cassandra se aleja, Pamela solo aguanta dos segundos sin hablar.

—Necesito sentarme o aplaudir —dice, señalándonos a Laura y a mí con la copa—. Todavía no he decidido cuál de las dos opciones me haría parecer menos ridícula.

Kim la observa de reojo.

—Aplaudir sería bastante peor para todos —responde con sequedad.

Laura se vuelve hacia mí. En su cara todavía queda sorpresa, pero también hay algo que hace que me cueste apartar la mirada.

—No esperaba que dijeras algo así delante de tanta gente —me dice Laura, mirándome todavía sorprendida.

—Lo sé —respondo.

—Tú odias hacer ese tipo de cosas —añade ella, sin dejar de mirarme.

—Depende de lo que esté diciendo —contesto acercándome un poco más a ella y ella continúa mirándome a los ojos.

—Arthur...

—Si he aprendido algo contigo —le digo— es que algunas cosas no se protegen mejor escondiéndolas.

Pamela hace un sonido extraño a mi izquierda.

—Perdón —murmura Pamela, tocándose la cara con cuidado para no estropearse el maquillaje—. Estoy intentando no emocionarme porque había venido preparada para vigilarte, no para aplaudirte.

Eve le pasa una servilleta con una sonrisa tierna.

—Pamela, ya te has emocionado.

Ella acepta la servilleta y levanta la barbilla.

—Pero con dignidad.

Kim baja la vista hacia la copa de Pamela y arquea una ceja.

—Estás llorando encima de los canapés.

Laura se ríe y yo me quedo mirándola, justo antes de que Amanda Foster nos llame desde la zona de la pantalla principal para empezar la presentación.

La presentación empieza con Amanda agradeciendo la asistencia, hablando del lanzamiento de primavera y destacando la colaboración entre Foster Hospitality, Parks & Associates y Laura Wells. Cuando me da la palabra, explico la parte estratégica sin apropiarme de nada que no me pertenece. Hablo de posicionamiento, de alcance, de una campaña pensada para conectar con un público que quiere experiencias sin que alguien se las venda de forma evidente. Después miro a Laura.

—Pero la voz de esta campaña no la he creado yo —reconozco ante los presentes en esta terraza—. La ha creado Laura Wells.

Laura se acerca al micrófono y empieza a hablar sin mirar sus notas. Explica la campaña con claridad, centrándose en lo que quiere transmitir Foster Hospitality: una experiencia reconocible, elegante y cercana desde el primer contacto con el cliente. Habla de la web, de redes, de *newsletters* y de cómo la marca puede diferenciarse sin parecer fría ni distante.

La gente la escucha con atención. Amanda asiente varias veces y algunos invitados hacen fotos de la pantalla.

—También tengo que reconocer que esta campaña empezó, de alguna manera, con una cita que no era una cita —dice con una sonrisa girándose hacia mí

Algunas personas se ríen, yo levanto una ceja y Laura disfruta claramente de mi incomodidad.

—Me senté en la mesa equivocada —continúa mirando al público—. Fue un error bastante inoportuno en aquel momento, aunque ahora empiezo a pensar que algunas equivocaciones tienen mejor criterio que nosotros.

Las risas aumentan y oigo a Pamela aplaudir desde el fondo.

—¡Eso es verdad! —grita y veo de reojo que Kim la mira con horror.

Laura baja del pequeño estrado unos minutos después y vuelve a mi lado.

—Has disfrutado haciéndome pasar vergüenza —le digo en voz baja sin poder apartar la mirada de ella.

—Muchísimo —responde ella con una sonrisa impecable—. Ha sido muy terapéutico.

—Me alegra contribuir a tu bienestar.

—Eres generoso en la derrota.

—Lo que has dicho ha sido cierto.

Laura me mira mientras acepta la copa que le ofrezco.

—¿Lo de que algunas equivocaciones tienen mejor criterio que nosotros?

—No, lo de que empezó con una cita equivocada.

Ella ladea la cabeza.

—Técnicamente, tú no eras mi cita.

—No —admito acercándome un poco—. Pero fuiste la mejor equivocación que se ha cruzado en mi camino.

Laura intenta mantener la compostura, pero la sonrisa la delata.

—Eso casi ha sonado romántico.

—Casi...

—Tendrás que practicar más.

—Pienso hacerlo —admito.

La terraza sigue llena de gente, pero Laura y yo encontramos un rincón junto a una jardinera alta, lo bastante apartado para hablar sin dejar de formar parte del evento. Ella apoya la espalda contra la barandilla y yo me coloco delante, bastante cerca, pero sin tocarla. La tensión entre nosotros ya no tiene la urgencia caótica del principio. Ahora es algo más cómoda y también más peligrosa, porque no nace de lo prohibido ni de la mentira sino de saber exactamente lo que queremos.

—Gracias por lo de Cassandra —me dice a media voz.

—No lo hice por ella.

—Lo sé.

—Ni tampoco por quedar bien.

—También lo sé.

—Sino porque era verdad.

Laura deja la copa sobre una mesa cercana y me mira de una manera que me atraviesa.

—Me ha gustado oírlo.

—Me alegro.

—Pero que conste que no necesitaba que me defendieras.

—Lo sé. Estabas defendida antes de que yo abriera la boca —me río.

—Me gusta como suena eso —sonríe ella también.

—Estoy mejorando.

—No te vengas arriba.

Ambos nos reímos abiertamente. Después, Laura se acerca un poco más y me arregla el cuello de la camisa con los dedos, un gesto breve que consigue que toda la terraza pierda interés de golpe para mí.

—Te queda bien ser mi cita de verdad —dice.

—A ti te queda bien no necesitar una.

—Eso también ha sonado peligrosamente bien.

—Estoy teniendo una noche inspirada —alzo una ceja en un gesto coqueto.

Laura me mira los labios durante un segundo que dura bastante más de lo razonable.

—Arthur —susurra.

—Dime —musito yo también.

—Estamos en un evento profesional.

—Soy consciente.

—Hay clientes.

—También soy consciente.

—Entonces deja de mirarme así.

—No estoy haciendo nada.

—Eso es mentira.

—Solo intento practicar el autocontrol.

Laura sonríe.

—Pues practícalo mejor.

Me acerco lo justo para que solo ella pueda oírme y le susurro al oído.

—Cuando salgamos de aquí, lo dejaré de practicar.

Sus mejillas se colorean apenas un poco y esa reacción me parece más peligrosa que cualquier provocación.

—Muy profesional, Parks.

—Nunca he dicho que sea perfecto.

—Menos mal.

Amanda la reclama un minuto después para presentar a un directivo de otro hotel del grupo. Laura se aleja, pero antes de hacerlo roza mi mano con la suya. El contacto dura un instante y me deja con una sonrisa que Rita detecta desde el otro lado de la terraza y levanta la copa de agua a modo de brindis irónico. Al verlo, niego con la cabeza con una media sonrisa.

La noche avanza entre conversaciones, felicitaciones y gente que intenta apropiarse de cinco minutos de Laura. No intervengo y solo la observo hacer lo que sabe hacer, conquistar a los asistentes y volver de vez en cuando a mi lado con una sonrisa que ya no tengo que fingir que no espero.

Cerca de medianoche, cuando la terraza empieza a vaciarse, Laura se acerca con el bolso en una mano y los tacones en la otra.

—No voy a hacer preguntas —digo mirando sus zapatos.

—Buena decisión. Mis pies han presentado una dimisión formal.

—¿Y la has aceptado?

—Con efecto inmediato.

Le ofrezco el brazo y ella lo acepta sin pensarlo. Bajamos por el ascensor entre dos parejas que comentan la campaña y un camarero que transporta una caja de botellas vacías. Laura apoya la cabeza un momento en mi hombro, cansada y feliz. Me gusta verla así, aunque me gusta más aún saber que no tengo que retener este instante para que signifique algo.

Cuando salimos a la calle, Manhattan conserva ese pulso veraniego que hace que incluso las aceras parezcan una prolongación de la noche. Laura se calza de nuevo con un gesto resignado y me mira.

—¿Adónde vamos ahora?

—Pensaba preguntarte si quieres cenar —respondo.

Laura arquea una ceja.

—Depende.

—Eso suena a trampa...

—Lo es un poco —dice ella mientras da un paso hacia mí—. ¿Esta vez eres tú mi cita?

La miro y no puedo evitar que mi cabeza vuele hasta aquella mesa equivocada, en todas las mentiras que vinieron después y en las veces que intenté controlar algo que solo podía elegirse. Después sonrío.

—Esta vez, sí.

Laura entrelaza sus dedos con los míos.

—Entonces vamos.

Epílogo

Pamela

Hay mujeres que llegan a una boda en los Hamptons con un vestido cómodo, una sonrisa educada y la intención de no complicarse la vida. Yo no soy de esas ... Yo soy de las que llega con un vestido que me queda muy bien siempre que no intente respirar, unos tacones que deberían incluir un seguro médico y una relación por mensajes con Ethan Davies que, según Laura, se ha convertido en «una inversión emocional de alto riesgo». Sinceramente, me parece una acusación bastante atrevida por parte de una mujer que terminó enamorada de Arthur Parks después de sentarse en la mesa equivocada. Pero tengo claro que mis amigas tienen una memoria muy selectiva cuando les conviene.

La recepción de la boda se celebra en el jardín de una casa enorme frente al mar, de esas que parecen diseñadas para recordarle al resto de la humanidad que está tomando malas decisiones inmobiliarias. Hay mesas perfectamente colocadas, flores de colores claros, música en directo y camareros que se mueven entre los invitados con bandejas de champán. Todo tiene el típico elegante y veraniego de las bodas caras, donde nada parece colocado al azar y hasta los camareros se mueven con más seguridad que yo.

Intento recordarme que estoy aquí por trabajo... más o menos. Esta boda pertenece al ámbito profesional de mi empresa, pero mi presencia se ha vuelto bastante menos neutral desde que Ethan Davies empezó a escribirme hace meses. Al principio fueron mensajes sobre horarios, proveedores y detalles de la ceremonia. Después llegaron bromas sobre el novio, comentarios sobre su familia y una conversación absurdamente larga sobre si una boda con violonchelo era elegante o parecía el funeral de alguien.

Ethan escribe bien. Ese es el primer problema. También sabe seguirme el ritmo. Ese es el segundo problema. Pero nunca nos hemos visto en persona y ese, para mi desgracia, es el problema que lleva semanas dando vueltas dentro de mi cabeza.

Violet aparece a mi lado con una carpeta pegada al pecho y expresión de mujer que lleva demasiadas horas impidiendo que una boda carísima se convierta en un desastre.

—No mires el móvil otra vez —me dice Violet mientras revisa la distribución de una de las mesas—. Vas a desgastar la pantalla antes del baile.

Bloqueo el teléfono de inmediato.

—No estaba mirando el móvil —respondo con una dignidad muy poco convincente.

Violet me observa con una ceja levantada.

—Pamela, llevas media hora consultándolo con cara de estar esperando que un mensaje te cambie la vida.

—Eso es muy exagerado —contesto y me guardo el teléfono en el bolso.

Violet baja la mirada hacia mis tacones y después vuelve a mirarme a la cara.

—Te has puesto esos zapatos para verlo.

—Me he puesto estos zapatos porque me estilizan y porque sufrir por estética sigue siendo una tradición femenina muy extendida —respondo alisándome la falda del vestido.

Violet suspira, aunque se le escapa una sonrisa.

—Solo te pido que no hagas nada impulsivo—me advierte mientras coloca bien una tarjeta con el nombre de un invitado en una de las mesas.

Me llevo una mano al pecho.

—Me ofende que tengas tan poca fe en mí.

—No es falta de fe, Pamela —replica Violet alzando una ceja—. Es experiencia.

Mi móvil vibra dentro del bolso justo cuando estoy a punto de contestarle algo brillante. Lo saco con una rapidez poco compatible con la imagen de mujer serena que estoy intentando venderle, pero me da igual. Al mirar la pantalla veo que Ethan me ha escrito un mensaje corto y directo.

Ethan:

Ya has llegado?

Mi estómago se encoge de forma muy poco profesional.

Pamela:

Estoy en el jardín,
fingiendo que sé moverme entre
personas a los que no se le arruga la ropa.

Ethan tarda menos de un minuto en contestar.

Ethan:

Eso es una habilidad de alto nivel.

Pamela:

No te emociones.
Estoy compensando esa supuesta
habilidad con un dolor real de pies.

Ethan:

Entonces tendré que invitarte
a una copa cuando te encuentre.

Me quedo mirando la pantalla y Violet reaparece a mi lado con una rapidez que me hace sospechar que las organizadoras de bodas desarrollan poderes sobrenaturales.

—Eso no es una cara de trabajo —me dice inclinándose para intentar mirar la pantalla.

Aparto el móvil.

—Es una cara de saber adaptarme a las necesidades del cliente.

Violet cruza los brazos.

—Pamela —me advierte solo con decir mi nombre.

—Ya ha llegado —admito bajando la voz.

A Violet se le iluminan los ojos con un interés inmediato.

—¿Ethan? —pregunta ella.

—No digas su nombre con ese tono —le advierto.

Violet finge inocencia mientras acomoda la carpeta contra el pecho.

—¿Qué tono?

—El tono de mujer que está deseando verme meter la pata y finge que solo está trabajando.

Violet mira alrededor antes de volver a centrarse en mí.

—Estoy organizando una boda en los Hamptons, he tenido que mediar en una guerra familiar por la distribución de las mesas y la madre de la novia ha cambiado de opinión sobre las flores dos veces en una hora —me explica con calma—. Necesito algo de entretenimiento.

—Me alegra saber que mi vida sentimental tiene ese valor recreativo para ti—contesto.

Violet me sonríe sin culpa.

—Para eso están las amigas, ¿no?

Me alejo antes de que pueda seguir analizándome. Cruzo el jardín con una copa de champán en la mano, aunque todavía no he bebido, pero tenerla en la mano me da algo que hacer con los dedos y, además, me ayuda a parecer sofisticada también en esta situación.

La música cambia a una canción más lenta y los invitados se reparten entre la barra y las mesas del cóctel. La casa se alza al fondo con sus ventanales abiertos al jardín, mientras el mar queda al fondo, oscuro y tranquilo. Entonces lo veo, está junto a la barra principal, de espaldas a parte del jardín, hablando con un camarero. Lleva un traje oscuro, la camisa blanca algo abierta en el cuello y una postura relajada. Tiene el pelo castaño, un poco revuelto por la brisa, y apoya una mano sobre la barra mientras escucha lo que le dice el camarero.

Mi cabeza toma una decisión antes de que mi sentido común pueda presentar alegaciones. Ese es Ethan, tiene que ser él, porque si ese hombre no es Ethan, el universo está siendo cruel de una manera innecesaria conmigo.

Me quedo quieta unos segundos. Después recuerdo que pensar nunca me ha dado grandes resultados, porque me lleva a calcular riesgos, imaginar consecuencias y acabar haciendo lo mismo que habría hecho una mujer sensata, lo cual me parece una forma tristísima de pasar una boda en los Hamptons. Así que camino hacia él, pero a mitad de trayecto, el móvil vuelve a vibrar dentro de mi bolso. Podría ser Ethan diciéndome dónde está o Violet recordándome que conserve algo de dignidad. También podría ser

Laura desde Manhattan, guiada por ese instinto nuevo de mujer enamorada que ahora cree poder detectar desastres a distancia.

No miro el mensaje y cuando llego a la barra, el hombre se gira. Tiene unos ojos claros, una boca peligrosa y una forma de mirarme que no ayuda a ninguna de mis funciones básicas. Su mirada se pasea por mi cara con algo a medio camino entre la curiosidad y un descaro educado que me deja claro que debería haber elegido unos zapatos más cómodos para poder huir.

—Hola —dice él con una calma irritablemente atractiva y una voz grave y muy masculina, algo que tampoco me ayuda en absoluto.

—Hola —respondo intentando sonar adulta y no exactamente igual que una mujer que acaba de olvidar cómo se respira.

Él baja un instante la vista hacia mi copa y luego vuelve a mirarme.

—¿Nos conocemos? —pregunta con una media sonrisa.

Esa pregunta debería detenerme, hacerme pensar y activar alguna alarma interna con la voz de Kim diciéndome que no sea idiota. Pero el hombre sigue mirándome, el ambiente acompaña, la música insiste y yo decido que quizá Ethan está bromeando.

—Todavía no —respondo acercándome un poco más—. Pero llevamos meses hablando.

Él arquea las cejas con interés.

—Eso suena muy prometedor —dice sin apartar los ojos de mí.

—Porque lo es —contesto sosteniéndole la mirada.

Deja su copa sobre la barra y se gira del todo hacia mí.

—Entonces quizá debería preocuparme —comenta con una sonrisa seductora.

—Probablemente —respondo.

Su atención cae sobre mí de una forma tan directa que el champán que no he bebido parece subirme de golpe a la cabeza.

—En ese caso, quizá deberías decirme tu nombre —dice él.

—Pamela —le respondo con una sonrisa.

Algo cambia en su cara, aunque no sé qué significa, pero tampoco le doy tiempo a explicarlo, porque hay música de fondo, estamos en un ambiente preciosos, llevo meses hablando con Ethan

Davies y el hombre que tengo frente a mí no deja de observarme con una sonrisa que no tiene nada de inocente. Así que hago lo que cualquier mujer sensata evitaría hacer en una boda llena de gente: me acerco y lo beso.

Al principio noto su sorpresa, aunque dura muy poco, porque después su mano se posa en mi cintura y la mía acaba aferrada a la solapa de su chaqueta. El beso deja de parecer un error en cuanto él responde de forma intensa, segura y completamente absurda para dos personas que, en teoría, acaban de verse por primera vez. También es espectacular.

Me besa en mitad de una boda, junto a una barra llena de copas y a pocos metros de una familia que probablemente ha pagado una fortuna para que todo salga perfecto. Yo debería apartarme, hacer una broma, recuperar la compostura y confirmar de una vez que estoy besando al hombre correcto, pero no hago nada de eso. Porque sus labios se mueven contra los míos con una seguridad que me deja sin argumentos, aprieta los dedos un poco más en mi cintura y durante unos segundos me parece una idea brillante no pensar en nada.

Cuando por fin me separo, él sigue mirándome con la respiración algo agitada y una sonrisa que no promete nada bueno.

—Pamela —dice una voz a mi espalda con mucho cuidado.

Me giro despacio y veo que Violet está a unos pasos de mí, pálida y con la carpeta apretada contra el pecho. A su lado hay un hombre que se parece muchísimo al que acabo de besar, aunque su expresión es menos divertida y bastante más horrorizada. El estómago se me cae directamente sobre el césped.

Violet mira al hombre de la barra, después al que está a su lado y por último vuelve a mirarme.

—Pamela, ese no es Ethan —dice Violet en voz baja.

La copa se me queda rígida entre los dedos y compruebo que el hombre de la barra no aparta los ojos de mí.

Violet respira hondo antes de decir la frase que convierte mi noche en una catástrofe con vistas al mar.

—Es Nick Davies —añade con una prudencia inútil—. Su hermano.

Si quieres conocer la historia de Pamela, te animo a que leas: *Besé al hermano equivocado*, la segunda entrega de la serie *Decisiones cuestionables*.

Esta es su sinopsis:

Besé al hermano equivocado

Una comedia romántica sexy en los Hamptons con una boda de lujo y mucha tensión prohibida con el hermano equivocado

Pamela Andrews solo tenía que **sobrevivir a una boda de lujo en los Hamptons** y conocer por fin a Ethan Davies, el hombre con el que llevaba **meses tonteando por mensajes**. El plan parecía sencillo hasta que vio a un hombre guapísimo junto a la barra y decidió que era Ethan. **Lo besó**, pero él no era Ethan, sino Nick Davies, su hermano y un hombre serio, controlador y demasiado atractivo para ser una equivocación.

Ahora Pamela debería pedir disculpas, recuperar la compostura y darle una oportunidad a Ethan, que sigue siendo amable, encantador y la elección sensata. Sin embargo, Nick no se comporta como un error. La mira como si no pudiera olvidar su beso, la desafía y aparece justo donde ella debería intentar olvidarlo.

Ethan es lo correcto y Nick es lo que no debería desear.

Quizá el error no fue besar a Nick, sino intentar convencerse de que no significó nada.

Besé al hermano equivocado es una **romcom sexy** para lectoras que disfrutan de los **romances con tensión prohibida, besos** que lo complican todo, protagonistas con **mucha química** y hombres que intentan hacer lo correcto... hasta que la mujer equivocada se convierte en la única elección posible.

Esta es la segunda novela de la serie Decisiones Cuestionables. Se recomienda leer la serie en orden.

¿Qué vas a encontrar en esta novela?

Comedia romántica sexy

Boda en los Hamptons

Beso equivocado

Hermano equivocado

Tensión prohibida

Atracción inevitable

Amor inesperado

Grumpy x sunshine

Solo una cama

Amigas alocadas

Él se enamora primero

Escenas spicy
Final feliz

[Y aquí puedes hacerte con ella.](#)

Nota de la autora

Querida lectora:

Gracias por haber elegido esta historia entre tantas otras, por haberle dado tu tiempo a Laura, a Arthur y a este grupo de amigas que empieza tomando decisiones cuestionables y termina, casi siempre, metiéndose en líos bastante más grandes de lo previsto.

Escribir esta novela ha sido un viaje muy especial para mí. Me he reído con ellas, me he enfadado un poco con él, he suspirado más veces de las que pensaba reconocer y he disfrutado muchísimo construyendo una historia que empieza con una cita equivocada y acaba convirtiéndose en algo mucho más real.

Ojalá esta novela te haya hecho sonreír, suspirar, querer zarandear a algún personaje en algún momento y, sobre todo, sentir. Porque al final eso es lo que más me importa cuando escribo: que durante unas horas puedas entrar en otra vida, enamorarte un poco, desconectar del mundo y cerrar el libro con esa sensación bonita de haber acompañado a unos personajes que ya no se van a ir del todo de tu cabeza.

Si te apetece, dejar una opinión en Amazon, recomendar la novela a una amiga o hablar de ella en redes me ayuda muchísimo. Cada reseña, cada recomendación y cada mensaje son una forma preciosa de apoyar mi trabajo y de permitirme seguir escribiendo nuevas historias.

Gracias por leerme, por estar al otro lado y por formar parte de este pequeño universo romántico que empieza aquí.

Nos encontraremos muy pronto en la próxima decisión cuestionable.

Con cariño,

Rosie Promise

Encuéntrame aquí

En mi newsletter: [Rosie Promise](#)

Instagram: [@rosiepromise.escritora](#)

TikTok: [@rosiepromise.escritora](#)

Facebook: [Rosie Promise](#)

En mi mail: rosiepromise.escritora@gmail.com
